



Secretos

en la Arena

Ana E. Guevara



Secretos en la arena

Ana Guevara



Índice

SECRETOS EN LA ARENA

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

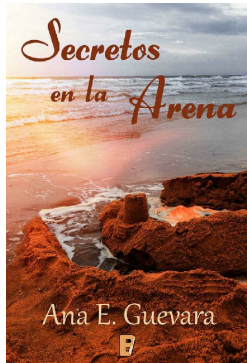
Capítulo 20

Agradecimientos

Sobre Ana Guevara

Notas

Misterio, intriga y oscuros secretos en esta historia que es la continuación de *Las orillas del pasado*.



Después de romperle el corazón a Pablo al elegir un trabajo en la otra punta del globo en vez de quedarse con él, Marta debe volver a su ciudad natal tras sufrir un aparatoso accidente en directo. Pero nada es como ella recordaba. Pablo, Susana o incluso Loken no están a su lado cuando ella más lo necesita.

Mientras, la Unidad de la Policía Judicial tiene que enfrentarse a un nuevo caso: esta vez es el asesinato de uno de los empresarios más exitosos y conocidos de Cartagena durante la reunión para conmemorar los veinticinco años desde que terminaron el instituto. Un caso que despierta viejos rencores largo tiempo escondidos y que nos enseña, una vez más, que hasta en las mejores familias se guardan oscuros secretos. Un caso trepidante, lleno de giros y donde todo el mundo esconde secretos; y una historia de amor, amistad y superación. Y todo eso bañado con las tranquilas aguas y la cálida arena del Mediterráneo.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Definitivamente estaba gafada, no había otra explicación posible. Ella no creía mucho en males de ojo y en maldiciones, siempre había pensado que eran producto del folklore y que alguien instruido como ella no podía caer en semejantes tonterías, pero a la vista de los últimos acontecimientos estaba empezando a replantearse su teoría.

Iba en la parte trasera de un coche que la cadena le había proporcionado para llevarla a su casa. Un todoterreno negro con las lunas traseras tintadas y con espacio suficiente en el maletero como para llevar todo el equipaje de J-Lo cuando salía de gira. A ambos lados de la carretera veía pasar gasolineras y mesones y no pudo evitar tener una sensación de *déjà vu* de la que le costó varios minutos recuperarse. Durante el mes de abril había sido exiliada, *por su propio bien*, según habían tratado de convencerla sus jefes, durante varias semanas a su tierra natal después de que salieran a la luz unas fotos de su, por entonces novio, besando apasionadamente a una rubia que no era ella. Tras eso, su perro había encontrado un cadáver; ella se había colado por un antiguo compañero de instituto al que no había visto en quince años y había tenido que salir corriendo para Madrid el día que habían estado a punto de besarse. Y todo eso en un tiempo récord.

El conductor de la empresa de coches no era demasiado dicharachero y en seguida quedó claro que no le interesaba darle conversación. Así que Marta continuó mirando lánguidamente por la ventana viendo cómo el paisaje de la

meseta se movía dejando una estela al paso del todoterreno. Se revolvió un poco en el asiento y se rascó por debajo de la escayola que tenía en la pierna izquierda. Ya no le dolía demasiado, pero no podía evitar que le picara a todas horas. El traumatólogo le había dicho que mejor que no tocara demasiado, que podía infectar la herida, pero no lo podía evitar.

Ese había sido otro gran momento televisivo, el día en el que Marta se rompió la pierna en directo delante de millones de españoles. Durante los últimos meses había estado en Guatemala grabando un programa donde unos famosillos de serie B trataban de volver a tener sus quince minutos de fama tratando de sobrevivir en una isla donde, además de cocoteros y arena, no había mucho más. Durante dos días tuvieron una tormenta tropical, lo que obligó a evacuar a los concursantes a un lugar seguro. Hicieron un programa especial el día que volvió a salir el sol, ya que durante dos noches los telespectadores no habían tenido su ración de carnaza. Como desde la cadena estaban deseosos por volver a restablecer la conexión con la isla, el estado de las instalaciones se verificó bastante deprisa, pues lo que importaba era recuperar el *share* perdido.

Y allí estaba Marta, hablando de las próximas eliminaciones en una plataforma de troncos, suspendida a cuatro metros sobre las aguas cuando esta cedió tirando al mar a Marta y a su cámara entre un amasijo de madera y cuerda de cáñamo. Ella se había roto el peroné izquierdo y el cámara tenía dos costillas rotas y una perforación abdominal por culpa de una rama que le atravesó el vientre. Evacuaron a ambos en helicóptero al hospital más cercano y desde Madrid mandaron a un ex místico España para que la sustituyera, pues las audiencias se habían duplicado desde que se había producido el accidente y desde la cadena no pensaban acortar el programa. Una vez que Marta fue dada de alta en el hospital, la mandaron en el primer vuelo que salía desde Ciudad de Guatemala.

Y ahora circulaba a ciento veinte kilómetros por hora rumbo, una vez más, a Cartagena donde pensaba pasar el resto de la recuperación. Esta vez evitaría

la casa de veraneo de sus abuelos, pues sería incapaz de subir las escaleras ella sola, y a finales de agosto habría muchísima gente en la playa y no le apetecía estar en medio del gentío. Además de que ahora podía aprovechar y pasar algunos días sola en casa de sus padres, pues ellos estaban de vacaciones en Tailandia. Cuando su madre se enteró del accidente estaba dispuesta a dar por terminados sus días de reposo antes de tiempo y volver a España en el primer avión que despegara desde Bangkok; pero entre Marta, su padre y su hermano fueron capaces de hacerla cambiar de opinión. Y ahora le esperaban a la presentadora diez días de tranquilidad antes de que sus padres volvieran del viaje que estaban realizando en el país asiático con un grupo de amigos.

Vio su imagen reflejada en la luna tintada: el largo y estilizado cuello, los grandes ojos color miel y el sedoso pelo moreno del que ahora brotaban reflejos castaños, caobas y dorados, gracias a las horas pasadas bajo el sol guatemalteco. Estaba muy bronceada a causa de haber pasado horas filmando en la playa en biquini. La marca de ropa de baño de la que era imagen le había pagado una auténtica fortuna por los meses en los que presentó el *reality*, pero ellos habían visto su inversión devuelta con creces, pues cada nuevo modelo que Marta sacaba en antena se agotaba a los pocos días en las tiendas. Trajes de baño, pareos o vestidos de playa, todo se agotaba si Marta lo lucía en televisión. Había sido un negocio redondo para todo el mundo hasta que sufrieron el accidente de la plataforma.

Habían pasado tres meses en Guatemala grabando el programa; era un espacio diario con un pequeño resumen del día a día de los concursantes, y los sábados, en absoluto *prime time*, era el día de las expulsiones y nominaciones. El programa había sido líder de audiencia desde el primer día y todo el mundo alababa la profesionalidad de Marta frente a las cámaras. Ya se habían olvidado los telespectadores de los días en los que se había negado a perdonar al futbolista y la convirtieron a ella en la mala de la historia. Ahora se habían cambiado las tornas y cuando se la nombraba era con respeto a su

independencia y a su buen criterio.

Durante ese tiempo no tuvo noticias de Susana. Marta le envió e-mails, mensajes, whatsapp, incluso le escribió una postal, pero no había recibido respuesta por su parte. Tampoco sabía nada de Pablo. No había tratado de contactar con él, no hubiera sabido qué decirle, en cualquier caso; pero no había dejado de pensar en él mientras estaba en la otra punta del globo. Tras aquel casi beso y la posterior bronca con Susana había estado a punto incluso de borrar su número del móvil, al final se arrepintió y lo dejó guardado en la memoria. Raúl era el único que le escribía de vez en cuando para contarle alguna anécdota y sacarle una sonrisa. Le encantaba cuando compartía con ella vídeos de Estrella, su hija, que crecía a pasos agigantados y estaba cada día más espabilada. Su hermano también la mantenía al corriente de cómo iban las cosas por Cartagena, y su madre, que había aprendido a utilizar whatsapp, la inundaba de fotos de gatitos con frases inspiradoras. Eso la hacía sentir un poco más cerca de casa, a pesar de estar en otro continente. Aunque a quien más echaba de menos era a Susana; su silencio se le clavaba en el alma como los cristales de una botella rota. Nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con su mejor amiga, y el hueco que dejaba no era capaz de llenarlo con nada.

Miró de nuevo por la ventana y aguzó el oído para ver qué emisora tenía puesta el conductor del coche y se quedó un poco chafada al ver que se trataba de una cadena de deportes donde estaban hablando de la pretemporada del Madrid, o lo que es lo mismo, del estado de forma después del verano de su exnovio. Su romance con la presentadora que la había remplazado duró menos que un telediario y él trató de nuevo de reconquistarla a base de flores, mensajes y regalos caros. Ella puso un océano de por medio y se fue hasta Guatemala, en parte, para no tener que volver a verlo; no estaba preparada para reencontrarse con él, y ese era otro de los motivos por los que prefería volver a Cartagena que quedarse en su chalet de Madrid.

Se rascó una vez más por debajo de la escayola y se puso los auriculares del móvil, la *playlist* comenzó a sonar y las potentes guitarras de «*Learn to Fly*»

de los *Foo Fighters* la transportaron lejos de esa carretera, de ese conductor y de esa escayola.

Loken trotaba a su lado mientras volvían al hotel tras su paseo matutino. Cuando su hermana decidió irse a Guatemala para grabar esa atrocidad de *reality* pensaba dejar a Loken en un hotel para perros, pero él se apiadó de la mascota y decidió que se viniera a vivir con él durante algunos meses. Su hermana asintió sin pensarlo dos veces mientras él se daba cuenta del compromiso que acababa de adquirir. Cuando llegó a casa se quedó un instante en el pasillo pensando cómo le diría a Arturo que a partir de ahora serían tres en su pequeño apartamento en vez de solo dos. Su pareja le sorprendió mostrándose encantado con el recién llegado y él no podía estar más contento.

De hecho, ahora se encontraban los tres de vacaciones en la Sierra de Cazorla; tenían el viaje previsto desde hacía meses y su hermana insistió en que no lo cancelara por ella, que encontraría una forma de valerse por sí misma. Él se mostró agradecido con el gesto y sus planes de escapada romántica siguieron adelante.

Se alojaban en el Hotel Convento Santa María de la Sierra, un antiguo convento transformado en alojamiento rural con una decoración maravillosa y que, además, admitía mascotas. Se encontraba en pleno corazón del parque natural, a pocos kilómetros de Arroyo Frío y les ofrecía todas las comodidades que necesitaban.

Por las mañanas Alejandro se había acostumbrado a dar un paseo con Loken pisándole los talones. Bajaban al Guadalquivir, que se encontraba a pocos metros del hotel; Loken adoraba poder correr a la orilla del río y meter las patas en el agua clara. Tras su paseo volvían al hotel donde Arturo les esperaba en la terraza leyendo el diario de Jaén y listo para tomar el desayuno en familia.

Cuando llegaron a la mesa, Loken corrió zalamero hacia Arturo y restregó su hocico contra su pierna hasta que Arturo le rascó detrás de las orejas y pudo tumbarse tranquilamente en el suelo bajo la mesa. Álex le dio un beso al llegar y se sentó en una coqueta silla blanca de hierro forjado al tiempo que comenzaba a untar mantequilla en sus tostadas.

–¿Qué plan tenemos para hoy? –preguntó Alejandro con la boca llena.

–Pues creo que, como ayer estuvimos visitando Cazorla pueblo, hoy podríamos ir a la Cerrada de Elías y al nacimiento del Borosa, es una de las mejores excursiones de la zona. Te va a encantar, así que prepara la cámara porque estoy seguro de que vas a hacer muchísimas fotos.

–¿Loken puede venirse?

–Loken es el que más va a disfrutar con esta excursión, ya verás.

Siguieron comiendo en silencio dando buena cuenta de las tostadas y los huevos revueltos hasta que Arturo se decidió finalmente a hablar.

–¿Cuándo vamos a tener que devolverle el perro a tu hermana?

Era algo en lo que Alejandro había pensado bastante, se había encariñado rápidamente con Loken y, a pesar de que el perro era algo distante los primeros días pues le costaba sociabilizar con los humanos, ahora lo sentían como a uno más de la familia. Ocupaba mucho espacio en su apartamento y comía como un legionario, pero ambos habían disfrutado del tiempo que habían pasado en su compañía y sabían que despedirse iba a ser difícil.

–No lo sé, supongo que con la pierna escayolada no podrá sacarlo a pasear y nos lo dejará todavía algún tiempo más.

Arturo se agachó para acariciar la cabeza de Loken.

–Pues entonces, aprovechemos el tiempo que aún nos queda con este muchachito. Venga, Álex, termina lo que te estás comiendo y coge tu mochila que nos vamos de excursión.

Alejandro se metió la tostada que le quedaba a toda prisa y siguió a su pareja hasta su habitación para preparar todo lo necesario para la excursión que les esperaba. Loken los seguía contento moviendo la cola sin parar, él

también se había acostumbrado a la compañía de los dos hombres, aunque echaba de menos a Marta.

No le gustaba el verano y mucho menos la playa. La arena, que se mete en sitios en los que no debería entrar nada; los niños, que corren y lanzan arena a diestro y siniestro; la sal, que se queda pegada en la piel después de bañarte. No, no le gustaba nada el verano. Tampoco encontraba placer en pasarse horas debajo de un sol inclemente para lucir moreno, era consciente de que con esa actitud no se conseguía un buen color, se conseguía un cáncer de piel. Eso pensaba el inspector Martínez desde la terraza de su apartamento mientras leía el periódico. Llevaba alquilando el mismo piso en La Manga desde hacía casi diez años; su mujer insistía en que era la mejor forma de pasar las vacaciones, en la playa, pero él hubiera dado lo que fuera por escaparse unos cuantos días al norte. Quería visitar Cantabria, subir a los Picos de Europa. Era un sueño que quería ver cumplido antes de morirse, pero su mujer insistía en que eso lo harían cuando estuvieran jubilados, que, mientras pertenecieran a la clase trabajadora, lo normal en verano es ir de vacaciones a la playa.

Y ahí estaba él, leyendo el diario *La verdad* en la terraza de un tercer piso con vistas directas al mar Mediterráneo. Al menos, las vistas son preciosas, eso hay que reconocerlo. Su tranquilidad se vio rota cuando unos chavales se pusieron a jugar al balón usando como portería la puerta metálica del garaje. Tampoco le gustaban los niños, sobre todo los niños de vacaciones. Paseó su mirada por la playa, se detuvo en la caseta del socorrista, que estaba mirando el móvil en vez del mar; se fijó en las sombrillas, que tachonaban la arena como flores en un campo de tulipanes y recordó que unos meses antes esa misma costa había sido el escenario de dos asesinatos llevados a cabo por jóvenes de apenas veinte años de edad. Fue un caso triste, atraparon a los asesinos, pero muchas vidas cambiaron en el transcurso de esa investigación.

—José Antonio, voy a bajar a la playa con los vecinos a darme un remojón,

¿te vienes? –su mujer le hablaba desde el salón mientras metía en una cesta de mimbre una toalla, las gafas de sol y una silla plegable.

–Ya sabes que yo no soy muy de playa, me quedo aquí leyendo el periódico, pero cuando vuelvas, llámame y me voy contigo un rato a la piscina.

Su mujer sonrió, sabía que su marido era más bien de secano y que la playa no era su hábitat natural, pero apreciaba el hecho de que se esforzara para que ella y los niños estuvieran felices. Se acercó a donde estaba su marido y le dio un beso en la coronilla antes de salir al rellano para coger el ascensor.

El inspector Martínez se acomodó en la silla de plástico de la terraza y se dispuso a leer la sección internacional de su periódico. Al día siguiente volvería al trabajo y escaparía de esta cárcel de arena y sal; le gustaba más estar en su despacho de la comisaria, rodeado de su equipo y contando los días que le quedaban para jubilarse y poder subir a los Picos de Europa.

–Estrella, ¿se puede saber dónde has puesto el cubo de playa? –Raúl estaba a cuatro patas mirando debajo del sofá y su rostro reflejaba cansancio.

La niña apareció en lo alto de la escalera con un cubo de Nemo lleno de muñecas Barbie y accesorios. Se lo enseñó a su padre sujetándolo en alto con las dos manos. Raúl le sonrió con ternura.

–Mamá me ha dicho que tengo que ordenar mi habitación, que nos vamos a casa, así que he guardado mis muñecas todas juntas para no perder ninguna, porque las quiero mucho.

Raúl le volvió a sonreír y subió la escalera para recoger el cubo que su hija le tendía. Esta niña no dejaba de sorprenderlo con lo espabilada que era. Al llegar a lo alto de la escalera cogió el cubo con una mano y con la otra izó a la pequeña y se la echó a la espalda.

–¿Estrella? ¿Dónde estás, Estrella?

La pequeña no paraba de reír, estaba encantada, ya que este era uno de sus juegos favoritos.

–Aquí... Papá, aquí... –decía de forma entrecortada por culpa de la risa.

–La estoy oyendo, pero no puedo verla. Rocío, ¿sabes dónde está Estrella?

La mujer de Raúl salió del cuarto de baño, llevaba una bayeta y un limpiacristales en la mano. El pelo recogido con una coleta alta y un kaftán encima del traje de baño.

–¿Otra vez has pedido a la niña, Raúl? –preguntó con una sonrisa de oreja. Le encantaba ver cómo su marido y su hija tenían estos momentos de complicidad. Raúl a veces era un bruto, pero con su hija era el padre más tierno que uno se pudiera imaginar.

–¿Estrella? ¿Dónde estás?

–Aquí... –decía la niña que tenía lágrimas en los ojos de la risa.

–Creo que la he oído. Está... ¡aquí! –Y cogiéndola de brazos de su padre la tumbó en el suelo y le hizo cosquillas en la barriga. Cuando la pequeña ya no podía más, dio por terminado el juego.

–Bueno, vamos a terminar, que aún nos quedan muchas cosas por hacer.

–¿Por qué tenemos que irnos, mamá?

–Porque papá tiene que volver al trabajo y se le han acabado las vacaciones.

–Pues que vuelva él a casa, a mí me quedan todavía vacaciones. Raúl se rio apoyado en el pasamano de la escalera.

–Veo que lo del trabajo en equipo todavía no es tu punto fuerte.

Raúl se acercó y se sentó en el suelo junto a su hija.

–Nos tenemos que volver porque no queremos dejar a los abuelitos tanto tiempo solos y porque tenemos que organizarlo todo para que dentro de unos días empieces el colegio. Ya sabes que este año vas al cole de mayores y mamá quiere tener tiempo para elegir contigo todo lo que te haga falta. Además, podremos ir a bañarnos a la piscina de Tentegorra todas las tardes si tú quieres. ¿Te parece un buen plan?

La pequeña asintió en silencio.

–Pues, venga, todo el mundo a recoger, que tenemos que entregar las llaves dentro de una hora y aún tenemos mucho que hacer –dijo Rocío poniéndose en

pie y organizando al resto de su familia.

Cuando llegó al Antipoda's Tavern Andrés ya la estaba esperando con una cervecita en la mejor mesa del local. Lo bueno de vivir cerca de Mazarrón es que se conocía los mejores lugares de toda la costa y este era, sin duda, uno esos lugares. Una enorme terraza en frente de la playa de La Azohía donde se sirve pescado fresco, buena cerveza y se tienen unas vistas espectaculares del atardecer sobre el Mediterráneo. Andrés estaba sentado mirando al mar y ella se permitió observarlo sin que él se diera cuenta. Era alto, endiabladamente guapo, con unos serenos ojos castaños y una cuidada barba de tres días. Llevaba una camiseta con estampado de cactus y unas bermudas beige. De vez en cuando, el camarero le daba conversación, pues era uno de los habituales del local. Susana tomó aire y, dejándolo escapar lentamente, se adentró en la terraza. Él la vio y le sonrió haciéndole un gesto con la mano.

–Agente Castillo, ¿cómo estás?

–Andrés, Susana, que no estamos de servicio. –Y ahí estaba, esa sonrisa mostrando unos dientes blanquísimos y perfectamente alineados.

«Es guapísimo», pensó Susana antes de ruborizarse. Se sentó a su lado y pidió una clara con limón mientras se quedaba abstraída viendo la puesta de sol sobre el mar.

–Este sitio es precioso –dijo finalmente.

–Lo sé, por eso te he traído aquí –respondió mirando alternativamente a Susana y al atardecer.

De nuevo el silencio se instauró entre ellos. Susana no sabía qué decir, le costaba encontrar las palabras, por eso esta era solo la segunda vez que quedaban desde que se conocieron varios meses atrás mientras ambos participaban en una investigación. La primera vez, él fue a Cartagena y se dedicaron a pasear por la ciudad hasta que acabaron en un bar en el puerto tomándose algo. Ahora volvían a estar una vez más frente al mar con una

bebida fresquita delante y sin nada que decir. Y lo peor de todo era que el chico le gustaba, le caía estupendamente, pero cuando lo tenía cerca su cerebro se convertía en gelatina barata y se olvidaba de cómo construir frases. Dicen que lo mejor para hablar de forma relajada con alguien es encontrar algo que te apasione y hablar de ello, pero aún no había encontrado el tema con el que ella pudiera sentirse cómoda.

–¿Has buceado alguna vez? –dijo Andrés tratando de romper el silencio.

–Hice un bautizo de buceo hace años con el T-LA, pero desde entonces no he hecho nada. Bueno, algo de esnórquel en el Mar Menor cuando era niña, ya sabes... – dijo levantando los hombros en señal de disculpa. Él sonrió.

–¿Qué es el Tela? ¿Es una escuela de buceo? Susana rio de buena gana.

–No, son las siglas de Tiempo Libre Alternativo, es un programa de la concejalía de Juventud del Ayuntamiento de Cartagena donde se hacen multitud de actividades orientadas sobre todo a los jóvenes, pero abiertas a todo el mundo. Los precios suelen ser baratísimos y es una alternativa al alcohol, las drogas, meterse en problemas... Hay de todo, desde talleres de pintura de camisetas, hasta viajes organizados, excursiones o incluso conciertos. Y había una iniciación al buceo, así que me apunté con Pablo.

–Pablo, ¿tu compañero?

–Sí, lo conozco desde hace mil años y siempre hemos hecho muchas cosas juntos.

–Ya veo... –cogió su cerveza y dejó de mirarla para centrarse en el eterno ir y venir de las olas del Mediterráneo.

–Un momento, no pensarás que entre Pablo y yo hay algo, ¿verdad?

Andrés enrojeció y Susana no podía disimular su sorpresa. ¿Pablo? ¿En serio? Sí que tenía que conocerla poco si pensaba que Pablo y ella podían estar juntos. Susana le puso la mano encima de la suya en un gesto que la pilló de improviso a ella también.

¿Había decidido ponerle la mano conscientemente o su cerebro estaba tomando decisiones por su cuenta? Andrés se volvió a mirarla sorprendido y

encantado de sentir su contacto.

–Pablo es solo un amigo, de hecho, es casi como mi hermano. Jamás, y óyeme bien, jamás pasará nada entre nosotros.

–Nunca digas de esta agua no beberé.

–¡Uy, sí! Ya te digo yo que puedo decirlo.

Andrés la miró directamente a los ojos y luego le regaló una preciosa sonrisa.

–Está bien, entonces, solo algo de esnórquel y un bautizo de buceo. Pues habrá que ponerle remedio a tu ignorancia del fondo del mar, porque te aseguro que lo que hay ahí abajo –dijo señalando al mar– es maravilloso. Mejorando lo presente, claro está.

Esta vez fue el turno de Susana de enrojecer.

–Pues, si estás interesada, conozco a todos los dueños de escuelas de buceo de esta parte del Mediterráneo, así que podemos organizar algo si te apetece.

–Estaría bien –asintió, notaba las mejillas arder y le costaba encontrar las palabras.

–Además, bajo el agua no es necesario que hablemos, con lo que será menos incómodo.

–¿Tú también te has dado cuenta?

–Un ciego se daría cuenta –dijo sonriendo.

–No sé qué pasa, es como si me quedara sin temas de conversación y solo supiera decir frases hechas.

–A mí me pasa igual, por eso, vamos a tomárnoslo con calma y vamos a irnos a bucear juntos. ¿Te parece un buen plan?

Susana volvió a ponerle la mano encima de la suya.

–Me parece un plan perfecto.

Ambos sonrieron al tiempo que hacían chocar sus bebidas en un brindis lleno de promesas, mientras el sol caía y llenaba de reflejos dorados el aire alrededor de ellos.

El sofocante calor de agosto se filtraba a través de los cristales del pabellón deportivo anexo al instituto. Cuando comenzaron los preparativos para la reunión de exalumnos, hace seis meses, le pareció buena idea reunirse en verano: el ambiente era más distendido, la gente no tendría compromisos laborales que atender y, además, ella estaría bronceada. Ahora, viendo el calor que estaba pasando, tratando de colgar una enorme pancarta de tela en una pared lateral ya no le parecía tan buena idea. Celebraban la reunión de alumnos de la promoción de 1992 del Instituto Jiménez de la Espada, y ella iba a ser, una vez más, la encargada de organizarlo todo. Ya desde niña Adela había mostrado grandes dotes organizativas: fue delegada de clase desde primaria hasta que pasó a la universidad; allí, se hizo presidenta de la asociación de estudiantes y más tarde vocal en el Consejo de Estudiantes de la Universidad de Murcia donde cursó estudios en la Facultad de Derecho. Cuando un año antes Ernesto, un antiguo compañero de instituto, que trabajaba como administrativo en el juzgado y con el que solía coincidir en la cafetería durante la pausa para desayunar, le hizo ver que se cumplían veinticinco años desde que terminaron. COU no lo dudó y decidió montar una reunión con todos sus antiguos compañeros. En la era de la tecnología y de la información, dar con la mayoría de ellos no fue difícil; tecleó sus nombres en Google y les envió invitaciones de amistad en Facebook. Su cabeza bullía llena de ideas y de planes, quería que todo fuera perfecto. Algunos propusieron organizar la reunión en un restaurante, pero ella sabía que el pabellón al lado del instituto era una mejor opción, les daba más libertad y además les traería recuerdos a todos.

El suelo del pabellón estaba pintado con multitud de líneas de colores que delimitaban las canchas de fútbol sala, baloncesto y *volley-ball*, sobre un entramado de parqué. La madera relucía lustrosa y brillante y soltaba destellos cuando el sol de media tarde se colaba por las altas ventanas. La camiseta gris se le pegaba a la espalda por el sudor, y el pelo se le aplastaba contra la frente. No había caído en lo duro que sería montar esta fiesta casi sin ayuda,

pues todo el mundo confirmó la asistencia rápidamente, pero cuando pidió voluntarios para decorar el pabellón recibió, sobre todo, excusas y pretextos. Aun así, consiguió reunir a unos cuantos para no tener que encargarse de todo sola.

Jero se estaba encargando de instalar el equipo de música que le había dejado un primo suyo que trabaja en una empresa que organiza eventos. Jerónimo Murcia Castejón, Jero como era conocido por sus amigos, era profesor de Biología en el Instituto de Los Molinos. Había seguido en contacto con Adela a pesar del tiempo transcurrido y quedaban de vez en cuando para cenar o para pasar el domingo juntos. Cuando Adela comenzó a hablarle de organizar una fiesta para celebrar los veinticinco años desde que terminaron COU, supo que contaba con él para ser uno de los organizadores. Siempre habían ido juntos en el instituto, pertenecían a la misma cuadrilla y tenían varios amigos en común. El tiempo había sido benévolo con él y, si bien ya no tenía veinte años, seguía estando en buena forma. Era de espaldas anchas, cejas pobladas y barba que su mujer calificaba de leñador, pero que a él le sentaba bien. Se afanaba enchufando cables concentrado en la tarea cuando se oyó un gran estruendo en la sala. Él y Adela dirigieron la vista a la puerta que acababa de cerrarse de golpe con un fuerte ruido metálico.

Diana apareció llevando varias bolsas de compras llenas de gorros, pelucas, gafas de plástico y demás objetos que usarían para disfrazarse en el *photocall* que estaban creando.

Adela bajó de la escalera y se dispuso a ayudarla.

–Veamos, ¿has traído todo lo que estaba en la lista? –preguntó al llegar hasta Diana.

–Puedes comprobarlo tú misma; he comprado también unas cuantas narices de

payaso y en la tienda me han regalado un casco de vikingo –dijo al tiempo que sacaba de la bolsa un casco ovalado con dos cuernos de plástico y se lo ponía. –¿Qué te parece?

¿Da la impresión de que voy a conquistar Escandinavia? –dijo soltando una sonora carcajada que Adela juzgó demasiado irritante.

–Sí, está perfecto. Gracias –soltó entre dientes mientras le daba la espalda.

Diana nunca le había caído bien a Adela, siempre la juzgó como una pedante, y eso que ella era la empollona de la clase. En el instituto estaba rellenita, y con los años esa redondez se había convertido en un claro problema de obesidad. Era vulgar, con una risa chillona y modales de campesina. Adela la había aceptado porque, seamos sinceros, había conseguido muy poca gente para ayudarla a organizar todo y necesitaba cualquier ayuda que pudieran prestarle, pero, si hubiera habido gente suficiente, hubiera encontrado cualquier excusa para evitar estar cerca de Diana.

–Pues esto ya está –dijo Jero secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. –Por cierto, Adela, para el día de la fiesta tendremos aire acondicionado,

¿verdad? Porque si hace este calor vamos a acabar todos empapados en sudor.

–Por supuesto que tendremos aire acondicionado. Lo que pasa es que no podemos encenderlo hasta el día de la fiesta. La persona que me dejó el pabellón me explicó por qué, pero sus explicaciones empezaban a ser demasiado largas y le dije que sí a todo sin prestar mucha atención.

Adela miró alrededor, quedaba solo un día para tener a todos sus antiguos compañeros de clase reunidos y todavía faltaban muchas cosas por hacer. Debían montar las mesas para que los del *catering* trajeran la comida; su hija dijo que le iba a preparar una lista de reproducción de música para que no tuvieran que estar liados cambiando de CD; faltaba algo más de decoración y Bernardo se encargaría de crear un mural con fotos antiguas y actuales de los participantes, pero no sabía si estaría listo a tiempo. Demasiados cabos sueltos para alguien a quien le gusta tenerlo todo bajo control.

–¿Estás bien? Parece que te has quedado en las nubes.

–Sí, no te preocupes, pensaba en lo que nos queda por hacer.

Jero sonrió y le puso las manos sobre los hombros en un gesto que había hecho miles de veces durante los años de instituto. Adela se angustiaba con facilidad y necesitaba que alguien le recordara de vez en cuando que todo iba a salir bien. Volvió a tomar el rol de protector que llevaba interpretando durante tantos años.

–Todo va a salir estupendamente, esta fiesta la está organizando Adela Suárez,

¿qué más necesitas para saber que va a ser todo un éxito?

Adela sonrió y se adelantó para abrazarlo, le gustaba el olor de Jero, era un olor conocido, a salitre, a colonia fresca y a amistad. Era un olor que la conectaba con lo mejor de ella misma, que le recordaba noches de verano en el cine, excursiones en bicicleta y primeros besos. Lo mejor de su vida le había pasado al lado de Jero, y esperaba que siguiera siendo así.

La casa de sus padres estaba igual que la última vez que había cenado allí con ellos la víspera de salir hacia Madrid para comenzar a preparar el programa en Guatemala. Su hermano había venido con su Arturo y a su madre se le iluminó la cara cuando los vio aparecer a los dos juntos. El hecho de que ella estuviera tan feliz atenuó el golpe que le supuso el que Marta les anunciara que se iba de Cartagena para varios meses. Su padre no dejó escapar ni un atisbo de decepción en su semblante, a pesar de que así era como se sentía. Ahora que por fin parecía que todos empezaban a tener una vida normal, Marta les recordaba que su destino no era ser una chica de ciudad pequeña, sino tener una gran vida de estrella televisiva. Arturo, por su parte, le había caído estupendamente con ese hablar pausado y esos gestos de cariño hacia su hijo. Hacían buena pareja, se había dicho, y una vez más miró a Marta con tristeza deseando que algún día ella encontrara alguien que la mirara así.

Así que ahora se encontraba sola en el salón viendo un programa de decoración presentado por unos gemelos guapísimos. Iba vestida con unos shorts de flores y una camiseta de tirantes y llevaba el largo pelo moreno en un moño. Tenía el aire acondicionado a tope y maldecía la escayola cada vez que tenía que levantarse a por un vaso de agua bien fresca. Este agosto estaba siendo especialmente caluroso, y le recordaba el calor y la humedad que había vivido en la isla durante el tiempo que pasó allí. El programa estaba a punto de llegar al final y los hermanos iban a descubrir el resultado de la casa tras la

reforma cuando sonó el timbre de la entrada. Con un soplo se puso en pie y agarró las muletas para dirigirse a la puerta. Pasó por delante de las maletas que el conductor del coche de alquiler tuvo la amabilidad de llevar hasta la entrada, pero que ella no había tenido aún coraje para arrastrarlas hasta su habitación. Al abrir la puerta se quedó pasmada con la persona que estaba esperando al otro lado del jardín. Después de meses sin dar señales de vida, ahí estaba, delante de ella, sin haberla invitado, en carne y hueso su querida Susana.

–Hace un calor de mil demonios, vas a abrir la puerta o me doy media vuelta y me marcho a mi casa. –Por su tono dejaba claro que seguía enfadada con ella, que su última conversación aún no había desaparecido de la mente de Susana.

Marta se apresuró a abrir la puerta del jardín apretando el pulsador y vio cómo Susana recorría con unas rápidas zancadas la distancia que separaba la calle de la casa.

Entró como una exhalación, sin pararse a darle dos besos o a saludarla, y se dirigió directamente a la cocina. No fue hasta ese momento que Marta se dio cuenta de que llevaba unas bolsas de la compra y de que estaba metiendo comida y productos frescos en el frigo. Marta la miraba sorprendida. Susana se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente desde el quicio de la puerta de la cocina.

–No lo hago por ti, ¿sabes? –Marta dio un respingo, seguía sin entender nada–. Tu madre está en Tailandia y le pidió a la mía que viniera a echarle un ojo. Así que por la amistad que me une a Irene aquí estoy, te he traído comida, he verificado que sigues de una pieza y ya me puedo marchar. Álex vuelve dentro de un par de días y entonces será él quien se ocupe de hacerte de niñera –soltó la última palabra como si fuera un insulto.

–Sigues enfadada, Susana, lo entiendo, pero... Tienes que entenderme tú a

mí.

–Ya hablamos de eso en su momento, ya tuviste oportunidad de defenderte y de explicarte. Y lo único que hiciste fue ser una cobarde y huir a varios miles de kilómetros de distancia. Está bien, es tu vida, pero pusiste tu mierda de carrera por delante de tus amigos y por delante de un hombre que es demasiado bueno para merecerte. –Esas palabras se le clavaron a Marta mucho más profundo de lo que ella hubiera deseado.

–Te lo he dicho mil veces, no pasó nada entre Pablo y yo.

–¡Porque te fuiste! Por eso no pasó nada.

Se quedaron mirándose en silencio; Susana, con el rubio pelo recogido en una trenza lateral, parecía una valquiria dispuesta a entrar en combate. Ya estaba todo dicho, no hacía falta alargar más la conversación, así que con un gesto rápido Susana salió al jardín. Antes de que pudiera llegar a la calle, Marta habló:

–¿Cómo está Pablo? –No recordaba haberle dado permiso a su cerebro para decir esas palabras en voz alta, a pesar de que era en lo primero que había pensado al ver a su amiga en la puerta.

Susana se quedó parada a dos pasos de salir a la calle, bajó los hombros en un gesto de abatimiento.

–Tiene novia. Nunca lo he visto tan feliz –dijo sin darse la vuelta. No esperó a oír la respuesta de Marta, franqueó los dos pasos que la separaban de la acera y se dirigió a su coche sin mirar atrás.

Marta se quedó de pie en el porche unos minutos asimilando lo que Susana había dicho. Tenía sentido que Pablo tuviera novia; era guapo, simpático y muy inteligente. Ella era su amiga, o algo parecido, así que debería alegrarse por él. Pero no podía; ni, aunque buscara en lo más hondo de su corazón – como le habían enseñado en las clases de yoga –, era incapaz de encontrar alegría en el hecho de que Pablo hubiera rehecho su vida.

Cerró la puerta y volvió al salón con el ánimo por los suelos; tan mal se sentía que ni los dos decoradores guapos eran capaz de devolverle la sonrisa.

Miró instintivamente al sitio donde solía estar el cojín de Loken y que ahora se encontraba vacío. Daba la impresión de que todo el mundo la había abandonado. ¿O era ella quien había abandonado a todos y ahora cada uno seguía con su vida sin prestar atención a la de ella?

Los pasillos de un blanco immaculado reflejaban la luz de los potentes halógenos que iluminaban todas las estancias. El olor a desinfectante invadía cualquier rincón llenando su olfato del conocido «*olor a hospital*». Carteles con información sobre campañas de prevención del Ministerio de Sanidad decoraban las paredes de la sala de espera. Estaba de pie leyendo los carteles mientras pasaba el rato. Pablo había ido a visitar a su abuelo; el médico estaba en ese momento en la habitación hablando con su madre y él había preferido esperar fuera.

Una enfermera menuda, que llevaba un pijama blanco adornado con el logotipo del Servicio Murciano de Salud, se dirigía hacia él por el pasillo. Tenía el pelo moreno muy corto, a la altura de la mandíbula y llevaba una cinta de color azul para retirárselo de la cara. Su rostro era un óvalo perfecto, con una nariz respingona y unos ojos inteligentes. Le sonrió cuando lo vio por el pasillo y cuando estuvo a su altura le plantó un beso en los labios.

–¿Cómo está tu abuelo? –preguntó cuando se separó de él.

–No sé, mi madre está hablando con el médico ahora. Cuando vine hace dos días lo vi más animado, podía mantener una conversación lúcida sin problemas, pero, por lo visto, esta mañana ha vuelto a recaer. Le cuesta respirar y a veces parece completamente perdido. –La angustia se reflejaba en su voz.

El padre de Pablo era militar y habían cambiado muchas veces de ciudad durante su infancia hasta que finalmente volvieron a Cartagena cuando él estaba en el instituto. Recordaba los veranos en los que tenía que hacer cientos de kilómetros desde otros puntos de España para pasar las vacaciones con sus

abuelos. Su abuelo le enseñó a pescar, y a coger lapas en las rocas cercanas a la playa del Portús. Era un hombre formidable, que había sido marino durante más de cuarenta años y fue él quien montó a Pablo en un barco por primera vez y despertó en él una pasión por la navegación que aún seguía teniendo. Y ahora estaba tumbado en una cama de hospital, conectado a una máquina que le ayudaba a respirar, y Pablo se sentía incapaz de hacer nada por él.

–Seguro que se mejora, es un hombre fuerte.

–Sí, sí que lo es.

Otra enfermera se les acercó y se unió a la conversación.

–¿Otra vez por aquí? Ya te hemos dicho que estamos cuidando a tu abuelo estupendamente. Este sitio es mejor que el Hyatt –dijo la recién llegada tratando de animar un poco la conversación, pues notaba que Pablo estaba con el ánimo un poco decaído. Hablaba con un fuerte acento andaluz, pues, a pesar de llevar casi diez años en Cartagena, aún no había perdido su acento gaditano. Pablo le regaló una sonrisa fugaz y se apartó con la mano el flequillo que le había caído por encima de los ojos.

–Ya lo sé, Judith, de hecho, estoy pensando reservar un fin de semana, que me han dicho que el servicio aquí es de lujo. ¡Sobre todo la comida!

Judith rio de buena gana, pues, si bien la comida de hospital había mejorado en los últimos años, seguía siendo una de las asignaturas pendientes de la Sanidad Pública.

–Vaya cachondeo tiene tu novio, Lola –sonrió mientras gesticulaba aparatosamente. –Por cierto, te necesitan en la 341, no te preocupes, que ya me quedo yo vigilando a este.

Lola se giró hacia Pablo y le dio otro beso antes de darse la vuelta y dirigirse de nuevo al pasillo demasiado iluminado del ala de Medicina Interna del Hospital Santa Lucía. Él se quedó unos instantes mirando cómo se alejaba, deleitándose en su manera de caminar con pasos cortos y calmados, en su espalda y en la forma de su cuello. Y de repente, en un momento en el que su propia mente le jugó una mala pasada recordó otro cuello, más estilizado,

bronceado, enmarcado por una melena morena que caía en suaves ondas hasta media espalda. Sacudió la cabeza tratando de ahuyentar la imagen y se dio cuenta de que Judith lo miraba divertido.

—¡Te has quedado *embelesáo*, Pablito! Tú sí que estás *enamorado*.

Se marchó riéndose mientras Pablo se encogía de hombros y corría de nuevo a sentarse en la sala de espera. Cuando parecía que todo iba bien, ella volvía a entrar por algún tipo de puerta trasera que existía en su mente y él se quedaba desarmado, temiendo el recuerdo como de aquello que pudo ser y no fue.

El día por fin había llegado, las vacaciones se habían acabado para todo el mundo y el equipo de la Brigada de la Policía Judicial de Cartagena volvería a estar completo. Pilar no podía ocultar su entusiasmo, y lo demostró trayendo empanadillas, pasteles de carne y agujas de atún suficientes como para dar de comer a todos los asistentes a un partido Madrid-Barça. Era algo que no podía evitar, le gustaba alimentar a todo el que se encontrara a su alrededor, sobre todo a sus compañeros más jóvenes, que le daba la impresión de que nunca comían lo suficiente. La secretaria de la unidad, una cincuentona regordeta con el pelo teñido de rubio y a menudo recogido en un moño, estaba de un humor excelente.

Lo primero que hizo al entrar a la sala que tenía reservada la unidad fue dirigirse a la cafetera para ponerla en marcha, luego dispuso sobre la mesa de la pequeña cocina todo el surtido de especialidades reposteras que había comprado en una panadería cercana y por último se dirigió a su mesa para esperar a sus compañeros.

El primero en hacer acto de presencia fue el inspector José Antonio Martínez, que era el responsable de la unidad y tenía una gran amistad con el comisario. Tenía poco más de cincuenta años, con el cabello entrecano y le encantaba lucir unas gafas espejadas que le habían valido el sobrenombre de

Horatio por parte de los miembros de su equipo.

–¡Jefe! ¡Qué alegría volver a verlo! –dijo abalanzándose sobre su superior para darle un abrazo. Antes de que el inspector Martínez tuviera tiempo de responder, comenzó a hablar a una velocidad que haría palidecer cualquier conexión de fibra óptica. –¡Pero qué paliducho está! ¿Seguro que ha pasado las vacaciones en la playa? Porque a mí me dice que ha estado escondido en el fondo de una cueva y me lo creo. Me lo imagino haciendo pinturas rupestres como los de Altamira. ¿Y a su mujer le parece bien? Porque mira que su Concha es una mujer de bandera y, visto lo visto, la pobre tiene el cielo ganado.

El inspector sonrió a su compañera con cariño. Parecía imposible, pero había echado de menos la interminable cháchara de Pilar. En ocasiones le ponía de los nervios, pues le costaba ir al grano, pero no se podía negar que era una mujer de excepcionales recursos sin la que la unidad no podría funcionar.

–Yo también me alegro de estar de vuelta, Pilar. Ya sabes que yo no soy mucho de playa, que me va más la montaña.

–¡No diga tonterías! Con lo bien que se está al solecito bajo la sombrilla. Yo recuerdo cuando me iba con mis hijos a Calblanque y nos llevábamos la nevera para comer en la playa. El bistec empanado nunca sabe tan bueno como cuando te lo comes a la orilla del mar.

El inspector estaba a punto de responder que él prefería comérselo recién sacado de la sartén y no frío en un sitio donde al más mínimo gesto todo se llena de arena, pero se vio interrumpido por la llegada de Pablo. Iba mirando el móvil y se quedó sorprendido de ver a su jefe y a Pili en la misma puerta de la unidad.

–Mira, Pablo, el jefe ya está de vuelta –dijo Pili sin poder ocultar su entusiasmo. Pablo era el más tímido del equipo, un *geek* que había acabado en la Policía

Nacional tras haber estudiado Psicología y darse cuenta de que su vocación

era otra. Llevaba el pelo castaño, ligeramente largo, algo que le daba un toque un tanto sesentero y el flequillo le caía encima de las gafas de pasta con frecuencia. Saludó al inspector Martínez con un apretón de manos y se dispuso a hacer las preguntas de rigor que se le hacen a alguien cuando vuelve de vacaciones.

–Bueno, ¿y cómo ha pasado las vacaciones?

–Encerrado en un piso por no tener que escuchar a los niños que en verano inundan cualquier rincón del litoral y pagando una barbaridad por cualquier producto porque «estamos en agosto» –acompañó la frase haciendo el gesto de comillas en el aire– y los comerciantes aprovechan para estafar a los ciudadanos de a pie. Pero, vamos, si no tenemos en cuenta eso, todo estupendamente. –Sonrió de medio lado y Pablo notó que había verdad e ironía a partes iguales.

Antes de que tuvieran tiempo de continuar la conversación, Pili ya se había plantado delante de ellos con una bandeja en la mano.

–Jefe, cómase una empanadilla, que seguro que con eso se le pasa el disgusto de haberse ido de vacaciones a la playa –dijo en tono zalamero mientras le ponía la bandeja delante de las narices al inspector Martínez. Él no tuvo más remedio que aceptar y comenzó a dar buena cuenta de la empanadilla de frito que Pilar le había traído–. Pablo, cógete un pastel de carne, que yo no sé qué has hecho este verano, pero te me estás quedando en los huesos.

–Eso es porque desde que tiene novia no para de hacer ejercicio, ¿no es verdad, fiero? –Plantado en la puerta de la unidad con una sonrisa canalla, Raúl miraba desde su metro ochenta y cinco.

Cuando Pili lo vio dio un grito de alegría, dejó la bandeja en su escritorio y se lanzó a darle un abrazo.

–Pili, sé más discreta, que todo el mundo va a darse cuenta de lo que pasa entre nosotros –dijo con una sonrisa aún más canalla que la anterior, que iluminó sus ojos verdes justo antes de que guiñara uno a Pili.

–Desde luego, ¡eres incorregible, Raúl! ¿Cómo está Estrella? ¿Se lo ha

pasado bien en la playa? ¿Y tu mujer, cómo se encuentra? Hace una eternidad que no la veo, y tenemos que quedar un día, aunque solo sea por el gusto de hablar, de echarnos unas risas. Ya sabes lo que digo, cosas de chicas.

Raúl sonrió con ganas mientras miraba a Pili a los ojos y le daba un sonoro beso en la mejilla.

–¡Ay no te imaginas lo que te he echado de menos! Por cierto, ¿se huele a café o estoy soñando?

Pili no necesitó más indicaciones y salió disparada a llenarle una taza a Raúl al tiempo que le traía una aguja de atún en una servilleta. Él no puso ningún tipo de oposición y dio cuenta con ganas de la comida y del líquido humeante que Pili le había servido.

–A mí no me ha dado ningún abrazo –le susurró Pablo aprovechando un momento en el que la secretaria hablaba con el inspector.

–Eso es porque yo soy su favorito –y Raúl le regaló otra de sus características sonrisas.

La última en llegar fue Susana, saludó a todo el mundo con dos besos y le preguntó cortésmente al inspector Martínez por sus vacaciones. No hacía falta preguntarle a Raúl, él ya se había encargado de enviarle fotos, vídeos y mensajes prácticamente cada día. Su hija Estrella estaba en un momento maravilloso y entendía que Raúl quisiera compartir con los demás cada pequeño avance en la vida de su pequeña. Susana era menuda, con una maravillosa piel de porcelana y el pelo rubio que llevaba recogido en un moño bajo adornado con una trenza. Había entrado en el cuerpo al terminar el bachillerato y había ido ascendiendo hasta llegar al grado de inspectora tras haber terminado sus estudios de Derecho en la Universidad a Distancia.

–Bueno, el tiempo de los reencuentros ya ha pasado, ahora sería conveniente que nos pusiéramos todos a trabajar un poco –dijo el inspector Martínez al tiempo que se dirigía a su despacho.

Los demás lo imitaron y se sentaron en sus mesas, salvo Pili, que fue a por una empanadilla, que dejó discretamente en la mesa de Susana al tiempo que

le guiñaba un ojo. La joven le respondió con una sonrisa y le lanzó un beso silencioso. Pili vertebraba el equipo de alguna extraña manera, era a la vez madre, jefa en la sombra y ángel guardián de todos los miembros del equipo. Sin olvidar que era endiabladamente buena haciendo su trabajo.

Había pasado hora y media en la peluquería, se había puesto mechas, cortado las puntas y hecho la manicura. La verdad es que le había costado una pequeña fortuna, pero estaba muy satisfecha del resultado, además de que el dinero nunca había sido problema para ella. No aparentaba tener cuarenta y dos años, de hecho, apenas aparentaba los treinta y cinco, así que se permitió coquetear con uno de los jovencísimos peluqueros un par de minutos antes de decidirse a salir a la calle. Se miró en el espejo de la peluquería y le regaló una sonrisa confiada a la imagen que se reflejaba.

Movió la cabeza al salir a la acera para que el pelo recobrar su movimiento y sonrió encantada al ver cómo los taxistas parados en frente de la peluquería no le quitaban ojo de encima. Su melena dorada caía formando ondas por su espalda como si fueran fuentes de oro; la peluquera había hecho un trabajo excelente con el color de las mechas, se diría que su pelo atrapaba la luz del sol y la reflejaba como si se tratara de una cascada de oro líquido.

Emma se dirigió a su trabajo con paso calmado. Atravesó la Plaza de Juan XXIII, la calle Santa Florentina y entró en la Calle Mayor. Esta calle es el eje principal de Cartagena que permite el acceso entre el casco antiguo y el puerto. En el siglo XVIII, y aprovechando el tirón económico que trajeron la minería y la industria local, se construyeron el Palacio de la familia Molina, la Casa-Palacio del Almirante Escaño o el Palacio del Marqués de Casa Tilly. Este último es un palacio barroco construido en 1762 y que hoy alberga el Casino de la ciudad. Las armas del Marqués de Tilly pueden observarse aún en la puerta de entrada. La huella del increíble arquitecto modernista Víctor Beltrí también puede observarse en esta calle. La Casa Llagostera, es una de

las construcciones más emblemáticas del arquitecto y que representa perfectamente el estilo cartagenero con sus balcones centrales y miradores laterales. El edificio consta de tres plantas, con una impresionante fachada cubierta de azulejos, que representan a Minerva y a Mercurio, así como el escudo de Cartagena. Otra de las grandes obras de Beltrí es la Casa Cervantes, que fue el primer encargo del arquitecto en la ciudad y que le abrió la puerta para que la burguesía cartagenera de comienzos del siglo XX confiara en él para diseñar sus viviendas. El edificio ha sufrido numerosas reformas y solo se conserva la fachada original. Emma suspiró al pasar por delante de la puerta de la entidad bancaria que posee actualmente esta joya arquitectónica de Cartagena.

Era temprano, pero la ciudad ya bullía de actividad: los equipos de limpieza se afanaban limpiando la calle con agua a presión, y los camiones de reparto salpicaban la calle peatonal descargando su preciada mercancía a las tiendas. Emma se paró delante de una coqueta *boutique* que exhibía en su escaparate piezas de lujo de diseñadores franceses e italianos. Un impresionante top con un hombro al aire recubierto de lentejuelas blancas y negras, que formaban un dibujo que recordaba a la Noche Estrellada, de Van Gogh, era la pieza principal del escaparate. Emma sacó las llaves del bolso y subió la persiana al tiempo que desconectaba la alarma.

Una vez dentro de la tienda se dirigió al equipo de música y puso un CD de Sinatra en el reproductor. «*Come fly wit me*» comenzó a sonar por toda la tienda mientras la melodiosa voz de Sinatra inundaba cada rincón. Ella hubiera preferido algo un poco más movido, pero a sus clientes les gustaba Sinatra, Nina Simone o Tony Bennet.

Se miró en el espejo del probador una vez más y se sintió encantada con la imagen que vio reflejada. Su cuerpo torneado a base de pilates y de clases de electroestimulación, y un cutis perfecto, con algunos retoques imperceptibles, aunque ella siempre decía, si se le preguntaba, que todo era producto de una buena genética y de una dieta esencialmente vegetariana. Claro que nadie le

creía, pues todo el mundo sabía que era hija de uno de los mejores cirujanos plásticos de toda la región y que un cutis tan terso pasada la cuarentena se conseguía a base de dormir ocho horas diarias, beber mucha agua y algunos *fillers* de colágeno y de elastina de vez en cuando.

Cogió una chaqueta negra de uno de los percheros. Tenía cadenas doradas y blancas en los puños y en los bolsillos, se la probó por encima de la blusa y se quedó satisfecha con la combinación, pero notaba que faltaba algo. La dejó en su sitio y siguió vagando por la tienda.

¡Maldita Adela y sus malditas ideas! Siempre fue una metomentodo en el instituto y por lo visto un cuarto de siglo más no la había hecho más lista. Esta reunión de antiguos alumnos la llevaba de cabeza, tanto es así que ni siquiera había decidido si iba a ir o no. Emma fue una auténtica estrella en el instituto, era preciosa (y lo seguía siendo), buena estudiante y la mejor jugadora de balonmano que conoció Cartagena a principio de los años noventa. Su novio de aquella época era Jesús, era muy bueno en atletismo y otro estudiante modelo. Hacían una pareja de ensueño digna de cualquier portada de revista del corazón: jóvenes, guapos y atléticos. Aunque sus orígenes no podían ser más dispares, si bien la familia de Emma estaba forrada, Jesús no contaba con esa suerte. Era el quinto en una familia de siete hermanos de origen bastante humilde; su padre trabajaba en Bazán y su madre, limpiando casas. Se había forjado un futuro con mucho trabajo y parecía que el estar con Emma era la culminación de todo ese esfuerzo. A pesar de que eran la pareja perfecta y de que Emma fantaseaba con estudiar Medicina todo se truncó de pronto y sin razón aparente: dejó a Jesús, faltó a la final de balonmano contra un equipo de Lorca, y el equipo del instituto acabó perdiendo el campeonato regional y aprobó selectividad con un cinco raspado, que dio al traste con su sueño de convertirse en doctora.

Sacudió la cabeza para apartar esas ideas de su mente y se dijo que no iría, que, si habían pasado veinticinco años sin verse, bien podían pasar otros veinticinco. Esa gente ya no formaba parte de su entorno, había encauzado su

vida y no necesitaba volver a ver a nadie. Sin pensarlo cogió un vestido azul eléctrico con cuello *halter*, ese modelo le quedaría de infarto y conseguiría ser la envidia de la fiesta, además de que el azul quedaba de maravilla con sus nuevas mechas.

–¡Maldita seas, Adela! –dijo en voz alta a nadie en especial mientras se dirigía al probador con el vestido en la mano. Si iba a reencontrarse con sus compañeros de instituto, iba a demostrarles que Emma Rodríguez era una triunfadora, una auténtica superviviente.

–¿Cómo está mi perro? ¿Me echa de menos? –quería sonar neutra, pero no pudo evitar que su voz saliera un poco aguda por la emoción.

Mientras estaba en Guatemala había podido hablar muy poco con Álex por la diferencia horaria y porque las conexiones eran un desastre donde estaban alojados; ahora que por fin estaba de vuelta en casa pensaba recuperar el tiempo perdido y lo llamaba cada día. En ocasiones hasta dos veces, simplemente para cerciorarse de que su perro no se había olvidado de ella.

–Está de maravilla, ayer fuimos a visitar la Cerrada de Elías y, aunque nos pegamos una caminata de campeonato bajo un sol de justicia, debo reconocer que Loken se lo pasó de maravilla saltando en el agua y persiguiendo mariposas.

–Parece un episodio de la Casa de la Pradera –rio Marta.

–Ríete lo que quieras, pero nos lo estamos pasando estupendamente con Loken.

De hecho, el otro día pillé a Arturo mirando razas de perro en el móvil.

–Ten cuidado, que de tener un perro a ponerte una alianza en el dedo hay solo un paso –rio una vez Marta y notó, a pesar de la distancia, que su hermano se ruborizaba al otro lado del teléfono.

–Bueno, deja de adelantar acontecimientos; de momento nos va muy bien y no quiero que lo gafes. –Y se buscó un trozo de madera que poder tocar. Menos mal que estaba en mitad de la sierra donde había madera por todas partes y no le costó demasiado acercarse a un joven olivo que estaba en el

jardín y acariciar con respeto una de sus ramas. Alejandro era racional hasta límites insospechados, pero incluso una persona tan analítica como él tenía sus propias supersticiones, y hablar de su futuro sentimental era la mayor de todas.

–¿Cuándo volvéis? Me estoy aburriendo como una ostra...

–Dentro de dos días, así que no seas pesada, que los que no podemos pasarnos tres meses en el Caribe nos tenemos que conformar con unos pocos días en la sierra al lado de casa, así que ¡no me metas prisa, hermanita!

–Está bien, pero es que... ¡me aburro! No puedo ir a ningún sitio, hace un calor de mil demonios y ni siquiera tengo a mamá para sacarla de quicio y tener algo con lo que entretenerme. –Se rascaba por debajo de la escayola con una mano mientras sujetaba el móvil con la otra.

–Tus muestras de amor filial seguro que la conmueven.

–No te metas conmigo, es el aburrimiento el que habla, además me pica la escayola y te echo de menos. ¿Cuándo has dicho que vuelves?

–En unos días, déjalo ya. Vas a tener que apañártelas sin nosotros.

–Está bien –respondió al otro lado del teléfono Marta sin mucho convencimiento.

–Oye, si quieres le digo a Pablo que vaya a visitarte.

Marta se quedó helada. ¿Había oído bien o el calor estaba haciendo que perdiera la cabeza? ¿Su hermano, que se encontraba a casi trescientos kilómetros, le acababa de decir que iba a enviar a Pablo a su casa? ¿Sabía siquiera Pablo dónde vivían sus padres? Como tardó un rato en hacerse estas preguntas mentalmente Alejandro comenzó a impacientarse al otro lado de la línea.

–Hermanita, ¿sigues ahí? ¿Has oído lo último que he dicho?

–Sí, sí, lo siento. Es que me ha entrado un whatsapp de la cadena al mismo tiempo y lo he tenido que leer –mintió como pudo, aunque no sonó demasiado convincente.

–Está bien, te decía que si quieres se lo digo a Pablo, puede pasar a echarte un vistazo y darte conversación.

–No es necesario, en verdad no estoy tan aburrida, es solo para molestarte un poco.

Venga, pregúntaselo, pregúntale desde cuándo se ha hecho tan amigo de Pablo.

Pero fue incapaz. La cuestión murió en sus labios mucho antes de haber sido formulada.

–Bueno, pues en ese caso te dejo, que Arturo quiere que vayamos a ver a unos artesanos de la zona que hacen maravillas con el cuero.

–Pasáoslo de maravilla y cuídate mucho, ¿vale?

–Entendido, y no te preocupes, que en cuanto volvamos iremos a verte incluso antes de pasar por casa a darnos una ducha, después de tres horas de coche en pleno agosto y con un perro.

Marta sonrió al teléfono y le dio las gracias a su hermano. Se sentía un poco menos sola después de haber hablado con él. Hasta que recordó lo de Pablo, pensó en llamar a Susana para preguntarle, pues le apetecía cotillear sobre el tema, pero se detuvo a medio camino de coger el móvil. Susana no quería saber nada de ella, y de momento debía respetarlo.

Cuando Adela se puso en contacto con él, su primera reacción fue de sorpresa; no había guardado el contacto con casi nadie de su clase, y le sorprendió que Adela hubiera sido capaz de dar con él. Claro que, si ella había seguido como en los años noventa, no había ninguna empresa que se propusiera que no fuera capaz de llevarla a cabo. Tras acabar el instituto había tenido unos años oscuros en los que había drogas, pequeños hurtos y alguna que otra gamberrada que se salieron de madre y fueron catalogadas como actos vandálicos. Hasta que encontró su camino. Recordar aquella época no le resultaba agradable, pero había aprendido a perdonar, a ser mejor persona, a seguir adelante guiado por la palabra de Dios.

Valentín Frutos había abandonado aquella vida el día que a su padre le dio un infarto mientras él estaba robando unas botellas de vodka barato en un supermercado del barrio. Cuando llegó al hospital y vio a su padre tumbado en la cama bajo aquellos horribles fluorescentes se hincó de rodillas y le rezó a un Dios en el que nunca había creído realmente. Le pidió que su padre se recuperara y a cambio él entregaría su vida a ser un buen ser humano.

Su padre salió del hospital unos días más tarde; le habían mandado unas pastillas para el corazón y un montón de análisis clínicos, pero estaba fuera de peligro. Valentín estaba seguro de que había sido gracias a él que su padre se recuperara y decidió cumplir su parte del trato. Dejó a sus antiguos compañeros de fechorías y se dirigió a la parroquia del barrio para hablar con el cura. Era prácticamente la primera vez que pisaba una iglesia desde que había hecho la comunión, y se sintió raro rodeado de esa semioscuridad y del olor a incienso. El párroco le escuchó atentamente y sonrió cuando terminó su relato. Le puso una mano en el hombro y le acompañó en su nueva senda espiritual.

De aquel encuentro habían pasado ya más de veinte años y él había cumplido la promesa que le hizo a Dios aquella noche a los pies de la cama de su padre. Se había entregado a la Iglesia, había estado varios años en Asia y en América Latina trabajando como misionero. Era un hombre de gustos sencillos, piel bronceada y una increíble voracidad lectora que disfrutaba tanto de textos sacros como de cualquier otro tipo de libros. Pertenecía al movimiento reformista de la Iglesia y fue uno de los que más aplaudió la llegada de Francisco I al sillón del Vaticano cuando se produjo el cambio de pontífice.

Ahora debía enfrentarse a otro reto, a sus antiguos compañeros de instituto. Debido a sus continuos viajes, apenas había podido mantener el contacto con uno o dos de ellos, además de que no disfrutaba demasiado de las nuevas tecnologías, lo que lo convertía en un ermitaño digital. Mañana por la noche volvería a verlos, y ya no sería el estudiante del fondo de la clase que se metía siempre en líos, ahora era un hombre nuevo. Se pasó por la cabeza un rosario

de cuentas de madera que le regalaron los habitantes de una aldea de Perú cuando estuvo con ellos durante tres años, y se lo metió por dentro de la camiseta. Le gustaba llevarlo consigo cuando salía a la calle, le gustaba pensar que le protegía de caer en la tentación de volver a su antigua vida. Se calzó unos zapatos veraniegos, hizo rápidamente la señal de la cruz delante del espejo y salió de casa a disfrutar de un tranquilo paseo.

Jesús estaba sentado en la terraza de una cafetería de la Plaza Juan XXIII. Hacía bastante calor, pero la sombra de los arcos de los soportales que rodeaban la plaza hacía que fuera más llevadero. Se había pedido una cerveza y una tapa de ensaladilla mientras leía distraídamente el periódico. Pequeñas gotas de condensación se acumulaban sobre la superficie marrón de la botella de cerveza. Miró hacia la cafetería y la camarera le dedicó una enorme sonrisa. Sabía que debería sentirse halagado, pero no fue capaz de devolvérsela y al poco la camarera perdió el interés en él.

Para tener más de cuarenta años Jesús se conservaba estupendamente, su pasado como deportista de élite se dejaba adivinar por su fuerte espalda y sus músculos bien torneados. Llevaba una cuidada barba en la que ya empezaban a asomar algunas canas que le daba un aspecto muy distinguido. Estaba bronceado, pues una de sus aficiones favoritas era salir a navegar, y en verano pasaba gran cantidad de tiempo en su barco para huir de la masa de gente que tomaba por asalto las playas. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos de color verde aguamarina, que contrastaban con su bronceado. Llevaba una camisa azul celeste hecha a medida y unas bermudas grises que resaltaban su tez morena. No había lugar a discusión, era un hombre muy a puesto.

Estaba tratando de concentrarse en su lectura de la sección de deportes cuando oyó una voz detrás de él.

—No lo puedes evitar, cada día estás más gordo.

Sonrió de oreja a oreja y dijo sin darse la vuelta mientras se levantaba:

–Y tú más calvo.

Se plantó delante de Jero y tras mirarlo un instante a los ojos le dio un sincero abrazo. Ambos hombres se conocían desde los tiempos del instituto y habían sido capaces de mantener la amistad a pesar del tiempo que había transcurrido.

–Ahora en serio, ¿cómo haces para estar más joven cada vez que te veo? – sonrió Jero mientras cogía una silla y se sentaba al lado de su amigo.

La camarera le trajo una cerveza y un trozo de tortilla que había pedido en la barra antes de acercarse a Jesús y cuando se marchó le regaló de nuevo una sonrisa coqueta.

–No solo estás cada día más guapo, sino que ahora hasta la camarera quiere ligar contigo. ¿Pero esa chica sabe la edad que tienes?

Jesús sonrió y le dio un trago a su bebida.

–Supongo que no, si lo supiera huiría despavorida, casi tengo edad para ser su padre.

–Yo no diría tanto, pero sí que le sacas un buen puñado de años.

Hizo un descanso y miró detenidamente a Jesús; ahora se daba cuenta de cosas que no saltaban a simple vista: unas ojeras enmarcaban sus increíbles ojos, unas pequeñas arruguitas comenzaban a perfilarse en una piel que lucía perfecta desde lejos, y parecía agotado. Este hacía girar su botellín entre las manos.

–Hablemos de verdad, ¿cómo lo llevas? Sé que estas son las primeras vacaciones que pasas sin María. Ya sabes que me tienes para lo que haga falta, tío –añadió mientras le posaba su enorme manaza sobre el hombro.

Jesús se encogió un poco en su asiento, iba a soltar una excusa, una de tantas que ya tenía bien ensayadas de tanto repetirlas, pero se arrepintió en el último instante. Era Jero quien tenía delante, él no le juzgaría y, sobre todo, no trataría de mostrarle piedad, eso era algo que no soportaba.

–¿Quieres la verdad?

–Por favor.

–Es una mierda. Una mierda absoluta. La veo en todas partes: cuando huelo a lavanda me recuerda a ella, cuando paseo por la playa la veo a ella, cuando me invitan a cenar en un restaurante me imagino con ella... Hace seis meses que perdimos la batalla contra el cáncer y yo todavía no me he repuesto.

Jero asintió lentamente, no podía ni imaginarse por lo que estaba pasando su amigo.

–¿Y qué tal la peque?

–Ella parece que lo lleva mejor que yo. ¿Te lo puedes creer? Mi hija de seis años

me da lecciones de entereza.

–Ya sabes que si quieres se puede venir unos días con nosotros, a los gemelos les cae de maravilla, y me consta que a tu hija no le importa pasar un rato con mis dos trastos.

–Gracias por proponerte, pero no es necesario. Una de las mejores cosas de tener seis hermanos es que mi hija tiene muchísimos primos con los que jugar. El verano se lo ha pasado visitándolos, y luego se ha ido unos días con mis padres. Me gustaría terminar las vacaciones con ella, pasando unos cuantos días en el barco antes de que empiece el colegio. Creo que nos vendría bien a los dos.

–Es una idea genial, pero supongo que esperarás hasta después de la fiesta, ¿verdad?

Jesús lanzó un suspiro y evitó la mirada de Jero.

–No lo sé, la verdad. Ya sabes que para mí es complicado.

–¿En serio no vas a venir? Tú sabrás lo que haces, pero si no vienes lo más probable es que Adela vaya a buscarte personalmente. Ni aunque estés anclado en medio del mar la frenaría, se coge una piragua y te saca del barco a rastras si es preciso.

Jesús rio de buena gana.

–¿Sigue siendo igual de intensa?

–Más, mucho más. Así que si yo fuera tú no la cabrearía. Además, es un buen

momento para reencontrarnos con antiguos compañeros y recordar aquellos tiempos en los que teníamos acné y una pelusilla sobre el labio superior. Aunque, ahora que me fijo, tú todavía la sigues teniendo. ¡A ver cuándo te crece una barba de verdad! –bromeó mientras le guiñaba el ojo.

Jesús volvió a soltar una carcajada. Por eso le gustaba quedar con Jero, porque podía ser él mismo y porque su amigo seguía guardando la misma frescura que tenía veinte años antes. Siempre había tenido un gran sentido del humor y era el gracioso del grupo.

–Bueno, te tengo que dejar que no todos podemos pasarnos la vida navegando en un yate por el Mediterráneo –dijo Jero mientras se ponía en pie dispuesto a despedirse.

–Eso te pasa por haber estudiado una carrera. Mírame a mí que no soy nadie y, sin embargo, estoy forrado –volvió a reír de buena gana. Comenzó a sacar la cartera para pagar la consumición de los dos, pero Jero se lo impidió con vehemencia.

–Esta vez invito yo, en serio. Ya sé que tú debes ser la décima fortuna de la región o algo parecido, pero ante todo eres mi amigo y de vez en cuando me toca invitarte. –Le dio un fuerte abrazo de despedida antes de dirigirse hacia el interior de la cafetería para pagar la cuenta.

Jesús asintió mientras lo veía alejarse con una sonrisa en los labios. En verdad, ya no era la décima fortuna, había pasado a ser la octava durante el último año. Se quedó en silencio meditando sobre la fiesta que estaba organizando Adela, porque por mucho que Jero quisiera hacerle creer que él también está implicado en la organización, esta fiesta olía a locura de Adela Suárez desde kilómetros de distancia. Le había dicho a Jero que asistiría, pero tenía miedo de encontrarse con Emma, claro que gracias a ella había llegado a ser el hombre que era ahora.

Cuando el final del instituto se acercaba cada vez más, él tenía previsto estudiar una carrera y fantaseaba con ganar suficiente dinero como para poder estar a la altura de la familia de Emma. No imaginaba su vida sin ella y por

eso cuando lo dejó sin previo aviso le partió el corazón. Sus notas en selectividad fueron buenas, pero podrían haber sido mejores y para alejar el dolor que sentía se dedicó a entrenar. A entrenar sin descanso, a todas horas. Correr empujaba el dolor lejos, nadar le borraba los recuerdos y la bicicleta le permitía escapar de la que ahora era su vida. El esfuerzo físico le impedía pensar en ella y le abrió otras puertas. Sin apenas darse cuenta, se convirtió en subcampeón juvenil de España de triatlón y esa fue solo la primera de una carrera marcada por las victorias. Sus éxitos deportivos y sus profundos ojos aguamarina le abrieron las puertas de los patrocinadores y en poco tiempo se convirtió en uno de los rostros más conocidos del atletismo español. Anunciaba, desde coches, comida e incluso viajes; todo el mundo quería contar con él para promocionar sus productos.

Cuando decidió retirarse de la competición, abrió un gimnasio y se dedicó a ser entrenador personal, porque pensaba que encontraría una vida más tranquila fuera del foco público. Lo que Jesús no podía imaginarse era que el negocio le fuera tan bien que después de ese primer gimnasio vino un segundo, y luego un tercero y ahora tenía franquicias por todo el Levante español. Había creado una línea de complejos vitamínicos para deportistas, una línea de ropa e incluso había ayudado a perfeccionar varias máquinas de musculación. Ahora completaban su negocio una inmobiliaria, dos restaurantes y una tienda de alquiler de motos de agua en Ibiza, lo cual lo convirtió en uno de los cartageneros más ricos de todos los tiempos.

Y, sin embargo, temblaba como una hoja arrastrada por el viento ante la idea de volver a encontrarse con Emma. En estos veinticinco años se habían cruzado un par de veces, casi siempre acompañados de sus respectivas parejas y tras unas frases de cortesía se habían marchado cada uno por su lado. Pero sentía en lo más hondo de su ser que esa fiesta iba a ser distinta, no podría escaparse rápidamente diciendo que le esperaban en otro sitio y además iría solo. Con María a su lado todo sería mucho más simple, pues ella era como un escudo cuando estaba cerca de él, sin embargo, ahora tendría que

enfrentarse a su pasado completamente desarmado.

Susana estaba mirando por la ventana, observando cómo el viento agitaba las hojas de los árboles que se encontraban al otro lado de la Rambla de Benipila que rodeaba la comisaría por su lado oeste. Pablo se le acercó y se situó al lado de su compañera.

—¿Qué miras con tanto detenimiento? Cualquiera diría que tratas de buscar respuestas en el viento como los chamanes indios.

Susana suspiró; llevaba días un poco distante, trataba por todos sus medios de parecer normal a los ojos de sus compañeros, pero Pablo la conocía demasiado como para no darse cuenta de que algo estaba ocurriendo.

—No es nada, solo me he quedado embelesada mirando aquel árbol. Pablo arqueó las cejas, no se había creído ni una palabra.

—Susana, que soy yo... Te pasa algo, y si quieres no me digas lo que es, pero no me mientas porque eso me hace daño.

Bajó los hombros abatida.

—Tienes razón, tú menos que nadie te mereces que te mienta. El caso es que... No sé muy bien cómo decirlo, así que lo voy a soltar sin más, porque lo de dar rodeos innecesarios es especialidad de Pili no mía. Pablo, Marta ha vuelto a Cartagena.

Aunque trató de disimular, dio un pequeño respingo que no pasó desapercibido a su compañera. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, un gesto que solía hacer cuando estaba nervioso.

—¿Cómo está? —preguntó con un tono de voz algo más agudo que lo normal y tuvo que carraspear un par de veces para recuperar la normalidad.

—Pues con una pierna escayolada. No te puedo decir mucho más, le llevé comida y ya está. La verdad es que no me apetecía mucho hablar con ella.

Se quedó en silencio mirando los árboles y el jugueteo de las hojas mecidas por el viento. Marta estaba de vuelta, eso no se lo esperaba. Había visto el

accidente por la tele, como toda España, e incluso pensó en escribirle un mensaje para saber cómo se encontraba, pero desechó la idea. Aún era muy pronto, si abría esa puerta, seguramente, no sería capaz de cerrarla. Además, estaba Lola, ella no tenía ni idea de que su compañera de instituto, de la que había estado profundamente enamorado y que volvió durante unas semanas a su vida, era la presentadora más sexy del país. Y lo que desde luego no sabía, y esperaba que pudiera seguir siendo así, es que estuvo a punto de besarla y que, cuando Marta anunció que se marchaba para rodar el programa, se le rompió el corazón.

–Te has quedado muy callado, Pablo –Susana lo miraba con preocupación.

–Lo siento, es que... No me lo esperaba. Creí que se quedaría en Madrid, como sus padres no están y Álex y Arturo tampoco, pensé que estaría mejor en la capital. Me he quedado un poco sorprendido, eso es todo.

Susana se mordía el labio con fuerza, tenía un debate interno entre contarle a Pablo toda la historia o dejarle con la versión reducida. Ella lo había visto en aquella fatídica cena aguantando el tipo como podía, riendo las bromas de Raúl, que era ajeno a todo, y sorteando las preguntas de Pili sobre su mala cara. Ella lo había llamado y visitado los días posteriores a la marcha de Marta, lo había obligado a salir del apartamento y le había presentado a cualquier amiga soltera que tuviera. Había estado a su lado tratando de recomponer los pedazos, ayudándole a levantarse cuando él apenas tenía fuerza. Y encima su abuelo sufrió una recaída de su enfermedad y parecía que no saldría adelante. Había ido con Pablo a visitarlo al hospital y no se le había escapado lo atenta que se mostraba aquella enfermera de pelo corto con él. Así que le animó a que la invitara a salir o al menos a que le pidiera su número de teléfono, le vendría bien conocer a gente nueva. Cuando al fin empezaron a salir juntos se alegró de corazón por él, pues es alguien que se merecía ser feliz más que cualquier otra persona que hubiera conocido. Por eso dudaba, sabía que se le debía toda la verdad, pero, por otro lado, ahora Pablo era feliz, y no quería que volviera a encerrarse en sí mismo.

–Eso no es todo, ¿verdad? Pasa algo más, Susana, cuéntamelo.

Se mordió el labio una vez más y tras un sonoro suspiró decidió que debía saberlo.

–Preguntó por ti. Por nadie más, solo por ti.

Pablo tragó saliva y una mirada que Susana no supo interpretar cruzó por su semblante.

–¿Y qué le dijiste?

–Que tienes novia y que nunca te he visto tan feliz –parecía que se excusaba por haber dicho eso. ¿Había mentido o lo había dicho de corazón?

Pablo asintió lentamente. Era justo que Susana le dijera eso a Marta, pues era la verdad. ¿Seguro que esa era toda la verdad? Le preguntó una irritante voz dentro de su cerebro. Sacudió la cabeza con brusquedad como para borrar una imagen que no debería estar ahí. Al final una sonrisa iluminó su rostro.

–Sí, estoy muy bien. No me puedo quejar.

Susana le devolvió la sonrisa algo más tranquila, por un instante le pareció cuando el profesor la llamaba a la pizarra para resolver un problema de matemáticas, aunque lo había resuelto sin ningún apuro. Volvieron a sus mesas a continuar con el trabajo, aunque Susana se fijó en que, pese a sus esfuerzos por disimularlo, Pablo estaba más distraído que antes de su conversación. Esperaba no haber abierto la caja de Pandora, pues no sabía si sería capaz de cerrarla ella sola.

Marta miraba de forma mecánica por la ventana cada cinco minutos. Álex le había dicho que llegarían a casa antes de la hora de comer y, aunque solo eran las doce del mediodía, ella ya los esperaba ansiosa. Había tratado de mantenerse ocupada, pero nada la distraía; había tratado de hacer uno de los crucigramas que tanto les gustaban a sus padres, pero se había rendido a la evidencia de que eran más difíciles de lo que ella pensaba. Había tratado de salir al jardín, pero, incluso temprano, el calor ya era sofocante y el sol caía implacable contra las baldosas del camino de entrada. Así que había tirado de nostalgia y se había cogido los álbumes de fotos que su madre guardaba en la biblioteca pensando que cualquier tiempo pasado fue mejor, y allí se encontró cara a cara con Susana, que la miraba desde las fotos descoloridas de su juventud. El pelo rubio recogido en coletas, un diente que faltaba y una mirada escrutadora, que ya ondeaba a sus seis años. Cerró el álbum con pena y hastío y desde entonces no había parado de mirar por la ventana esperando a su hermano.

Entonces lo vio, el Nissan X-Trail de Arturo paró delante de la puerta del jardín y no lo pudo resistir, se levantó de un saltó del sofá y cojeando llegó a la puerta de entrada. Su hermano se quedó sorprendido, pues no había tenido tiempo ni de tocar el timbre y Marta ya había aparecido en el dintel con una enorme sonrisa. La puerta del jardín se abrió y un precioso labrador dorado entró al galope. El tiempo pasado lejos no había hecho huella en Loken que la

trató con el mismo cariño de siempre. Ladró, saltó y dio vueltas alrededor de Marta hasta que al final se agachó para permitirle que le lamiera la mano y ella le rascó detrás de las orejas.

Su hermano, Álex, acompañado de Arturo, se había acercado hasta ella sin que se diera cuenta, pues estaba absorta en el reencuentro con su añorado perro. Al cabo de unos minutos su hermano decidió interrumpir.

–Oye, hermanita, que por si te has olvidado yo soy de tu familia, al menos, al mismo título que el perro. ¡Hazme un poco de caso!

Marta lo miró desde el escalón en el que se había sentado sonriendo.

–Veo que has vuelto de la sierra celoso. ¿Tú también quieres que te rasque detrás de las orejas? –le preguntó mientras se ponía de pie y se fundía en un abrazo con su hermano. Le gustaba el olor a monte que llevaba prendido en sus cabellos, savia de pino, tierra y felicidad. Se dirigió luego a Arturo y le dio un abrazo a él también. Era consciente de que la felicidad de su hermano era en gran parte cosa suya, y se lo agradecía siempre que podía.

–Bueno, ¿queréis pasar y nos tomamos algo mientras me contáis cómo han sido estos meses? Os prevengo, papá y mamá no tienen casi ningún vino que pueda merecer ese nombre y yo no puedo salir a hacer la compra. Así que tengo para ofreceros algo de zumo, agua del grifo y creo que leche desnatada.

Arturo irrumpió en una sonora carcajada y Álex sonrió a su vez.

–Tendrás la pierna rota, pero el humor lo sigues teniendo intacto.

Marta hizo una reverencia a su público y los hizo pasar a la cocina. Este era el espacio favorito de su madre, una gran cocina abierta al comedor cuya pieza central era una enorme mesa de roble. Mientras Marta servía unos refrescos, pues no bromeaba al decir que no tenía demasiadas provisiones en el frigorífico, se pusieron al día recuperando el tiempo perdido. Había hablado con su hermano por Skype de vez en cuando, pero no era lo mismo el poder tenerlo cerca y contarle anécdotas en directo. A pesar del percance con la plataforma que se cayó al agua, la grabación del programa le había gustado mucho. Era un formato nuevo para ella, le permitía visitar otro país, conocer

otra cultura y alejarse de Madrid y del futbolista. Bueno, y de Pablo también, pero eso le costaba mucho más reconocerlo. Alejandro, por su parte, le habló de Loken y le mostró cientos de fotos que se habían tomado los tres en el tiempo en el que el perro se quedó con ellos.

Marta estaba encantada de que su hermano estuviera con ella; ahora que Susana ya no quería saber nada de su amistad, lo necesitaba más que nunca. Y a Loken, ahora que por fin lo tenía delante se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos a su perro. Ni el hecho de que fuera un regalo del futbolista podía empañar el cariño que sentía por ese animal.

Al cabo de casi una hora de intenso parloteo y tras mostrarse todas las fotos que habían tomado cada uno en un punto distinto del planeta, su hermano se despidió, pues tenían que deshacer la maleta y tenían prisa por llegar a su piso. Arturo prometió pasar al día siguiente con comida para que Marta no tuviera que salir de casa con la escayola. Al despedirse Marta vio la profunda tristeza que llenaba los ojos de su hermano y de su pareja al tener que decirle adiós a Loken, que había sido su fiel compañero durante los últimos cuatro meses.

Pablo había ido al hospital de Santa Lucía a recoger a Lola para comer con ella. No sabía por qué, pero se sentía nervioso, tenía una extraña sensación en el estómago, como un nudo marinero que cuanto más trataba de soltarlo, más se cerraba sobre sí mismo. Esperaba en el aparcamiento del hospital, que no tenía ni una sombra, con el aire acondicionado a tope y la música puesta. Estaba sonando «*Send my love*», de Adele y por un instante pensó si el universo no le estaría mandando algún críptico mensaje.

Unos golpes en el cristal de la ventanilla lo sacaron de sus cábalas kármicas sin fundamento y una menuda mujer de pelo corto le sonreía desde fuera del coche.

—¿Ya estabas otra vez soñando despierto? —inquirió a entrar en el vehículo y sentarse en el asiento del copiloto. No le dio tiempo a responder, pues le plantó un beso antes de que él pudiera contestar.

Una sonrisa asomó a los labios de Pablo, el universo no le estaba mandando señales, por el contrario, le había mandado a una enfermera perfecta para sanar su maltrecho corazón tras la repentina partida de Marta.

–Bueno, ¿vamos a salir del aparcamiento o piensas que nos quedemos a vivir aquí? –preguntó ella con una sonrisa en los labios, pero con un atisbo de duda en la mirada.

Pablo arrancó el motor del coche y puso rumbo a su piso. Lola miraba por la ventana distraída mientras el Golf de Pablo recorría en menos de diez minutos el trayecto entre el hospital y el Paseo Alfonso XIII, una de las arterias principales de la ciudad.

No siempre podían comer juntos, pues los horarios de ella y el trabajo de él se lo impedían casi todos los días, pero de vez en cuando ambos coincidían en la hora de la comida y podían pasar un rato tranquilos. Cuando el abuelo de Pablo enfermó, ella era una de las enfermeras de la planta de Medicina Interna del Hospital Santa Lucía. La primera vez que Pablo se acercó a visitarlo no aguantó más de diez segundos dentro de la habitación. Verlo conectado a un respirador, con un gotero en el brazo y con los ojos cerrados le revolvió el estómago. La imagen que tenía de su abuelo era de alguien que lo llevaba sobre los hombros cuando era un crío, que le inculcó su pasión por el mar y que le acompañó cuando decidió dejar su trabajo y meterse en el cuerpo de policía.

Mientras lloraba en silencio en la sala de espera sintió una mano sobre su hombro y cuando se giró, pensando que encontraría a su madre, vio los ojos marrones y llenos de vida de Lola. No recordaba bien su primera conversación, seguramente no se dijeron nada trascendental, pero fue una ventana que se abrió en un momento en el que sentía que se estaba quedando sin aire. Y ella llegó como un vendaval. Con su risa chillona y sus ojos vivarachos, pero ligeramente juntos, era todo lo que necesitaba en ese momento.

Comieron más callados de lo habitual, a Lola no se le escapaba que Pablo

estaba demasiado meditabundo, perdido en sus pensamientos. Ella trató de entablar conversación en un par de ocasiones, pero viendo que solo obtenía monosílabos como respuesta, acabó desistiendo. Le conocía lo suficiente como para saber que si trataba de forzarlo se acabaría cerrando como un mejillón del Mediterráneo. Lo mejor era dejarle su espacio, al fin Pablo siempre le acababa contando sus pesares, aunque en ocasiones tardaba algún tiempo. Con este pensamiento se dirigió a la cocina a por el postre. Lo miró desde el quicio de la puerta y lo vio suspirar. Una pequeña alarma se encendió en su cerebro, en el tiempo que lo conocía, nunca lo había visto suspirar.

Cuando Diego recibió la invitación de Adela pensó en tirarla a la basura directamente. Esa pedante lameculos del instituto estaba queriendo organizar una fiesta al más puro estilo de serie de televisión americana. Siempre la había detestado profundamente, con sus aires de sabelotodo y su sonrisa con brackets. Además, sospechaba que el sentimiento era mutuo y eso era algo que no soportaba. Él era un Guerrero de Soto y Cabrera, y esa estúpida nunca había sabido apreciarlo como él se merecía. Menos mal que el resto de sus compañeros sí. Tras dejar el Jiménez de la Espada no guardó el contacto casi con ninguno, salvo con Matías, con el que se iba de putas de vez en cuando y con un par más que habían acabado en puestos de cierto poder y a él le interesaba tenerlos como amigos para los negocios. Porque nunca fue muy inteligente, pero era sin duda el más listo de su clase.

Su familia tenía una posición económica envidiable. Su abuelo paterno había sido uno de los hombres fuertes del Régimen de Franco en la Región de Murcia y su familia materna era descendiente de los Marqueses de Bolnuevo. Si se morían varios primos y unos cuantos tíos, podría heredar él el título, aunque de momento era algo más que improbable. Así que nunca le faltó de nada, como se suele decir, sobre todo por parte de sus abuelos. Sus padres eran unos progres que decidieron matricularlo en un

colegio público en vez de mandarlo a un colegio del Opus como habían hecho todos sus primos. Decían que le vendría bien codearse con gente de todas las clases sociales, aprender a ganarse el respeto de los demás por sí mismo, y no por lo que ha conseguido su familia durante generaciones.

En un golpe de mala suerte su padre se mató en un accidente de tráfico y su madre se sumió en una profunda depresión de la que le costó varios años salir. Así que sus abuelos maternos se hicieron cargo de él. Se lo llevaron a su casa en la Muralla, un fastuoso apartamento de más de doscientos metros cuadrados que miraba directamente al mar, con varias personas que se ocupaban de todas las tareas domésticas. Se quedó en el mismo instituto a pesar de que sus abuelos querían cambiarlo a uno privado, pero su madre, en uno de sus pocos momentos de lucidez, no quiso dar su brazo a torcer. Lo hacía para honrar a su marido, decía, y no hubo manera de convencerla.

Sus abuelos se encargaron de que él tuviera siempre presente quién era y lo que se esperaba de él. Algún día heredaría el negocio familiar, un conglomerado empresarial que comenzó durante la dictadura, y que desde entonces no había dejado de crecer. Ahora estaba al frente de dicho conglomerado, era la cabeza visible de un dragón empresarial que barría a todos sus competidores.

Cuerpo moldeado en el gimnasio, trajes italianos a medida y bronceado perpetuo eran sus señas de identidad. Llevaba relojes y gemelos caros, que nunca eran demasiado fastuosos, y zapatos de piel tan pulidos que te podías reflejar en ellos.

—¡Qué cojones! Claro que iré a esa fiesta, aunque solo sea para reírme de Adela en su cara.

Unos meses antes, la fiscalía anticorrupción, para la que trabajaba Adela, había llevado un caso contra Diego que se había desestimado rápidamente por un juez que era uno de sus mejores amigos, y que le debía varios favores. No la había perdonado por aquello todavía.

Llamó a su secretaria, una rubia de piernas kilométricas y faldas minúsculas

que sabía qué tenía que hacer si quería permanecer en la empresa, para que confirmara su asistencia a la fiesta. Sería bueno reencontrarse con los antiguos amigos del instituto. Recordaba a Emma, un bellezón que estaba saliendo con un desgraciado que luego se hizo famoso como deportista; a Jero que, incomprensiblemente, era amigo de Adela, pero que era un tío cojonudo; a Valentín, que había sido toda la vida un truhan de poca monta y que ahora, según le habían dicho, se había hecho cura, monje o algo similar, y Matías, con quien seguía en contacto algunas noches para irse al Club Pétalos. Sonrió pensando en que no sería tan malo reencontrarse con esa gente. Él tenía una posición envidiable, así que no habría nada de malo en recordarles a sus amigos que él, a pesar de los años, seguía estando por encima de ellos.

El día había llegado, sigilosamente, sin apenas darse cuenta, la fecha elegida para la fiesta de reencuentro del instituto ya estaba aquí. Adela no podía contener su ilusión y se había pasado todo el día yendo de un lado para otro. Primero a la peluquería, luego a recoger el vestido al que habían tenido que meterle un poco al bajo y por último a hablar con los del *catering*, por cuarta vez en dos días, porque tenía la impresión de que no lo estaban haciendo todo lo bien que ella pedía. Dedicó la tarde a darle los últimos retoques al pabellón; habían contratado una máquina de helio y Jero estaba llenando globos de colores azul y plateado que ataba con mimo con un cordel. A pesar de ser un trabajo sencillo, lo hacía concentrado, frunciendo ligeramente el ceño. Diana estaba ordenando las tarjetas de identificación en una mesa cerca de la entrada, había sido idea de Adela poner el nombre de cada uno con la foto de la orla del instituto.

Jero había convencido a su primo para que se ocupara de terminar de instalar el equipo de música, además su hijo se había descargado canciones de mil novecientos noventa y dos. Había títulos movidos como «*All that she wants*», «*20 de abril*», «*How do you do*», y para los temas lentos había escogido «*I will always love you*», «*Pisando fuerte*» o «*Nothing else matters*». Había escuchado la lista por primera vez un par de días antes y le habían traído tantos recuerdos algunas de aquellas canciones que casi se le habían saltado las lágrimas. Recordaba escucharlas en su *walkman* tumbado

en su cama y mirando su póster de *Guns N'Roses* cuando tenía una mala racha, para abstraerse de todos en su pequeño mundo.

Miro al pabellón mientras se quitaba una gota de sudor que había resbalado hasta la punta de su nariz, llevaba el pelo pegado a las sienes por culpa del bochorno que hacía ahí dentro.

–Adela, ¿El aire acondicionado funciona? –preguntó alzando la voz para que su mensaje llegara hasta el otro lado de la pista de deportes.

Ella levantó la vista de lo que estaba haciendo y le dedicó una amplia sonrisa.

–La verdad es que sí, de hecho, aquí estamos bastante fresquitas –añadió mirando a Diana, que sonrió cómplice también.

Jero cubrió en una serie de rápidos pasos la distancia que lo separaba de Adela. Efectivamente, allí, debajo del chorro de aire acondicionado, se estaba mucho mejor que bajo la cristalera donde él había estado trabajando durante la última hora y media. La miró con enfado, que ella en seguida notó que era fingido y se encogió de hombros.

–Para esta noche la temperatura va a ser perfecta, pero si lo ponía más fuerte corría el riesgo de que cuando llegaran los invitados esto fuera un glaciar. Así que no me mires así, que lo he hecho por el bien común.

Jero iba a protestar, pero ella continuó hablando.

–Además, tú te puedes duchar antes de ir a la fiesta, pero con lo que yo me he gastado hoy en la peluquería sería un crimen que acercara agua a este recogido antes de esta noche –dijo señalándose un complejo moño con los dos dedos índices.

Jero suspiró dando por perdida la conversación. Adela levantó la voz para que su mensaje llegara a todo el mundo.

–Chicos, aquí ya hemos terminado. Os quiero ver a todos dentro de un par de horas vestidos de punta en blanco y dispuestos a pasároslo de maravilla. Así que como dijo el grandísimo Julio César: «*Alea jacta est*». Nos vemos a las nueve y media.

Todo el mundo terminó lo que tenía entre manos y se dirigieron hacia la puerta. Antes de cerrar. Adela miró el resultado y una sonrisa de satisfacción le iluminó la cara y le achinó los ojos, iba a ser una noche inolvidable.

Llegó diez minutos antes de la hora acordada, pensando que sería la primera en llegar llevando a su marido del brazo a una velocidad propia de un velocista en la recta final de la carrera, pero su sorpresa fue mayúscula al ver que Jero y su mujer ya la esperaban delante de la puerta abierta del pabellón. Jero iba muy elegante con un traje azul marino y Lucía llevaba un precioso vestido con estampado de flores. Su pelo había sido indomable desde que tenía cuatro años, y llegada a esta edad había decidido no perder el tiempo tratando de alisarlo. Así que una mata rubia de mullidos rizos enmarcaba sus facciones. Ambos se adelantaron para saludar a los recién llegados y Jero no ocultó su alegría al ver la cara de sorpresa de su amiga.

–Pensabas que serías la primera en llegar. ¿A que sí?

Adela asintió mientras le daba dos besos a Lucía y le miraba de reojo.

–Si sabes lo mal que lleva perder, ¿por qué me haces esto, Jero? Ahora seguro que la paga conmigo –le dijo en un susurro Marcos, el marido de Adela, mientras le dedicaba una mirada cómplice.

–Debo decir que estáis formidables, chicos –comentó Lucía al tiempo que cogía a Jero del brazo. –Por cierto, Jero no me ha dejado entrar todavía, ha dicho que por mucho que llegáramos los primeros, era Adela quien debía hacer los honores.

Un ligero rubor acudió a sus mejillas y, encabezando el grupo, Adela fue la primera en traspasar la puerta del pabellón. Lo que vio la dejó sin habla. El interior estaba decorado con varias pancartas llenas de fotos de aquella época, del viaje de estudios, del intercambio con Inglaterra, de los equipos deportivos o de la graduación. Una mesa a la entrada tenía las tarjetas de identificación que iban adornadas con las fotos de la orla. Una miríada de

globos azules y plateados tachonaban el techo y enmarcaban las pancartas de las paredes. Y para darle un toque aún más retro, habían colocado pósteres de bandas de música de los años noventa y una bola a facetas al más puro estilo disco. Había póster de Barcelona '92 y de la Expo de Sevilla, un par de peluches de Curro y Kobi flanqueaban cada lado de la mesa donde las copas, aún vacías, se alineaban de manera pulcra. Por los altavoces sonaba «*Barcelona*» cantada por Mònserat Caballé y Freddy Mercury. Los camareros del catering se movían entre las mesas del fondo para terminar de preparar el ágape y las bebidas que acompañarían la fiesta. Iban con un chaleco negro y pajarita sobre una camisa de manga corta blanca y procuraban ser discretos, pues su misión era servir sin ser vistos.

A Adela casi se le saltaron las lágrimas al ver el resultado final, todo estaba justo como debía estar. Tantas horas de trabajo y esfuerzo habían valido la pena. Se volvió al reducido grupo compuesto por sus dos mejores amigos del instituto y su marido y les dijo henchida de orgullo.

–Os lo digo ya, esta va a ser una fiesta inolvidable.

Una media hora después ya había llegado casi todo el mundo, la gente había ido soltando exclamaciones de alegría al ver a sus antiguos compañeros y arrastraban a sus parejas de la mano hacia las pancartas con las fotos. La comida estaba deliciosa y la selección de vinos era correcta sin llegar a ser excelente; todo el mundo parecía encantado. Las tarjetas con las fotos de la orla fueron todo un éxito, al igual que el *photocall*, y en pocos minutos ya había cola para hacerse fotos con el casco vikingo, el bigote postizo o las gafas de ojos saltones. Adela se iba moviendo de grupo en grupo y todo el mundo la felicitaba, primero por haber tenido la idea de organizar semejante reunión, y segundo por haber sido capaz de llevarla a cabo.

Doña Gertrudis, una mujer de no más de un metro cincuenta y arrugada como una pasa se le acercó con una enorme sonrisa.

–Adelita, hija mía, has hecho un trabajo encomiable. Claro que en cuanto recibí la invitación y supe que tú estabas a cargo no me quedó ninguna duda de que sería todo un éxito. No sé si te he dado las gracias por invitarme, a veces la cabeza se me va, fruto de los años, pero que sepas que te estoy muy agradecida.

Adela se hinchó de orgullo en un gesto que no había parado de repetir en toda la noche.

–No hay por qué darlas, usted fue nuestra jefa de estudios y madrina de promoción. No me imagino esta fiesta sin haberla invitado. Además, creo que muchos de nosotros hemos llegado a ser lo que somos gracias a haber tenido a unos profesores tan excelentes como los que tuvimos.

Doña Gertrudis sonrió, ella siempre lo había dado todo por sus alumnos, pero reconocía que la promoción de Adela había sido especial. Eran unos jóvenes que le habían tocado el corazón de una forma particular. Había mantenido el contacto con muchos de ellos cuando dejaron el establecimiento, y era normal que aquellos adultos, a los que ella seguiría dirigiéndose siempre como «sus niños», la llamaran para felicitarla en su cumpleaños o pedirle algún consejo.

–Es una pena que ya no quedemos muchos de aquella época –y Adela vio que, en sus ojos, nublados en parte por un comienzo de cataratas, terminaban de oscurecerse por la pena.

–Pero piense en todos los que sí han podido venir –dijo Adela acompañando la frase de un gesto con su mano que describió un semicírculo indicando el interior del pabellón. –Han venido muchos alumnos y don José y doña Estefanía también están con nosotros.

–Así es, Adelita, lo que has conseguido es algo muy especial.

Iba a seguir hablando, pero se calló de repente, al igual que hizo todo el mundo en el pabellón. Las notas de «*Black or White*» llegaban desde muy lejos y Adela se giró hacia la puerta, siguiendo las miradas de todo el mundo.

Y ahí estaba, Emma Rodríguez, embutida en un precioso vestido azul, que dejaba sus hombros al aire, que realzaba aún más si cabe, su belleza madura. Iba del brazo de su marido Fermín, un banquero casi quince años mayor que ella. Él llevaba un traje hecho a medida y se aventuraba un abdomen plano bajo la camisa de algodón egipcio. Tenía el pelo peinado con gomina e iba cuidadosamente afeitado. Emma sonrió sintiéndose la receptora de todas las miradas de la sala y con un coqueto movimiento de melena se dio la vuelta dirigiéndose al grupo donde estaba Diego con varios amigos para saludarlos.

Doña Gertrudis sonrió encantada al ver que Emma había accedido a venir a la fiesta. Ella era una de las alumnas que aún había permanecido en contacto con ella con el paso de los años, y cuando en un primer momento le dijo que no pensaba aceptar la invitación se quedó bastante triste y trató de convencerla.

–Ha hecho un pacto con el diablo, si no, no me explico –dijo Adela casi en un susurro mientras le daba otro sorbo a su copa de *Chardonnay*.

Doña Gertrudis sonrió de nuevo; por muchos años que pasaran, seguían siendo niños.

Cerca de la una de la mañana, con la fiesta en su máximo apogeo sacaron una tarta enorme en la que habían colocado veinticinco velas. Dejaron a don José, que había sido el director del instituto veinticinco años atrás, que soplara las velas. Aunque al final tuvo que ser ayudado por varios exalumnos, pues él arrastraba desde hacía varios años una bronquitis crónica que le dejaba en seguida sin aire. Los del catering se apresuraron a dividir la tarta en pequeñas porciones que fueron despachando entre los asistentes a la fiesta.

La pista de baile se había ido llenando con cuarentones desinhibidos gracias al alcohol una vez que hubieron terminado con la tarta y el champán que la acompañaba. Cuando ya habían pasado de las dos de la mañana, se formó una conga que daba la vuelta a la pista de baile y algunos asistentes comenzaron a

bailar el limbo con una escoba que encontraron en el armario de la limpieza. Jero, a pesar de haber bebido relativamente poco, lo estaba dando todo con el marido de Adela atreviéndose incluso con el baile del robot. Adela, aprovechando que estaban los dos entretenidos, se acercó a Jesús, que estaba en una esquina haciendo como que miraba el móvil mientras no le quitaba el ojo de encima a Emma. Había dejado su chaqueta en el guardarropas y llevaba la camisa azul remangada hasta los codos. Iba vestido con sencillez, pero elegante, y sus ojos azul aguamarina refulgían entre las luces disco de la fiesta.

–Una fiesta impresionante, Adela. Gracias por organizarla.

Adela hizo un gesto con la mano quitándole importancia al cumplido, aunque mentalmente lo sumó a la lista de los que había recibido esa noche.

–Tenía que hacerse y se ha hecho. No hay ningún misterio.

–Eso es lo que tú dices porque para ti organizar siempre ha sido algo innato, si yo tuviera que haberlo hecho, habríamos cenado pizza congelada y refrescos del Carrefour.

Adela no pudo evitar soltar una carcajada. Es verdad que, a pesar de sus grandes éxitos deportivos y comerciales, Jesús siempre había sido bastante malo organizándose. Adela siguió su mirada y una ligera sonrisa llenó sus ojos de pequeñas arrugas.

–¿Has hablado ya con ella?

–¿Tan evidente es? –pregunto turbado.

– Sí, no engañas a nadie mirando el móvil. Deberías ir y saludarla, han pasado veinticinco años, ¿qué puede pasar?

Jesús no tenía la respuesta a esa pregunta. Si María hubiera estado con él esa noche, todo habría sido distinto, no habría tenido reparos en acercarse a hablar con Emma y Fermín, aunque solo fuera para hablar de banalidades. María era su pilar, su soporte, y sin ella le costaba enfrentarse a los retos, y Emma Rodríguez, con ese vestido que realzaba sus ojos y su figura, era un reto y de los grandes.

–¿Te vienes conmigo, Adela?

Ella lo miró sorprendida y vio que tras el cuerpo bien tonificado y una apariencia impecable seguía escondido un adolescente con acné y miembros demasiado largos para su cuerpo. Asintió y ambos se encaminaron hacia el grupo donde se encontraba Emma. Cuando se acercaron se hizo un incómodo silencio, pues todos eran conscientes de que era una situación delicada. Emma, que estaba en su salsa sintiéndose la estrella de la noche, se acercó a Adela y le plantó dos enormes besos.

–Adela, querida, te has superado –exclamó con una sonrisa y acto seguido se acercó a Jesús y sin darle tiempo a prepararse le dio dos besos a él también. Mientras ella se acercaba pudo oler su perfume caro, al que se añadían notas de sudor por haber estado bailando con su marido y algunas amigas.

–Jesús, ¡cuánto tiempo! –dijo con un tono de voz ligeramente agudo, Jesús percibió el olor del alcohol en su aliento y el brillo etílico en sus ojos.

Él le devolvió el saludo y dio la mano a Fermín que se la estrechó con desgana en un gesto carente de emoción. Antes de que pudiera abrir la boca para responder, un grito llenó el aire y todo el mundo se quedó congelado. Había sido un lamento desgarrador, algo que solo podía provenir de un alma torturada sacada de un relato de terror.

Adela miró a Jero y a su marido que seguían en la pista de baile y con un gesto de cabeza les indicó que fueran a ver qué estaba ocurriendo.

Ambos echaron a correr por una puerta lateral hasta llegar a uno de los baños del pabellón. Allí encontraron a Diana, tirada en el suelo con las piernas abiertas y el horror dibujado en su mirada. Se había apoyado en la pared y había ido descendiendo lentamente hasta quedarse sentada en una pose ridícula mientras con la mano se tapaba la cara. Los dos hombres siguieron su mirada y entonces lo vieron, sentado en un retrete, como si le hubieran sorprendido mientras hacía sus necesidades estaba Diego de Guerrero de Soto y Cabrera con una expresión muda de asombro y terror, y un enorme charco de sangre, que ya comenzaba a coagularse en sus extremos, se extendía a sus pies, como una macabra alfombra. No hacía falta ser un profesional sanitario para

darse cuenta de que estaba muerto. En uno de los lavabos corría el agua, que nadie se había preocupado de cerrar, sobre un cuchillo de más de veinte centímetros.

Tras el estupor inicial varios curiosos se habían ido acercado al cuarto de baño y empezaban a sacar los móviles para immortalizar la escena. Jero los echó a todos de malas maneras mientras Marcos llamaba desde su móvil a la policía para que vinieran lo antes posible.

Un antiguo compañero se acercó a Adela, le puso una mano en el hombro y completamente ebrio dijo casi gritando.

–Adela, desde luego, has organizado una fiesta que nadie será capaz de olvidar.

Raúl estaba de guardia aquella noche cuando llamaron del 112 para informarle de lo ocurrido. Una patrulla se acercó hasta el pabellón y al verificar que la llamada era cierta, y que tenían un homicidio, lo llamaron a él. El pabellón del instituto Jiménez de la Espada se encuentra cerca de la comisaría, así que llegó al lugar en pocos minutos. Una ambulancia del servicio de emergencias ya estaba allí cuando él aparcó su coche. Las luces de varios vehículos llenaban la calle como si fueran las bombillas de una verbena de pueblo. Por un instante le recordó a las fiestas patronales que salpican el litoral durante el mes de agosto. Unos cuantos vecinos estaban asomados a las ventanas de los edificios cercanos, a pesar de ser las tantas de la madrugada, para tratar de averiguar qué había atraído a tantos vehículos de emergencias a la puerta de sus casas.

Mientras Raúl avanzaba hacia el centro del pabellón vio por el rabillo del ojo cómo los sanitarios atendían a varias personas, sobre todo con crisis de ansiedad. Aunque vio también a un señor bastante mayor conectado a una bombona de oxígeno sentado en la parte de atrás de la ambulancia. La gente le iba guiando hasta que llegó a uno de los baños del pabellón. Sus compañeros ya habían comenzado a tomar declaración a los asistentes, y un policía hablaba con dos hombres bien trajeados que parecían algo menos alcoholizados que el resto.

Saludó con la mano a uno de los agentes y le hizo un gesto con la cabeza

para que se acercara a donde él estaba. No hicieron falta presentaciones, pues se conocían de la comisaría, así que Raúl se saltó los preludios sociales y fue directamente al grano.

–¿Nombre del fallecido?

–Diego Guerrero de Soto y Cabrera –respondió el agente visiblemente azorado. Raúl se rascó la barba con la mano.

–Ese nombre me suena de algo, ¿es posible?

–Por lo visto es un pez gordo de la zona, hace poco estuvo imputado por corrupción o algo parecido, fue una noticia bastante sonada.

Raúl asintió en silencio. Recordaba lo ocurrido, había sido primera plana de los diarios de la zona, y la noticia había aparecido incluso en algún diario de tirada nacional. Diego de Soto era una figura eminente y eso siempre complicaba la investigación, la prensa no les iba a dejar ni respirar.

Tras darle las gracias al agente se acercó a los dos invitados.

–Soy el subinspector Albaladejo –dijo tendiéndole la mano al hombre que tenía más cerca–. ¿Me pueden explicar lo que ha pasado?

–Soy Marcos Sánchez –respondió un hombre algo rechoncho y con una incipiente calvicie en la zona de la coronilla.

Marcos le explicó al inspector lo que sabían hasta el momento: la fiesta, el grito de Diana y cómo descubrieron a Diego en el váter que se encontraba más alejado de la puerta.

Raúl se acercó y echó un vistazo, la sangre comenzaba a coagularse por el exterior del charco que estaba a los pies del hombre sentado en el váter, tomando un color más oscuro que el centro, que permanecía aún de un color rojo vivo. Raúl llamó al juzgado para que mandaran a un forense y al juez de guardia para el levantamiento del cadáver. También pidió un equipo de la policía científica que pudieran recuperar pistas.

–¿El escenario está tal y como lo encontraron?

Marcos y Jero intercambiaron una mirada llena de culpabilidad. Fue Jero quien se decidió a hablar.

–Pues verá... Cuando llegamos el grifo del lavabo estaba abierto y dejaba caer agua sobre el cuchillo. Y bueno... Es verano, estamos en sequía, así que cerré el grifo para evitar desperdiciar más agua.

Raúl dio un paso hacia adelante, su metro ochenta y cinco y su fuerte musculatura se hicieron evidentes y los hombres se encogieron de forma perceptible. Antes de que pudiera reprenderlos por contaminar un escenario policial, Marcos habló atropelladamente.

–Pero no tocamos el grifo directamente, usamos una corbata para bajar el monomando –lo soltó de carrerilla, como si lo llevara aprendido desde casa y, al acabar, se le escapó un suspiro.

Raúl se relajó, no le gustaba tener un escenario alterado, aunque comprendía que la intención había sido buena, y al menos no habían mezclado sus huellas con otras que pudiera haber en el grifo. Asintió de nuevo y les entregó su tarjeta; alguien les tomaría declaración, ahora a él le tocaba hacer una llamada que nunca le gustaba. Y mucho menos a las tres y media de la mañana.

Se alejó unos pasos para alejarse del bullicio y pegó la espalda contra una columna de hormigón. Marcó el número del inspector Martínez y esperó paciente. Al tercer tono la voz soñolienta del jefe de la unidad le llegó desde el otro lado de la línea.

–Jefe, soy Raúl, no le llamaría a estas horas si no fuera importante.

Le llegó un leve sonido desde el otro lado del teléfono, suponía que su jefe se estaría levantando de la cama para no despertar a su mujer con la conversación.

–¿Qué ha pasado?

–Una fiesta de antiguos alumnos que ha acabado como el rosario de la aurora.

Tenemos un muerto, unos sesenta testigos y un escenario parcialmente contaminado.

El inspector Martínez soltó un bufido y se rascó la ceja con el pulgar de su mano derecha.

–¿Se ha identificado ya al fallecido?

–Sí, es Diego Guerrero de Soto y Cabrera.

Un juramento salió de los labios del inspector.

–Llama a Gutiérrez y a Romero, que nadie hable con la prensa, ¿entendido?
Yo voy a llamar al comisario para darle la noticia, y que nos mande refuerzos.

Cuando Susana llegó, la calle estaba cortada por varias ambulancias y coches patrulla que estaban aparcados en doble fila. Sabiendo que eran las tantas de la madrugada de un sábado de agosto, no había peligro de molestar a algún vecino que necesitara el coche para dirigirse a su trabajo.

Llegó somnolienta, con los ojos aún medio pegados y tuvo que reprimir un bostezo con la mano izquierda cuando se identificaba frente a los agentes que estaban en la puerta. La llamada de Raúl la había sacado de un sueño placentero en el que se tostaba al sol en una playa de fina arena blanca y de aguas turquesas. Un apuesto joven se acercaba paseando por el borde de la orilla y, antes de que pudiera estar lo suficientemente cerca como para reconocerlo, el insistente pitido de su móvil la devolvió a las sábanas revueltas y a la oscuridad de su cuarto. Tras la llamada solo pudo lavarse los dientes al tiempo que se ponía unos vaqueros con una mano y cogía sus cosas con la otra antes de salir pitando hacía el instituto.

Una vez dentro del pabellón, la imagen era aún más desoladora de lo que aparentaba por fuera. Había globos azules y plateados enmarcando carteles con fotos amarillentas, un peluche de Kobi estaba tirado en el suelo nadando en un mar de vino tinto y varias personas dormitaban en las gradas esperando a ser interrogadas por algunos compañeros.

Raúl la vio, le dirigió una rápida sonrisa y la instó a unirse a él. En ese momento estaba con una mujer de mediana edad, algo regordeta y con una expresión aterrada en su mirada. Tenía un pañuelo de papel en la mano que estaba hecho un ovillo de tanto manosearlo y, de vez en cuando, se llevaba la

mano a la cruz de oro que adornaba la cadena de su cuello.

–Señora Gambín, le presento a mi compañera, la inspectora Susana Gutiérrez – Susana le estrechó la mano y la mujer le devolvió el apretón lánguidamente con una mano sudorosa y temblorosa–. ¿Podría contarle de nuevo a la inspectora lo que me ha dicho a mí? –Raúl empleó su mejor sonrisa de seductor y, si en algún momento la testigo tuvo dudas, todas se disiparon al ver los hoyuelos que se le formaban al sonreír al subinspector. Asintió y comenzó su narración.

–Tenía que ir al retrete, ya sabe, con tanto vino y champán, ya no me podía aguantar. Cuando llegué al baño me sorprendió ver el grifo abierto, e iba a cerrarlo porque sabía que Adela montaría un escándalo si se enteraba que había un grifo sin cerrar, pero entonces vi algo en el suelo que me llamó la atención. Era una mancha que salía del váter del fondo; como la luz de los fluorescentes aquí es muy mala, no podía ver bien y me acerqué más. Pensé que algo se habría derramado y que debería llamar a alguien para recogerlo, no sé, no pensé nada en especial. –Hizo un alto en la narración, llevó los ojos al cielo como tratando de buscar fuerzas en algún poder sobrenatural y continuó–: Y entonces abrí la puerta y... y... –jirones de papel blanco habían comenzado a desprenderse del pañuelo a fuerza de retorcerlo y doblarlo. Raúl le puso una mano en el hombro, alentándola a continuar. Ella asintió de nuevo, juntando fuerzas, aunque las lágrimas pugnaban por salir–. Entonces abrí la puerta y vi a Diego, y oí a alguien gritar con todas sus fuerzas. Luego me dijeron que era yo, que el grito provenía de mi garganta, pero yo ni recuerdo haber abierto la boca.

Susana le dio las gracias y dejaron que volviera con el grupo de amigas que la esperaban sentadas en las gradas. La vio alejarse con pasos vacilantes y romper a llorar al llegar a la seguridad de sus amigas.

–¿Algún sospechoso? –inquirió sin miramientos.

–Unos sesenta. Cualquiera en esta fiesta podía tener motivos para quererlo muerto. Estas ideas de volver a juntarse después de tanto tiempo nunca acaban

bien, se reabren viejas heridas, las rencillas que se creían olvidadas vuelven a la luz y los viejos odios se desentierran.

Susana asintió, iba a ser una tarea titánica encontrar al asesino entre tanta gente. Al fondo del pabellón apareció Pablo que tenía aún más cara de dormido que ella. Hizo lo posible por contener un bostezo, mientras con la mano se apartaba el flequillo que se había caído sobre las gafas. La sal del Mediterráneo y el sol le habían aclarado el pelo, que ahora tenía un color trigueño y contrastaba con su bronceada piel.

–¿Es tan malo como aparenta? –preguntó al estar a la altura de sus compañeros.

–Eso parece.

Antes de que tuvieran tiempo de seguir hablando, una mujer vestida con un mono de protección se acercó a ellos.

–Inés, dame buenas noticias, dime que al asesino se le ha caído el DNI junto al cadáver o algo por el estilo –dijo Raúl en tono de súplica.

La forense no pudo contener una carcajada que sirvió para llevarse varias miradas de reproche de parte de los invitados a la fiesta.

–Ya me gustaría a mí darte una alegría como esa, pero me temo que lo vais a tener que hacer a la antigua usanza, buscando pistas y hablando con sospechosos.

–Dinos entonces qué tienes.

–Varón, cuarenta y tres años, muerto por una puñalada en el estómago por un objeto afilado con una hoja de unos quince centímetros. Estoy convencida de que el cuchillo que estaba en el lavabo es el arma del crimen, pero nos lo llevamos para examinarlo por si las moscas. A simple vista, te puedo decir que el asesino es diestro por el ángulo de la puñalada y que debe ser una persona fuerte, pues penetró en el cuerpo hasta casi el mango. Tendré más resultados cuando haga la autopsia, pero creo que murió en pocos minutos desangrado. Calculo la hora de la muerte unos diez o veinte minutos antes del descubrimiento del cadáver.

–¿Y nadie en la fiesta se enteró? –preguntó Pablo sorprendido.

–Música alta, gente borracha, además del hecho de que los baños están en la parte de atrás de la pista. –Inés se encogió de hombros y llevó las palmas de las manos hacia arriba.

–Gracias, belleza, en cuanto sepas algo más háznoslo saber –dijo Raúl mientras le guiñaba un ojo.

Se despidió de los tres y se dirigió de nuevo al baño para seguir recabando pistas.

–¿Qué quieres hacer? –preguntó Pablo mirando directamente a Susana.

–Quiero hablar con la persona que organizó la fiesta, puede que usara la reunión como excusa para perpetrar el crimen y poder salirse con la suya sin ser descubierto.

Raúl negó con la cabeza.

–La organizadora se llama Adela Suárez, es aquella señora de allí, he interrogado a su marido.

Susana no esperó más respuestas y se dirigió hacia un grupo de personas de mediana edad que estaban sentadas en las gradas. Todos tenían el aire abatido y cansado. Ahora que habían encendido las potentes luces del pabellón se veían las camisas arrugadas, los complicados peinados habían comenzado a perder su lustro, pues la laca ya no hacía tanto efecto, y el maquillaje ya no aguantaba en su lugar como es debido. La visión fue bastante patética. Adela era una mujer menuda que llevaba el pelo adornado con un sofisticado recogido que le enmarcaba las facciones. Se le notaba en el maquillaje que había estado llorando, y que su rímel no era *waterproof*.

Susana se la llevó aparte acompañada de Pablo mientras Raúl seguía interrogando a otros invitados. Llevaba una chaqueta masculina azul marino sobre el vestido, un gesto tierno por parte de su marido, pero innecesario, pues, a pesar de estar el aire acondicionado, no hacía frío. Pablo ya parecía más despierto, sus ojos refulgían con inteligencia, y mientras Susana hablaba él inspeccionaba la zona girando lentamente sobre sus talones.

–Señora Suárez soy la inspectora Susana Gutiérrez, tengo entendido que usted organizó esta fiesta, ¿es así?

Adela asintió. Al ver que Susana se quedaba en silencio se sintió alentada a hablar.

–Terminamos el instituto hace veinticinco años y me pareció buena idea celebrarlo. Muchos hemos seguido en Cartagena, pero otros se han mudado, han vivido en otros países, no sé, me pareció buena idea volver a juntarnos todos.

–¿Cuándo comenzaron los preparativos?

–Pues por Semana Santa. Salí a ver la procesión del Silencio con mi marido y nos encontramos con Diana; ella fue la que me dijo que se cumplían este año veinticinco años desde que nos graduamos, y en ese momento se me iluminó la bombilla. Así que me puse a buscar a la gente por Facebook, y todos estaban encantados con la idea.

–Necesitaría una lista de los asistentes. ¿Tiene copias de los correos o mensajes que mantuvo con sus compañeros?

–De algunos sí, otros los borré, pero les daré todo lo que tenga.

Susana asintió y una palabra se repetía con insistencia en su mente: «titánico». Dar con el asesino va a ser un trabajo titánico.

–¿Dónde estaba a la hora en la que se descubrió el cadáver?

–Más o menos ahí –contestó señalando una zona en concreto de la pista central – Hablaba con Jesús, Emma y varios amigos más. Cuando oímos el grito supe que algo malo había pasado, así que mandé a mi marido a que fuera a ver mientras yo trataba de mantener a los demás calmados. Ya sabe, mantener el barco a flote –y abrió los brazos abarcando la sala, en un movimiento torpe pues la chaqueta masculina le estorbaba.

–¿Cómo sabía que algo malo había ocurrido?

–Por el grito –Susana la miró mientras fruncía el ceño sin entender muy bien lo que le estaba diciendo. –Soy madre y he oído a mis hijas gritar un montón de veces, pero ese me recordó el día que la pequeña se dio contra la esquina

de la mesa y se abrió la ceja. Su hermana gritó igual, creo que es algo primario, una señal de alarma para los demás. Así que intuí que iba a necesitar a mi marido para hacer el reconocimiento del terreno.

–Toda la ciudad está al corriente de que tuvo problemas legales con el señor Guerrero.

Esa afirmación la pilló completamente desprevenida, Adela dio un involuntario paso atrás y sus mejillas perdieron color. Sus ojos, que habían estado llenos de vida mientras hablaba de la fiesta, se habían apagado y una mueca de incredulidad cruzó por su semblante.

–No pensarán que yo... Nunca podría... Nunca –balbució sin formar ninguna frase completa. Susana estaba en silencio, mirándola escrutadora con los brazos cruzados.

–Diego era un corrupto, así se lo digo. Se libró porque el juez era amigo suyo y, a pesar de que le pedimos que se recusara, no lo hizo. Pero yo nunca lo mataría. Esa gente se cree tan por encima de los demás que llega un día en el que dan un paso en falso. Teníamos a una antigua trabajadora que estaba dispuesta a declarar, había copiado algunos documentos cuando trabajó en una de sus empresas. Se acabó despidiendo porque Diego no era precisamente el mejor jefe del mundo. –La frente alta, el mentón contraído y una mirada de orgullo y fiereza–. Teníamos pruebas nuevas, además de que íbamos a añadir los cargos de abusos sexuales y violación. No, inspectora, yo no lo maté, sobre todo porque desde la Fiscalía estábamos preparando un nuevo caso y esta vez ni con todos los jueces del Tribunal Supremo siendo amiguetes suyos se iba a librar.

A Susana le pareció suficiente por el momento y la dejó volver junto a su marido. Al ver que Adela retornaba a las gradas, Pablo se acercó a Susana.

–¿Has visto algo que te haya llamado la atención?

–Nada, pero en grupos tan grandes es fácil ocultarse.

Raúl se unió a ellos, llevaba su libreta en una mano y la abrió al llegar delante de Susana.

–Veamos, tenemos cincuenta y dos invitados a la fiesta, seis personas del catering y el bedel del pabellón. Eso nos da un total de cincuenta y nueve sospechosos. Los sanitarios se han llevado al Santa Lucía a un señor mayor que tiene bronquitis crónica y que del susto se estaba ahogando, se lo llevan para tenerlo en observación, aunque su vida no corre peligro. Han atendido a ocho personas por crisis de ansiedad, una de ellas una señora mayor a la que se querían llevar al hospital, pero que ha rehusado categóricamente cualquier intento de meterla en la ambulancia.

Cerró la libreta satisfecho.

–¿Alguna idea? –inquirió Susana.

–Nada de nada, además de que procesar todos los testimonios nos va a llevar un buen rato. ¡Ah! La prensa ya está en la puerta; por lo visto, un cordón policial alrededor de un instituto, tres ambulancias y varios coches de policía no pasan desapercibidos en la madrugada cartagenera.

Susana suspiró, odiaba a la prensa, se metían en todo, sacaban conclusiones precipitadas y, en ocasiones, dirigían a la opinión pública en una dirección que nada tenía que ver con su investigación.

Despuntaba el alba cuando por fin dejaron marcharse a todo el mundo a su casa. El trino de los pájaros llenaba el aire de canciones dándole la bienvenida a un nuevo día. Hicieron hincapié en los testigos de que no hablaran con la prensa, pero fue en vano, en menos de cinco minutos ya había estados de Facebook, comentarios en Twitter y noticias de toda índole circulando por la red.

Susana, Pablo y Raúl se dirigieron a la comisaría, que no quedaba lejos del instituto, algo abatidos. Llegaron a la oficina que la unidad tenía en la tercera planta y les sorprendió ser recibidos por olor a café recién hecho. Se miraron extrañados hasta que Pilar salió de la nada llevando una cafetera en una mano y una bandeja con napolitanas de chocolate en la otra.

–El jefe me ha mandado un mensaje pensando que lo vería más tarde, pero es que con este calor no hay quien duerma, así que, antes de quedarme en mi casa perdiendo el tiempo, me he dicho: «Pilar, vete a la oficina que seguro que esos chicos están famélicos y ojerosos». Y, sinceramente, me podría ganar la vida como pitonisa, porque de verdad que no podéis tener peor pinta.

Iba a seguir hablando, pero Raúl se acercó y le cogió la cafetera para servirse un café solo. Tras dar un largo trago se acercó a Pili y le dio un beso en la mejilla.

–Ahora ya soy persona.

Susana y Pablo le imitaron sirviéndose café y cogiendo una de las napolitanas que Pili había traído.

–Bueno, ¿me vais a poner al día o tengo que leerlo en los periódicos?

Le hicieron un rápido resumen mientras Pili asentía en silencio y soltaba alguna exclamación de cuando en cuando. Al terminar se dirigió presta a su mesa dispuesta a descolgar el teléfono y hacer varias llamadas cuando el inspector Martínez entró y saludó a todos con una inclinación de cabeza. No perdió el tiempo dando rodeos y fue directo al asunto.

–El comisario está ya informado de todo y dice que nos va a seguir muy de cerca en esta investigación; el fallecido era un eminente empresario cartagenero y su familia es muy influyente.

Todos asintieron sin abrir la boca.

–Romero, te vienes conmigo, vamos a ver a la familia del fallecido para darles la noticia si no se han enterado ya por la prensa. Gutiérrez y Albaladejo, os quiero revisando las declaraciones, si tenéis que volver a interrogar a todo el mundo, lo hacéis, ¿entendido?

Volvieron a asentir y el inspector salió hacia el ascensor de la tercera planta. Pablo salió corriendo detrás de él y lo alcanzó justo antes de que las puertas metálicas comenzaran a cerrarse para llevarlos al aparcamiento de la comisaria.

La Muralla es una obra defensiva mandada construir en el siglo XVIII por el

entonces monarca Carlos III y que rodeaba el centro histórico de la ciudad. Una parte de ella fue derruida a principios del siglo XX para permitir la expansión de la ciudad hacia el interior. En la actualidad solo queda aproximadamente la mitad de los muros que en su día defendieron Cartagena de las incursiones de los piratas berberiscos.

La zona de la Muralla del Mar, como se conoce coloquialmente al lienzo de la muralla que se encuentra de cara al puerto deportivo, es una de las zonas más selectas de la ciudad. La balaustrada de mármol fue remplazada en los años noventa por una restauración con materiales contemporáneos que desató la furia de los conservacionistas y que llevó el caso a los tribunales. Ganaron la sentencia, pero de momento, los cambios necesarios no se han llevado a cabo.

La imponente estructura de piedra de varios metros de altura termina en un paseo jalonado de jardines con ficus centenarios que dan sombra todo el año. Es usual ver a turistas sacando fotos desde este enclave, pues se aprecia la dársena de Cartagena en toda su extensión, desde el monte San Julián a la izquierda, con el faro de la curra pintado de color verde, hasta el monte Galeras a la derecha que alberga el faro de Navidad, pintado de color rojo.

La vista inigualable del Mediterráneo hace que esta sea una de las zonas más caras de la ciudad para vivir con pisos que alcanzan precios prohibitivos. Y a uno de esos pisos era a donde se dirigían Pablo y el inspector Martínez.

Tras aparcar el coche entraron en un regio inmueble de más de un siglo de antigüedad. Dos columnas de tipo helénico soportaban la entrada que daba paso a un vestíbulo de mármol. Un conserje que hasta ese momento se encontraba enfrascado en la lectura de su periódico tras una mesa se levantó al verlos y les preguntó a dónde se dirigían. Una vez que se identificaron como policías, el conserje les guio hasta el ascensor mientras llamaba a los inquilinos para avisarles de su inminente llegada.

Subieron al séptimo piso y cuando salieron del ascensor se encontraron con que la puerta ya estaba abierta y de ella salió una mujer de unos cincuenta

años con un uniforme negro y un delantal blanco que les dio la bienvenida y les hizo pasar al salón.

Este era una estancia que bien parecía sacada de un museo, pesados cortinajes de terciopelo verde enmarcaban el gran ventanal por el que la luz de la mañana entraba a raudales. Las paredes estaban decoradas con óleos de pintores de renombre y tapices provenientes de lugares lejanos. Una enorme mesa de madera de estilo regencia rodeada de ocho sillas a juego ocupaba el espacio central del comedor. Los policías se miraron sin saber si debían sentarse en los sofás, tapizados con el mismo terciopelo verde de las cortinas, o permanecer de pie por miedo a romper algo.

Oyeron un ruido a sus espaldas y ambos se giraron al unísono. Una mujer de unos sesenta o setenta años con el pelo recogido en un discreto moño y con un delicado vestido de flores entró empujando una silla de ruedas con un anciano ataviado con un batín de seda y oliendo a Varón Dandy. La mujer se les acercó y se presentó como Jimena de Cabrera; cuando se giró para presentar al anciano este soltó un gruñido y dio un manotazo al aire.

–No estoy tan viejo como para necesitar que otros hablen en mi nombre. – Los labios formaban dos líneas rectas en un rostro surcado de arrugas curvas. Los ojos brillaban con inteligencia y un cierto matiz de crueldad. –Soy Guillermo de Cabrera, y no necesito portavoces –lanzó una última mirada avinagrada a su hija que fingió una sonrisa y les invitó a sentarse en los sofás.

Pablo se removió inquieto, no le gustaba dar malas noticias. El inspector Martínez se pasó el pulgar por la ceja y antes de que tuviera tiempo de hablar se adelantó el señor de Soto.

–Si están aquí es porque el inútil de mi nieto ha vuelto a hacer de las suyas, así que díganme de cuánto es la fianza que tenemos que pagar y terminemos con esto cuanto antes.

Pablo y el inspector intercambiaron una mirada incómoda. Carraspeó un poco para aclararse la garganta.

–Verá, en verdad estamos aquí porque su hijo –se dirigió a Jimena– ha sido

asesinado esta noche mientras participaba en una reunión de antiguos alumnos. Que sepa que la acompañamos en el sentimiento y no descasaremos hasta dar con el culpable.

Un silencio sepulcral se instaló en el salón, y fue roto por un llanto desconsolado que desgarraba el alma. Jimena había perdido a su marido, y ahora también se iba su hijo. La sensación de que eso iba contra natura la inundó y las compuertas de su alma se abrieron de par en par dejando correr un flujo infinito de tristeza. Lágrimas rodaban por sus mejillas mientras ella estrujaba la falda de su vestido con las manos. Su padre, Guillermo, levantó la mano en un gesto que parecía de consuelo, pero que se transformó en un fuerte bofetón. Parecía increíble que un hombre de esa edad y con ese aspecto tan frágil pudiera tener tanta fuerza. El sonido de su mano chocando contra la mejilla de su hija resonó en el lujoso apartamento y ni siquiera los pesados cortinajes fueron capaces de amortiguarlo. El llanto de Jimena se cortó de golpe y Pablo se irguió en el sillón dispuesto a levantarse, pero el inspector Martínez le retuvo sutilmente por el brazo.

—No consentiré que me avergüences delante de estos agentes. Si quieres llorar vete a tu cuarto, pero en público tenemos una imagen que mantener. —Su mirada desprendía asco y sus labios volvieron a apretarse formando una fina línea apenas perceptible en su rostro.

En la mejilla de Jimena ya comenzaba a apreciarse la marca de la mano de su padre sobre la fina piel. Sin decir palabra, se levantó y con una ligera inclinación de cabeza se marchó del salón y los dejó solos. El inspector rompió el tenso silencio que se había adueñado de la habitación.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos y quiero que sepa que el comisario en persona va a seguir este caso muy de cerca.

—¿Ya saben quién ha sido?

—De momento no podemos pronunciarnos sobre una investigación en activo.

—¡Ja! —soltó con una risa seca—. Valiente eufemismo para decir que están perdidos y que no saben ni por dónde comenzar.

–Como ya le he dicho estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos por cerrar el caso lo más rápidamente posible.

El viejo lo miró con ojos fríos, que la edad aún no había podido nublar. Su fiereza quedaba patente en esa mirada y a Pablo un escalofrío involuntario le recorrió la espalda.

–Atrápenlo, a quien haya sido quiero verlo muerto. ¿Me entienden? Ya hablaré yo con el comisario, que nos conocemos desde hace años y le explicaré personalmente lo que espero de ustedes.

Y dicho esto, hizo sonar una pequeña campanilla de plata que llevaba en uno de los bolsillos del batín y el ama de llaves que los recibió en la puerta apareció de la nada.

–Aurora, acompaña a estos señores y luego llévame a mi cuarto.

Esa fue toda la despedida que recibieron por parte de Guillermo de Cabrera, que les volvió la espalda y se quedó contemplando el mar a través de la cristalera. Las mullidas alfombras amortiguaron sus pasos de camino a la puerta donde se despidieron del ama de llaves.

Una vez que salieron a la calle Pablo soltó un fuerte suspiro.

–Dios, esa atmósfera era irrespirable. ¿Ha oído cuando ha dicho que quiere al culpable muerto?

El inspector se puso sus gafas de espejo, pues, si bien era aún temprano, el sol de Cartagena en agosto ya es suficientemente fuerte. Ese gesto siempre le arrancaba a Pablo una sonrisa, pero hoy no estaba de humor después de lo que acababan de vivir.

–Esas familias de rancio abolengo son las peores, se creen por encima de la ley y se rigen por unos códigos muy estrictos, que los que no pertenecemos a ese círculo somos incapaces de descifrar.

–Pues viendo esto, prefiero mi sueldo de funcionario y mi piso de mierda, y no tener que contener las lágrimas si pierdo a un hijo.

El inspector le puso la mano en el hombro de forma paternal.

–Somos afortunados, cada uno a su manera, pero mientras no vengan unos

agentes a darnos una noticia como la que nosotros acabamos de dar a esta familia no podemos quejarnos de nada.

Caminaron en silencio hasta el coche para volver a la comisaría.

No eran ni las nueve de la mañana y el calor ya era insoportable. Los medios de comunicación llevaban semanas anunciando que este sería el verano más caluroso desde que se tenían registros, y los habitantes del sur de España podían corroborar dicha información. A pesar de ir vestida con unos shorts de pijama y una camiseta de tirantes notaba, la piel húmeda por culpa de la transpiración.

Estaba sentada en el porche de la casa mientras Loken correteaba por el jardín olisqueando los maceteros que con tanto mimo cuidaba su madre, a pesar de que no le solían durar demasiado. Su madre es una mujer maravillosa, pero que tiene muy mala mano para la jardinería, y no importa las veces que lo intente o los libros que se compre, las plantas le acaban durando poquísimo. Loken se acercó a la puerta del jardín y se puso a ladrar ufano sin parar de menear el rabo. Marta soltó un suspiro y negó con la cabeza en silencio, le tendría que valer el arresto domiciliario al que estaban sometidos hasta que llegara Álex, pues ella no podía sacarlo a pasear. Las orejas del can cayeron a los lados de su cara en un gesto de tristeza que pasó rápidamente cuando atisbó un ligero movimiento entre el seto y se lanzó raudo a perseguir a cualquier bicho insensato que se atreviera a salir al sol.

Marta, por su parte, se rascó de nuevo bajo la escayola con un bolígrafo. Sabía que el médico le había dicho que eso era lo último que debía hacer, pero los picores eran insoportables con este calor. Cuando el escozor hubo

desaparecido se dio por satisfecha y encendió el ordenador portátil. Lo colocó encima de la mesa del jardín junto a una botella de agua con sabor a melocotón que había sacado del frigo. Comenzó visitando la web de la cadena para ver el resumen de su programa, bueno, de su exprograma, se corrigió mentalmente. El padre de un chico que había estado saliendo con una modelo, famosa por haber estado casada con un torero, acababa de ser expulsado por sus compañeros. Marta suspiró, había convivido con esos personajes durante varios meses y, a pesar de que entendía que la mayoría estaban motivados únicamente por el dinero, les acabó cogiendo cariño a su manera. Luego pasó por las webs de los principales periódicos que tenían en portada noticias que en otro momento del año serían relegadas a un mero pie de página, pero ya se sabe que en agosto hay menos material y hay que rellenar con lo que se puede. Finalmente abrió la web de uno de los principales periódicos locales y se quedó estupefacta con la noticia de la muerte de Diego Guerrero de Soto.

Ella tuvo la oportunidad de conocerlo durante una recepción que se celebró en el Ayuntamiento un par de años atrás. Marta había sido elegida como pregonera de las Fiestas de Carthagineses y Romanos y, tras su alocución desde el balcón del Palacio Consistorial, fue invitada a un ágape junto con algunos miembros ilustres de la ciudad. Allí fue donde conoció a Diego, que no dudó en tirarle los tejos de manera descarada, lo cual la hizo sentir más que incómoda. Recordaba aquella velada con cariño, la ilusión que le hizo recibir la propuesta por parte del ayuntamiento, la euforia que sintió al salir al balcón y ver a todo el mundo apretujado para oírla hablar enalteciendo las virtudes de su ciudad y sus fiestas, y el orgullo que sintió su madre a la mañana siguiente comentando el hecho con todas las vecinas.

El titular la había dejado en estado de *shock*, a pesar de que, menos de seis meses antes, su propio perro había encontrado un cadáver en la playa, en ese caso no era alguien conocido. Prestó atención a la noticia hasta que llegó a una foto al pie de página. La foto era de mala calidad y mostraba mucho grano, daba la impresión por el juego de luces que debía de ser tempranísimo. Ahí

estaba Raúl, con sus inconfundibles ojos verde esmeralda, aunque con gesto cansado, que salía del instituto Jiménez de la Espada acompañado de Susana y una tercera figura que estaba parcialmente tapada. ¿Sería Pablo? Parecía que se trataba de un hombre, pero era difícil saberlo. Sin proponérselo se encontró con la nariz a menos de un centímetro del portátil tratando de eliminar a base de fuerza de voluntad el hombro de Raúl para ver quién se escondía detrás. Sacudió la cabeza enérgicamente. Era una estupidez y lo sabía; daba igual si era Pablo, él tenía novia, según le había dicho Susana y ella... Bueno, ella tenía a su perro, un bronceado precioso y el corazón algo más roto que unos meses antes. La verdad es que ya no estaba tan segura de haber tomado la decisión correcta cuando se fue. Suspiró de nuevo y Loken levantó la cabeza para mirarla desde debajo de la mesa donde se había tumbado a descansar un rato.

Marta echó mano al teléfono para llamar a Susana y preguntarle por la investigación y cuando estaba a punto de sonar el primer tono colgó de golpe embargada por la sensación de que había estado a punto de cometer una estupidez. Durante años habían sido inseparables, siempre que había un caso importante Marta llamaba para ver cómo iban avanzando, ahora un abismo se había abierto entre ellas. Se moría de ganas por saber si tenían alguna pista, si ya había una lista de sospechosos, cómo había sido el crimen. Cientos de preguntas se agolpaban en su mente de periodista. Pensó en llamar a Raúl, él había mantenido el contacto con ella durante estos meses, tal vez no le importara comentarle algunos detalles. Claro que luego pensó que no sería correcto; una cosa es Susana, que era su mejor amiga y en confianza le contaba los avances que iban haciendo, y otra muy distinta era llamar a Raúl para tratar de sacarle información. Debería esperar a enterarse de las noticias por el periódico como cualquier hijo de vecino. Sintió una extraña sensación en el estómago. De repente ya no le importaba el calor pegajoso, o el picor que sentía en su pierna, ahora solo sentía un vacío entre las costillas, un dolor sordo que se iba extendiendo. Echaba de menos a Susana, tanto que dolía

físicamente.

Con esfuerzo se puso en pie y recogió el portátil y la botella de agua.

–Vamos, chico, entremos en casa. Aquí hace un calor insoportable y dentro al menos tenemos el aire acondicionado.

Loken se levantó con un ágil movimiento y salió disparado hacia el salón donde se instaló en el suelo justo debajo del aparato de aire acondicionado. Marta se permitió esbozar una sonrisa, al menos podía contar con Loken. Y con paso renqueante entró ella también al salón con el firme propósito de pasar la mañana viendo la tele otro día más.

Adela daba vueltas por el piso como una leona enjaulada y, aunque los policías le habían recomendado que se fuera a casa a descansar, llevaba ya dos cafés y esperaba que la cafetera *Nespresso* expulsara el tercero. Miraba con concentración la taza tratando de que las gotas cayeran más rápido dentro de ella. El complicado moño de la noche anterior había perdido su brío junto con varias horquillas, y restos de maquillaje ornaban su rostro. Estaba vaciando a grandes sorbos el contenido de su taza cuando una adolescente de dieciséis años hizo aparición en la cocina con «*Shout out to my ex*» atronando por el altavoz del móvil. Llevaba unos shorts de mariposas y una gastada camiseta negra donde se leía *Nirvana* en grandes letras doradas. Miró a su madre con los ojos entornados y se abalanzó sobre ella a darle un fuerte abrazo.

–Mamá, me he enterado de lo que pasó en tu fiesta, ¿cómo estás?

–Pues he estado mejor, cariño.

Se separaron y se miraron durante unos segundos a los ojos antes de que el flash de la cámara del móvil de su hija la cegara momentáneamente.

–Pero, pero...

–Mamá, vas directo a Instagram, mi número de seguidores se va a disparar cuando sepan que soy la hija de la organizadora del *reencuentro mortal*.

–¿El *reencuentro mortal*? –repitió Adela con incredulidad, viendo cómo su hija se sonrojaba sutilmente.

–No he sido yo quien ha bautizado así la fiesta. Un amigo lo dijo en un grupo de *whatsapp* y el nombre la verdad es que es bastante pegadizo. –Virginia se excusó elevando los hombros hacia el cielo.

–Ni se te ocurra subir esa foto a internet, jovencita –amenazó Adela.

–Demasiado tarde –dijo con una sonrisa radiante justo antes de plantarle un sonoro beso en la mejilla–. Vas a ser una estrella, mamá.

Adela no tuvo tiempo de replicar, pues justo en ese momento la puerta de su apartamento se abrió y Marcos entró con pan recién horneado y unos *croissants*. Virginia aprovechó la distracción para escabullirse hasta su cuarto lo más rápidamente posible sin dejar de teclear en su Smartphone. Marcos sonrió a su mujer y le ofreció un croissant que Adela aceptó a regañadientes.

–¿Sabes que los amigos de tu hija llaman a la fiesta el *reencuentro mortal*? –preguntó entre bocado y bocado de la especialidad francesa.

Marcos procesó durante unos segundos la información abriendo mucho los ojos y luego no pudo evitar echarse a reír, lo que cabreó a Adela aún más.

–No le sigas el juego, Marcos, no se lo sigas.

En ese momento Adela se percató de que llevaba varios periódicos debajo del brazo y se los arrancó sin miramientos. No le hizo falta ni abrirlos, en las primeras páginas de cada uno de ellos se veía el festival de coches patrullas delante del instituto. Abrió uno al azar y empezó a leer el texto de la noticia en diagonal.

–Fiesta de reencuentro de antiguos alumnos... Velada inolvidable... Descubrimiento del cadáver en el baño... El ilustre cartagenero Don Diego Guerrero de Soto y Cabrera...

Cerró con un preciso golpe de muñeca el periódico.

–Al menos mi nombre no sale por ningún sitio, porque ya es lo que me faltaba.

–Pero mujer, ¿por qué ibas a salir tú? ¿Ni que le hubieras clavado tú el

cuchillo?

Adela se giró en redondo blandiendo el periódico como si se tratara de una espada medieval.

–Mira, Marcos, eso no lo digas ni en broma. La policía ya me ha interrogado porque pensaba que yo podía tener algo que ver. ¿Te imaginas lo que pasaría si escuchan a mi propio marido hacer esas afirmaciones? –Con cada frase se acercaba un poco más a su marido, que ya había retrocedido hasta quedarse pegado a la encimera de la cocina–. Pues que lo más seguro es que acabe en la cárcel de San Antón aunque sea de manera preventiva. –Llegó hasta él y le asestó un golpe en el pecho con su periódico.

–Adela, ¿en serio es lo que crees? –dijo mientras la abrazaba.

–Lo sé, trabajo como fiscal y eso es lo que yo haría, seguir cualquier indicio por pequeño que fuera.

Virginia asomó la cabeza por la puerta de la cocina, su piel bronceada por el sol del verano enmarcaba aún más sus ojos verdes, y cientos de pecas adornaban su nariz formando sutiles constelaciones.

–¿Ya es seguro volver a entrar? –preguntó acompañando sus palabras de una enorme sonrisa en la que se mostraban los brackets de su ortodoncia.

–Pasa y únete al abrazo –dijo su padre con cariño–. Es posible que esta sea la última vez que veas a tu madre sin el mono naranja de los presidiarios.

Adela le soltó un codazo en las costillas a su marido mientras él y su hija se reían a carcajadas. Adela los miraba cada vez más enfadada, pero el timbre del móvil hizo que los tres volvieran la cabeza al unísono hacia la mesa de la cocina. *JERO* podía leerse en la pantalla del móvil y Adela se lanzó a descolgar con rapidez marchándose al balcón para hablar con tranquilidad. Mientras, Virginia y Marcos leían los periódicos, la joven había saltado hasta las páginas finales para devorar el horóscopo mientras que su padre hacía lo propio con la sección de deportes. Unos minutos después, Adela reapareció en la cocina cerrando la puerta cristalera que daba al balcón tras ella.

–Jero quería saber cómo estaba. Le he dicho que vamos bien, aunque la

verdad es que yo todavía sigo en shock y no me lo creo mucho.

–¿Y ellos cómo lo llevan? –preguntó Marcos.

–Ya sabes que Lucía es bastante delicada. Por lo visto se pasó la vuelta a casa llorando en el coche y al llegar se tomó una pastilla para dormir y aún no se ha despertado. Jero creo que se encuentra mejor, al menos por teléfono no parece muy afectado.

–¿Era muy amigo vuestro? –preguntó Virginia con un hilo de voz.

–La verdad es que no mucho, corazón –respondió su padre–. De hecho, era un tipo bastante horrible. En el instituto no perdía oportunidad para reírse de mí, así que cuando salimos de allí no volvimos a hablarnos.

–Conmigo no siempre fue malo.

–Pero eso era porque tú le prestabas los deberes para que se los copiara, Adela – dijo Marcos con la ofensa pintada en la voz–. Era un aprovechado y una mala persona. Se amparaba en su familia en cuanto olía que podía meterse en problemas. Además, tú misma trataste de procesarlo y meterlo entre rejas.

Virginia asintió pensativa, sabía que su madre había trabajado en un caso con bastante notoriedad mediática, pero no conocía los detalles. Ahora empezaba a entender muchas cosas, la preocupación de su madre o la ansiedad que se dibujaba tras los ojos serenos de su padre. Viendo el cariz que estaba tomando la conversación, Adela decidió tomar cartas en el asunto.

–Bueno, basta ya de cháchara. Vamos a coger las cosas que, con un poco de suerte, nos da tiempo a pasar unas horas en *Cala Cortina* antes de que tengamos que volver a comer. Creo que contemplar el mar y tomar el sol nos va a venir bien a todos.

Y sin esperar respuesta, salió de la habitación como un torbellino de horquillas bañadas en café dispuesta a dejar los problemas aparcados bajo una sombrilla durante unas horas.

Valentín seguía tumbado en la cama mirando los desconchones del techo

mientras pasaba de manera mecánica las cuentas del rosario. Había tenido una vida llena de sorpresas, con momentos muy duros en los que pensaba que no sería capaz de continuar, pero lo vivido en el pabellón esta noche era algo incalificable.

Llegó temprano, pues pensaba marcharse pronto, las fiestas no eran lo suyo ahora que se había acostumbrado a un estilo de vida más austero. Pensó que pasaría, estaría una hora y se marcharía a casa, pero al llegar no pudo sino ceder a la evidencia de que se lo estaba pasando bien. Adela fue la primera en reconocerlo y vino corriendo a darle un abrazo de boa que hubiera dejado sin aire hasta al mismísimo Dwayne Johnson. Tras ella aparecieron Marcos y Jero, que le dieron sendos abrazos y le acribillaron a preguntas. Diana le convenció para ir con ella al *photocall* y se retrataron con pelucas, gorros y narices postizas entre risas. Doña Gertrudis vino con una sonrisa de oreja a oreja y le dio dos besos maternos en las mejillas. Había seguido en contacto con ella, siempre había sido una mentora y, a pesar de la distancia que a veces lo separaba de Cartagena, siempre tenía a esa mujer en su corazón. Hablaron largo rato hasta que ella le señaló la puerta de entrada con un gesto de la barbilla, Diego acababa de entrar. Doña Gertrudis torció ligeramente el gesto, Diego nunca había sido parte de su grupo de alumnos favoritos, pero sabía que el instituto era muy buen amigo de Valentín. Él se disculpó y se acercó a saludarlo. Se pusieron al día con unas pocas frases y, viendo lo mucho que había cambiado y que ya no pertenecía a su grupo de palmeros, Diego se cansó pronto de él y se fue a hablar con otra gente.

Valentín siguió el ritmo de la fiesta, bailó con sus compañeros, vio fotos de niños en los móviles, se enteró de divorcios y escuchó cientos de anécdotas en boca de sus antiguos compañeros. Durante unas horas se sintió en casa y deseó no tener que marcharse nunca de allí. Y entonces sucedió.

Un grito infernal rompió la noche. Supo, sin que nadie se lo dijera, que algo terrible había ocurrido. Echó mano al rosario que llevaba bajo la camisa y se sentó en la grada rogando a Dios. No había pasado ni un minuto cuando Adela

se le plantó delante con las manos en las caderas y una súplica en sus ojos.

–Te necesito –dijo mientras le tendía una mano para ayudarlo a bajar a la pista.

–¿Qué ha pasado?

–Diego... –le costaba encontrar las palabras–. Diego está muerto. Pero no es él quien me preocupa.

Valentín abrió los ojos en un gesto de sorpresa.

–Diana lo ha encontrado, te necesita. Necesita poder hablar con alguien que esté acostumbrado a escuchar. Y creo que los dos sabemos que yo no soy esa persona.

Un atisbo de sonrisa curvó las comisuras de los labios de Valentín. Al menos era sincera consigo misma y con los demás. Asintió y se acercó a Diana, quien lo abrazó como si no hubiera mañana, mientras dejaba que todas las lágrimas del mundo rodaran por sus mejillas.

Seguía tumbado en su cama y veía pasar las imágenes de la noche anterior en bucle: la fiesta, Adela, Diego, un grito, Diana, lágrimas como para anegar una ciudad entera. Y volvía a comenzar. Decidió poner fin a la inactividad y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Mientras el agua caliente agujijoneaba su piel pensó que debería escribirle a Adela para pedirle el teléfono de Diana, quería saber cómo se encontraba.

Emma se despertó con la boca pastosa y un aliento que hubiera tumbado al mismísimo Mike Tyson dejándolo k.o. sobre la lona. Se desperezó ronroneando como un gato y buscando excusas para quedarse aún un rato más en la cama. Se incorporó sobre los mullidos cojines de plumas de oca y un intenso dolor le perforó la parte trasera de la cabeza. Soltó por lo bajo una maldición mientras salía de la cama cubierta únicamente con un ligero camisón de seda. Se lavó los dientes en el cuarto de baño y se peinó la sedosa melena antes de tomarse una aspirina con un rápido movimiento. Avanzó por el

largo pasillo con suelos de mármol hasta la cocina donde se encontró con su marido que estaba con el portátil abierto y una montaña de papeles repartidos sobre la mesa. Cuando la vio entrar esbozó una sonrisa y sin mediar palabra se levantó para servirle un café.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó Fermín con cariño al tiempo que ponía su mano sobre la de ella por encima de la mesa.

Emma trató de hablar, pero se dio cuenta de que el poder analgésico de la aspirina todavía no había hecho efecto, y otro latigazo le perforó el cerebro y la obligó a dar un respingo involuntario.

–Bien, aunque creo que anoche me pasé un poco con el *Chardonnay* –dijo a modo de disculpa.

Fermín apretó ligeramente la mano de su mujer mientras la miraba a los ojos.

–No me refiero precisamente a la resaca, sino a Diego; a pesar de vuestras diferencias teníais una historia en común.

Emma soltó una carcajada que dejó a mitad al sentir de nuevo un súbito dolor en la parte trasera del cráneo.

–Diego no era amigo de nadie, Fermín. Yo me obligaba a mantener las apariencias porque su familia y la mía se conocen desde el siglo pasado, pero si por mí hubiera sido, no me hubiera cruzado nunca más con él en la vida.

Fermín tenía un temperamento sereno y rara vez se alteraba por algo. Le sacaba más de una década a su mujer y era atractivo a su manera. Tenía el pelo moreno donde comenzaban a asomar tímidamente algunas cascas, aunque abundante y siempre que no estaba en casa lo llevaba pulcramente engominado. Le gustaba mantenerse en forma y salía dos veces por semana a hacer bicicleta con un grupo de amigos, además de ir al gimnasio con un entrenador personal de vez en cuando. Pequeñas arrugas de preocupación se formaron alrededor de los ojos, pero no dijo nada, simplemente asintió en silencio. Cambió con celeridad de tema, pues no le gustaba nada las confrontaciones con Emma.

–Ha llamado tu madre mientras estabas dormida, le he dicho que estabas

muy afectada y que necesitarías el día de hoy para recuperarte. Llámala mañana, que ya sabes que esa mujer se preocupa mucho por ti.

–Gracias por ocuparte, cariño –dijo con una sonrisa forzada.

Emma salió al jardín del chalet que compartían con la taza de café en la mano. Hacía calor, mucho calor, pero se sentó en una mesa de hierro forjado bajo el castaño centenario que tanto le gustaba. Ahí soplaba algo de brisa y el murmullo de las hojas la mecía como en una suave nana. Subió los pies a la silla y se quedó un rato en silencio paseando su mirada sobre el césped recién cortado.

Solo alguien como Adela Suárez podía organizar una fiesta que saliera en los periódicos, no por el glamur de sus invitados, o por la magia del reencuentro, sino porque alguien había aparecido muerto en el baño. Una amarga sonrisa se le escapó de forma inconsciente. Menos mal que no se perdió la fiesta, ese tema iba a ser la comidilla de la ciudad durante los próximos días. A pesar de que nadie la miraba, recuperó prontamente la compostura, demasiados años viviendo bajo la sombra de su madre la obligaban a mantener el control en cualquier circunstancia. El jardinero y los de mantenimiento tenían el día el libre y solo estaban en la casa el ama de llaves y el cocinero, pero no podía arriesgarse a que alguien la viera sonriendo tras una tragedia como la que aconteció el día anterior.

Pensó en Diego y no sintió pena, ni tan siquiera melancolía por alguien que había sido una figura omnipresente durante sus años de infancia y de juventud. Sus padres se movían en el mismo círculo y en varias ocasiones habían pasado las vacaciones las dos familias juntas, sin embargo, el tiempo los había distanciado y se diluían en las brumas del pasado aquellos días jugando como chiquillos. Pensó en Jimena y por un momento sí que se permitió sentir una profunda tristeza. La madre de Diego era frágil como un pajarito, la muerte de su marido supuso un golpe del que no había sido aún capaz de reponerse, no podía ni imaginarse lo que esta pérdida iba añadir a su débil estado de salud. Se dijo a sí misma que debería llamarla, ella siempre le había caído bien, era

prácticamente la única que la apoyó cuando terminó el instituto y decidió que no quería estudiar Medicina ni seguir con Jesús. Jimena conocía toda la historia, al igual que sus padres, pero a diferencia de ellos ella se puso de su parte y le ofreció su consuelo, le debía su apoyo ahora que era ella quien lo necesitaba.

Doña Gertrudis también conocía sus motivos y, aunque no los compartía, los comprendía. Era una mujer increíble, con una fuerza inagotable que vivía sola en una casa en Galifa donde pasaba la mayor parte del día cultivando sus propias verduras. Fue su profesora favorita y con el tiempo se convirtió en una mentora, y conforme pasaban los años en una buena amiga. Se tuvo que pelear con su madre para que doña Gertrudis estuviera invitada a su boda; a su madre le parecía escandaloso que una simple profesora acudiera a un evento como la boda de Emma y Fermín Olivares, pero ella no cedió ni un ápice. Le gustó tenerla aquel día sonriendo cuando caminó fuera del Ayuntamiento tras una sencilla ceremonia civil, de la misma manera que le gustó verla en la fiesta disfrutando de un poco de tiempo con sus antiguos alumnos.

Paseó la mirada por el jardín con sus parterres de flores perfectamente cuidados y la cancha de tenis en la que apenas jugaban un par de veces al año. La piscina se recortaba al fondo con la cristalina agua que refulgía bajo los rayos del sol. Tenía todo lo que se podía desear para ser feliz: un matrimonio feliz a su manera, una casa preciosa que era la envidia de todos los que la visitaban y un trabajo en algo que le gustaba. Sin embargo, notaba que le faltaba algo.

Entonces vio un destello de color aguamarina. Los ojos de Jesús Pizarro paseaban su mirada por sus hombros que quedaban al descubierto por la forma del vestido y sonriendo. Llevaban años sin verse y, cuando se cruzaban, era en la calle para intercambiar trivialidades durante un par de minutos antes de seguir cada uno por su lado. Se enteró de que su mujer había fallecido porque se lo dijo una clienta que era socia de uno de los gimnasios de Jesús y pensó en llamarlo para darle el pésame y saber algo de él, pero no se atrevió a dar el

paso, y ahora era demasiado tarde para retomar aquella amistad.

Se levantó con gesto decidido y se alegró al notar que el dolor de cabeza desaparecía progresivamente. Entró en casa con la intención de ponerse un traje de baño y pasar el resto de la mañana en la piscina. Fermín había desaparecido, estaría en su despacho, se dijo; no podía compartir su vida con alguien más discreto que él. Su marido desaparecía a menudo tras la puerta de madera maciza de su despacho; había días en los que apenas se veían, pero a ella no le molestaba, disfrutaba de esos momentos de soledad. Se puso un coqueto traje de baño blanco, una gran pamea y unas enormes gafas de sol Chanel y se dirigió a una de las tumbonas de la piscina dispuesta a pasar el día olvidando lo ocurrido la noche anterior.

Las lágrimas más sinceras que se derramaron por Diego Guerrero de Soto, después de las de su madre, fueron las de Matías Beltrán. Seguía sentado en el borde de la cama llorando desconsolado cuando su mujer se atrevió a abrir la puerta del dormitorio para ver cómo se encontraba. Matías le lanzó una mirada furibunda y ella se apresuró a cerrar sigilosamente y no volver a molestarlo hasta que él decidiera salir de la alcoba. Se sorbía los mocos como un infante que se ha caído en el patio del colegio y espesos goterones salados le rodaban por las mejillas.

Diego en el instituto había sido más que un amigo, era un modelo a quien seguir, el tipo de hombre en el que él quería convertirse a toda costa. Aún ahora, veinticinco años después, se preguntaba cómo era posible que alguien de la talla de Diego se hubiera fijado en alguien como él. Proveniente de San Antón, un barrio popular de clase obrera, bajo el ala protectora de Diego había medrado y ahora era dueño de una cadena de heladerías que salpicaban la costa cartagenera y que eran un referente de calidad. No todo lo que había hecho para llegar a su actual posición había sido legal, pero por eso contar con el apoyo de Diego era un factor determinante.

Diego era socio inversor en sus heladerías y se llevaba un buen pellizco de los beneficios anuales, a cambio, se encargaba de que las inspecciones de Sanidad y Trabajo fueran siempre satisfactorias, a pesar de que sus locales y las condiciones de trabajo de sus empleados no eran siempre las más adecuadas. Quedaban de vez en cuando en el Club Pétalos, un lugar de alterne en la carretera de Mazarrón del que eran clientes habituales. Marlène, una francesa que vino a Cartagena en los años ochenta y que había sabido satisfacer los apetitos de sus clientes antes de montar su propio negocio, se quedaría destrozada con la noticia de la muerte de Diego. Perdía no solo a uno de sus mejores clientes, sino a un benefactor de su local y de sus chicas.

El *kleenex* que tenía en la mano estaba ya húmedo por los dos lados y sin ningún pudor se limpió la nariz en la sábana. Ya la lavaría su mujer más tarde. No dejaba de pensar en lo buen amigo que había sido siempre Diego con él. En algunos momentos él tuvo que ensuciarse las manos por él, pero era un precio que estaba dispuesto a pagar. Se tumbó en la cama y cerró los ojos rememorando algunos momentos que pasaron juntos y sintiendo dolorosamente la pérdida del que él consideraba uno de sus mejores amigos.

Pilar colgó el teléfono de manera resuelta y se dirigió al despacho del inspector Martínez. Al pasar le hizo un gesto a los demás y el resto del equipo la siguió y se apretujaron todos en la puerta mientras ella se colocaba al lado del inspector.

–Han llamado del Instituto Forense, me van a mandar la copia de la autopsia por email, pero corroboran lo que ya sabíamos: Diego falleció por una puñalada con el cuchillo que encontraron en el lavabo. Le seccionó la aorta y se desangró en cuestión de minutos, no hubiera podido salvarse ni aunque quisiera.

–¿Algo más? –preguntó Pablo.

–Un único golpe de una persona diestra, con bastante fuerza. No parece que tenga conocimientos particulares de anatomía, más bien ha sido un golpe de suerte seccionar la aorta de manera tan limpia, pero la forense no puede estar segura.

–Vamos, que puede ser cualquiera en esa fiesta –suspiró Susana.

El inspector Martínez se llevó el pulgar y se mesó la ceja en un gesto repetitivo.

–Me fío de lo que dicen los forenses, pero vamos a comenzar investigando al personal médico que acudió a la fiesta. ¿Había alguno?

–Yo he repasado la declaración de una ginecóloga, puedo volver a interrogarla para ver qué sabe exactamente –dijo Raúl y el inspector Martínez

le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–Yo tengo un celador del Hospital Perpetuo Socorro –añadió Pablo encogiéndose de hombros.

–Id juntos y tomadles declaración de nuevo, no quiero dejar ningún cabo suelto. Procurad ser discretos, que la prensa está acechando y cualquier movimiento que hagamos va a ser seguido con lupa.

Asintieron en silencio y salieron sin más dilación de la comisaria.

–Jefe, tengo algo que no creo que le guste.

–Lo que tengas que decir dilo rápidamente, Susana, no estamos para tonterías.

–Pues verá, resulta que la prensa ha decidido nombrar a la fiesta como el *reencuentro mortal*, y como el nombre es pegadizo todo el mundo se ha hecho eco y ahora mismo es *trending topic* nacional.

Pilar abrió tanto los ojos que Susana pensó que se le iban a salir de las órbitas y el inspector bufó con enfado al tiempo que se ponía en pie.

–Lo que nos faltaba, como si el caso no fuera ya lo suficientemente mediático ahora tenemos a los tontos de Twitter comentando la jugada en directo. Seguro que muchos piensan que esto es como en CSI y en cuarenta y cinco minutos lo tenemos resuelto todo.

Se puso de pie y comenzó a pasear por la habitación con las manos en la espalda. Pilar y Susana se miraban en silencio sin atreverse a interferir con los pensamientos de su jefe. Se paró de pronto y miró a Susana, abrió la boca, la cerró de nuevo y siguió caminando. Susana miraba por el rabillo del ojo a Pilar que se encogía de hombros sin entender lo que estaba pasando. El inspector Martínez se paró en seco delante de la secretaria de la unidad.

–Pilar, prepara una nota de prensa, vamos a tratar de atajar los rumores. ¿No tiene la Policía Nacional un *community manager* que se encarga de las redes sociales? Búscalos, encuéntralo y dile que se encargue de este tema; que haga que la gente se olvide de lo de *reencuentro mortal*. O, mejor aún, que le dé la vuelta a la historia y parezca que ha sido idea nuestra. Si la investigación

paralela se va a llevar a cabo en las redes sociales, quiero que las controlemos nosotros también y no quedemos como tontos. Susana, mete la nariz en las declaraciones y dame buenas noticias porque nos estamos jugando el puesto.

Ambas asintieron y salieron raudas del despacho de su jefe mientras este volvía a sentarse en su sillón con gesto cansado.

—Mira que mi madre me decía que podía encontrarme trabajo en la panadería de un vecino y fui yo el que se empeñó en hacerse policía. Si le hubiera hecho caso, cuántos disgustos me hubiera ahorrado —dijo en un murmullo apenas audible mientras levantaba el auricular del teléfono.

Pablo y Raúl volvieron a la comisaria casi dos horas después con el semblante marcando la desolación que ambos sentían. Susana se acercó a la mesa de Pablo y se sentó junto a él, no le hizo falta decir nada para saber que su compañero volvía con las manos vacías.

—¿No ha habido suerte?

—Para nada —respondió Pablo abatido—. Hemos ido primero a ver a la ginecóloga, la doctora Espinosa, una auténtica eminencia en su campo, por lo visto. Vive en Madrid y solo volvió a Cartagena por la fiesta de alumnos. No tiene motivos además de que no ha mantenido el contacto con prácticamente ninguno de sus excompañeros en estos veinticinco años; cuando terminó la carrera se fue directamente a Madrid a hacer allí la especialidad. Cuando hemos llegado al hotel en el que se aloja estaba aún destrozada por lo que había pasado la noche anterior. Para serte sincero, no la veo capaz de apuñalar a Diego a sangre fría, aunque tampoco creo que tuviera tiempo para hacerlo, su esposa no se separó de ella en ningún momento, según consta en su declaración.

—Parecía un bulldog protegiendo a su cachorro. No se ha apartado de ella ni un minuto mientras le hacíamos algunas preguntas. También podemos

descartarla a ella, no tenía ninguna relación con el fallecido y no creo que se haya apartado más de veinte segundos de su mujer. Tiene varios vídeos de la fiesta y le he pedido que me los mande. Lo mismo le hemos pedido al celador del Perpetuo Socorro.

–O lo que quedaba de él –interrumpió Pablo–. Hace tiempo que no he visto a nadie con una resaca como esa. ¡Ni yo con veinte años me pillaba unos *ciegos* así! A la hora a la que se cometió el crimen debía estar casi a cuatro patas de lo borracho que iba, imposible asestar un golpe certero como el que acabó con la vida de Diego.

–Dicen que «*in vino veritas*», pero este tío se pasó bastante. Apenas recordaba su nombre y lo que hizo la noche anterior; fueron los sanitarios los que lo llevaron a su casa.

–La buena noticia es que ya tenemos dos sospechosos menos –dijo Susana tratando de elevar el ánimo de sus compañeros.

–Sí, la mala noticia es que nos quedan aún casi sesenta personas a las que aún no hemos descartado.

Pilar apareció como salida de la nada, con una cafetera en la mano y una sonrisa radiante.

–Pues, aunque no lo parezca, yo tengo buenas noticias. Pero, antes de eso, dejadme que os sirva una taza de café que lo necesitáis, porque vaya caretos que arrastráis, criaturas.

Pablo trató de protestar aún a sabiendas de que no serviría para nada y Raúl se dejó hacer encantado, la verdad es que un buen café le sentaría de maravilla. Todos la miraban expectantes y Pilar disfrutando de su momento alargó un poco más la intriga.

–Me han llamado del Instituto Forense, que ya les dije yo que si pasaba cualquier cosa teníamos que enterarnos los primeros, que el inspector está que se sube por las paredes y cuando el jefe está de morros, aquí no se puede trabajar. Y claro, pues los forenses que lo conocen, y me conocen a mí también, por la cantidad de casos que hemos llevado pues ya están al corriente

y en cuanto hay alguna cosa ¡zas! me llaman en seguida, porque enterarnos de estas cosas por la prensa no, de eso nada. Y por Twitter, menos todavía. Que eso entre compañeros está muy feo y no es profesional.

–Pilar, por favor, ¿qué te han dicho? –preguntó Susana que estaba a dos segundos de comenzar a morderse las uñas de la impaciencia.

–Pues que al fallecido le soltaron un puñetazo en la cara antes de matarlo. Por la lividez piensan que debió ser una hora antes más o menos de que lo apuñalaran.

Raúl dejó su taza en la mesa y le dio un sonoro beso en la mejilla.

–Eres la mejor, pero la mejor sin lugar a dudas.

–Podrías ir un poco más al grano cuando hablas, pero estoy de acuerdo con Raúl

–añadió Susana con cariño.

–Pues, venga, ahora a trabajar y a buscar al que le pegó, que seguramente alguien en la fiesta lo vio.

Todos volvieron a sus mesas con rapidez y se pusieron a repasar las declaraciones que los compañeros habían recogido en la escena del crimen.

El aire acondicionado del salón estaba a toda potencia para poder luchar contra el calor infernal que abrasaba todo a su paso al otro lado del cristal de la ventana. Loken dormitaba con la cabeza apoyada en un cojín mientras Marta se moría de aburrimiento. Había leído, visto la televisión, incluso se había enfrascado en alguno de los crucigramas que sus padres resolvían en pocos minutos y que a ella le costaba bastante más tiempo, pero ya se estaba quedando sin ideas. Estar encerrada le estaba mellando el ánimo, además de que tenía la impresión de que la escayola le picaba cada día más.

Había aprovechado para ponerse al día con sus redes sociales, publicaba fotos de su estancia en Guatemala en Instagram, una red a la que hasta la fecha no le había dedicado demasiada atención. Le gustaba la inmediatez y la

interacción, además de que es visualmente muy completa. Se dejaba llevar por la inspiración y se dio cuenta de que volcaba mucho de ella en cada comentario que acompañaba a las fotos. También se dio cuenta de que esas frases estaban cobrando un cariz pesimista, pero que, por extraño que pareciera, estaba recibiendo más comentarios positivos que nunca. Por lo visto, mostrar tus debilidades es algo que los fans aprecian y ese hecho no le pasó por alto.

Como tenía el móvil en la mano decidió llamar a su hermano, aunque solo fuera por matar el tiempo haciendo algo. Alex respondió al tercer tono.

–Me abuuuuurro.

–Ya sabes lo que dice mamá siempre: «*Si te aburres ponte a planchar*».

–Eres malísimo dando ánimos, ¿lo sabías?

–Son las primeras noticias que tengo –bromeó al otro lado de la línea su hermano.

–En serio, me estoy aburriendo como una ostra, ya no sé qué más hacer. Y lo de planchar no es una posibilidad, ya lo he intentado, pero con la escayola no tengo estabilidad.

Álex se rio de buena gana, pues imaginaba a la perfección a su hermana con la muleta en una mano y la plancha en la otra.

–Está bien, estamos en Isla Plana, pero cuando volvamos a Cartagena iré a verte un rato.

–Y trae a Arturo, que estoy deseando volver a verle. Y algo de comer, ¡y vino! Sobre todo, vino, por favor. Luego te mando por mensaje varias marcas para ayudarte a elegir, que conociéndote seguro que quieres deleitarme con un vino peleón de esos que parecen vinagre.

–¡Pero vaya morro! Encima que voy a pasar un rato contigo ahora me tratas como si fuera tu criado.

–Eres de la familia, ¿no es prácticamente lo mismo? –rio Marta que se estaba animando por momentos mientras hablaba con su hermano.

–Vale, allí estaremos y no te preocupes por la cena que ya la llevamos

nosotros.

–Y el vino, recuerda lo del vino.

–¡Madre mía, hermanita! Qué obsesión tienes con el vino.

–Es que en Guatemala no tenían nada decente y nuestros padres no son precisamente sumilleres y, para serte sincera, una buena copa de vino te hace olvidar el confinamiento involuntario al que estoy sometida.

–Está bien, nos vemos dentro de un rato.

Cuando colgó se encontraba de mucho mejor humor. Su hermano tenía algo calmante además de que sabía cómo subirle el ánimo sin hacer nada. Le pasaba lo mismo con Loken, se había convertido mucho más que en un animal de compañía, sino en alguien más cercano a un familiar. Miró por la ventana, el sol todavía estaba alto, y faltaban varias horas hasta que su hermano dejara la playa de Isla Plana y decidiera volver a su piso en Cartagena, pasando antes por la cocina de Marta.

Cogió de nuevo su *e-book* y se enfrascó en la lectura de *La Hija del Bosque*, un libro lleno de amor y fantasía que le permitía evadirse a la lejana Irlanda del siglo IX y matar el tiempo hasta la llegada de refuerzos.

El pitido del móvil lo sacó de los papeles que miraba concentrado. Fue al mirar la pantalla que se percató de la hora que era, y la tenue luz que entraba por las ventanas de la comisaría le corroboró que debería haberse ido a casa hacía un rato. Puso el móvil en silencio y siguió enfrascado en la lectura de una declaración tratando de buscar algún comentario relacionado con la agresión previa al asesinato de Diego. Susana pasaba por detrás de Pablo justo en ese momento.

–¿No vas a cogerle el teléfono a Lola? –preguntó al tiempo que se sentaba en el borde de la mesa de su compañero.

–No, ya le mandaré un mensaje dentro de un rato, de momento solo quiero terminar de leer esta pila de informes para poder irme a casa. ¿Solo quedamos

tú y yo?

–Sí, hasta Pili se ha ido, pero yo no voy a tardar mucho.

–¿Has quedado con alguien especial? –inquirió en tono jocoso. Había dejado los informes al lado de la mesa, llevaba todo el día trabajando, ya terminaría de leerlos mañana se dijo para convencerse a sí mismo.

–Sí, pero no es lo que te piensas –se apresuró a comentar Susana. Se había soltado el moño con el que había aparecido esta mañana y ahora su suave pelo rubio le caía a ambos lados del rostro. –He quedado con unas amigas para ir a tomar algo después del curro.

–¿Y hablar de alguien especial? –Pablo batía las pestañas como si fueran las alas de una mariposa para mofarse de su compañera. Esta respondió dándole un ligero manotazo en el hombro.

–¡No digas tonterías, anda!

–¡Pero si estás preciosa enamorada!

Susana se quedó helada durante un instante y de repente toda la sangre de su organismo se concentró en sus mejillas. Parecían dos farolillos de la Feria de Abril iluminando su cara.

–No estoy enamorada –dijo casi en un susurro y Pablo tuvo que hacer grandes esfuerzos por no perderse su respuesta.

–Vale, lo que tú digas.

Su conversación quedó interrumpida de nuevo por el pitido del móvil. Pablo suspiró, era Lola que lo requería de nuevo.

Susana le dio un beso en la coronilla como despedida y se marchó de la unidad.

Respondió a la llamada.

–Hola, cariño, ¿qué tal?

–¿Por qué has tardado tanto en contestar?

–Estaba trabajando, hoy está siendo un día de locos, Diego Guerrero de Soto ha sido asesinado y tenemos a la prensa, al comisario y hasta a la familia del fallecido encima.

–¿Os habéis quedado todos trabajando hasta tarde?

–No, solo Susana y yo, pero ya me iba.

–Mmm... –un silencio tenso al otro lado del teléfono obligó a Pablo a soltar un suspiro.

–¿Va todo bien, cariño?

–Sí, sí, estupendamente. No pasa nada porque mi novio se quede hasta las tantas con una compañera que podría ser ganadora de cualquier concurso de belleza. –La voz de Lola sonaba fría.

–Pero... Pero... ¡Si es Susana! De verdad, no tienes que preocuparte por nada, solo somos compañeros. Además, ella está con alguien.

–¡Como si eso significara algo! Vamos, Pablo, no me digas que no te has dado cuenta de cómo te mira Susana. Siempre está sonriendo, y tocándote el brazo, y diciéndote cumplidos.

–Pero eso es porque ella es así, es cariñosa. Si piensas que Susana quiere algo conmigo, es porque no la conoces en absoluto.

–Conozco a todas las mujeres, Pablo. Ella no es diferente.

A estas alturas de la conversación Pablo comenzaba a estar aturdido. El día había sido muy largo, llevaba despierto desde antes del amanecer y aún seguía en la unidad. No creía que Susana tuviera ningún sentimiento hacia él además del simple cariño entre amigos, pero comenzaba a dudar. La última vez que pensaba haber comprendido los sentimientos de una mujer fue con Marta y aquella historia acabó bastante mal, tal vez ahora esté pasando lo mismo, y lo que para él es simple amistad Susana lo interprete de forma distinta.

–Bueno, ya me voy para casa, te veo en menos de diez minutos.

–Ven directo.

–Claro.

Como prometieron, varias horas más tarde su hermano y Arturo aparecieron en el umbral de su puerta. Loken daba saltos de alegría alrededor de ellos y los

ojos de Marta brillaban de ilusión. Pasaron a la gran cocina de la casa familiar presidida por una espectacular mesa de roble macizo, que era la pieza favorita de su madre. La cocina era una estancia amplia, de casi treinta metros cuadrados, que combinaba el espacio cocina y comedor en una sola habitación. Marta sabía por sus horas delante de la televisión viendo a los *hermanos Scott* que el concepto «abierto» era un valor en alza en el mercado de las reformas inmobiliarias.

–Bueno, contadme cómo estaba el mar y la arena. ¿Había socorristas guapos en esa playa?

Arturo y Álex se miraron un segundo y luego se echaron a reír.

–Sí que tienes que estar aburrida si nos preguntas cómo estaba la arena –dijo Arturo con una media sonrisa –. Verás, estaba como si fueran granos minúsculos de sílice y otros minerales que se han ido acumulando por efecto de la erosión continuada del mar.

Marta puso los ojos en blanco.

–Ya me entiendes a lo que me refiero. Llevo cinco días aquí encerrada y ya no puedo más. Quiero salir, pero con este calor y con la escayola no me apetece nada. Pero tampoco me apetece quedarme en casa. No sé si me explico.

–No, para nada. Estás sonando como una completa chalada.

Marta respondió a su hermano sacándole la lengua con enfado simulado.

–Y encima eres una infantil. ¡Vaya joyita estás hecha!

–Es por culpa del arresto domiciliario, estoy de los nervios.

–Pues lee o...

–¡Ni se te ocurra decir «*ponte a planchar*»! Que la tenemos –atajó Marta sin darle tiempo a terminar la frase.

–Vale, vale, vaya humor tienes hoy.

–Bueno, seré yo quien ponga paz entre los hermanos Ortiz –sentenció Arturo mientras descorchaba la botella de vino que habían traído consigo–. Esto es lo único que tenían en el supermercado de Isla Plana, no está en tu lista, lo siento,

pero es lo que se puede encontrar en una tienda de playa un domingo de agosto.

Marta miró con desconfianza la botella, la marca no le sonaba de nada, pero se tenía que conformar con lo que habían traído.

–¿Habéis leído lo del *reencuentro mortal*? –preguntó Arturo mientras servía las copas.

–Sí, me parece increíble que Diego Guerrero de Soto haya sido asesinado. Tú lo conocías, ¿verdad?

–Hombre, conocer, conocer, la verdad es que no. Lo vi una vez durante una recepción que se hizo en el Ayuntamiento, pero ya está.

–¿Y qué te pareció? –inquirió su hermano con curiosidad.

–Bueno... No tuve mucho tiempo para hablar con él, además de que le costaba bastante apartar los ojos de mis pechos, y mira que no llevaba un escote pronunciado. No me pareció ni bueno ni malo.

–¿Eso significa que te caía fatal! –dijo Álex señalándola con un dedo acusador.

–¿Pero qué dices?

–Te conozco, hermanita, ¡Vaya si te conozco! Es posible que después de tantos años tratando con la prensa te hayas vuelto prudente, pero puedo oler desde más de un kilómetro cuando no soportas a alguien por mucho que quieras disimular.

Marta enrojeció de golpe, le sentaba fatal que su hermano tuviera razón y lo tuvo que admitir a regañadientes.

–Está bien, me cayó como un tiro. Me pareció un pedante que solo sabía hablar de él mismo y del próximo pelotazo inmobiliario que pensaba dar. Además de que, como ya os he dicho, se comportó como un perfecto maleducado conmigo, me hizo sentir muy incómoda.

–Por lo de mirarte las tetas –añadió Arturo.

–No sólo por eso... No sé cómo explicarlo, pero su manera de dirigirse, no solo a mí, sino a todo el mundo era por encima del hombro, como si le

debiéramos pleitesía por ser él Diego Guerrero de Soto y los demás no.

Guardo silencio un instante.

–Lo siento, el calor me tiene embotado el cerebro y parece que no encuentro hoy las palabras justas.

–No, te entiendo perfectamente –dijo su hermano mientras le tendía la mano para coger la suya. Arturo asintió en silencio.

–No es que me alegre por su muerte, ni nada por el estilo, pero tampoco me voy a poner a llorar por él.

–Es el equipo de Susana quien lleva la investigación, ¿verdad? –preguntó Arturo.

Marta dio un ligero respingo y se llevó la copa de vino a los labios para hacer tiempo. Tenía un sabor afrutado, con algo de madera, no era de los mejores que había probado, pero estaba bueno. No tuvo que responder pues su hermano lo hizo por ella.

–Sí, he visto las fotos en el periódico. Luego le mandaré un mensaje a Susana o a Pablo para ver cómo van.

De nuevo un pequeño sobresalto al escuchar el nombre de Pablo. Pero ¿se puede saber qué le estaba pasando? «El calor –se dijo– esto es todo cosa del calor». De repente sus labios empezaron a moverse y a pronunciar en voz alta palabras que ella nunca pensó que compartiría con nadie.

–Y... ejem... ¿Qué tal Pablo? Susana me dijo que tiene novia.

Arturo y Álex intercambiaron una fugaz mirada cargada de desconcierto mientras Marta se llevaba de nuevo la copa a los labios de manera inocente.

–Pues bien, supongo. Aún no hemos conocido a Lola, porque con esto de las vacaciones está haciendo muchos turnos en el hospital, pero parece que les va bien.

Los tres se quedaron en silencio mirando sus copas. Marta de repente había comenzado a tener frío. ¿Estaría el aire acondicionado demasiado fuerte? Tal vez el vino estaba caducado ¡o envenenado! Descartó las ideas, pues le parecían descabelladas; tal vez, simplemente sintiera algo por Pablo y el oír

que él estaba bien con su novia le produjera escalofríos, dolor de barriga y mareo.

–Y tú, ¿cómo estás? –los ojos color avellana de su hermano estaban llenos de preocupación, pero también de cariño.

–Yo bien, ¿por qué?

De nuevo Arturo y Álex volvieron a intercambiar una rápida mirada.

–Pues... Porque debe ser... –a Álex le costaba encontrar las palabras.

–Déjame a mí –intervino Arturo–. Pues porque, por mucho que tú trates de ocultarlo, se nota a la legua que estás enamorada de Pablo–. Marta iba a protestar cuando Arturo la frenó poniéndole un dedo en los labios de manera cariñosa–. No he terminado todavía. Como iba diciendo, se nota a la legua, de hecho, se notaba ya cuando viniste en abril, por eso ninguno entendió ese afán repentino por irte a la otra punta del planeta a ser devorada por los mosquitos.

Marta asintió abatida. ¿Su hermano la conocía demasiado bien y se lo había contado todo a Arturo? ¿O era tan evidente lo que sentía por Pablo que él también se había dado cuenta?

–Es posible, y fíjate bien –dijo mirando directamente a Arturo a los ojos – que, en un tiempo pasado, yo pudiera haber sentido algo por Pablo. Pero ahora estoy bien, más que bien, requetebién. Estoy tan estupenda que Javier Calvo y Javier Ambrossi me van a escribir un musical.

Alejandro bufó.

–Déjalo, Arturo, ni metiéndole astillas debajo de las uñas vas a conseguir que confiese lo que es evidente para todos. En fin, tú sabrás, pero que sepas que nos tienes aquí para lo que haga falta.

–Y cambiando de tema, ¿conoces a *Los Javis*? Porque yo daría la mitad de lo que tengo por pasar un rato con ellos.

–¡Claro que sí! Son simpatiquísimos, unas de las mejores personas que he conocido en Madrid, te lo aseguro.

Y así la conversación se fue diluyendo hacia temas menos serios al tiempo que la botella de vino se iba vaciando hasta que Arturo decidió meterse en la

cocina y preparar la cena para todos. Era casi medianoche cuando su hermano y su pareja abandonaron la casa y dejaron a Marta de nuevo sola. Antes de despedirse, Marta le había recomendado a Arturo *La Disparition*, un libro de George Perec que está escrito sin utilizar en ningún momento la letra «E». Para poder entenderlo completamente hay que leerlo en francés, pero eso no era un problema para su cuñado, que domina esta lengua.

Loken salió a despedirse de ellos al porche de la casa y Marta se sentó en una de las sillas a disfrutar de la noche una vez que se marcharon. Los grillos atronaban en la noche cartagenera como las chicharras lo hacen durante el día. No hacía tanto calor como unas horas antes, pero al día le estaba costando refrescar. Apagó las luces del porche y trató de mirar al cielo, solo unas pocas estrellas eran visibles por culpa de la contaminación lumínica de la ciudad. Eso era algo que sí echaba de menos del tiempo que había pasado en Guatemala, el increíble cielo estrellado que podían disfrutar cada noche. Los antiguos pensaban que nuestro destino estaba escrito en las estrellas, que esas bolas de gas a millones de años luz podían tener un impacto en la urdimbre del tejido de los humanos. Si ese era el caso, ¿qué plan le había deparado el destino a ella?

Se habían repartido el trabajo para tratar de ir más deprisa, Raúl estaba releiendo las declaraciones de todos los asistentes a la fiesta mientras Susana y Pablo revisaban las fotos y los vídeos. El material audiovisual recuperado de los invitados era enorme, pues se contaban por decenas los asistentes y todos querían inmortalizar la reunión con sus antiguos camaradas.

–¿Sabes eso que dicen que los cuarenta son los nuevos treinta?, pues es falso, por lo visto los cuarenta son los nuevos dieciséis –dijo Susana soltando un bufido–. He visto *instagrammers* profesionales hacerse menos *selfies* que esta gente.

–¡Y que lo digas! Llevo revisadas unas ochocientas fotos de las cuales la mitad están desenfocadas, borrosas o son de la tarta de cumpleaños.

–No os quejéis que las declaraciones no están siendo nada divertidas. Nadie hace mención a una agresión, ni siquiera los amigos más cercanos del fallecido.

–Bueno, yo he terminado con las fotografías, ahora me toca ponerme a ver vídeos –dijo Pablo cerrando una carpeta en el ordenador y abriendo la que contenía los archivos de vídeo.

El silencio volvió a instaurarse en la unidad, cada uno estaba concentrado en su tarea. Cuando Susana terminó de revisar las fotografías que le habían encomendado se dedicó a ayudar a Pablo con su misión. El inspector Martínez llevaba toda la mañana reunido con el comisario y estaban ultimando los

detalles del funeral que se celebraría esa tarde. Se esperaba una presencia multitudinaria con algunos de los miembros más destacados de la región de Murcia. Otro ataque no parecía probable, pero, dado que no conocían las motivaciones del asesino, lo mejor era ser lo más precavidos posible. Además de que el abuelo del fallecido no paraba de tratar de tomar el control de la investigación amparándose en sus contactos y en derecho de *vendetta* que pensaba que tenía.

Pilar no había parado en toda la mañana: tras imprimir el informe del forense, dejó una copia en cada una de las mesas de los miembros del equipo; después, se había lanzado a crear la línea del tiempo con los datos que tenían hasta el momento en la gran pizarra que ocupaba media pared. También había localizado al *community manager* de la Policía Nacional y había pasado más de media hora al teléfono con él creando la estrategia que iban a seguir en redes sociales.

–No puedo más. ¿Alguien más necesita un café tanto como yo? –preguntó Raúl echándose hacia atrás en su silla y estirando los brazos por encima de la cabeza. Él era más un hombre de acción, le gustaba estar en la calle y seguir las pistas directamente, estar encerrando en el despacho leyendo informes le aburría soberanamente. Hasta sus ojos verdes habían perdido brillo y ahora parecían las hojas a punto de marchitarse de una planta.

Pilar se levantó como un resorte y se plantó a su lado con los trozos de un bizcocho casero cortados dentro de un táper. Los demás no pudieron resistirse y pararon también a coger fuerzas para volver con más ganas a la investigación.

–¿No ha habido suerte? –preguntó Pilar con voz maternal. Sus gafas de carey hacían que sus ojos parecieran más grandes de lo que eran y dulcificaban un rostro ya de por sí amable.

Pablo negó con la cabeza mientras masticaba su porción de bizcocho y Susana se unió a él con gesto abatido. Raúl había aprovechado para mirar su móvil y cambiar las ideas durante el tiempo de la pausa; ya había comprobado

que cortar por lo sano con lo que estaba haciendo, le permitía volver con la mente despierta cuando retomaba la tarea. Estaba metido en Instagram cuando soltó un silbido de admiración.

–¡Guau! –dijo al tiempo que le tendía el móvil a Susana–. Tu amiga Marta sí que sabe cómo sacar partido a una instantánea. ¿Quién pudiera estar ahí con ella?

La imagen que tenía Susana delante de ella mostraba una playa de arena blanquísima, salpicada de palmeras que prácticamente tocaban el agua, mientras el sol se ponía en el horizonte bañando todo con su luz dorada. En una esquina de la imagen se recortaba la silueta de Marta de espaldas paseando por la orilla con un vestido ligero que había sido capturado por la cámara cuando se agitaba con la brisa tropical. Un texto comentaba sus días en Guatemala; la libertad que sentía en aquella playa frente a la opresión de estar encerrada por culpa de su pierna rota acompañaba la instantánea.

Susana miró durante unos instantes la foto, notando cómo Pablo miraba por encima de su hombro la imagen. Le devolvió el móvil a Raúl con una sonrisa fingida, él no estaba al corriente de que su relación con Marta se había deteriorado bastante y no quería ponerse ahora a dar explicaciones a nadie. Pilar interceptó el teléfono antes de que llegara a las manos de su dueño y se puso a escrutar la fotografía con mirada crítica.

–¡Madre mía esta chica está cada vez más guapa! Fíjate que está ahí, al lado de la playa y el pelo no se le ondula con la humedad ni nada. –Se había bajado las gafas que ahora tenía en la punta de la nariz–. Porque por mucho que digan que eso se lo hacen cuando pasa por la peluquería, ya te digo yo que eso es natural. ¿Y esa gracia que tiene hasta para caminar? Mira, a mí me hacen una foto así, de espaldas, sin posar ni nada y parece que se me ha metido arena en la braga del bikini de lo mal que salgo.

¿Tú qué dices, Pablo? –Soltó poniéndole el móvil a escasos metros de la nariz–. ¿No es esta chica la mujer más guapa que has visto en tu vida?

Pablo enrojeció hasta las orejas y metió las manos en los bolsillos del

pantalón mientras le lanzaba a Susana miradas pidiendo ayuda. Afortunadamente Raúl interfirió para echarle un cable.

–Pili, mujer, ¿cómo le preguntas eso al chaval? ¿No te acuerdas de que tiene novia?

–Una cosa no quita la otra, mira, que yo a mi marido lo quiero más que a nada en este mundo, pero me lo pones al lado de Hugh Jackman, ¿y qué quieres que te diga? Por muchos votos nupciales que yo haya hecho sé distinguir cuando un hombre es guapo. Y el Logan ese es mucho más que guapo, es...

–Vale, Pili, que ya nos queda claro.

Raúl cogió el móvil y estirando el brazo puso la foto al lado de la cara de la secretaria de la unidad.

–Pues no sé yo; si tuviera que elegir entre las dos, lo tendría difícil para decidirme.

Pilar rompió en una risa que se contagió a todos los demás.

–Pero mira que eres golfo, Raúl –le dijo mientras le daba un pequeño golpe en el brazo lleno de cariño–. Y ahora que ya hemos descansado un rato, ¡a trabajar todo el mundo! –dijo dando varias palmadas en el aire para acompañar sus palabras y transmitir la urgencia del mensaje. Raúl se cuadró e hizo el saludo militar antes de volver a su mesa, mientras Susana y Pablo intercambiaron una mirada llena de complicidad y también volvieron al trabajo.

La actividad había vuelto de nuevo al seno de la unidad como si no se hubiera ido nunca, pero por algún motivo la imagen del atardecer en el Pacífico con Marta de espaldas había quedado flotando en el aire, como una promesa, como un secreto a voces, como un soplo de aire cálido proveniente del otro lado del planeta.

Jesús estaba sentado a la misma mesa en la terraza de un bar de la Plaza Juan XXIII que unos días antes. Había quedado de nuevo con Jero, pues lo

acontecido durante la fiesta le había dejado una sensación extraña. Y no se refería precisamente a la muerte de Diego.

Llevaba su *kindle* que sacó del macuto que había dejado encima de una silla y se puso a leer para hacer tiempo. Jero solía ser puntual, pero a él le gustaba llegar siempre con bastante tiempo de antelación. Es algo que aún conservaba de su etapa de deportista, siempre llegaba a las competiciones con bastante tiempo para calentar, evaluar el terreno y a sus rivales. Sabía que Jero no era un rival, pero las viejas costumbres son algo difícil de eliminar. Llevaba un cuarto de hora enfrascado en su lectura cuando sintió que alguien le apretaba el hombro. Levantó la mirada del libro y se encontró con los ojos siempre amables de Jero.

Se dieron un abrazo que duró varios segundos, los dos necesitaban ese contacto, esa sensación física de seguridad que siempre les proporcionaba el otro. Jero le palmeó la espalda con fuerza; «menos mal que entreno todos los días», pensó. Se sentaron en silencio mirando cada uno su botellín de cerveza sin saber muy bien cómo comenzar la conversación. Al final, fue Jesús quién rompió el hielo.

–Por cierto, a la próxima gran idea que se le ocurra Adela dile que no cuente conmigo, ¿vale?

Jero se echó a reír y casi se atragantó con el pincho de tortilla que tenía en la boca.

–El *reencuentro mortal* lo llaman en los periódicos, ¿te lo puedes creer? Suena a película de serie B.

–Lo sé, por eso esta mañana me he traído el *kindle* mientras te esperaba, cuando he ido a comprar el periódico todos hablaban de lo mismo y no me apetecía leerlos.

–Pero dejando de lado que uno de nuestros antiguos compañeros apareció en el baño con un cuchillo saliéndole del pecho, la fiesta estuvo bastante bien, ¿no crees?

–Sí, la verdad es que, si te abstraes de ese pequeño detalle, la fiesta salió de

maravilla.

–Reconoce que te lo pasaste bien; estaba doña Gertrudis, el director del instituto y los del equipo de atletismo. Además de que la decoración, en la que yo participé activamente, era de lo mejor que se ha visto en mucho tiempo.

Jesús no tuvo más remedio que darle la razón a su amigo; el aguamarina de sus ojos brilló con fuerza.

–Tienes razón, fue una buena fiesta. Visto lo bien que se te da organizar eventos, te voy a contratar cuando decida festejar la comunión de la peque.

–Quita, quita, todo esto fue un capricho de Adela. Jesús asintió en silencio.

–Por cierto, ¿cómo lo lleva ella?

–Pues te vas a enterar enseguida porque le he dicho que venga y me da la impresión de que es esa que viene por ahí –dijo señalando con su botellín detrás de Jesús.

Este se giró y pudo ver a una figura escondida detrás de unas gafas de sol que hacían que las de Audrey Hepburn en *Desayuno con Diamantes* parecieran pequeñas y una pamelita bajo la que podría esconderse un tigre de bengala. Cruzó la plaza a grandes zancadas y llegó hasta ellos en un santiamén. Jero iba a decir algo, pero una risa incontenible fue lo único que le salió.

–Jerónimo, por el amor de Dios, deja de reírte que no estamos para bromas.

–Pero ¿de qué vas disfrazada, mujer? –dijo secándose las lágrimas.

–Voy de incógnito.

Jesús y Jero se miraron y volvieron a romper a reír.

–¿En una película mala de espías de los años treinta? Por favor, si estás llamando la atención más que otra cosa.

Accedió de mala gana a quitarse las enormes gafas de sol, pero fueron incapaces de convencerla para que se desprendiera de la pamelita a pesar de estar bajo los soportales de la plaza.

–Bueno, ¿nos puedes contar a santo de qué vienes disfrazada?

–Es para evitar a la prensa, hoy me han llamado al trabajo, por lo visto se ha filtrado que la fiesta la organicé yo y querían declaraciones en exclusiva.

–¿Y has pensado que disfrazándote de Sara Montiel no te iban a encontrar?

Los dos hombres volvieron a reír a carcajadas mientras Adela fruncía los labios y cruzaba los brazos delante del pecho.

–No sé ni por qué he accedido a venir, veo que no comprendéis la magnitud del problema. ¡Qué yo soy fiscal! ¿Os imagináis por un momento el escándalo que supone ser la organizadora de la fiesta en la que asesinaron a Diego de Soto sabiendo que yo traté de procesarlo hace unos meses?

El semblante de los tres se ensombreció durante un instante.

–Tienes razón, no habíamos pensado en que tu carrera podría verse afectada con todo esto. Porque tú no has tenido nada que ver, ¿verdad?

Adela le regaló a Jesús una mirada tan fría que podría haber congelado el mismísimo infierno con Satanás y todos los demonios dentro. Dijo susurrando en un tono más que amenazador:

–No digas eso ni en broma, Jesús ¿Me has entendido?

Por primera vez en mucho tiempo, Jesús Pizarro sintió algo parecido al miedo y a pesar del calor sofocante de este mes de agosto sintió un escalofrío. Asintió lentamente, pues se había quedado sin palabras.

–Bueno, no nos dejemos llevar por las emociones –trató de mediar Jero mirando alternativamente a uno y a otro–. La fiesta fue un exitazo, salvo por lo de Diego, eso no se puede negar.

–Eso es verdad –dijo Jesús recuperando la compostura–. Gracias, Adela, por organizar una fiesta de reencuentro. Todo fue espectacular... Incluido el fin de fiesta.

Adela se quedó un segundo en silencio y luego sonrió, ella también sabía encajar las bromas de vez en cuando.

–Y hablando de espectacularidades, ¿No te pareció que Emma estaba preciosa?

Jero se quedó con el botellín a mitad de camino de la boca y miraba a Jesús que sonreía fríamente. Adela se la estaba devolviendo.

–Sí, iba muy guapa, pero todas las invitadas iban muy bien arregladas.

–¡Venga ya! –Soltó Adela–. Yo la odié desde el mismo momento en el que puso un pie en el gimnasio, parecía una diosa. Sé que lo estás pasando mal con lo de María, que la herida aún está fresca, pero ¿no se te revolvió nada cuándo la viste?

Jesús se quedó en silencio buscando en su botella de cerveza la respuesta a esa pregunta.

–Si te soy sincero, no lo sé. Emma es... Bueno, es Emma. Lo que sentí por ella no creo que desaparezca nunca, tenía mi vida planeada junto a ella y de repente todo se acabó. Han pasado veinticinco años y nunca me ha dado una explicación. Simplemente llegó un día, me dijo que ya no me quería y se marchó. Y no solo figuradamente, se fue con su familia a vivir a Londres durante una temporada. Ya no le bastaba con no estar conmigo, no quería estar ni en el mismo país. Así que cada vez que la veo todo vuelve, el amor que sentía por ella y el inmenso dolor que me invadió cuando se fue.

Adela había extendido la mano por encima de la mesa y se la sujetaba con cariño. Conocía parte de la historia porque Jero la mantenía al corriente, pero nunca la había escuchado directamente de labios de unos de sus protagonistas.

–Así que cuando la vi en la fiesta todo regresó durante una fracción de segundo, hasta que su marido entró en escena y la realidad volvió a golpear. Ella está casada, yo soy viudo y ninguno de los dos tenemos dieciséis años para volver al pasado.

Se encogió de hombros para dar por concluida la conversación. No le gustaba hablar del tema, pero llevaba unos días con la moral baja y había bajado la guardia sin darse cuenta. Esta Adela es más lista de lo que parece a simple vista, normal que sea una fiscal tan buena.

–Bueno, chicos, yo me marcho que mi hora del desayuno ya se ha acabado y tengo que volver al trabajo. –Se levantó y les dio un abrazo a los dos–. Por favor, llamadme en cuanto sepáis algo, que este tema me está robando el sueño de mala manera.

–Cuenta con ello.

–Venga, te acompaño que yo voy en la misma dirección –se ofreció Jero sin poder evitar una sonrisa cuando Adela se volvió a poner esas inmensas gafas de sol.

Jesús se quedó de nuevo solo en la mesa de la terraza. Pronto el calor sería insoportable, pero de momento aún se estaba bien debajo de los soportales que rodeaban la plaza. Sacó de nuevo su *kindle* y se pidió otra cerveza, no había nadie que lo esperara en casa, bien podía disfrutar un rato más de la lectura.

–Creo que tengo algo –exclamó Susana ilusionada.

En un instante tenía a su alrededor a todos los demás miembros del equipo. Pilar había quitado su mesa tan deprisa que todavía sujetaba unos papeles en la mano, no quería perderse nada. Todo el mundo se arremolinaba en torno al ordenador de Susana que estaba pasando imágenes con el programa de vídeo.

–Mirad aquí. –En el ordenador se veía el gimnasio donde varios de los asistentes bailaban, de repente comenzó una canción de salsa y una pareja se movía por la pista con la precisión de unos bailarines profesionales.

–¡Guau! Eso sí que es saber moverse, cualquier día convengo yo a mi marido para que se apunte a clases de salsa conmigo –dijo Pili con un suspiro.

–Sí, bailan de maravilla, pero eso no es lo que me interesa. Mira ahí, justo detrás de ellos.

A pesar de la mala iluminación y de la imagen algo temblorosa, se podía apreciar a Diego Guerrero de Soto saliendo por la puerta del gimnasio hacia el exterior. Apenas un par de segundos después, otro de los asistentes, que no le había quitado el ojo de encima, lo siguió a la calle. La imagen terminaba al mismo tiempo que la canción; todos miraron a Susana, que sonrió triunfante abriendo otro archivo de vídeo.

El segundo vídeo estaba tomado desde otro ángulo y la misma pareja de bailarines interpretaba otra canción distinta. La puerta del gimnasio quedaba

en una esquina de la imagen, pero seguía siendo visible. El hombre que siguió a Diego volvió a entrar al gimnasio y se sujetaba la mano derecha y hacía gestos estirando los dedos como si le dolieran. Diego, por su parte, tardó varios minutos en volver a entrar y parecía mucho más decaído que cuando salió.

La imagen desapareció del ordenador y Susana se dio la vuelta en la silla bastante complacida con el trabajo que había realizado. El resto del quipo la miraba lleno de alegría, por fin podían seguir avanzando en la investigación.

–¿Sabemos quién es? –preguntó Pablo.

–La calidad de la imagen no es demasiado buena, pero, como tenemos más de mil fotos para comparar, seguramente podremos encontrarlo gracias a la ropa que llevaba.

–¡Lo tengo! –gritó Pilar desde su mesa–. Esa camisa no se me olvida porque me recuerda mucho a una que le regalamos a mi hijo cuando se graduó en la universidad. Esa no sé de dónde es, pero la nuestra la compramos en el Corte Inglés y nos costó una verdadera pasta, pero, claro, como el chico solo termina los estudios una vez, pues hicimos el esfuer... Me estoy yendo por las ramas. ¿A que sí? Claro, por eso estáis tan callados y mirándome de esa forma. Bueno, que el sospechoso se llama Carlos Hernández, y por lo que tengo aquí –dijo agitando una hoja delante de sus compañeros– no fue al instituto con Diego; él está casado con una antigua alumna, María Antonia Vílchez.

–¿Sabemos algo más? ¿Qué relación tenía con Diego? ¿Se conocían del trabajo?

¿Del gimnasio? –Raúl enumeraba todas las preguntas que se le estaban amontonando.

–¿Y si le hacemos una visita y se lo preguntamos? –preguntó

Pablo.

Raúl sonrió de oreja a oreja, sus ojos volvieron a brillar como dos gemas iluminadas con una luz interior.

–Es una idea buenísima. Pilar, danos la dirección de ese tío, que vamos a

hacerle unas cuantas preguntas.

Le puso la mano en el hombro a Pablo y se dirigió a paso apresurado a la escalera para bajar a la calle. Pablo tuvo el tiempo justo de murmurar una despedida a sus compañeras y salir corriendo detrás de Raúl, que ya estaba prácticamente en el aparcamiento de la comisaría cuando él le alcanzó.

–Estar encerrado te estaba matando, ¿verdad?

–Sí, y más con el buen día que hace –Raúl sonrió mostrando su blanquísima dentadura mientras se ponía tras el volante del coche.

No tardaron mucho en llegar al pequeño adosado que ocupaba la pareja en El Bohío, una construcción de ladrillo de los años sesenta que no se distinguía de las otras exactamente iguales que había en esa calle. El jardín delantero, si bien era pequeño, estaba muy bien cuidado, con unas coquetas macetas con flores y unas sillas plegables apoyadas junto a una de las paredes.

Los subinspectores se bajaron del coche y llamaron al timbre mientras soportaban el bochorno del sol de agosto. Una mujer les abrió la puerta unos instantes después. Era menuda, con la tez pálida, a pesar de ser verano, y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta. Llevaba un vestido ligero de flores y era imposible no pensar en ella como en una de las mujeres que solían ser protagonistas de las películas de Hitchcock. Tras las presentaciones de rigor, la mujer los acompañó al interior de la vivienda, donde el ambiente era mucho más fresco.

Encontraron a su marido sentado a la mesa de formica de la cocina frente a un salmorejo y unas costillas de cordero, los habían interrumpido en mitad de la comida. Vestía una floreada camisa de colores brillantes y unas bermudas color beige. Llevaba el pelo rapado, probablemente, para tratar de disimular su avanzada calvicie a pesar de su corta edad. Estaba muy bronceado, lo que contrastaba con su esposa, que presentaba un tono de piel mucho más claro. Tras volver a presentarse Raúl tomó la palabra.

–Sentimos molestarlos en mitad de la comida, pero necesitamos hacerle algunas preguntas, señor Hernández. ¿Le parece si pasamos al salón para estar más tranquilos?

–No es necesario, lo que me tengan que decir pueden hacerlo delante de mi mujer –dijo con total serenidad cogiendo a su mujer de la mano, que se había quedado de pie detrás de él.

Raúl y Pablo compartieron una rápida mirada y Pablo sacó su libreta apoyándose contra el quicio de la puerta.

–¿Qué relación tenía con Diego de Soto y Cabrera?

–Ninguna, lo conocí por primera vez en la fiesta.

Raúl levantó una ceja sorprendido, pero no dijo nada para dejar que fuera su compañero quien llevara la voz cantante. Pablo cambió de táctica sin dejar entrever su asombro por la respuesta del sospechoso.

–En un momento de la noche el señor Guerrero de Soto salió del gimnasio y unos instantes después usted salió también. ¿Mantuvo algún tipo de conversación con el fallecido?

–Sí, le dije que era un hijo de puta –soltó con toda la tranquilidad del mundo mientras su mujer daba un pequeño respingo.

–¿Hicieron algo más que hablar, señor Hernández?

–Sí.

–Por favor, póngaselo fácil; podemos continuar estas preguntas en comisaría si así lo prefiere. Así que hágase un favor y cuéntenos exactamente qué pasó cuando salieron del pabellón.

Carlos Hernández no había perdido la compostura ni un instante, durante un momento evaluó la posibilidad de no seguirle el juego a los policías y ver hasta dónde eran capaces de llegar y si finalmente se lo llevarían arrestado. Acabó cediendo al ver la mirada suplicante de su esposa, suficiente había vivido ella como para añadirle esto a sus preocupaciones. Dio un largo suspiró y cruzó las manos sobre la mesa.

–Está bien, siéntese si quieren, esta historia seguro que no la conocen.

Raúl y Pablo tomaron asiento a ambos lados del hombre mientras que su mujer había decidido seguir de pie. Las costillas ya estaban frías.

–Todos conocen al gran Diego Guerrero de Soto –dijo con una mirada socarrona–, un grande de la ciudad, un benefactor de Cartagena; pues yo les voy a decir la verdad: ese tío era un completo hijo de puta. Ese desgraciado se aprovechó de mi mujer hace años cuando la contrató como especialista en relaciones públicas para una empresa que acababa de montar.

María Antonia se estaba encogiendo al oír el relato de su marido y estrujaba un trapo de cocina entre las manos.

–¿Denunciaron?

–No, aquello fue antes de conocerme a mí y hace unos años se culpaba a la víctima en vez de al abusador, así que mi mujer tomó la decisión de no decir nada en aquel momento. No quería que la señalaran y así les evitaba un disgusto a sus padres, ya le digo que eso era lo normal antes, ahora se denuncia más. A mí me lo contó años después, por eso les he dicho que se quedaran porque entre nosotros no hay secretos. Aunque nunca me dijo quién había sido y yo no traté de sacárselo, eso era algo que solo la concernía a ella.

–Hasta el día de la fiesta –añadió Raúl tomando la palabra por primera vez.

–Cuando me presentaron a Diego vi a mi mujer más asustada de lo que la he visto nunca, a pesar de que trató de disimular y entonces me contó que fue él quien se pasó de la raya y yo fui a hablar con él para pedirle explicaciones. No soy un hombre violento, así que no iba con ánimo de pelea. Le seguí a la calle y le pedí que se disculpara con mi mujer por haber sido un cerdo y ¿saben qué hizo? Se rio, el muy cabrón se rio y me dijo que ese había sido el peor polvo que había echado en su vida.

María Antonia se encogió aún más, las lágrimas asomaban a sus ojos y el trapo estaba a punto de romperse bajo la presión que ejercían sus manos.

–Hice algo que yo pensé que no haría nunca y fue levantarle la mano a alguien. Quise darle un puñetazo en la cara, pero entre que yo iba un poco borracho y que el tío es muy rápido apenas le rocé, aunque sirvió para dejarle

claro que no iba a permitir ese comportamiento con mi esposa. Después de eso me volví a la fiesta y no volví a cruzarme nunca más con ese impresentable.

–Entenderá que tenemos motivos para pensar que pudo haber querido tomarse la justicia por su mano y tratar de vengara su mujer quitando al señor de Soto de en medio.

–¿Dejar a mi Toñi sola porque yo estoy en la cárcel por culpa de un tipo como ese? No señores, eso no es posible. Tomen mi ADN, mis huellas, lo que les dé la gana, no tengo nada que ocultar. No me arrepiento de haber tratado de poner a ese impresentable en su sitio, pero no iba a perder varios años de mi vida por su culpa. Lo único que lamento es no haberle partido la cara en condiciones.

Pablo tomaba notas a toda velocidad en su cuaderno y Raúl asintió en silencio tomando de nuevo la palabra.

–Entiendo lo que hizo, yo también estoy casado, pero que sepa que para eso estamos nosotros, para meter a esos impresentables entre rejas; aunque, para que seamos capaces de hacerlo, hay que denunciar –dijo mirando a María Antonia de forma muy elocuente.

–Bueno, pues creo que tenemos todo lo que nos hace falta, no abandonen la ciudad en los próximos días, es posible que los tengamos que volver a citar para declarar.

Salieron de la casa en silencio, rumiaban lo que acababan de escuchar; la mujer parecía realmente atemorizada nada más que al oír nombrar a Diego. ¿Sería ella parte de la acusación que estaban preparando contra Guerrero de Soto? Ahora ya no lo sabrían nunca, la justicia no pudo actuar para ella.

La pista de Carlos Hernández había sido un callejón sin salida, pero al menos habían podido añadir más datos a la personalidad del fallecido. Pilar había actualizado la pizarra añadiendo la agresión a la línea temporal de aquella noche y, aunque estaban todos casi convencidos de que él no tenía nada que ver, todavía no lo habían sacado definitivamente del cajón de los sospechosos. El día no había sido una completa pérdida de tiempo a pesar de que seguía casi exactamente en el mismo punto que al principio de la investigación.

Susana se encontraba en la terraza de su casa embelesada mirando las luces de la ciudad mientras de fondo un vinilo de los Beatles amenizaba la noche. Los suaves compases de «*Eleanor Rigby*» la sumían en una dulce melancolía. Katinka daba vueltas de un lado a otro del apartamento sin decidirse a pararse en ningún momento, llevaba dadas más de diez vueltas saliendo a la terraza y volviendo a entrar. El sol se estaba poniendo y los reflejos de las últimas horas del día le recordaron a Susana al pelaje atigrado de su mascota. Un mensaje al móvil la sacó de su ensimismamiento.

«*Agente Castillo*» se podía leer, y Susana sonrió pensando que tal vez ya iba siendo hora de cambiar el nombre y poner «*Andrés*». Se habían visto en varias ocasiones y Susana disfrutaba mucho de su compañía y, por lo que parece, él también había disfrutado; ya iba siendo hora de no ser tan fríos si quería que esta relación llevara a buen puerto.

«¿Cuándo vamos a volver a vernos?».

Claro, directo, desde luego este chico no se andaba con rodeos.

«Estamos muy liados con una investigación de asesinato, no sé cuándo podremos quedar».

«No se puede atrapar a un asesino con el estómago vacío, dime cuándo te viene bien y yo voy a Cartagena y así no pierdes tiempo en desplazamientos, porque tendrás que cenar y es mejor hacerlo en compañía».

La sonrisa de Susana le ocupaba toda la cara y le iluminaba los ojos con la fuerza de cien bombillas.

–¿Qué le respondo, Kat?

La gata la miró escrutadora y luego se subió a su regazo y se puso a ronronear.

–No me estás sirviendo de ninguna ayuda, ¿lo sabes? Claro que la culpa es mía por pedirle consejo a un gato.

Otro mensaje entró haciendo pitar el móvil.

«¿?».

–Bueno, pues de perdidos al río –suspiró.

«Está bien. Una cena después del trabajo, no me puedo quedar mucho tiempo».

«Genial. Es tu ciudad, tú eliges el sitio. Dime la hora y nos vemos allí».

«Te mando la dirección mañana. Nos vemos pronto».

«Lo estoy deseando».

La sonrisa se ensanchó aún más y Susana tenía la impresión de que le llegaba hasta las orejas. «Desde luego no se anda por las ramas», pensó de nuevo con brillo en los ojos y el corazón martillando al ritmo de una fanfarria festiva. Tambores, trompetas y un par de bombos hacían que su pecho saltara de emoción y que el aliento se quedara estancado en sus pulmones. Si no prestaba atención, se iba a ahogar, pues llevaba varios segundos conteniendo la respiración. Ahora le tocaba a ella encargarse de organizar la cita. Recordaba que Pablo le había dicho que conocía un restaurante que estaba

muy bien y que no era caro, así que no perdió ni un instante y lo llamó al móvil. Cuando descolgó no le dio tiempo ni de saludar y comenzó a hablar de manera atolondrada; ese

«*lo estoy deseando*» la había dejado fuera de combate por un instante y no se lo podía quitar de la cabeza.

–Hola, corazón, necesito un gran favor. ¿Te acuerdas de que me dijiste que habías estado hace poco en un restaurante bueno y barato? Pues necesito saber el nombre para reservar. Ya, a ser posible, que mañana te cuento los detalles, pero estoy que no quepo en mí.

Un tenso silencio se formó al otro lado de la línea, Susana iba a preguntar si se había cortado la comunicación cuando una voz de mujer le respondió.

–Pablo está en la ducha, como he visto que era del trabajo he respondido por si era urgente. Soy su novia –dijo estas palabras de una forma que a Susana le sonó más como una amenaza que como una presentación.

–¡Ah! Hola, Lola, lo siento. Bueno, dile que me llame cuando pueda, que necesito hablar con él, soy Susana.

–Está bien, descuida.

Y acto seguido la comunicación se cortó con un «clic» sin darle tiempo a Susana ni de despedirse. Sintió un escalofrío y se estremeció de forma involuntaria, la conversación no había ido bien y no tenía ni idea de por qué. El sol se había puesto completamente y las primeras farolas comenzaban a encenderse como una bandada de luciérnagas perdidas en la gran ciudad. «*Here, there and everywhere*» acompañaba a Susana, que miraba el último mensaje que había recibido embelesada y sin poder dejar de sonreír. Katinka se había quedado dormida en su regazo, pero no le importaba. «Lo estoy deseando». Esa frase decía tanto con tan poco, a veces es muy fácil encontrar las palabras justas, las que llegan a donde se guardan las emociones, las que dejan una impronta que no se borra. Susana sonrió otra vez y se perdió en sus pensamientos con una sonrisa que daba más luz que todas las farolas de la calle juntas.

Pablo había dormido fatal, el calor le había impedido conciliar el sueño, pero es que además había tenido una bronca monumental con Lola que todavía resonaba en el fondo de su alma. Cuando llegó a la comisaría las ojeras se le marcaban como dos cardenales, y el pelo, que siempre aparecía descuidado, hoy estaba directamente sin peinar. Si no fuera porque tenían un caso muy mediático y de una importancia capital entre manos, hubiera puesto alguna excusa para no ir a trabajar, pues hoy no se sentía con fuerzas para enfrentarse al mundo.

Pilar que tenía un sexto sentido para detectar los niveles bajos de cafeína en la sangre de una persona, con la precisión de un examen de laboratorio, se le acercó antes de que tuviera tiempo ni de decir buenos días y le puso una taza en la mano. Pablo iba a darles las gracias, pero Pilar le puso un dedo en la boca con un gesto maternal y negó con la cabeza.

–No hay porqué darlas. Además de que lo último que necesita el jefe es verte con esa cara.

–Hoy es el funeral, ¿no?

–Exacto, se ha ido ya con el comisario; iban los dos con el uniforme de gala para presentar los respetos a la familia. Guapísimo, porque de mí para ti, el jefe en sus años mozos era más apuesto que Clark Gable, y verlo ahí uniformado con la guerrera de gala, estaba para ser portada de *Interviú*. Raúl y Susana han ido de paisano para echar una ojeada; por lo visto, va a ver casi más asistentes que a la boda de los príncipes, así que tienes aún un rato antes de que llegue el resto del equipo, con lo que tómate tu café, reponte de la noche de locura y pasión que viviste ayer y ponte a trabajar –dijo Pilar con una sonrisa picarona antes de darse media vuelta y volver a su escritorio.

Y lo intentó, de verdad que lo intentó, pero las letras se le juntaban y apenas era capaz de diferenciar las palabras. Necesitaba leer una misma frase diez veces para enterarse de lo que estaba leyendo, y ni con esas conseguía sacar algo en claro.

Su madre tenía una regla muy clara: *«Nunca te debes ir a la cama enfadado*

con alguien» y la cumplía con la disciplina propia de una esposa de militar. Cuando Pablo era adolescente y se metía en líos y acababa castigado, su madre siempre entraba a su cuarto antes de dormirse y le daba un beso de buenas noches. Ese pequeño gesto rompía la tensión, hacía que la fase de enfado se terminara y comenzara la del perdón, y eso es algo a lo que él se había acostumbrado. No era capaz de recordar un solo día de su vida en la que se hubiera acostado enfadado con alguien, por eso cuando Lola se marchó a trabajar en el turno de noche dando un portazo y dejándolo plantado en mitad del pasillo él no supo cómo actuar. Dio vueltas en la cama, y ni el aire acondicionado del piso podía refrescarle las ideas. Repasaba mentalmente la conversación y miraba con ansiedad la puerta esperando que se abriera y su novia apareciera para darle un beso de buenas noches y comenzar a perdonarse. Pero el alba acompañó sus pensamientos y nadie vino a decirle que todo se había terminado y que ya podían volver a ser felices, y ni la ducha de agua helada consiguió devolverle el buen humor. Dejó una nota en la encimera de la cocina, un simple *«Lo siento»*, pues siempre había sido parco en palabras, que esperaba reblandeciera el corazón de Lola lo suficiente. No sabía si esa noche dormiría con él o, por el contrario, se iría a su piso, algo que llevaba semanas sin hacer, y esa incertidumbre le estaba matando.

Levantó la vista de lo que estaba haciendo y reparó en que Pilar lo miraba con semblante preocupado. Forzó una tímida sonrisa para infundirse coraje y para que la secretaria de la unidad se quedara tranquila, pero sabía que estaba fracasando estrepitosamente en su cometido. Decidió desterrar esos pensamientos, ya tendría tiempo de ocuparse de su vida privada cuando saliera de la comisaria; ahora tenían un asesinato entre manos y esa debía ser su prioridad.

Las campanas de la Basílica de la Caridad tañían llamando a los fieles a la misa de difuntos, haciendo que nos replanteáramos nuestra propia existencia

como en el poema de *John Donne*. Otra muerte prematura, otra vida sesgada, otro ataúd que portearan amigos para despedirse de alguien que se marcha demasiado pronto. Y las campanas doblando sin descanso por otra alma que se escapa.

La entrada a la iglesia estaba atestada y recordaba a las peregrinaciones de fieles previas a un Lunes Santo. Decenas de coronas de flores engalanaban la entrada de estilo neoclásico del templo. Cientos de personas vestidas de negro entraban a la iglesia como si de un reguero de pequeñas hormigas se tratase. Hombres con chaquetas, a pesar del calor de un día de agosto, acompañaban a mujeres elegantemente vestidas de luto.

Raúl estaba apoyado en el edificio en frente de la puerta principal debajo del frontón de una tienda de *souvenirs* en la que la imagen de la Virgen de la Caridad, patrona de la Cartagena, adornaba platos, tazas y hasta delantales. Susana se había acercado hasta la puerta para observar el interior del templo. A su lado varios reporteros de medios locales y nacionales montaban guardia con sus inmensos objetivos dispuestos a captar el dolor ajeno para vender periódicos. Ya era casi la hora de que comenzara la misa y la iglesia estaba abarrotada; los rezagados deberán quedarse de pie, pues ya no cabía ni un alma. Los bancos reservados a la familia se encontraban ocupados por miembros de la burguesía de la región y de algunos miembros de la nobleza, como el Marqués de Bolnuevo, familiar lejano del fallecido. Susana vio una figura rota, a pesar de no querer dar muestras de ello. Jimena estaba sentada en primera fila con un moño bajo recogiendo sus cabellos y sujetando un pañuelo de hilo en una mano, al lado de su padre, que miraba alrededor pasando revista a los asistentes y asintiendo satisfecho por los miembros que habían respondido a su invitación, cancelando vacaciones y posponiendo compromisos. A pesar de ser un nonagenario, sus ojos destilaban fuerza y Susana pensó que sería un adversario temible si alguna vez se encaraba con alguien. Volvió de nuevo a Jimena, envuelta en un regio vestido negro, que daba la impresión de que le quedaba algo grande y la hacía parecer aún más

desvalida.

El sacerdote entró y la congregación se puso en pie. Susana se colocó al final de la iglesia junto a la puerta y le hizo un pequeño gesto a Raúl para que entrara y se refugiara del calor inclemente del verano.

La liturgia fue breve, pues hasta el párroco era consciente de que la única climatización con la que contaba la iglesia eran unos vetustos ventiladores que movían el aire, pero no lo refrescaban. Al acabar la ceremonia, varias personas acompañaron el féretro llevándolo a hombros hasta el coche que lo llevaría hasta su última morada, el panteón familiar del Cementerio de Santa Lucía. En el momento en el que el ataúd entró en el coche y se cerró la puerta, Jimena de Cabrera se hundió y cayó de rodillas en un llanto inconsolable ante el estupor de su padre que la miraba con desdén y furia. Los asistentes se quedaron tan sorprendidos por la imagen que ninguno osó acercarse a la madre doliente, hasta que una señora de, prácticamente, la misma edad que su padre la cogió por el brazo y, susurrándole palabras cariñosas, la ayudó a ponerse en pie. Jimena se abrazó a ella como un náufrago se abraza a una tabla que puede ser su salvación, mojándole el vestido con sus lágrimas. La conmoción inicial dio paso al afecto y algunos invitados al sepelio se le acercaron para tratar de consolarla. Daba las gracias a los asistentes sin soltar en ningún momento la mano de la mujer que había aparecido para infundirle fuerzas y ayudarla a superar estos momentos de angustia. Las cámaras captaron cada instante, y se acercaban obscenamente a un momento que debería ser íntimo y personal para dejarlo a la vista de todo el mundo.

Susana y Raúl saludaron al inspector Martínez con un gesto de cabeza antes de caminar hacia donde había aparcado el coche para volver a la comisaria.

—¿Algo te ha llamado la atención? —preguntó Susana cuando se hubieron alejado algunos metros de la multitud.

—Entre los políticos y empresarios que había reunidos en la iglesia, calculo que debía haber unos treinta presuntos corruptos —respondió Raúl sin poder ocultar su enfado—. Su mala gestión o su voracidad empresarial le ha arruinado

la vida a mucha gente, además de que se han embolsado sumas astronómicas de dinero público y, sin embargo, ahí estaban dándole el pésame a esa pobre madre, que creo que es la única que realmente sentía la pérdida de Diego. Ni el abuelo se salvaba, parecía que estaba dirigiendo una obra de teatro en vez de estar enterrando a su nieto.

–La imagen de la madre de rodillas en el suelo me ha destrozado, pero es verdad que el resto de los presentes parecían no sentir mucho la partida de Diego. Salvo uno.

–¿El que ha llegado el último y se ha quedado junto a la puerta?

–El mismo, tú también te has fijado, por lo que veo.

–Era imposible no verlo, era el único llorando de toda la iglesia, y debía haber al menos doscientos asistentes. Además de que su ropa denotaba que no era de la misma clase social que los demás, era más humilde.

–A lo mejor deberíamos hablar con él, no lo sé, pero siento que puede tener información que nos interese –dijo Susana al tiempo que accionaba el mando del coche y las luces parpadeaban para indicar que estaba abierto.

El camino a la comisaria lo hicieron en silencio, Raúl no se podía quitar de la cabeza la imagen de la madre de Diego rota de dolor llorando de rodillas mientras el coche con el cuerpo de su hijo se alejaba de ella. Él, que durante años había frivolidado con esas muestras exageradas de sentimientos, entendía a la perfección lo que supondría perder a un hijo ahora que se había hecho padre.

Tras salir de la iglesia decidió irse directo al Bar Sol a tomarse una copa, le daba igual de lo que fuera, solo quería que fuera algo fuerte. Algunos funcionarios que trabajaban en el Ayuntamiento que se encuentra a pocos metros, en la calle San Miguel, estaban desayunando y se callaron de golpe cuando lo vieron entrar. Tenía profundas ojeras que le enmarcaban la mirada como la de un oso panda y los ojos rojos por haber estado llorando durante la

última hora. Se sentó solo en una mesa de espaldas a la puerta y al resto del local y pidió un *gin- tonic* a pesar de que aún no era hora ni para tomarse el almuerzo. El camarero se la trajo solícito y desapareció detrás de la barra donde se aprestó a leer el *Marca* mientras esperaba la entrada de nuevos clientes.

Matías apuró la copa de un solo trago y estuvo tentado de pedir una segunda, pero quería mantener la cabeza fría. Había asistido al funeral de Diego en el último momento, nadie de la familia había contactado con él, pero se sentía en la obligación de presentarle sus respetos a la madre de Diego. Había llegado de los últimos y se había quedado en la parte trasera para evitar ser visto; estaba ahí por Diego y por su madre, no para lucirse en la iglesia de la patrona asistiendo al funeral de un Guerrero de Soto y Cabrera como muchos de los asistentes.

La misa fue preciosa, o a él se lo pareció, con el sacerdote que alababa las virtudes de su buen amigo y el olor a incienso que impregnaba el aire del templo. Iba a acercarse a darle el pésame a la madre de Diego al final de la ceremonia cuando ella se derrumbó y no supo cómo reaccionar. Se quedó parado contemplando el dolor de quien lo ha perdido todo y que ninguna palabra de consuelo podrá nunca borrarle la tristeza que siente en el alma. Cuando una anciana se acercó a la señora Cabrera y la ayudó a levantarse salió de allí y se dirigió al bar más cercano.

Más lágrimas se agolparon en sus ojos y las secó con el dorso de la mano, pues el paquete de pañuelos que había llevado al funeral ya se había acabado. Finalmente, se decidió a pedirse otro *gin- tonic*, Diego lo hubiera querido así, que viviera su muerte como él había vivido su vida. Una lágrima solitaria corrió por su mejilla y se dijo que esa sería la última, que a partir de ahora trataría de vengar la muerte de su amigo por todos los medios. Bajó el vaso con tanta brusquedad que sorprendió al camarero e hizo tintinear los hielos con frenesí contra el cristal. Ahora tenía un propósito y eso era exactamente lo que haría.

Cuando Susana y Raúl volvieron a la comisaría, Pablo ya estaba completamente repuesto y era el típico de siempre. Quería hablar con Susana a solas, pero se dijo que lo haría al terminar de trabajar, ahora tenían mucho que hacer. Al verlos aparecer en la unidad, Pilar corrió hacia ellos como una polilla atraída por la luz de un farol en una noche estival.

–Bueno, contadnos, ¿cómo ha sido el funeral? ¿Sabéis que ya hay disponibles varios artículos en internet sobre la ceremonia? ¿Creéis que el asesino ha ido al sepelio? He visto a la madre, pobrecilla, tiene que estar destrozada; yo no me imagino pasando por algo parecido. Y el viejo ese con cara avinagrada que ni le tiende la mano, ¿ese es su padre? Porque menudo elemento –paró para tomar aire y se les quedó mirando muy seria–. Vamos, contadme cosas que estoy en ascuas.

Raúl sonrió y le dio un beso en la sien.

–Pili, hay días que son muy oscuros, en los que uno se enfrenta a lo peor de la naturaleza humana, pero entonces apareces tú y lo llenas todo de luz.

Pilar se ruborizó hasta las orejas, pues, si bien Raúl siempre bromeaba con ella, ahora sentía que lo decía desde lo más profundo de su corazón.

–Pues ha sido triste, como todos los funerales, Pili.

El momento de silencio fue roto por el móvil de Raúl que se puso a pitar.

–Es Horatio –dijo a sus compañeros y puso la llamada en altavoz. –Dígame, jefe, le escucho.

–Albaladejo, ¿se puede saber qué cojones es eso de que Diego Guerrero de Soto tiene contactos con el *cártel de los Jureles*?

Todos se miraron extrañados y Pablo elevó los hombros al cielo demostrando el más puro desconcierto. Pilar agarró el teléfono y habló en tono maternal al inspector Martínez.

–Jefe, ¿está usted a la sombra? Que ya no tiene veinte años y el calor no le sienta bien y hoy es verdad que está el sol cayendo a plomo. ¿Le ha dado alguien un vasico de agua fresca?

–Déjate de tonterías, Pilar, que estoy perfectamente –respondió con un

bufido—.

Por lo visto ha salido en los periódicos esta mañana.

Pablo se lanzó a su ordenador y, tras una breve búsqueda en internet, asintió en silencio. El titular en letras grandes resumía en una sucinta frase lo que les había dicho el inspector Martínez. Unas fotos tomadas desde mucha distancia, bastante oscuras y con mucho grano mostraban a Diego Guerrero de Soto en compañía de varios de los miembros del clan de los Jureles en actitud bastante distendida. En una de ellas, uno de los miembros de más edad le pasaba a Diego un brazo por encima de los hombros y hablaba con él en tono confidente. Pilar ya se había hecho con la situación.

—Jefe, lo estamos leyendo ahora mismo, son las primeras noticias que tenemos.

—¡Me cago en la mar! No podemos ser los últimos en enterarnos, eso nos hace parecer unos inútiles. Quiero a todo el mundo con ese tema ya.

—Entendido —dijo Raúl antes de que el inspector le colgara sin siquiera despedirse.

Susana se dirigió a la puerta sin esperar un instante.

—Voy a hablar con los de Drogas y Crimen Organizado a ver qué saben ellos sobre eso.

—Yo llamo al periódico para tratar de sacarles más información —dijo Pablo mientras buscaba el número del diario en la base de datos.

—Yo voy a sacar la información que tenemos sobre el cártel de los Jureles —añadió Pilar llena de entusiasmo.

—Pues como veo que todos sabéis perfectamente qué hacer, yo creo que me voy a echar una siesta —dijo Raúl con una amplia sonrisa mostrando que estaba bromeando, lo que le valió un golpe en el hombro por parte de Pilar.

—De eso nada, tú te pones a revisar las declaraciones que aún no hemos terminado y no sé si has notado que el jefe estaba un poco angustiado cuando nos ha llamado.

—Sí, casi podía verle la vena de la frente palpitar —rio Raúl y Pablo le echó

una mirada reprobatoria—. Está bien, ya me pongo a trabajar.

Dos horas después estaban todos reunidos en el despacho del inspector Martínez. Este se sujetaba el puente de la nariz con el pulgar y el índice con gesto cansado. El equipo esperaba expectante sin atreverse a hablar hasta que su jefe no diera alguna señal.

—Os lo voy a explicar muy claro, a ver si lo entendemos todos —comenzó diciendo al tiempo que apoyaba los codos en su escritorio—: el comisario en persona me ha dicho que este caso tiene máxima prioridad; el abuelo del fallecido es una persona muy influyente y ha hecho una amenaza, que quería ser velada, pero que ha resultado bastante explícita, sobre nuestros empleos. Así que quiero buenas noticias.

Paseó la mirada por los miembros de su equipo, hasta que Susana se atrevió a hablar.

—Pues creo que tengo malas noticias: he pasado un buen rato con los de Drogas y

Crimen Organizado y no les suena ninguna conexión entre el clan de los Jureles y el fallecido. No saben de dónde han salido estas fotos, pero lo mismo pueden estar hablando de organizar una entrega de drogas o de dónde se puede ver porno amateur en internet. No prueban nada.

José Antonio Martínez asintió en silencio y posó sus ojos en Pablo.

—En el periódico se han negado a darme el nombre de la fuente o a decirme cómo obtuvieron las fotografías. Por lo visto, les llegó ayer la información en un *e-mail* y no creo ni que lo hayan corroborado; todo este asunto es demasiado succulento como para no sacarlo en portada. Solo saben lo que pone en el artículo: Diego y varios miembros del clan compartieron una cena donde se hicieron varias confidencias y se trataron con manifiesta amistad.

Se encogió de hombros dando a entender que todo lo que tenían era circunstancial y que no se podía sacar nada en claro.

—Yo he recopilado todo lo que tenemos sobre ellos y, os lo digo ya, da para escribir un libro del tamaño de la Biblia. Muy coja tiene que estar una mesa

para poder calzarla con este expediente –comenzó resuelta Pilar–. Veamos, el patriarca se llama Felipe, comenzó como pescador en Santa Lucía hasta que vio que vender droga le salía más a cuenta. A él le llamaban «el Jurel» por su labor como pescador, y desde ese momento se han quedado con ese nombre para designar a todo el clan. Han expandido el negocio y además de la venta de drogas se dedican a la prostitución, el contrabando, la venta de productos de lujo de imitación y hasta las apuestas ilegales. Tienen dos tiendas de ropa y una pescadería que son los negocios legales con los que blanquean el dinero conseguido con las actividades ilícitas.

–Gente emprendedora, sí, señor –dijo Raúl con una sonrisa y se llevó una mirada severa por parte de su jefe, aunque las comisuras de sus labios se habían elevado ligeramente.

–La sede central es el chalet que tiene don Felipe en Fuente Álamo, por lo visto, es un chaletazo que bien podría rivalizar con los que hay en Pozuelo de Alarcón o en La Moraleja. Parece una fortaleza, tiene cámaras de seguridad, un muro de tres metros de hormigón coronado por alambre de espino. No se sabe nada de lo que pasa entre esos muros, pues la casa es casi inexpugnable.

–Pilar paró para coger algo de aire y continuó

–: Hace años pillaron a varios miembros del clan en una redada y desde entonces son mucho más cuidadosos, encargan el trabajo sucio a terceros y ellos se ocupan de embolsarse los beneficios. Y eso es todo lo que tengo, jefe.

–Vamos, que en el fondo no tenemos nada, salvo unas fotos borrosas y un comisario cabreado.

Todos asintieron al unísono.

–Gutiérrez, te vas a casa del Jurel a hablar con él. Llévate a Romero.

–Pero... Pili acaba de decir que es una casa que más bien parece una cárcel, ¿quiere que nos presentemos allí sin una orden ni nada? –La incredulidad se reflejaba en la cara de Susana, que no daba crédito a la petición de su superior.

–Exactamente, no vais a interrogarlos, solo a tantear el terreno.

–Pero, eso no los pondrá sobre aviso.

–Creo que, si ellos hubieran matado a Diego, lo hubieran hecho de forma que fuera un mensaje para todos. Un apuñalamiento en una fiesta llena de gente con el cuchillo de la tarta no manda un mensaje, así que no creo que hayan sido ellos, pero, si conocían al fallecido, tal vez puedan darnos información sin darse cuenta.

Susana asintió y le hizo un gesto a Pablo para que la siguiera fuera de la comisaría. Mientras ellos bajaban las escaleras que los llevaban al exterior, los demás volvieron al trabajo; el inspector Martínez pensaba que la visita a los Jureles serviría, sobre todo, para aplacar al abuelo de la víctima, de quien empezaba a tener más miedo que del propio asesino, pues intuía que era capaz de todo y que no estaba acostumbrado a que las cosas no salieran como él pensaba que debían salir.

Marta no podía apartar la cara del ordenador, las imágenes de la madre de Diego de rodillas cuando el coche fúnebre se marchaba estaban por todas partes y la verdad es que le habían llegado a lo más profundo del alma. Esas imágenes despertaban algo visceral, un sentimiento escondido entre las vueltas de la molécula de ADN que hacía que automáticamente sintieras pena por esa mujer. Como de rota queda una madre cuando ve partir el cuerpo de su hijo. Leyó varios artículos que decían lo mismo una y otra vez cantando las alabanzas al fallecido, recordando sus buenas obras y obviando si en algún momento cometió actos al margen de la ley o reprobables. Es necesario morir para que la gente recuerde lo bueno que hiciste. La acompañaban los grandes éxitos de los noventa que sonaban en su lista de *Spotify* y «*Fools Garden*» llenaba el ambiente con su «*Lemon Tree*».

«I wonder how, I wonder why».

Exactamente esas eran las preguntas que se estaba haciendo en ese momento:

cómo y por qué, quién es capaz de segar una vida con un cuchillo y dejar a una madre rota para siempre. El refresco que tenía a su lado se estaba cubriendo de perlas de condensación y le dio un trago antes de que terminara de calentarse. Miraba por la ventana de la cocina a la parte trasera del jardín, una cuidada extensión de césped no muy grande bordeada de flores. Se moría de ganas por saber algo más sobre la investigación, porque, aunque los diarios decían que la policía no había hecho ningún avance, ella sabía que sí, que los estaban haciendo, solo que en ocasiones no en la dirección que el público espera.

«Isolation is not good for me.

Isolation I don't want to sit on the lemon tree».

Definitivamente tenía que crearse otra lista de reproducción más animada, pues ya veía señales hasta en canciones de hacía dos décadas como una auténtica chalada conspiranoica. «Es imposible que esta banda alemana escribiera la canción pensando en mí con la pierna rota en pleno agosto veinte años después», se tuvo que repetir Marta en varias ocasiones. La pantalla del ordenador cambió de golpe, una noticia de última hora acababa de aparecer; el titular en enormes letras mayúsculas atraía la atención de manera irremediable como el encantamiento de un hipnotizador. Ahí, en negro sobre blanco se expresaba en unas pocas palabras que Diego podía haber tenido relación con un conocido cártel de drogas. Por lo visto, el tiempo de las alabanzas ya ha pasado y ahora la imagen de la madre de rodillas en el suelo es solo un recuerdo lejano. Ahora es momento de vender periódicos, y nada mejor que carnaza para conseguirlo.

Marta miraba las fotos tomadas desde lejos y muy oscuras, y donde antes sentía pena ahora solo sentía disgusto. No solo por el fallecido y sus actividades ilegales, si no por su profesión, que no daba ni veinticuatro horas de duelo a una familia antes de lanzarse a desenterrar la basura que todos escondemos bajo la alfombra. «El gesto amistoso de uno de los cabecillas de

la familia de los Jureles podría ser cualquier cosa», se dijo, pues el artículo era lo suficientemente vago como para no dar detalles y solo estar repleto de un montón de insinuaciones.

Igual que cuando vas por la autovía y hay un accidente y por mucho que te repugne siempre frenas un poco el coche por si puedes ver algo, Marta se sintió de nuevo atraída por el ordenador y fue incapaz de dejar de pasar de una página a otra tratando de averiguar dónde se escondía la verdad, por mucho que la horrorizara tratar de hacer caja con el dolor de una familia.

La canción se había terminado, ahora sonaba algo de *Poets of the Fall*, pero le daba lo mismo, ya no oía la música viéndose reflejada en cada verso, ahora solo tenía ojos para la pantalla.

El corto trayecto hasta la casa del patriarca de los Jureles fue en silencio, tanto Susana como Pablo estaban ensimismados en sus pensamientos. El inspector Martínez debía tener alguna razón para enviarlos directamente a la boca del lobo sin una orden y sin nada más que preguntas y ninguna teoría.

Aparcaron delante de la casa que estaba protegida por un inmenso muro de hormigón de tres metros de alto y se dirigieron a la puerta principal. Susana llamó al interfono con cámara y cuando una voz le pidió que dijera su nombre mostró su placa y se identificó como miembro de la policía. Tras unos instantes de silencio el interfono volvió a hablar para pedirles que esperaran, alguien iba hacia la puerta para acompañarlos al interior. Susana y Pablo cambiaron una rápida mirada, iban a entrar directo a la casa del clan de los Jureles de la forma más simple posible. Estaban a pleno sol y Pablo no paraba de sudar, hubiera preferido que les negaran la entrada.

Una señora mayor ataviada con un holgado vestido de flores y con el pelo cano recogido en un moño les abrió la puerta. No dijo ni palabra, simplemente los acompañó por un fastuoso jardín hasta la parte trasera de la casa donde se encontraba la piscina. La casa era un enorme chalet de tres plantas de estilo

provenzal con una balaustrada de madera que ornaba el balcón de la primera planta. La piscina a la que llegaron tenía forma de ocho con estatuas de mármol, que representaban a dioses griegos, alrededor de ella, y una fuente con forma de pez que lanzaba un chorro de agua directamente a la parte menos profunda en el extremo más alejado. Tumbonas de coloridos estampados estaban distribuidas por su contorno.

–Estoy convencido de que he visto alguna película porno grabada aquí –dijo Pablo en un susurro y Susana no pudo evitar sonreír a pesar de lo irreverente de la situación.

Un hombre de unos sesenta años salió de la piscina en el momento en el que llegaron. Llevaba un minúsculo bañador negro que, prácticamente, no se veía debajo de la opulenta barriga. Cogió una toalla para secarse la cara y las manos y sin cubrirse lo más mínimo se dirigió hacia los agentes. Les dio un fuerte apretón de manos al tiempo que se presentaba.

–Felipe Ocaña, para servirles a ustedes y a Dios. –Y besó una voluminosa medalla de la Virgen de la Caridad de oro que llevaba al cuello.

Susana hizo las presentaciones de rigor y Felipe los invitó a tomar asiento en una de las tumbonas que se encontraban bajo la sombra del porche trasero. Susana aceptó, pero Pablo prefirió quedarse de pie con los brazos cruzados mientras no perdía detalle de lo que veía. Susana carraspeó un par de veces, la verdad es que no tenía muy claro cómo empezar la conversación con un conocido narcotraficante, amén de otras actividades ilegales, sin tener nada con lo que interrogarlo.

–Supongo que tendrá noticia de la muerte del señor Diego Guerrero de Soto. –Hizo una pequeña pausa esperando algún tipo de reacción por parte de Felipe que se limitó a asentir en silencio–. Recientemente han salido a la luz unas fotos que relacionan al fallecido con usted, incluso se comenta que podrían tener algún tipo de negocio juntos.

El agua del abundante pelo canoso goteaba sobre la espalda de Felipe y una gota caprichosa se deslizó por la punta de la nariz. Se acomodó en la tumbona

y esbozó una ligera sonrisa.

–Señora, yo soy una persona muy social y tengo muchísimos amigos. A Diego lo conocí en una barbacoa del antiguo alcalde de la ciudad. –Susana dio un ligero respingo, esa era información nueva–. No solo estaba él, sino que había tres docenas de empresarios de la región, además de políticos e incluso algunos artistas de renombre. Nos conocimos aquella noche y no volvimos a tener más contacto a pesar de que nos caímos bastante bien; por lo visto, el señor Guerrero de Soto era cliente de un local al que yo también suelo ir, pero no habíamos coincidido nunca. Una pena que se fuera tan pronto, podríamos haber hecho grandes negocios juntos.

–Entonces me quiere decir que usted no tuvo nada que ver con su muerte.

Felipe soltó una sonora carcajada que hizo que su barriga botara en todas direcciones.

–No me malinterprete, pero si yo hubiera querido a Diego muerto, ni ustedes ni nadie hubieran encontrado nunca el cadáver. –Una sonrisa lobuna acompañó sus palabras–. Pero como ya le he dicho, nos caímos bien y teníamos previsto hacer un par de negocios juntos.

–¿Sabe quién podía querer muerto al señor Guerrero de Soto?

Otro silencio, los ojos del cabecilla de la familia brillaban en la penumbra del porche y parecieron por un instante algo más oscuros que cuando llegaron.

–Sí que deben andar perdidos si vienen a pedirme consejo a mí. El señor Diego tenía enemigos, todos los hombres poderosos los tienen, pero no son siempre los enemigos los que quieren vernos muertos, en ocasiones hay que buscar... Más cerca.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Yo no quiero decir nada, señora, yo solo le digo que clavarle a alguien un cuchillo no es un crimen premeditado; ya le digo que un enemigo que se precie piensa la venganza antes de ejecutarla. La planea, la medita, la estudia y, cuando piensa que ya tiene el plan bien atado, vuelve a revisarlo hasta que es perfecto. Así se ejecuta una auténtica venganza.

–Parece que puede escribir un manual sobre cómo eliminar a sus enemigos. Otra sonora carcajada retumbó en el recinto de la piscina.

–Señora, no me venga con tonterías, le he dicho algo que seguramente usted ya sabe. En todos los negocios hay que ser precavidos y, si vas a hacer algo, mejor hazlo bien. Y eso vale tanto para vender ropa como para vengarse de alguien.

La puerta acristalada detrás de ellos se abrió de golpe y dos niñas de unos cinco y ocho años salieron a la carrera. Iban en bañador y se lanzaron al cuello de Felipe cubriéndolo de besos.

–Abuelito, mira mi bañador nuevo, me lo ha comprado mi mami –dijo la más pequeña mientras se ponía en pie y hacía varios pases como si de una modelo de pasarela se tratara. La más mayor se quedó detrás de su abuelo con gesto tímido. Susana aprovechó para ponerse en pie y situarse junto a Pablo. Felipe Ocaña se separó de sus nietas y con otro fuerte apretón de manos se despidió de los policías. La señora del vestido floreado volvió a aparecer como salida de la nada y se dispuso a acompañarlos a la puerta; cuando ya se estaban encaminando, Felipe les dijo alzando la voz:

–Antonio Poveda también estaba en esa barbacoa, y el deportista olímpico, ese tan guapo, también; tuvieron los dos una bronca monumental con el muerto. Pregúnteles, ellos saben más de lo que aparentan. –La sonrisa lobuna volvió a sus labios justo antes de tirarse en bomba a la piscina y salpicar a sus nietas que estallaron de risa.

Pablo hizo un breve resumen por el móvil al inspector Martínez que apuntó toda la nueva información y les dijo que la jornada ya se había terminado por hoy y podían volverse a casa. De vuelta en el coche fueron en silencio, Susana pensaba en la nueva vía de investigación que se abría ahora que sabían que Antonio Poveda y Jesús Pizarro también estuvieron en la fiesta, mientras que Pablo buscaba las palabras correctas, pero no parecía encontrarlas.

Cuando llegaron a la comisaria Susana aparcó el coche y se despidió de Pablo.

–Espera, hay algo que me gustaría que me comentaras. Es sobre la llamada de ayer.

–¡Es verdad! Entre el funeral, los Jureles y demás ya ni me acordaba. ¿Sabes de qué restaurante te hablo? ¿Ese que me dijiste que estaba bien y que no había demasiada gente?

–Sí, se llama el Barrio de San Roque y es muy bueno, pero no es de eso de lo que quería hablarte.

Susana lo miró extrañada, pues parecía que la conversación había ganado en intensidad en pocos segundos; Pablo, por su parte, tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada perdida en el suelo. El flequillo le caía sobre los ojos ocultando su mirada. A Susana no le gustaba no poder ver los ojos de la gente, en ellos se escondía lo que realmente querían decir.

–Verás, es que a Lola no le gustó que me llamarás «Corazón».

Susana parpadeó un par de veces y después estalló en una carcajada. Al ver que Pablo no reaccionaba se puso seria de golpe.

–¿Estás hablando en serio?

–Sí, bueno... Ya sabes, Lola es mi novia y no le parece bien que te tomes esas confianzas.

–¿Qué me tome esas conf? –dejó la frase a la mitad, pues sintió que la sangre se le amontonaba en las mejillas. No podía ser cierto lo que estaba escuchando—. Lola será tu novia, pero yo soy tu compañera, y amiga –escupió la última palabra y Pablo hundió las manos aún más en los bolsillos.

–Entiéndeme, Susana, no le gusta que me digas esas cosas y... Y a mí tampoco –soltó de carrerilla sin levantar aún la mirada del gastado pavimento del *parking*.

La mandíbula de la rubia se abrió de tal forma que parecía que se le iba a salir.

–¿Qué a ti no te gusta que te diga cosas bonitas? ¿Desde cuándo, Pablo?

Porque te conozco desde el instituto y no te he oído quejarte nunca, hasta ayer que tu novia cogió una llamada que iba para ti.

–Es que... A lo mejor es porque Lola no te conoce y por eso le sienta mal.

–¿Y de quién es la culpa? –pensaba que iba a explotar de un momento a otro—. Cada vez que hemos quedado has tenido una excusa para no traerla, ni siquiera Raúl la conoce y yo solo la he visto una vez. Ella es posible que no me conozca, pero tú... Tú eres mi amigo, ¿qué digo? Eres casi un hermano para mí y ahora resulta que no te puedo llamar «Corazón» porque a tu novia no le gusta.

Pablo iba a decir algo, pero en el último momento se arrepintió. Susana estaba parada en el aparcamiento como una valquiria, con el pelo rubio que relucía con las últimas luces del día. Su mirada destilaba ira, pero sobre todo decepción. Pablo sintió que su corazón se le encogía viéndola ahí desafiante con los puños cerrados tratando de controlar la respiración. Sabía lo que tenía que decir, pero no se atrevía a hacerlo; en los últimos tiempos había sufrido demasiado, mejor quedarse así. Susana no apartaba los ojos del que para ella era hasta hacía unos instantes su mejor amigo. Tenía ganas de gritar, de pegarle en el pecho hasta hacerle el mismo daño que él acababa de hacerle a ella.

–Está bien, «compañero» –escupió la última palabra muy despacio, y vio cómo algo dentro de Pablo se rompía—. ¿Te puedo desear los buenos días por la mañana o también eso va a estar prohibido? No te preocupes, no habrá más palabras amables por mi parte si tanto te molestan. Se lo diré también a Raúl, ya sabes su tendencia a bromear, ser cariñoso y a ¿cómo has dicho? Sí, a «tomarse confianzas». Tranquilo, he entendido el mensaje, «compañero».

Y sin esperar respuesta se marchó sin mirar atrás, con el paso firme y la cabeza alta, y Pablo se quedó en el aparcamiento pensando que acababa de cometer el mayor error de su vida. No tuvo mucho tiempo de llorar la pérdida de su mejor amiga, pues el móvil comenzó a sonar. Era Lola, mejor responder antes de que se enfadara de nuevo con él.

Estaba tan cabreada. Estaba tan, tan, tan cabreada que tuvo que apagar la radio porque necesitaba silencio para pensar. Pablo la acababa de apuñalar en lo más hondo de su amistad, y ni siquiera era por algo que él hubiera decidido, pues le había llamado

«corazón», «cariño» o incluso «chico guapo» un millón de veces; era porque su novia no le dejaba que tuviera amigas y que estas le demostraran su afecto. Conducía sin rumbo fijo, con los ojos empañados en lágrimas, ¿cómo había sido capaz de traicionarla así? Acababa de arruinar su amistad por una palabra, únicamente para contentar a su pareja. Se sentía herida, con el corazón roto y con ganas de hablar con alguien sobre el tema.

Aparcó el coche, no entendía cómo había llegado aquí, el piloto automático del cerebro a veces nos juega malas pasadas. Ese era el último sitio en el que le apetecía estar y, sin embargo, es aquí donde había venido cuando había dejado de pensar. Puso de nuevo el coche en marcha, pero notaba cómo su furia no disminuía y se dijo que tal vez debería hacer caso a sus instintos. Apagó de nuevo el motor y dando un largo suspiro llamó al timbre.

Marta llevaba un buen rato viendo vídeos de YouTube de *David Broncano* en *Late Motiv* y había sacado en claro varias cosas: la primera es que se moría de ganas por visitar la piscina de Orcera, a quién la mismísima *Zahara* le había dedicado una canción, y otra es que David había inventado un nuevo idioma, porque jamás en su vida había escuchado expresiones como «canchal» o «cobete».

Se le saltaban las lágrimas con algunas de las intervenciones, y casi se le olvidaba el dolor de la pierna viendo sus vídeos. Se vio interrumpida por el timbre de la puerta. Miró por la ventana y le sorprendió ver que ya era casi de noche; su hermano no había dicho que pasaría hoy y la verdad es que dado su confinamiento no esperaba visitas. El timbre volvió a sonar insistente y Marta se puso en pie con dificultad. Al llegar a la puerta no pudo sorprenderse más

ante lo que vio, Susana, plantada en la acera con cara de querer estrangular a alguien con sus propias manos.

–¿Me vas a dejar entrar o vamos a tener que hablar a gritos? –dijo con ira y Marta abrió con un gesto mecánico.

Susana entró directamente a la cocina mientras Marta se quedaba plantada delante de la puerta sin saber muy bien qué hacer en esta situación. Incluso Loken estaba expectante sin saber si debía mover la cola en señal de alegría o de erizar el pelo del lomo.

–Sigo enfadada contigo, que conste, pero ahora mismo estoy muchísimo más enfadada con Pablo y necesito despellejarlo con alguien –dijo la voz de Susana desde la cocina y Marta no pudo evitar que una ligerísima sonrisa apareciera en su rostro; llevaba demasiado tiempo esperando que Susana volviera a entrar en su vida. Con un suave gesto cerró la puerta y se encaminó a la cocina donde vio a su mejor amiga buscando en los cajones un abridor para quitarle el tapón a la botella de cerveza que había sacado del frigo.

–Segundo cajón al lado del horno –dijo Marta mientras se sentaba en la mesa de roble, orgullo de su madre y que una vez más era testigo de una reunión familiar, porque, por mucho que estuvieran enfadadas, Susana era miembro de su familia. Se sentó en silencio y aceptó la cerveza que le tendía. Esperó varios minutos mientras su amiga dejaba vagar la mirada por el jardín trasero; al cabo de un rato dio un largo trago a su bebida y la miró a los ojos.

–Pablo es un capullo.

Marta asintió en silencio, no sabía muy bien qué responder a eso. Para ella Pablo era muchas cosas, pero no un capullo.

–Cuando te fuiste se quedó con el corazón roto, su abuelo enfermó y yo... Yo lo vi más hundido de lo que pensé nunca ver a nadie, y entonces apareció Lola, que se notaba a la legua que le gustaba, y yo le animé para que quedara con ella. Pensaba que sería bueno para él tener algo en lo que pensar y empezar a olvidarte.

Marta volvió a asentir.

–Pero en el fondo de mi corazón sabía que algo no iba bien, no me preguntes el qué, pero llevo suficiente tiempo trabajando en esto como para saber fiarme de mis instintos y algo me frenaba con Lola. Pablo tampoco hacía nada para incluirla en nuestro grupo y yo sentía una falsa tranquilidad, porque me decía a mí misma que Pablo era feliz y estaba bien. Supongo que fue una forma de desembarazarme del asunto, ahora era problema de otro y eso me daba tranquilidad y libertad.

–Lo entiendo.

–Pero hoy... –se calló de golpe y cerró con fuerza los dientes para no llorar–. Hoy me ha roto por dentro, Marta, me ha roto como solo otra persona ha sido capaz de hacerlo.

Marta tragó con dificultad, sabía que se refería a ella, y sintió vergüenza y rabia por haber decepcionado a su amiga. Marta tendió una mano por encima de la mesa y cogió la de Susana.

–¿Qué ha pasado, Susi?

Susana no era muy buena resumiendo así que comenzó por el principio, por el hospital y el abuelo de Pablo, por el asesinato de Diego, la cena que tiene con Andrés, la conversación telefónica con Lola y por último las palabras de Pablo en el aparcamiento de la comisaria. Susana, de natural fuerte y poco dada a las muestras sensibleras, había roto a llorar en varios momentos de su relato, pero eran tanto lágrimas de pena como de rabia. Marta le tendió un rollo de papel de cocina para que se sonara los mocos y se enjugara las lágrimas y no pudo evitar sentir una tristeza inmensa por Susana.

–Estoy de acuerdo contigo, es un capullo. Susana sonrió.

–Al final esquivaste una bala yéndote a Guatemala sin apenas despedirte.

Marta encajó la pulla con estoicismo, pero Susana se dio cuenta del gesto de disgusto que se dibujó en su rostro.

–Lo siento, estoy enfada con Pablo y lo pago contigo.

–No pasa nada, supongo que también me lo merezco, por la parte que me toca. – Trató de sonreír, pero le costaba bastante–. Tenías razón, Susi, hui a la

otra punta del mundo. Hui de Pablo y de lo que sentía, y he pasado varios meses arrepintiéndome, no creas que mi vida era un paseo de rosas. Estaba sola, asolada por los mosquitos y encima me he roto una pierna –dijo señalando la escayola–. Creo que el karma me ha perseguido hasta la otra punta del planeta. Eso, o el mal de ojo, que ahora mismo estoy abierta a todas las teorías.

Susana se levantó y la abrazó. Marta necesitaba tanto ese abrazo que casi le dolió sentir la presencia física de su mejor amiga, llevaba meses esperándolo y le supo a gloria.

–Yo también me he comportado como una auténtica bruja, nunca te di la oportunidad de explicarte o de resarcirte, simplemente te odié porque era lo más fácil.

Se quedaron un rato en silencio abrazadas, sintiendo el calor la una de la otra, el cariño forjado con años de compartir confidencias y risas, llamadas de madrugada y mañanas de resaca. El cariño que solo se siente con tu mejor amiga.

Cuando se separaron fue el turno de Marta de explicarse, contarle anécdotas de su estancia en el país centroamericano, mostrarle los cientos de fotos que guardaba en el móvil de atardeceres y playas, y decir, por fin en voz alta a alguien más, aparte de a su propio reflejo, que muy a su pesar había empezado a tener sentimientos por Pablo. Cuando las cervezas se acabaron Susana se levantó al frigo a por más y pidieron pizzas para cenar como habían hecho tantísimas otras veces. Y, al final, Susana se quedó a dormir en su casa y el vínculo, que durante un tiempo se había roto, volvió a forjarse más fuerte que antes, si eso era posible.

Cuando Pablo llegó a la comisaría tras otra noche intranquila todo el mundo ya estaba allí. Pilar volaba de mesa en mesa con la jarra de café como una abeja que no sabe en qué flor posarse, Raúl le hizo un gesto con la mano cuando entró y Susana le dedicó una mirada glacial que le hizo estremecerse a pesar de ser agosto. Antes de que pudiera decir algo apareció el inspector Martínez y los convocó a todos a su despacho. Pilar no había soltado la jarra y la custodiaba como una gallina clueca a uno de sus polluelos más frágiles.

–Ayer Romero y Gutiérrez fueron a la casa del patriarca del clan de los Jureles y no sacaron nada en claro, al menos para este caso, porque me da a mí que vamos a saber más cosas de esta familia de aquí en adelante. Sin embargo, nombraron a dos nuevos sospechosos: al deportista y empresario Jesús Pizarro, y al constructor Antonio Poveda. Hemos contactado con los dos y ambos se han mostrado voluntarios para venir a la comisaría para que les tomemos declaración. El señor Pizarro llegará en unos minutos. Gutiérrez encárgate tú y llévate a Romero como apoyo.

–Prefiero a Raúl, jefe –cortó en seco Susana provocando que Raúl le dedicara una mirada de sorpresa y Pablo agachara la cabeza consternado.

–Como quieras, a mí me da igual quién haga el interrogatorio; yo lo que quiero es que pillemos al culpable cuanto antes.

–Pues entonces, andando –dijo Susana con resolución y salió del despacho dando la espalda a todos.

El inspector miró a Pilar, por lo general al tanto de todo, y esta no pudo menos que encogerse de hombros, pues la actitud hostil de Susana y la de arrepentimiento de Pablo la pillaban completamente por sorpresa. Otra de las tareas del día –se dijo– sería resolver este misterio y saber qué había podido pasar entre esos dos que tan cómplices se muestran normalmente.

Raúl alcanzó a Susana cuando esta comenzaba a bajar la escalera y la tomó del brazo para impedirle que pusiera el pie en el primer escalón.

–¿A qué ha venido eso? –los ojos de Raúl estaban llenos de preocupación, el tacto de su mano en el antebrazo de Susana era una sensación cálida, su presencia la hacía sentirse segura. Se sintió tentada de contarle la historia; tras salir de casa de Marta se encontraba más tranquila, pero al ver a Pablo de nuevo esta mañana todos los sentimientos habían vuelto.

–No pasa nada, Pablo se comportó como un capullo y no me apetece tenerlo como compañero ahora mismo.

Raúl había aflojado un poco la presión, pero no la había soltado aún. Susana se vio reflejada en los ojos esmeralda que brillaban ahora con intensidad.

–Te prometo que te lo contaré, pero ahora no, tenemos un sospechoso y no quiero que nada me distraiga.

Una enorme sonrisa que mostró los níveos dientes de Raúl se dibujó en su cara, y el brillo de victoria, en su mirada. Bajaron hasta la sala de interrogatorios donde los esperaba Jesús Pizarro, medallista olímpico y uno de los empresarios más acaudalados de la región.

Susana abrió la puerta de la sala y se tropezó de lleno con unos profundos ojos verde aguamarina. Creyó por un momento que se iba a ahogar en el fondo de esos ojos y que alguien tendría que ir a rescatarla, tan fuerte fue esta sensación que hasta dejó de respirar durante unos segundos por miedo a que le entrara agua en los pulmones. Raúl carraspeó con suavidad y rompió el hechizo; el aire volvió a circular libre por su sistema respiratorio, pero un ligero rubor recorría sus mejillas. Raúl la miraba divertido. Ambos se sentaron a la mesa delante de Jesús, que se encontraba nervioso; a lo largo de

su vida había dado cientos de entrevistas y responder preguntas formaba ya parte de su trabajo, pero tenía la impresión de que esta vez era diferente, que se jugaba mucho más que un simple contrato publicitario.

–Señor Pizarro, yo soy la inspectora Gutiérrez y este es mi compañero, el subinspector Albaladejo. –Raúl hizo un ligero gesto con la cabeza y Jesús asintió en silencio. –Le hemos pedido que venga a testificar con relación a la muerte de Diego Guerrero de Soto y Cabrera. –Jesús asintió de nuevo y Susana siguió hablando–. Según hemos sabido recientemente, estuvo usted en una barbacoa organizada por el antiguo alcalde de la ciudad en su casa de Calabardina y allí coincidió con el fallecido, con el que mantuvo una acalorada discusión. ¿De qué discutían?

Jesús tardó unos segundos en contestar, recordaba perfectamente aquella comida llena de empresarios y de periodistas. También recordaba lo incómodo que se sentía, que quería salir de ahí lo antes posible para volver al barco y alejarse de aquella gente.

–Unos meses antes Diego me propuso invertir en un negocio, pero no lo vi claro. En la barbacoa aprovechó para recriminármelo y yo no cedí.

–¿Qué negocio era?

Raúl tragó saliva despacio.

–Una estafa piramidal.

Raúl y Susana intercambiaron una mirada rápida.

–¿Puede darnos más detalles?

–A ver, Diego no me lo dijo así, pero es lo que era. Me habló de un fondo de inversión de un amigo suyo que daba un interés del doce por ciento, lo cual es una barbaridad, y que, si invitaba a más amigos, me daban un cinco por ciento por cada uno que invitara. Yo no tengo mucha cabeza para las finanzas, por eso tengo un asesor financiero, que es el que lleva esos asuntos. Cuando le expliqué la inversión que me proponía Diego, me dijo que eso parecía el clásico esquema de Ponzi, en el que la inversión de los nuevos socios sirve para pagar los intereses de los primeros, y que no invirtiera. –Se encogió de

hombros llegado a este punto—. Ya les he dicho que yo no tengo cabeza para los números, así que le hice caso, y me da la impresión de que me libré de una buena.

—Si ya le había dado su negativa al señor Guerrero de Soto, ¿por qué discutieron meses después?

—Entre nosotros, creo que tenía problemas financieros y necesitaba dinero de forma urgente. Me insistió hasta el punto de amenazar con hacerme chantaje, y ahí fue cuando perdí los nervios. No le solté un puñetazo de puro milagro, así se lo digo.

—¿Qué pasó luego?

—Supongo que consiguió el dinero de alguna manera, pues dejó de molestarme.

La barbacoa fue a principios de julio y la siguiente vez que lo vi fue en la fiesta.

—Háblenos del chantaje.

Jesús tensó los músculos del cuello y apretó los dientes. Había hablado sin problemas sobre la discusión con el fallecido, pero esta era la primera vez que se le notaba tenso.

—No tiene que ver con la investigación.

—Eso lo decidiremos nosotros —dijo Raúl, que tomó la palabra por primera vez. Sus ojos brillaban como siempre que sentía que había una pista que debían seguir. Se inclinó ligeramente hacia adelante apoyando los codos en la mesa. Jesús era alto, pero Raúl le sacaba un trecho, además de que su pasado como boxeador amateur le confería una robusta musculatura.

—Ni siquiera era sobre mí. —Calló y su mirada se paseó por la mesa hasta que volvió a levantar los ojos, llenos de decisión. —Es sobre Emma Rodríguez, éramos pareja en el instituto, pero lo dejamos antes de hacer selectividad y apenas nos hemos visto unas cuantas veces desde entonces.

—Entonces ¿por qué pensó el señor Guerrero de Soto que podría chantajearlo?

Su mirada se volvió aún más intensa y Susana volvió a perderse en el infinito mar de sus ojos.

—¿Ha estado enamorada alguna vez, inspectora?

La pregunta la pilló por sorpresa, Susana no supo qué decir, pero no hizo falta, por lo visto, era una pregunta retórica y Jesús siguió hablando.

—Emma me rompió el corazón como ninguna mujer, ni siquiera mi mujer cuando murió de cáncer, lo hizo. Hubiera muerto por ella de haber sido preciso; no he vuelto a amar como lo hice con dieciséis años. No sé qué tenía Diego contra ella, pero no pensaba dejarlo mancillar el recuerdo que de Emma tenía.

—¿Por qué a usted y no a Emma?

—La familia de Emma y la de Diego son muy amigas, a lo mejor tenía miedo de que su abuelo se enterara de que trataba de extorsionar a unos amigos.

—Háblenos un poco más de su relación a lo largo de los años.

—No hay mucho que decir, la verdad. En el instituto no éramos de la misma pandilla, y cuando salimos de allí perdimos el contacto durante años. Cuando las cosas empezaron a irme bien coincidimos unas cuantas veces en cenas de empresarios y celebraciones así, pero Diego siempre había dejado claro que yo era un nuevo rico y que no merecía estar compartiendo mesa con él. Nunca lo dijo con esas palabras, está claro, pero no quedaba ninguna duda de sus intenciones.

—¿Ha mantenido el contacto con alguien de aquella época?

—Con Jero y Adela, sobre todo; con doña Gertrudis, que ha sido siempre una persona muy importante en mi vida y una buena amiga. —Se paró buscando mentalmente más nombres—. Diana va a uno de mis gimnasios y cuando estoy por ahí siempre charlamos un rato. No sé, no soy una persona muy sociable.

—¿Sabe quién podía tener motivos para querer a Diego Guerrero de Soto muerto? Jesús se tomó su tiempo, paladeaba las palabras.

—Debe haber en esta ciudad cientos de personas que querrían no volver a ver a Diego nunca más, pero no creo que ninguna se atreviera a matarle en medio

de una fiesta.

–¿Por qué lo dice?

–Diego era un abusón que se resguardaba en su familia al menor problema, es sabido por todos que despreciaba a los que él pensaba que eran de casta inferior, y que era un mujeriego sin escrúpulos. Imagino que tendría amigos que le han llorado, pero también se había creado muchos enemigos; si fue capaz de chantajearme, también habrá sido capaz de hacerlo con otras personas.

–Tenemos suficiente, muchas gracias por su tiempo. Procure no salir de la ciudad, es posible que necesitemos verlo de nuevo.

Un policía acompañó a Jesús a la puerta mientras Susana y Raúl se quedaban solos en la sala.

–Me cae bien ese tío –sentenció Raúl–. He seguido siempre su carrera y me parece que es un hombre que se ha hecho a sí mismo y que nadie le ha regalado nada.

–Sí, a mí también me gusta.

–Me he dado cuenta –dijo Raúl con una sonrisa maliciosa que le inundaba de luz el rostro. Susana se ruborizó ligeramente.

–No digas tonterías, anda. No sé por qué, pero no me gusta el cariz que está tomando esta investigación: posible asociación con narcotraficantes, chantaje... ¿Qué más vamos a encontrar cavando en el pasado de Diego?

–Pues seguramente mucha mierda, como en el de cualquiera. Aunque es verdad que este tipo parece que tiene más cadáveres que el resto en el armario.

–Vayamos a hablar con Horatio, seguro que le interesará lo que hemos averiguado.

Jesús salió de la climatizada comisaria al calor de la calle, fue caminando hasta la rotonda de la Plaza de España y se sentó en un banco debajo de los

frondosos árboles. Estaba sudando y no solo por el calor que hacía, acababa de interrogarlo la policía por segunda vez en menos de una semana. Se pasó las manos por el abundante pelo y notó que le temblaban ligeramente.

Recordaba aquella barbacoa a la que fue por obligación, porque Jero le dijo que le vendría bien salir un rato y ver a otra gente en vez de quedarse encerrado en casa pensando en María. Llegó de los primeros a aquella fiesta, pues su intención era irse pronto. El exalcalde tenía un enorme chalet en Calabardina cerca de la playa donde se reunieron unas cuarenta personas. Se encontraban empresarios y políticos de la región, así como algunos miembros de la prensa. Jesús se sorprendió al darse cuenta de que la mayoría eran hombres de mediana edad, incluso los reporteros que habían sido invitados.

El alcalde estaba delante de una impresionante barbacoa Fesfoc con un delantal que decía: «*Besa al cocinero si quieres extra de salchicha*» y unas pinzas enormes en la mano. Se acercó para saludarlo y este le dio un abrazo de oso acompañado de dos golpes en la espalda con sus manazas. Sonriendo le pasó una mano sobre los hombros y lo acompañó hacia el grupo más cercano para presentarlo. La mayoría de los ahí presentes lo conocían, pues era una cara bastante popular y varios hasta le pidieron autógrafos. Una vez que el anfitrión había llevado a cabo sus funciones, no dejando que ningún invitado se sintiera solo, volvió a su barbacoa haciendo chasquear las pinzas como si se tratara de un cangrejo.

Para su sorpresa, la velada fue bastante divertida, no le gustaba reconocerlo, pero Jero había tenido una buena idea al obligarlo a ir. Se enzarzó en una discusión sobre la importancia del deporte en las escuelas con el actual concejal de juventud, pero ambos acabaron dándose la mano como caballeros. Fue invitado a incontables fiestas en las semanas venideras y, si hubiera aceptado todas las invitaciones, no habría tenido ni un solo fin de semana libre en los próximos seis meses. La comida era aceptable y la cerveza estaba fría, así que la velada estaba siendo más placentera de lo que pensaba.

Hasta que apareció Diego, estaba algo borracho, pero todavía mantenía la

mente lúcida a pesar de que sus ademanes eran bruscos y estaba en ese punto en el que se podía enfadar con facilidad. Le cogió del codo y le invitó a alejarse de la gente, le llevó hasta la balaustrada desde la que se veía el mar rompiendo inclemente contra la orilla. Sería una imagen idílica si no fuera por la compañía.

–Bueno, ¿has pensado de nuevo mi propuesta? Es un negocio que te puede hacer ganar mucho dinero, Jesusito.

Apretó los dientes, ese era el mote con el que se dirigían a Jesús en el instituto y lo odiaba; se obligó a calmarse, ese tipo no merecía que se enfadara con él, se dijo.

–Ya te lo dije, mi asesor dice que no es una inversión fiable y que puedo perder lo invertido. –Elevó los hombros en un gesto de disculpa y se dispuso a marcharse, pero Diego lo retuvo del brazo.

–Escúchame –siseó entre dientes– esa inversión es segura y yo soy aval más que suficiente para tenerlo en cuenta. Díselo a tu asesor si es que tienes huevos para hacer algo sin que te lleven de la manita.

Apretó los puños con furia, durante sus años en la alta competición se había encontrado algunos deportistas para los que el *fair play* no significaba nada y disfrutaban provocando a los rivales. Estaba acostumbrado a gallitos de corral que querían salirse siempre con la suya, su entrenamiento no era solo físico, sino también mental, pero Diego tenía algo que lo sacaba de quicio. Él lo notó y sonrió de manera lobuna enseñando los dientes artificialmente blanqueados.

–Primero fue Emma quien te llevó de la mano por donde ella quiso, hasta que te dejó abandonado como la rata de alcantarilla que eres y ahora tu asesor. Nunca has tenido cojones para hacer algo por ti mismo, Jesusito.

Sus puños se tensaron aún más y apretó la mandíbula con tanta fuerza que pensó que se le iban a saltar los dientes.

–Hablando de Emma, yo sé algo de ella que tú no. –Abrió mucho los ojos durante una fracción de segundo antes de recuperar la compostura, pero fue demasiado tarde, Diego olía las debilidades como los tiburones, la sangre, a

kilómetros de distancia—. Sí, sé por qué te abandonó sin darte explicaciones, la princesa tenía un oscuro secreto, ¿no te lo dijo nunca? Supongo que no tendría suficiente confianza en alguien salido de los bajos fondos. Pero por un precio razonable puedo contártelo.

Jesús siguió impasible. Sus ojos, por lo general, de un claro color aguamarina habían cambiado de color y mostraban un azul más oscuro, el color de un cielo antes de la tormenta o de un mar embravecido. No dijo nada, solo le sostuvo la mirada; «este tipo no merece la pena», se repetía una y otra vez.

—Tengo una idea mejor, podemos contárselo a todos, tengo varios amigos periodistas y seguro que una noticia como esta acaparará las portadas y varios días de rumores y cotilleos. Emma quedará destrozada, y será todo culpa tuya.

Y ahí fue cuando Jesús, una persona calmada, que había enterrado a su mujer solo cuatro meses antes y que había aprendido a perdonar en ese doloroso camino que es la aceptación de la muerte de un ser querido, estalló. Diego era un impresentable y compartir el mismo aire que él era algo que lo asqueaba.

—Eres un auténtico hijo de puta —dijo levantando la voz—. No tienes moral, no tienes escrúpulos y por eso estoy seguro de que no tienes nada contra Emma.

Algunas personas de la fiesta se giraron hacia los dos hombres. Estaban apartados y no oían lo que decían, pero el tono elevado y los gestos de ambos no dejaban lugar a dudas, se estaban peleando.

—Es muy simple, Jesusito, por cincuenta mil euros el secreto de tu princesa quedará enterrado para siempre.

—¿Eso es todo? ¿Haces todo esto por dinero? Creía que erais amigos.

—En los negocios no se tienen amigos, deberías saberlo.

—No hay trato. —Abrió mucho los ojos, no se esperaba esa respuesta—. No vas a ver ni un céntimo de mi dinero y no vas a contarle a nadie ese secreto que dices que tienes sobre Emma, porque, si lo haces, iré yo mismo y te mataré.

Los ojos de Jesús refulgían con ira y Diego sintió un ligero escalofrío,

aunque nunca sería capaz de reconocerlo en voz alta.

–Tú lo has dicho –prosiguió el deportista–, soy una rata de alcantarilla, vengo de una familia humilde de un barrio donde siempre hemos vivido entre miseria y violencia; no sería difícil encontrar a alguien que se ocupe de ti, sería un favor a la ciudad. Pero, si dañas a Emma en lo más mínimo, yo mismo me mancharé las manos con tu sangre.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada con furia. Diego iba a decir algo cuando el exalcalde apareció con un plato con hamburguesas y rompió la tensión del ambiente. Jesús se marchó de allí sin mirar a Diego, con un limpio movimiento. Durante diez minutos anduvo sin rumbo por el jardín de la casa hasta que vio una escalera que daba a la playa. Salió a pasear y notó cómo se hundía en la arena por culpa de su peso, los granos se le metían en los mocasines, pero no le importaba, agradecía ese contacto rugoso, le devolvía a la realidad. Cuando ya se hubo calmado lo suficiente, volvió a la fiesta tratando de no encontrarse con Diego; se despidió rápidamente del exalcalde y de algunos de los asistentes y se marchó en su Mercedes rumbo a casa.

Tenía la radio a todo volumen y conducía algo por encima del límite de velocidad, pero necesitaba escapar, pues las palabras de Diego volvían una y otra vez a su mente. Trató de convencerse de que todo lo que había dicho Diego era para cabrearlo, que no sabía por qué Emma lo había abandonado ni conocía ningún oscuro secreto sobre ella. Aun así... Aun así, una inquietud había comenzado a crecer dentro de él. Se dio cuenta de que cuando Diego lo insultaba a él no le importaba, pero que había perdido los estribos en cuanto nombraron a su antigua novia. Por lo visto, seguía teniendo algunos sentimientos, largo tiempo escondidos, que ahora pugnaban por salir de nuevo a la luz.

Susana y Raúl subieron a la sala de la unidad una vez que hubieron acabado el interrogatorio a Jesús Pizarro. El inspector Martínez asentía en silencio

mientras sus subordinados iban hablando y Pilar tomaba notas en una pequeña libreta. Una llamada interrumpió la conversación y Pilar fue rauda a contestar.

–Jefe, ya ha llegado el señor Poveda, lo están conduciendo a la sala de interrogatorios.

El inspector Martínez se quedó un instante en silencio.

–Albaladejo, vete con Romero, a menos que tú también tengas algún problema y prefieras otro compañero.

Pablo enrojeció hasta las orejas y Susana mantuvo la mirada desafiante con la barbilla bien levantada.

–Qué va, jefe, yo puedo ir con quien quiera. Incluso con Pili si un día me deja. La secretaria de la unidad se puso a dar palmas de alegría.

–Sí, por favor, sí, sí que a mí me encantan los interrogatorios. Uno hace de poli malo, Raúl, y yo seré la buena, pero en el último momento, cuando ya me haya ganado su confianza, ¡zas! Daré un golpe en la mesa y le diré que sé que él es el culpable y se pondrá a llorar y confesará todo. Y luego lo invitaría a unas empanadillas, porque no soporto ver a la gente llorar, me da mucha pena, jefe. Ni las personas ni los animales, que ellos también sufren mucho y...

–Está bien, Pilar, a lo mejor en otra ocasión. De momento vamos a dejar que vayan Albaladejo y Romero –intervino el inspector Martínez antes de que la conversación fuera más lejos.

La decepción cubrió el semblante de Pilar como una máscara veneciana mientras veía a los dos jóvenes dirigirse a la escalera.

Cuando llegaron al primer escalón, Raúl tomó a Pablo del brazo y tuvo la sensación de un *déjà vu*.

–¿Qué le has hecho a Susana para que esté tan enfadada contigo?

Pablo volvió a enrojecer y Raúl tuvo la sensación de que se encogía varios centímetros.

–No quiero hablar de eso ahora, es... Es personal.

–Si interfiere en vuestro trabajo, no es personal, nos afecta a todos. –Raúl lo miraba con intensidad sin aflojar su presa.

–No va a afectarnos, te lo prometo. Espero arreglar las cosas con Susana.

–Más te vale, nuestra princesa puede convertirse en la reina de hielo en unos instantes y ese ambiente no es bueno para nosotros si estamos en medio de una investigación de asesinato.

Pablo se zafó de la garra de Raúl y asintió una vez más.

–Te he dicho que no te preocupes, Raúl. Vamos ahora a interrogar a ese sospechoso.

Entró en la sala de interrogatorios delante de Raúl y se encontraron, una vez más, con la cara demasiado bronceada de Antonio Poveda Sánchez, alias «Antúan». Este era un constructor inmobiliario que se había ganado ese apodo al construir una serie de pisos en la costa francesa. Durante los años del *boom* inmobiliario fue uno de los que contribuyó a crear la famosa «burbuja del ladrillo» en la Región de Murcia construyendo sin parar, rápido y mal complejos turísticos orneados de campos de golf, que ahora se caían a pedazos y de los que él se desentendía por completo. Había comprado unos terrenos para construir su enésimo campo de golf cuando las obras fueron paradas por encontrarse en una zona de anidación de zancudas, pero le dio la vuelta a la situación y ahora estaba construyendo un centro ornitológico para permitir la observación de tan esquivos animales. Siempre sabía sacar tajada y acabar ganando más dinero del que había invertido.

Llevaba el pelo tintado de un color muy negro, que resaltaba su artificialidad rápidamente, y una camisa floreada abierta casi hasta mitad del pecho, que dejaba asomar un vello canoso ente los botones. Un reloj demasiado llamativo completaba el conjunto, que, a pesar de estar compuesto por elementos caros, daba la impresión de ofrecer un resultado barato.

Iba a sonreír, pero cuando vio delante de él a Raúl y a Pablo su semblante se tornó serio.

–¿Dónde está el inspector Martínez? –inquirió antes de que los jóvenes pudieran esbozar un saludo.

–El inspector anda muy atareado y no puede ocuparse en estos momentos de

hablar con usted.

–Pues, en ese caso, me marchó; estoy aquí de manera voluntaria y no pueden retenerme. –Se puso en pie e hizo una inclinación de cabeza–. Si necesitan algo, contacten con mi abogado.

Raúl le cortó el paso poniendo la mano en la puerta.

–Está bien, espere aquí un instante –dijo mientras salía raudo por la puerta y el constructor volvía a ocupar su sitio con una sonrisa sardónica.

Unos minutos después el inspector Martínez bajaba la escalera refunfuñando en voz queda. Si hubiera sido cualquier otro caso, se hubiera quedado en su despacho y jamás hubiera sucumbido a la petición de un sospechoso, pero le había prometido al comisario que haría todo lo que estuviera en su mano por cerrar este caso cuanto antes, y eso suponía ceder en algunas cosas.

Dio un largo suspiro y luego abrió la sala de interrogatorios. Allí se encontró cara a cara con Antonio Poveda, «Antuán», para sus conocidos, y uno de los empresarios inmobiliarios menos serios y más ilegales de toda la región, aunque, por algún extraño motivo, este hombre le caía bien.

–¡Inspector! –dijo poniéndose en pie de un salto y estirando la mano para estrechársela–. Menos mal que ha venido usted para poner un poco de orden en el convento. ¿Se puede creer que me querían dejar con estos dos mocosos?

Pablo hizo un mohín de disgusto y el inspector hizo caso omiso al comentario, no tenía tiempo de meterse en ese berenjenal, tenía un caso de asesinato que resolver.

–Señor Poveda, voy a ir al grano porque sé que usted es un hombre muy ocupado y no le gusta que le hagamos perder el tiempo.

El sospechoso soltó una carcajada.

–Por eso me gusta, inspector. Deberías tomar notas, muchacho, este hombre sí que sabe lo que se hace.

La cara de Pablo volvió a contraerse en una mueca de disgusto y el inspector atajó cualquier intento de réplica.

–Como le iba diciendo, sabemos que es un hombre con muchas ocupaciones

y no queremos retenerlo más de lo necesario. Hace unas semanas el exalcalde organizó una barbacoa en su casa de Calabardina y allí se le vio discutir con el fallecido, Diego Guerrero de Soto. ¿De qué discutían?

–De dinero, ¿de qué otra cosa iba a ser con el truhan de Diego?

–¿Le pidió dinero?

–¿Pedirme? No, no, eso ya lo había hecho antes, ahora era yo quien quería recuperar mi dinero y me dijo que no se podía. ¿Se lo puede creer?

–Me puedo creer casi todo de casi todo el mundo, señor Poveda. Cuéntenos qué pasó exactamente.

–Veamos, fue por marzo o tal vez abril, Diego vino a buscarme para proponerme un fondo de inversión que estaba dando una rentabilidad increíble. A mí me gusta el dinero tanto como a cualquiera, inspector –dijo mientras giraba la muñeca izquierda haciendo tintinear un Rolex de oro–. Así que metí unos eurillos que tenía por ahí y que en ese momento me sobraban. En la barbacoa me encontré con Diego y se los pedí porque tengo en manos un proyecto que... Bueno, que es muy interesante y necesitaba ese dinero, pero Diego me dijo que el fondo estaba bloqueado y que no se podía sacar la pasta. Usó bastante jerga legal, pero yo no me amilané, porque esta historia empezaba a olerme mal y le dije que o me daba mi dinero o era hombre muerto.

–¿Amenazó de muerte a un hombre que murió unas pocas semanas después?

–¡Vamos, hombre! Eso son cosas que se dicen en el calentón del momento. Además, usted me conoce, inspector, soy una persona muy práctica; si lo mato, entonces sí que no cobro, y eso es lo último que me puede interesar –sonrió con malicia.

–Lamento decirle que es posible que no vuelva a ver ese dinero.

La cara de Antuán mudó por completo y pasó del blanco al verde cetrino.

–¿Cómo dice? –preguntó nervioso.

–Tenemos motivos para pensar que ese fondo era en verdad una estafa de tipo piramidal, lo estamos comprobando y los compañeros de Fraudes están en

ello, pero es muy posible que no vuelva a ver ese dinero nunca.

La estupefacción dio paso a la cólera.

–Si eso es verdad, entonces sí que debería haberlo matado en aquella fiesta. ¡Será hijo de puta! –dijo dando un puñetazo en la mesa que hizo que los dos policías se sobresaltaran.

–Vamos a calmarnos, señor Poveda, ya le he dicho que no hay nada definitivo, es posible que se puedan imputar parte de los bienes y de las cuentas de Diego para pagar a los afectados si se confirman nuestras sospechas.

–¿Sabe que le dije a varios miembros de mi familia que invirtieran? Pensé que Diego era de fiar y... –se calló, pues iba a ponerse a soltar improperios de nuevo.

–Si usted no fue, ¿sabe quién podía querer a Diego muerto?

–Si lo que me dicen es verdad, cualquiera de los que hubieran invertido en ese fondo, además de que se había ganado unos cuantos enemigos a lo largo de los años. Uno no llega a donde estamos nosotros sin haber pisado a alguien en el ascenso.

–¿Alguien en particular?

–Se me ocurren varios, pero no creo que ninguno arriesgara tanto como para clavarle un cuchillo en mitad del pecho. Si quieren saber algo más sobre él deberían preguntarle a Matías *noséqué*, era su socio en varias empresas y lo seguía a todas partes como un perrito faldero. Se les veía bastante por el «Pétalos», un sitio con mucha clase, por cierto.

El inspector asintió en silencio después de haber anotado varios nombres en un folio.

–Eso es todo. Recuerde que esto es una investigación en curso y que no puede decir nada de lo que le hemos contado o entonces sí que tendríamos que procesarlo y, si tiene pensado salir de la región, díganoslo; no es sospechoso, pero podemos volver a necesitar de sus servicios.

–Para usted, lo que necesite, inspector, pero no vuelva a mandarme a estos

niñatos; yo creo que entre hombres como nosotros es como mejor nos entendemos. –Le dio un fuerte apretón mientras salía y un agente lo acompañaba fuera.

–¿Qué opinas, Pablo?

–Que he estado presente en los dos interrogatorios y que estos hombres no podían ser más diferentes, pero creo que no fue ninguno de ellos. A Jesús lo veo demasiado noble, estaba dispuesto a darle una paliza por defender el honor de una antigua novia, y a Poveda lo veo demasiado... No sé, me viene a la mente la palabra «superviviente», no creo que fuera capaz de algo así, aunque Diego le haya estafado.

–Opino como tú, lo que significa que estamos de nuevo al principio. Aunque ahora sabemos que el fallecido se traía entre manos algo bastante oscuro y que, si había entre esos inversores gente peligrosa, es posible que decidieran tomarse la justicia por su mano al ver que el dinero había desaparecido. Vamos a tener que contactar con ese tal Matías, debemos saber quién invirtió en ese fondo y si sabe algo más.

–Ahora mismo me pongo a ello.

–Ve con Gutiérrez, me da igual lo que haya pasado entre vosotros, esta es mi unidad y se hace lo que yo digo, ¿entendido?

Pablo asintió con fuerza mientras cerraba la puerta detrás de sí. El inspector se quedó a solas en la anodina sala sujetándose el puente de la nariz con el pulgar y el índice de la mano derecha. Se sentía cansado, muy cansado, y este asfixiante calor no ayudaba para nada.

Marta había dormido de maravilla y se había despertado con fuerzas renovadas, ni siquiera el fuerte calor la molestaba, pues estaba de inmejorable humor. Cuando vio a Susana aparecer en la puerta de casa pensó que otra discusión llena de frialdad y de reproches se avecinaba, lo que no podía imaginar es que no era con ella con quien estaba enfadada. La verdad es que se tenía que poner del lado de Susana, Pablo se había portado como un auténtico imbécil. Cuando se fundió con ella en aquel abrazo sintió como que se quitaba un peso enorme de los hombros, necesitaba a su amiga y esta, por fin, había vuelto.

Susana le había contado cómo iba la investigación, sabía que, a pesar de ser periodista y de ser del gremio de la prensa, siempre le guardaba los secretos sobre el caso en curso. Marta le repitió lo mismo que le dijo a su hermano sobre Diego: se había encontrado pocas veces con él y no le había causado una gran impresión; el hecho de quedarse embobado mirando su escote era uno de los motivos por los que no le había caído demasiado bien.

Estaba apurando los últimos sorbos a un café bien cargado cuando sonó el teléfono y sonrió al ver que era el número de Susana el que aparecía en la pantalla.

–Hola, Susi, ¿cómo vas?

–Bien, acabo de salir de un interrogatorio a Jesús Pizarro, ¿lo conoces?

Marta buscó en el interior de su cerebro, que aún estaba un poco a oscuras,

pues el efecto mágico del café todavía no había llegado a todos los rincones.

–Sí, sí, lo recuerdo, el deportista olímpico, ¿verdad?

–Exacto. ¿No te parece guapísimo?

–Pues la verdad es que ahora que lo dices sí que me dio muy buena impresión cuando lo vi en una entrega de premios. Tiene unos ojos en los que dan ganas de perderse.

–¡Eso mismo he pensado yo! Marta rio al otro lado del teléfono.

–¡Cómo te he echado de menos, Susi! Llevo meses sin poder criticar a nadie y sin poder decir lo guapo que me parece un sospechoso de asesinato.

Esta vez fue el turno de Susana de reír al otro lado de la línea telefónica.

–No creo que haya sido él, en cualquier caso. Pero sí, yo también te he echado de menos. Por cierto, el ambiente en la comisaria se puede cortar con un cúter, Horatio ha querido ponerme a Pablo de compañero y he tenido que saltar, hasta tenerlo cerca me produce náuseas.

–Hombre, tampoco exageres. Es verdad que se portó como un cerdo, pero...

–Pero ¿qué? –dijo Susana con tono frío.

–Tú eres policía, tú mejor que nadie debes saber que todo el mundo tiene un motivo para hacer lo que hace, lo importante es encontrar ese motivo y comprenderlo.

–Te has vuelto más lista desde que te has ido al extranjero, ¿lo sabías?

Marta volvió a reír, le gustaba reencontrar la intimidad perdida con Susana. Esta siguió hablando.

–Es verdad lo que dices, pero hay algo que no me gusta, no sé qué es, pero hay algo que me huele mal. Lola es una pérfida.

–¿Pérfida? ¿En serio has dicho pérfida?

–Sí, claro, es una palabra.

–Ya sé que es una palabra, lo que pasa es que no la usaba nadie desde que don Pelayo comenzó la Reconquista.

–No seas exagerada.

–No lo soy, ¿tal vez sea pérfida yo también?

Ambas rieron de nuevo y Susana se sintió más relajada.

–Oye, Horatio acaba de volver del segundo interrogatorio, te dejo que va a ponernos al día.

–Gracias por llamar, Susi, me sienta bien tener a alguien con quien hablar.

–De nada. *Ciao*.

Marta se fue al salón donde había dejado el portátil, le daba la impresión de que la pierna le picaba menos que los días anteriores y hasta Loken se le antojaba de mejor humor. De repente sintió ganas de compartir con todo el mundo este sentimiento y se lanzó a escribir en su muro de Facebook un comentario mucho más largo y más profundo de lo que estaba acostumbrada.

Adela había parado para comer y estaba con Jero y Lucía en una terraza del puerto. Jero había decidido llevarse refuerzos porque por teléfono había notado a Adela un poco alterada, así que le pidió a su mujer que los acompañara. Lucía y Adela habían sido amigas desde el colegio y siempre hubo cierta rivalidad entre ellas, Adela se había erigido ganadora en casi todos los combates, salvo en el fundamental: Lucía había acabado con Jero para sorpresa de casi todo el mundo.

Habían pedido varias tapas al centro para compartir y estaban regando la comida con una botella de vino tinto. El mar Mediterráneo estrellaba sus suaves olas justo detrás de ellos y los barcos del puerto se mecían a su suave compás. El sol estaba en su punto más alto y arrancaba destellos dorados al agua mansa de la dársena. A esas horas, el calor era tan fuerte que la ciudad parecía casi dormida, solo algunos turistas permanecían al sol, mapa en mano y cámara al cuello, mientras los locales se refugiaban a la sombra de sus casas o comían protegidos bajo un toldo y unos difusores de agua.

–¿Habéis leído lo de Diego y el clan de los Jureles? –preguntó Adela justo antes de meterse un boquerón frito en la boca.

–Sí, todos sabíamos que no era trigo limpio, pero no me podía imaginar que

llegara al punto de tener contactos con gente tan... –Lucía dejó la frase en el aire. Le costaba encontrar la palabra correcta, pero todo el mundo asintió pues la habían entendido.

–Tenemos que hacer algo –sentenció Adela mientras los miraba con intensidad. Jero se atragantó con lo que estaba comiendo y Lucía dejó el tenedor en el aire sin terminar de llevarse a la boca el trozo de cazón que había pinchado. Cuando Jero dejó de toser tomó la palabra.

–¿De qué estás hablando, Adelita? –era un apelativo cariñoso que reservaba para momentos especiales; en esta ocasión, pensó que iba a necesitar de todo su arsenal para hacerla cambiar de idea de cualquier plan descabellado que tuviera en mente.

–Yo organicé la fiesta, yo soy fiscal y estaba preparando un caso contra Diego; lo más probable es que sea la sospechosa número uno y estoy segura de que la policía está siguiendo mis pasos. El que Diego esté vinculado con los Jureles complica aún más las cosas. Lo mismo estoy en el punto de mira de esos mafiosos también, así que creo que deberíamos hacer algo. Investigar por nuestra cuenta o realizar una rueda de prensa para proclamar mi inocencia.

Lucía se había quedado sin habla; Jero, por su parte, estaba un poco más acostumbrado a las locuras de su mejor amiga, así que respiró hondo y trató de capear el temporal. No era la primera vez que Adela tenía una idea completamente disparatada, así que sabía cómo actuar.

–Adela, tratar de meternos en una investigación policial es muy mala idea –recalcó el «muy» mientras la miraba directamente—. Además, tengo información de primera mano que hace pensar que no eres sospechosa, de hecho, nunca lo has sido.

–Eso únicamente lo dices para hacerme sentir bien; está claro que los policías deben estar investigándome y a toda mi familia.

–Por mucho que tus delirios de grandeza sean enternedores, te digo que no, que están buscando por un sitio completamente distinto. Mira, esta mañana han llamado a Jesús para que fuera a declarar.

Adela abrió mucho los ojos, Lucía asintió en silencio, pues Jero ya se lo había contado varias horas antes.

–No estás en la lista de sospechosos, Adelita; de momento Jesús es un mejor candidato, es fuerte como para clavarle a alguien un cuchillo y atravesarle el pecho y amenazó a Diego en una fiesta. Por eso te digo que no tengas miedo y no estés paranoica, todo va a salir bien.

–Menos mal, menudo peso me quito de encima, porque te juro que ya veía a mis niñas tratando de colar en la cárcel un pastel con una lima dentro como en los dibujos animados.

Todos rieron la broma y el ambiente se relajó un poco, pero Adela volvió en seguida a la carga.

–¿Por qué lo amenazó Jesús? Tú lo conoces mejor que yo y nunca ha sido violento.

Jero levantó los hombros en señal de desconocimiento.

–No lo sé, supongo que hasta el más tranquilo de los hombres tiene su límite y cuando este rebasa pues acaba explotando.

–Tenemos que preguntarle.

–¡De eso nada! Jesús ya ha tenido suficiente, ha perdido a su mujer hace menos de seis meses y, aunque no quiera admitirlo, sigue destrozado. Sus motivos tendría, además de que todos sabemos que Diego no era precisamente un santo. Ya se sabe que quien juega con fuego lo más normal es que al final acabe chamuscado.

–Pero...

–No hay peros, Adela –fue Lucía quien había tomado la palabra y los dos amigos se quedaron sorprendidos al oírla hablar con tanta vehemencia–. Te entiendo, estás asustada pensando en tus hijas, pero deja que la policía se encargue. Te queremos con locura. –Cogió la mano de su marido e intercambiaron una rápida mirada–. Pero a veces te obsesionas con un tema y eres como un vendaval, imposible de controlar.

–Si te pones a investigar por tu cuenta, sí que vas a parecer sospechosa a

ojos de la policía; es mejor dejar las cosas como están.

Adela arrugó la nariz, sabía que tenían razón, pero no le gustaba quedarse al margen, le gustaba estar en el centro de la acción.

–Y hablando de las niñas, ¿cómo van mis ahijadas? –preguntó Jero tratando de desviar el tema y enseguida vio cómo su táctica había surtido efecto y el ceño de su amiga se desfruncía.

–Pues ellas encantadas, sobre todo la mayor; imagínate que se pasa el día hablando del «*reencuentro mortal*» y en cuanto puede me saca una foto y la manda a sus amigos por whatsapp. Es algo así como una heroína en el instituto. Y la pequeña, pues ya sabes que ella es puro amor y, aunque nos ha oído hablar del tema, es más discreta.

–Estoy deseando verlas, a ver cuándo organizamos algo todos juntos –dijo Lucía.

–Podríamos ir a Tentegorra a pasar el día, este domingo, yo lo organizo todo –soltó Adela de carrerilla con una sonrisa que iluminaba su rostro.

Jero y su mujer se miraron en silencio y asintieron al unísono, Adela ya tenía un nuevo frente en el que concentrar sus energías, dejaría lo de meterse a investigadora *amateur* durante el tiempo que el nuevo proyecto la tuviera ocupada. Habían pasado más de veinticinco años y seguía siendo exactamente igual que cuando se conocieron, ella era energía concentrada y él debía tratar de poner freno a sus ideas disparatadas. Formaban un buen equipo, a pesar de todo; juntos eran imparables.

Volvían a la comisaria algo abatidos, no se habían dicho ni una palabra tanto en el viaje de ida como en el de vuelta y, a pesar de los treinta y ocho grados que había fuera, entre ellos era como si fuera puro invierno. Fueron a casa de Matías, pero no lo encontraron y según su secretaria seguiría de vacaciones todavía una semana más, así que no habían sido capaces de dar con él. De repente Susana tuvo idea.

–Ve a la carretera de Mazarrón.

Pablo la miró algo sorprendido, pero pronto entendió lo que le estaba pidiendo. Llegaron a la puerta del club Pétalos y aparcaron detrás del edificio. No había ningún letrero y la única pista que podía indicar que eso era algo distinto de una vivienda familiar era el hecho de que había varios coches aparcados en la parte trasera. Desde ahí, un pequeño sendero de gravilla conducía a un exuberante jardín con fuentes y bancos que se encontraba en la parte delantera de la casa. Era una antigua casona de estilo neoclásico con una imponente fachada con un pórtico sujeto por columnas y capiteles. Esta fue propiedad de un empresario de la minería que la hizo construir a mediados de mil ochocientos y que con el tiempo quedó abandonada y en desuso, hasta que Ivonne se hizo con ella y la restauró.

–Siempre había querido visitarla –dijo Pablo sin poder evitarlo cuando estuvo delante de la fachada, y Susana le miró con sorna, lo que lo hizo enrojecer.

Delante de la majestuosa puerta principal de doble hoja de madera maciza se encontraba un portero con las dimensiones de un armario ropero embutido en un carísimo traje negro hecho a medida. Cuando llegaron a la entrada, el portero con un comedido pero firme gesto de la mano les impidió el paso. Susana tomó la iniciativa.

–Queremos hablar con la dueña.

–No voy a dejar que unos policías entren en el local.

Susana y Pablo se miraron sorprendidos y el portero se permitió esbozar una sonrisa en su cara, que parecía esculpida en granito.

–Se nota a la legua que sois maderos. No os puedo dejar entrar.

–Está bien –continuó Susana–, en ese caso llamaremos a los refuerzos.

–Sin una orden no pueden entrar.

–No, pero si no queremos entrar –dijo Susana–, simplemente vamos a traer cuatro o cinco coches de policía y dejarlos delante de la entrada con las luces encendidas.

–Ese despliegue policial atraerá a la prensa, y más sabiendo que en verano siempre andan cortos de noticias y acaban enviando periodistas y fotógrafos a cubrir cualquier cosa que se salga de lo usual –añadió Pablo.

Durante unos instantes se sostuvieron la mirada y casi pudieron escuchar el sonido de los engranajes oxidados del cerebro del portero pensando a toda velocidad.

–No os mováis –dijo antes de desaparecer tras la gran puerta de madera tallada.

Pablo y Susana intercambiaron una mirada de júbilo, pero Susana recordó que seguía cabreada con él y rápidamente mutó el rostro en una mueca severa. Al cabo de unos instantes el mueble andante volvió a emerger del interior de la casona.

–Ella puede acompañarme, tú te quedas aquí esperando como un buen chico – Pablo mostró su desilusión haciendo un mohín que el grandulón respondió encogiéndose de hombros–. Ella puede pasar por una de las chicas, pero tú no podrías ser nunca uno de nuestros clientes.

Susana, con su piel de alabastro y sus dorados cabellos, le siguió al interior del club y no sabía muy bien qué esperaba encontrarse, tal vez algo lleno de luces de neón donde vulgaridad y sudor fueran la tónica reinante. En lugar de eso entró en un pasillo que le recordó al de un pabellón de caza inglés, con paneles de madera oscura hasta un metro de altura y las paredes pintadas en verde oscuro. Cuadros con escenas de caza con beagles que perseguían a zorros adornaban las paredes. En una de las salas del fondo pudo ver amplios sillones de cuero donde unos hombres fumaban puros mientras las camareras vestidas con transparencias, que dejaban muy poco a la imaginación, les servían caras copas de coñac. Atravesaron un salón similar al anterior, pero este tenía un escenario en una de las paredes en el que una joven se desvestía dentro de una enorme copa de champán haciendo un número de burlesque. El resultado general era, como ya había oído en varias ocasiones, de mucha clase. El portero la dejó delante de una puerta abierta en la parte trasera de la

casa; comparada con lo que había visto hasta el momento, esa habitación no tenía nada que ver.

Se encontró en un moderno despacho con una enorme mesa de cristal sujeta sobre patas de acero delante de una ventana que daba a la parte de atrás de la casona. Modernas estanterías tapizaban una de las paredes donde se veían lo que parecían informes de contabilidad en sus archivadores. Una mullida alfombra en tonos blancos, negros y grises llenaba el espacio central sobre la que había dispuestas dos cómodas sillas en frente de la mesa de escritorio. Tras esta se encontraba una mujer de unos sesenta años, con el pelo recogido en un moño bajo con el pelo blanco surcado de vetas grises y una cara en la que apenas se veían arrugadas, gracias a múltiples cirugías estéticas. Tenía la espalda muy recta y su porte era regio.

—¿A qué debo este honor, señora...? —preguntó mientras señalaba uno de los sillones indicando a Susana que se sentara. Esta obedeció sin decir palabra. Una vez que estuvo instalada delante de la *madame*, dejó que pasaran unos segundos en los que ambas mujeres se evaluaron mutuamente.

—Inspectora Susana Gutiérrez, señora. Supongo que estará al corriente de la muerte de Diego Guerrero de Soto.

—Una pérdida terrible, era un buen cliente, además de algo así como un amigo si es que ese hombre podía llegar a tener alguno.

—¿A qué se refiere?

—Ya debe saber, inspectora, que Diego no era precisamente un hombre de trato fácil; tenía socios, camaradas o amantes, pero no creo que tuviera realmente amigos que merecieran ese nombre.

—Nos han hablado de un tal Matías, es uno de sus clientes también.

Un ligero cambio en su rictus de esfinge hizo pensar a Susana que estaba yendo por el buen camino.

—Es posible, ahora que lo menciona, pero, como comprenderá, mi negocio vive de la discreción de todos mis empleados, y eso me incluye a mí misma. No puedo ser yo quien traicione esta regla básica.

–Entonces, ¿lo conoce?

–Yo conozco a muchísima gente, inspectora. Susana trató de cambiar de táctica.

–¿Diego tuvo algún problema con alguna de las chicas?

–Como ya le he dicho, Diego no era una persona fácil de tratar. A veces se encaprichaba con alguna chica y la pedía durante varios días seguidos. Podía incluso enfadarse si otro cliente la había reservado antes que él.

–¿Qué pasaba cuando se enfadaba?

Los labios de Ivonne se contrajeron en una fina línea.

–No pasaba nada, simplemente pedía servicios especiales a alguna de las chicas que se encargan de ellos.

–¿Sadomasoquismo?

–Exacto, desde que salió *Cincuentas sombras de Grey* son muchos los que han querido sentirse como el protagonista y hemos tenido que crear dos salas rojas imitando las de la película; han sido un auténtico éxito, la verdad. Claro que no todas las chicas trabajan ahí y las que lo hacen tienen unas reglas muy estrictas; por mucho que Diego estuviera enfadado con el mundo, no podía pagarlo con mis chicas.

–¿No recuerda nada más? ¿Algo fuera de lo común?

Frunció el ceño tratando de buscar en su memoria algo que se saliera de lo normal, en un trabajo ya de por sí poco convencional.

–Ya le he dicho que a veces se encaprichaba con alguna chica; en los últimos tiempos siempre pedía a la misma, Jazmín, una belleza de marfil que, en ocasiones, reservaba para la noche entera. Poco antes de la muerte de Diego, Jazmín se despidió, dijo que ya no le interesaba trabajar aquí y se marchó casi de un día para otro. Eso no es raro, a veces las chicas encuentran trabajos más normales, si se me permite decirlo así, y se marchan. O a veces se enamoran y no quieren que su nueva pareja sepa en lo que trabajan; yo no pregunto y ellas no me lo dicen.

–Supongo que Jazmín no es su nombre real, ¿verdad?

Sonrió esta vez como un gato acechando a un pajarillo indefenso, Susana tuvo la impresión de que iba a jugar con ella antes de darle un zarpazo y comérsela.

–Ya le he dicho la importancia de la discreción en mi negocio, inspectora, claro que dado que ya no trabaja para nosotros supongo que no estoy violando ninguna regla

–buscó en uno de los archivadores y sacó una carpeta de plástico transparente rotulada

«JAZMÍN» –Pero entenderá que, si yo hago esto por usted, espero que usted haga algo por mí.

–¿De qué se trata?

–Oh, es algo muy sencillo, no quiero que vuelvan nunca por aquí. Le sorprendería la gente que frecuenta este lugar y no quiero que se alarmen pensando que la policía puede entrar aquí como un elefante en una cacharrería. Tenga, le doy mi tarjeta por si necesita ponerse en contacto conmigo, pero, por favor, no vuelva. Nunca.

Le tendió la carpeta y colocó encima una tarjeta del club en la que había escrito a bolígrafo su número personal. Susana cogió ambos a regañadientes, acababa de hacer un pacto con el diablo y lo sabía. La inspectora le pasó su tarjeta antes de despedirse en la puerta del despacho con un apretón de manos. El gigante del porche la volvió a acompañar a la salida donde Pablo esperaba bajo uno de los árboles del jardín jugando con el móvil. Al verla se levantó de un salto y se unió a ella de camino al coche.

–¿Y bien?

–Diego se había encaprichado con una de las chicas, una tal Jazmín, aunque su nombre real es María del Carmen Maldonado, que dejó de trabajar aquí hace unas semanas. La dueña del local nos ha dado sus datos.

Horatio estaría satisfecho, al menos tenían otro hilo del que tirar. A Pablo le dio la impresión de que Susana no le contaba todo lo que había pasado realmente, pero viendo como estaban las cosas es normal que no quisiera

darle más información que la necesaria. Miraba a su compañera por el rabillo del ojo mientras conducía de camino a la comisaría, ese silencio tenso lo estaba matando, y Susana parecía no darse cuenta. Al menos al día siguiente era por fin su día de descanso y tendría un poco de tiempo para sí mismo, esas horas de ocio le ayudaban a pensar con más claridad. Alejarse para volver con más fuerza.

La mañana había transcurrido indolente para Marta una vez más, estas vacaciones sin moverse de casa habían conseguido convertirse en una suave rutina, sobre todo, ahora que Susana formaba parte de nuevo de su vida.

Tras la comida decidió echarse una siesta, pues con el calor de agosto y la pierna escayolada no se le ocurría qué otra cosa podía hacer para matar el tiempo hasta la noche. Algo más de una hora después, Loken se le acercó y comenzó a ladrar al lado de la cama al tiempo que colocaba su hocico justo delante de su cara. Viendo que su estrategia no funcionaba con la rapidez necesaria volvió a ladrar y esta vez acompañó su llamada con un lametón en la mejilla izquierda de Marta.

–¿Se puede saber qué te pasa? –preguntó mientras se secaba la cara con la almohada.

El labrador la miraba impasible y ante su inactividad volvió a ladrar al tiempo que se levantaba y se iba por el pasillo. Marta no había visto nunca a su perro hacer algo parecido.

–Es el calor, le ha acabado afectando a él también –dijo en voz alta a la habitación vacía.

Al cabo de un instante Loken volvió y se puso a ladrar de nuevo mientras hacía pequeños viajes entre el pasillo y la habitación.

–Está bien, ya voy –añadió al tiempo que se levantaba y seguía al can por el pasillo. Al llegar a la cocina vio por qué Loken estaba tan excitado, esta se

había inundado. Había varios centímetros de agua que cubrían por completo el suelo de la cocina y que bañaban las patas de la adorada mesa de roble de su madre como las olas del Mediterráneo bañan sus playas.

–Mierda, mierda, mierda. Mamá va a matarme –fue lo único que acertó a pensar, y tras unos segundos de inactividad se puso a buscar de dónde podía venir la fuga.

La encontró debajo del fregadero de la cocina, espesos goterones de agua caían del codo de plástico y habían acabado encharcando toda la cocina. Marta se dio cuenta de que esta operación se le quedaba grande y que iba a necesitar refuerzos si quería que la cocina volviera a ser un lugar donde se podía comer sin miedo a tener los pies en el agua.

Fue rauda a por su móvil y marcó el número su hermano.

–Álex, tienes que venir a casa, es urgente.

–Hola a ti también, hermanita. No puedo, acabamos de volver de pasar el día navegando y estamos agotados. Además...

–Se ha inundado la cocina de mamá.

A través del teléfono fue capaz de notar cómo su hermano daba un brinco y se atragantaba con su propia saliva.

–Perdona, ¿qué? ¿Cómo? ¿Te quedas sola una semana y consigues inundar la casa?

–No es culpa mía, es una tubería de plástico que está picada, o rota, o algo. Yo qué sé, no soy fontanera. Lo único que sé es que hay un palmo de agua en toda la cocina –una pequeña exageración para que su hermano se diera cuenta de la urgencia de la situación.

–Está bien, vamos para allá. Pasamos un momento por casa, que tenemos que...

–¿Es que no me has oído? –cortó Marta– la cocina de mamá, su querida mesa se está dando un baño para refrescarse de este calor. ¿Y sabes quién vuelve a casa dentro de tres días? Mamá y, si me pregunta por qué su cocina parece el *Oceanografic* de Valencia, le diré que hubo un accidente, que te pedí

ayuda y que me viniste con cuentos para no echarme una mano.

Hubo un tenso silencio al otro lado de la línea en el que su hermano meditaba cuál debería ser el siguiente paso.

–Está bien, vamos para allá, pero que sepas que...

–Perfecto, ven cuanto antes –y colgó sin dejar que Álex terminara de despedirse.

Un cuarto de hora más tarde llamaban al timbre de la puerta y Marta se lanzaba a abrir batiendo su propio récord de velocidad. Álex entraba el primero por la puerta del jardín y Loken salió a saludarlo dando saltos y moviendo el rabo.

–Gracias a Dios que has podido venir; si mamá vuelve de Tailandia y se encuentra este desastre, nos deshereda fijo –dijo dándole un beso en la mejilla a su hermano. Arturo venía justo detrás de él, pero no fue eso lo que la sorprendió: una tercera silueta acababa de colarse por la puerta y Loken movía la cola sin poder controlar su alegría.

Allí, delante de ella, por primera vez en varios meses estaba Pablo. Su pelo castaño claro se había aclarado por efecto del sol y llevaba pequeños cristales de sal adheridos a los mechones rebeldes de su flequillo, que siempre le acababan cubriendo los ojos. Marta se quedó de pie, como un conejo deslumbrado por los faros de un coche, sin saber muy bien cómo reaccionar. Arturo se acercó y le dio dos besos al tiempo que le susurraba al oído.

–Íbamos a dejarlo en su casa, pero no has querido escuchar a tu hermano –añadió con cierto retintín.

Cuando se conocieron en la pequeña barbacoa que Marta organizó en la casa de la playa tras cerrar el caso del cadáver descubierto por Loken, Arturo y Pablo se habían hecho muy buenos amigos. Ambos compartían una increíble pasión por la navegación y desde entonces habían salido juntos al mar en varias ocasiones además de que habían quedado para ir a tomar algo después

del trabajo varias veces.

Pablo levantó la vista apartando sus ojos del labrador y los posó en Marta, estaba más morena que la última vez que se vieron y la escayola de su pierna no le pasó desapercibida. Se acercó con paso vacilante y cuando al fin la tuvo delante le dio dos besos que apenas si rozaron sus mejillas. Álex y Arturo ya habían entrado a la vivienda y en el jardín solo quedaban ellos y Loken.

–¿Cómo lo llevas? –preguntó señalando la escayola.

–Bien, pica un poco, pero ya me he acostumbrado.

Se quedaron de nuevo en silencio. Una cigarra solitaria rompía la calma con el incesante batir de sus alas y una abeja despistada recogía néctar de la planta de lavanda situada al lado de Marta.

–¿Y tú qué tal estás?

–Bien, bien, mucho trabajo.

–Lo de Diego, ¿no?

–Sí.

De nuevo el silencio. Pablo se metió las manos en los bolsillos del bañador azul marino que llevaba y Marta miraba al suelo tratando de buscar en las baldosas del porche algún tema de conversación que no fuera incómodo.

–¿Pero se puede saber cómo has hecho esto? –la voz de Álex tronó desde la cocina lo que rompió la tensión del momento. Marta entró seguida de Pablo y se encontró a su hermano acostado boca arriba con medio cuerpo dentro del mueble que albergaba el fregadero.

–No he sido yo, simplemente, se ha roto.

–Esto es PVC, es muy difícil que se rompa –alzó un poco la cabeza, lo justo para mirarla desde su posición bajo la fuga.

–No tengo ni idea, Álex, yo me he ido a dormir la siesta y cuando he vuelto esto parecía Cala Cortina. He cortado la llave de paso y he recogido el agua como he podido con la fregona, y me he sentado a esperar los refuerzos. – Ejecutó con maestría una de sus sonrisas encantadoras que tan bien quedaban en cámara y que su hermano detestaba profundamente.

–Voy a comprar un codo para reparar esto. ¡Un sábado de agosto! A ver dónde encuentro una ferretería abierta un sábado de agosto.

Cogió las llaves del coche y antes de salir se volvió a Marta.

–Hermanita, eres un imán para los problemas.

–Si tú supieras –contestó Marta en un susurro a la espalda de su hermano que ya salía por la puerta.

Ahora que se habían quedado los tres y el gruñón de Álex se había marchado el ambiente fue algo más distendido.

–¿Queréis un café? –se ofreció como buena anfitriona.

–No tienes agua –dijo Arturo.

–Pues tienes razón, os puedo entonces ofrecer una cerveza, Coca Cola o agua.

–No tienes agua –añadió de nuevo Arturo mientras la miraba divertido, estaba de un increíble buen humor.

–Es verdad, no sé qué me pasa, todo esto me ha debido dejar un poco trastocada.

–Sí, será eso... –una sonrisa picarona afloró a sus labios mientras le hacía un elocuente gesto con la mirada, y entonces Marta se dio cuenta.

Estaba durmiendo la siesta y llamó a su hermano en cuanto vio la inundación de la cocina sin preocuparse por nada más. Cuando esperas a que llegue tu hermano gay con su novio, el modelito que llevas puesto en ese momento es algo secundario, y ahora acababa de darse cuenta de que llevaba solo los shorts del pijama y una camiseta de tirantes sin sujetador. Cruzó los brazos por delante del pecho mientras se sonrojaba y Arturo ahogaba una carcajada, Pablo había estado acariciando a Loken y no se había percatado de toda esta situación.

–Marta, yo me apunto a esa cerveza, pero la traigo yo que tú sigues convaleciente.

–Tráeme otra, anda –dijo ella sin descruzar los brazos al tiempo que le lanzaba una mirada feroz y Arturo trataba de no reír de nuevo.

–Yo también me apunto.

Se sentaron los tres a la mesa y dieron pequeños tragos en silencio.

–Oye, el libro que me recomendaste es una auténtica locura –dijo Arturo en un intento de sacar algún tema de conversación.

–¿Verdad que sí? Georges Perec es un verdadero genio.

–¿Qué libro? –inquirió Pablo uniéndose a la charla.

–Se llama *La Disparition* y es un libro en francés escrito sin la letra «E».

–¡Venga ya! Eso no es posible –dijo Pablo sorprendido.

–Sí, pero eso no es todo, lo mejor es que tiene otro que se llama *Les revenentes* en el que solo aparece la «E» como vocal.

–No es verdad, te lo estás inventando.

–Te juro que no, es una lástima que sus libros sean completamente intraducibles, porque de verdad que merece la pena leerlos. Es un auténtico genio, con su toque de locura y de excentricidad –dijo Marta mientras le brillaban los ojos de emoción, hablar de literatura era algo que la apasionaba.

–No lo conocía, ahora me han dado ganas de leer algo de... ¿Cómo has dicho que se llamaba?

–Georges Perec, al castellano hay varios traducidos, pero estos dos que son los más especiales solo se pueden leer en francés. Se los recomendé a Arturo cuando estuvo aquí la semana pasada con Álex.

Arturo se había retirado silenciosamente y simulaba trastear con las herramientas para darles algo más de intimidad. Marta sintió que algo que se había roto había comenzado a repararse, aún no estaba arreglado del todo, pero los pedacitos habían comenzado a juntarse de nuevo. Ahí tenía a Pablo, con sus ojos color miel y sus gafas de pasta, que le sonreía mientras hablaban de un francés loco y recuperaban aquella complicidad perdida.

–¿Qué tal ha ido la navegación? –Marta sabía que era la pregunta correcta, pues los ojos de Pablo se iluminaron y su sonrisa se ensanchó ocupando media cara.

Diez minutos después seguía contando anécdotas de las veces que habían

salido los tres a navegar y podrían haber seguido así varias horas más si no fuera por Álex, que volvió de la ferretería con la pieza necesaria. Pablo se ofreció a echar una mano, pero declinaron su oferta, no hay suficiente sitio debajo del fregadero para todos y con alguien que ponga la pieza y alguien que aguante una linterna es suficiente dijeron. Así que volvió a la mesa a seguir hablando con Marta, esta se encontraba tan cómoda que hasta había olvidado mantener los brazos cruzados delante del pecho y gesticulaba sin parar contando anécdotas de Guatemala. Se calló durante un segundo consciente de que ese trabajo la había alejado de Pablo y él tuvo que sentir algo parecido, pues desvió la mirada y la posó sobre Loken, que dormitaba a sus pies sintiéndose seguro.

—¿Cómo vais con el caso? Ya sé que se supone que no debéis hablar de una investigación en curso, pero Susana ya me lo ha contado casi todo.

Pablo se encogió de hombros.

—Ahora mismo tenemos varios frentes abiertos y no sabemos muy bien por donde tirar.

—No te preocupes —dijo poniéndole una mano sobre la suya —seguro que daréis con el asesino.

Consciente de lo que había hecho quitó la mano con rapidez, pero su tacto se le quedaría grabado durante mucho tiempo. Las manos fuertes con callos por tirar de las cuerdas del barco y cálidas al tacto. El escalofrío que le recorrió la espina dorsal, los vellos de punta en los brazos, y sobre todo la sensación de que había cometido el mayor error de su vida yéndose a Centroamérica.

—Pues esto ya está —sentenció Álex saliendo de dentro del mueble—. Mamá no nos matará a ninguno de los dos y todos podremos hacer como que este catastrófico incidente no ha sucedido nunca.

—Perfecto.

—Bien, visto lo visto no te vamos a invitar a cenar nunca a casa porque eres capaz de pegarle fuego a algo, o que se nos derrumbe el techo del salón o...

Arturo no pudo continuar, pues un cojín de una de las sillas voló directo

hacia él.

Lo atrapó en el aire y rio al ver que Marta se hacía la ofendida.

–En serio, hermanita, solo quedan tres días hasta que vuelva mamá, procura no arruinar nada más de la casa, por favor.

–Haré lo que pueda, pero no prometo nada –dijo guiñándole un ojo.

–En ese caso, la próxima vez quien venga a salvarte el culo será Pablo.

–¡Eh! A mí no me metáis en vuestros líos familiares.

–Lo siento, amigo –dijo Arturo poniéndole una mano en el hombro–, si hemos navegado juntos ya somos de la misma familia, y la inútil de Marta también es responsabilidad tuya. Sin ofender –añadió dedicándole una enorme sonrisa.

–Sois lo peor, ¿os lo he dicho alguna vez?

–Por lo visto no lo suficiente –dijo Álex dándole un beso de despedida en la mejilla –Por favor, hazme caso y no rompas nada.

–Vaaaale.

Se despidió con dos besos de Arturo y de Pablo y saboreó la sal pegada a su piel y el calor que emanaba de su cuerpo. Cuando cerró la puerta y se quedó a solas con Loken no pudo evitar sentir una cierta desazón, no esperaba ver a Pablo tan pronto. Y mucho menos esperaba verlo en su propia casa mientras ella llevaba un moño alto revuelto y un pijama de verano.

Bajo el agua de la ducha repasaba mentalmente todo lo que había pasado en el día. Primero había salido a navegar con Álex y Arturo en el velero del padre de este. Habían pasado un día estupendo, salieron desde el puerto de Tomás Maestre en la Manga y se adentraron en el mar surcando un Mediterráneo que refulgía bajo el sol. Habían comido en cubierta disfrutando del sol compartiendo comida y camaradería. Parecía un día tranquilo y, tras terminar con el barco, se disponían a volver a casa cuando Marta llamó al teléfono de Álex. Su hermano tenía razón, era un imán para los problemas.

No le había pasado desapercibido los intentos de Álex de dejarlo en su casa antes de dirigirse a ayudar a su hermana, pero ella, cabezota y obstinada como una mula, no le había dejado explicarse y ahí estaba él. En un primer momento pensó en quedarse en el coche, pero eso sería muy raro, incluso en su actual situación. Así que bajó con una mezcla de miedo y vergüenza que no era capaz de explicar. Parte de esas sensaciones se le pasaron cuando Loken se acercó hacia él meneando el rabo de manera frenética. Se detuvo unos segundos a rascarle detrás de las orejas y cuando levantó la vista la vio, Marta estaba parada en el porche con los ojos abiertos por la sorpresa. Se regocijó durante una fracción de segundo por haber provocado ese efecto en una estrella acostumbrada a tratar con famosos y celebridades.

Tras unos momentos de charla insustancial, que se le hicieron patéticamente largos por lo incómodos que fueron, pasaron al interior de la vivienda. Le sorprendió la cocina, de grandes dimensiones donde una magnífica mesa de roble ocupaba el espacio central. Ahora entendía por qué la madre de Marta mimaba tanto esa mesa, era una obra de arte de la ebanistería.

Cuando Álex se marchó a buscar la pieza rota se quedaron los tres solos y, mientras ella hablaba en susurros con Arturo, él pudo observarla fingiendo ocuparse de Loken. Era preciosa. Incluso vestida únicamente con unos shorts y una vieja camiseta era espectacular. Su pecho se intuía bajo la fina tela de la camiseta y tuvo que obligarse a apartar la mirada y concentrarse en el perro si no quería encontrarse metido en un buen jaleo.

Ahora solo bajo la ducha no tuvo reparos en recordar esa imagen una y otra vez: la curva grácil de su cuello acentuada por llevar el pelo recogido, sus labios carnosos y su piel bronceada. Recordaba el brillo de sus ojos cuando habló del libro del francés ese raro, cómo su pecho subía y bajaba con los gestos que ella hacía para acompañar sus palabras. Su voz suave y sensual y el calor de su cuerpo cuando se despidieron con dos besos. Fue consciente de que alargó esos besos un poco más de lo necesario, pero no quería marcharse, quería quedarse con ella.

–Cariño, ¿has terminado ya? Llevas mucho tiempo ahí dentro y estamos en sequía.

El hechizo se rompió, la grácil curva del cuello desapareció y el contacto de su mano cuando hablaron del caso se esfumó como si nunca hubiera estado ahí.

–Ya salgo –dijo al tiempo que cerraba el grifo y salía de la ducha.

Cuando Arturo lo dejó en su casa, Lola estaba esperando en la puerta con cara de pocos amigos. Al ver que iba acompañado por dos chicos, su semblante se suavizó un poco, pero insistió en subir con él y esperarlo mientras se duchaba. En esos momentos Pablo tuvo la sensación de estar atrapado entre sus propias paredes. Se puso una camiseta que había debido lavar un millón de veces, lo que hizo que el algodón blanco fuera casi transparente en algunos puntos. Era una cutrez, él lo sabía, pero era su camiseta favorita para estar en casa, era tan fina que parecía que no llevaba nada.

Cuando salió Lola le dedicó una mirada evaluándolo y torció la boca en un gesto de desagrado.

–Deberías tirar esa camiseta, está hecha un desastre; y también deberías cortarte el pelo, esos mechones siempre te caen sobre los ojos.

Pablo se encogió de hombros.

–Me gusta así, me da un toque misterioso –dijo esbozando una sonrisa.

–No, te da un toque reservado; además, así no se puede saber exactamente lo que estás mirando.

Volvió a encogerse de hombros, había aprendido que discutir con Lola, muchas veces, no servía para nada, pues si, ella ya había tomado una decisión sobre cómo debían ser las cosas, era imposible hacerla cambiar de parecer.

–Está bien –acabó admitiendo para pasar a otro tema y Lola sonrió.

Tenía una sonrisa bonita, con unos dientes un poco desparejados, pero bonita, a fin de cuentas. Los ojos tal vez un poco juntos, sobre todo si se comparaban con unos enormes ojos almendrados que había visto hacía menos de una hora. Se obligó a apartar esa imagen de su mente; Marta se había ido a

la otra punta del mundo en vez de quedarse con él, eso deja bastante claros sus sentimientos. No debería volver a pensar en ella, pues solo serviría para hacerse daño.

–¿Qué te pasa? Te has quedado embobado durante un momento.

–Eh... Pensaba en el caso, en las nuevas pistas que estamos siguiendo.

Lola asintió y le cogió la mano con cariño para darle ánimos. Debía quedarse con eso, con ese tacto y ese cariño, pues era a lo más a lo que un hombre como él podía aspirar.

Poco antes de las once de la mañana, Susana estaba plantada delante de la puerta de Marta con un capazo de mimbre y una radiante sonrisa en la cara. Como Marta no podía desplazarse demasiado bien con su pierna rota, habían decidido que pasarían el día juntas tomando el sol en el jardín.

Se instalaron en las tumbonas y se embadurnaron de crema protectora, Susana llevaba una pabela a juego con el capazo para protegerse del sol y Marta había optado por la gorra del Barça que le regaló su amiga varios meses atrás y que había guardado como recuerdo. Loken huía del calor refugiándose a la sombra del porche.

–Bueno, cuéntame cómo fue todo ayer con el Agente Castillo. Dijo Marta mirando a su amiga por encima de las gafas oscuras.

–Pues bien, muy bien –dijo Susana y cogió una revista con la intención de ponerse a leer.

–¿Cómo que bien? –Marta había apartado la revista de un manotazo para descubrir una flamante sonrisa en el rostro de su amiga–. Quiero detalles y más vale que sean suculentos.

–Está bien. Veamos, fuimos a cenar al Barrio de San Roque y nos encantó el sitio, la comida estaba buenísima y la decoración es muy chic, nos quedamos los dos bastante impresionados porque nos esperábamos una cuenta muy abultada y, sin embargo, el sitio está muy bien de precio. Tomamos un vino,

que estoy convencida de que se llevaría tu aprobación, no recuerdo el nombre, pero era algo francés y estaba buenísimo.

–Muy bien, joven *Padawan*, me siento orgullosa.

–Tras la cena fuimos a dar un paseo. Cartagena estaba preciosa, se nota que todo el mundo está en las playas, porque íbamos solos por la calle Mayor y por el puerto. El agua estaba tranquila y solo había unas pocas personas en las terrazas, fue un momento casi mágico, la verdad.

–¿Y? ¿Qué más pasó?

–Bueno, se estaba empezando a hacer tarde así que le tocaba volver a casa, pero ya te he dicho que habíamos bebido bastante vino.

Marta sonreía mientras su amiga iba hablando.

–Y claro, para ir a Mazarrón hay que pasar por las cuevas del Cedacero, que son muy peligrosas, y nuestra labor es proteger al ciudadano y evitar los accidentes.

–Claro, una labor muy noble. –La sonrisa de Susana se extendía ya de oreja a oreja.

–Así que le propuse lo más razonable que era que se quedara en casa.

Marta daba palmadas de alegría mientras Susana sentía que enrojecía hasta las puntas del pelo.

–Vaya, veo que fue una noche triunfal, Susi.

–No estuvo mal –musitó tratando de esconderse detrás de la revista que Marta apartó de nuevo.

–Venga, no me dejes así. Yo llevo unas semanas recluida y tengo que vivir por los demás, así que cuéntame, ¿qué tal esta mañana? ¿Es un amante dulce? ¿Te ha preparado bacon con huevos como en las películas?

Susana rio las ocurrencias de Marta.

–A ver, esta mañana, la verdad es que muy bien, ha sido muy... natural, no sé cómo explicártelo, me parecía completamente normal despertarme a su lado y que fuera a darse una ducha mientras yo hacía café. Katinka no lo ha odiado demasiado, lo que en su lenguaje significa que le cae bien y hemos tomado

café con tostadas que tiene menos glamour que los desayunos americanos, pero es mucho más castizo.

–Y...

–Y no voy a entrar en detalles personales porque soy una señorita bien educada y no comento esas cosas –dijo Susana fingiendo enfado–. Solo diré que ha aprobado con nota y que estoy deseando repetir.

Marta volvió a aplaudir en su tumbona y Loken levantó la cabeza mirando en su dirección extrañado por el tumulto ocasionado. Aburrido de estar a la sombra se dirigió a los parterres de flores a tratar de cazar algún insecto desprevenido.

–Me alegro, Susi. A ver si me lo presentas un día para que le dé el visto bueno, que ya sabes que, si no tiene mi aprobación, vas a tener que cortar con él.

–Claro que sí, mami.

Se quedaron en silencio, Susana recordaba la noche anterior y Marta miraba cómo Loken saltaba detrás de una mosca tratando de cogerla con las fauces.

–Susana, debo contarte algo.

Marta se había incorporado en su tumbona y se había quitado las gafas para hablar con su mejor amiga.

–Ayer vi a Pablo. Vino a casa.

–Espera, ¿qué? Vas a tener que contármelo desde el principio.

–Pues todo empezó cuando se inundó la cocina.

–¿La cocina de Irene? Tu madre te va a matar como se entere. ¿Cómo has inundado su cocina?

–¡No fui yo! Una pieza se rompió y no te preocupes que ya me encargo yo de que mi madre no se entere nunca si no quiero que me desherede y maldiga mi nombre. En fin, que se inundó y llamé a Álex para que viniera a echarme una mano, porque yo soy muchas cosas, pero un manitas desde luego que no. Y cuando llegó a casa Pablo iba con él porque se había ido a pasar el día en el barco de Arturo y llegaban los tres de navegar.

–¿Y tu hermano no pudo decirte que iba con Pablo?

–¡Eso mismo pensé yo! –omitió convenientemente que su hermano había intentado prevenirla varias veces de la presencia de Pablo y que ella no lo había dejado hablar porque estaba más preocupada por la salud de la mesa de roble que por cualquier otra cosa—. El caso es que vinieron los tres y luego Álex se fue a por una pieza y nos quedamos Arturo, Pablo y yo hablando y bueno... Al principio fue raro e incómodo y luego fue como si nunca nos hubiéramos distanciado. No sé, me sentí bien cuando se marchó.

Susana se quedó en silencio mirándola con intensidad.

–Di algo, lo que sea.

–No sé ni qué decir, Marta, te lo digo en serio. Por un lado, sigo muy cabreada con Pablo, creo que se portó como un amigo de mierda, pero, por otro lado, una parte de mí cree que haríais muy buena pareja. Además de que te estoy viendo más ilusionada de lo que te he visto en años. No sé, de verdad que no sé.

–Pero ¿te parece mal que hable con él?

–¡No! Ya no estamos en el instituto, yo puedo estar enfadada con alguien y tú no, entiendo que Pablo es muy buena persona y un gran amigo cuando quiere, por eso me sentó tan mal y me hizo tanto daño lo que me hizo. Encima no creo que sea él el problema, me da la impresión de que Lola le está lavando el cerebro poniéndolo en mi contra.

–No seas exagerada.

–No lo soy, conozco a Pablo y sé que no es así, por eso creo que le tiene que haber influenciado alguien de fuera. No es normal que se comporte como un capullo, él es un buenazo. Pero entonces, ¿sientes algo por él?

Marta se quedó en silencio un instante buscando las respuestas que su amiga le pedía. Al final dio un largo suspiro y acabó reconociendo.

–Creo que sí, pero eso no significa nada. Pablo tiene novia y nunca me metería en su relación; sé por propia experiencia que no es agradable que tu novio juegue a dos bandas. Así que tema zanjado, me alegra haber podido

recuperarlo al menos como amigo.

–Ya... Pero si pudieras te lo llevarías a...

–¡Pero no puedo! Así que deja de ser una entrometida, anda.

El móvil de Susana pitó y esta se lanzó rauda a leer los mensajes que acababan de llegar.

–Déjame que adivine, ¿al agente Castillo al aparato? –inquirió Marta con una sonrisa que no quería marcharse.

–Es posible –respondió Susana con una sonrisa aún más grande.

Marta volvió a su novela mientras Susana tecleaba con velocidad en su Smartphone y Loken, aburrido de no haber obtenido ninguna presa, volvía a recostarse a la sombra del porche.

Andrés Castillo volvía a casa en su Nissan X-Trail volando sobre la carretera que cubría el trayecto de Cartagena a Mazarrón. Llevaba la música a todo volumen escuchando los éxitos del verano, canturreaba «Despacito» al mismo tiempo que Luis Fonsi y estaba de un humor excelente.

Cuando fue a Cartagena a cenar con Susana no imaginaba que fuera a pasárselo tan bien. Por primera vez disfrutaron realmente de la compañía del otro y los silencios incómodos fueron sustituidos por risas y comentarios jocosos. La comida estaba buenísima y el vino era excelente así que decidieron pagar a medias la cena, porque Andrés intuía que Susana no era de las mujeres que se dejan invitar.

Luego pasearon por una ciudad casi desierta, que les dejaba espacio para que continuaran con las risas y bromas. Olió el mar antes de verlo cuando llegaron al puerto, esa mezcla de salitre y el aceite de los barcos formaba ya parte de su vida. Iba de la mano de Susana y frente a la columna de Carthago la besó. En un primer momento ella se quedó un poco sorprendida, pero después respondió a su beso con fiereza. Sus manos recorrían su espalda y su lengua buscaba su boca con ansia. De repente ella paró.

–Pidamos un taxi.

Él la miró un poco extrañado.

–A mi casa, no te voy a dejar que vuelvas a Mazarrón esta noche –añadió con una sonrisa seductora.

–¿Estás segura? –preguntó tragando con dificultad.

–Completamente.

Corrieron buscando un taxi y llegaron a un apartamento del que no vio nada salvo el dormitorio. A la mañana siguiente salió de la ducha acompañado por el olor de café recién hecho y desayunaron en la terraza. Susana llevaba únicamente una camiseta XL y la ropa interior y le parecía una diosa salida del mejor de sus sueños. Su pelo dorado estaba recogido en una coleta alta que dejaba a la vista su estilizado cuello y pensó que sería difícil ser más feliz de lo que era ahora mismo.

Le llevó hasta su coche y se despidieron con un largo beso, ella debía marcharse a ver a una amiga, pero habían quedado de nuevo dentro de dos días. Sonrió de nuevo, su camiseta olía a ella, a esos últimos besos, y aspiró profundamente para sentir su olor. Susana era una mujer formidable, y estos dos días se le iban a hacer muy largos esperando volver a verla.

La vuelta a la rutina, tras el dulce sabor del fin de semana, fue más dura para unos que para otros. Susana parecía que flotaba sobre una nube cuando llegó a la comisaría, lo que le granjeó un par de comentarios jocosos de parte de Raúl; por el contrario, Pablo parecía haber envejecido en esos dos días. Susana le dirigió una rápida mirada de soslayo cuando entró y apenas respondió con un susurro a su saludo matutino.

–Vamos, chicos, a la oficina del jefe que hay novedades –dijo Pili con las gafas en la punta de la nariz mientras corría más que andaba al despacho del inspector Martínez.

–Muy bien, ya estamos todos. Romero y Gutiérrez hicieron un muy buen trabajo cuando se les ocurrió pasar por el club de alterne a buscar información sobre el socio del señor Guerrero de Soto. No lo encontraron, pero obtuvieron el nombre de la jovencita de la que parecía encaprichado estos últimos tiempos; hoy habrá que buscarla para poder interrogarla.

–Pobre muchacha, sus padres murieron cuando era una adolescente y quedó al cargo de su abuela. Tiene un hermano que está en prisión por tráfico de drogas, no es una condena larga, pero entra y sale cada poco tiempo. Ya tengo su dirección, vive aquí al lado en la zona vieja de Quitapellejos, que, por cierto, a pesar de lo que pueda parecer, es un buen barrio, toda mi familia es de aquí. Claro que se mudaron a Los Dolores hace al menos treinta años, pero una tía mía sigue viviendo en el barrio.

–Pilar... –el inspector Martínez le regaló una elocuente mirada.

–Comprendido jefe –dijo la secretaria y acto seguido hizo el gesto de cerrarse los labios con una llave y luego tirarla por encima del hombro.

–Bien, tenemos nuevas noticias. Esta mañana me ha llamado Jimena; la madre del fallecido me ha pedido que nos pasemos por su casa a las diez, dice que tiene información importante para el caso.

Hubo un silencio, parecía que por fin la investigación iba avanzando.

–Romero, te vienes conmigo, ya estuviste la primera vez y a lo mejor la madre se encuentra más cómoda viendo las mismas caras. Albaladejo y Gutiérrez, buscad a la tal Jazmín y sacarle lo que podáis, necesitamos conocer todo lo que sepa sobre el caso.

Asintieron al unísono, salvo Pilar que se puso a hacer grandes aspavientos con las manos sin emitir ni un solo sonido, y el inspector Martínez puso los ojos en blanco ante las ocurrencias de su subalterna.

–Está bien, Pilar, puedes recuperar tu voz, pero por favor úsala con cautela.

–Claro que sí, jefe, ya verá, voy a ser como una sombra, como la mujer invisible, como el Mudito de Blancanieves. Ya verá, ya verá, ni una queja va a poder reprocharme. Se va a pensar que está en un museo de cera, o en un cementerio. Bueno, eso no, que los cementerios dan muy mal fario, salvo el Día de Todos los Santos que se ponen preciosos con tantas flores y las familias que visitan a sus seres queridos y...

–¡Pilar!

–Me voy a mi despacho calladita, jefe.

Cuando se quedó solo en su despacho José Antonio Martínez se permitió dar un gran suspiro mientras se sujetaba el puente de la nariz entre el pulgar y el índice. Entre la bronca de Pablo y Susana y la verborrea incansable de Pilar, que consiguieran resolver este caso iba a ser cosa milagrosa.

Raúl y Susana casi podían haber ido andando al domicilio de María del

Carmen, pues el Barrio de la Concepción, conocido por los cartageneros como «Quitapellejos», se encuentra justo al otro lado de la rambla, detrás de la comisaría. El barrio recibió este nombre porque aquí pasaba una rambla que se empleaba para quitarles las pieles a los caballos y convertirlas en cuero. En el siglo XVIII se trató de prohibir el uso de «Quitapellejos» por encontrarlo despectivo y se multaba a todo aquel que nombrara al barrio de tal forma, pero ya se sabe que ni con amenazas ni con multas se puede poner coto al lenguaje y a las costumbres, y el nombre ha seguido empleándose hasta nuestros días.

Aparcaron en una angosta calle que subía por la falda del monte Atalaya, que rodea al barrio por uno de sus flancos. Unos chiquillos despeinados jugaban descalzos en la calle y les hicieron muecas a los policías cuando estos bajaron del coche antes de salir corriendo a esconderse tras un contenedor. Había farolas rotas y mobiliario urbano en mal estado, además de unos cuantos baches que tapizaban la calle. Raúl miró en derredor buscando el número de la casa de María del Carmen. Era una construcción de una planta de ladrillo rojo con verjas oxidadas en las ventanas y con un felpudo que decía: «Bienvenido» delante de la puerta.

–A veces los políticos se olvidan de que esto también es Cartagena; menos hacer y deshacer en el centro y ya podían invertir un poco más en los barrios – bufó Raúl mostrando su descontento.

–Razón no te falta y, si quieres presentarte a concejal, cuenta con mi voto, pero vamos a ocuparnos de esto que podamos darle una alegría a Horatio, que, por sus ojeras, creo que la necesita.

Llamaron al timbre y una señora de unos setenta años les abrió la puerta, llevaba el pelo recogido con una diadema y una especie de vestido-delantal de flores que usan todas las abuelas cartageneras.

–Buenos días, somos la inspectora Gutiérrez y el subinspector Albaladejo, nos gustaría hablar con María del Carmen Maldonado, por favor.

–¿Son amigos suyos de clase?

Raúl y Susana se miraron sin comprender, pero la señora les mostró una

amable sonrisa y con un gesto los invitó a que pasaran al interior de la vivienda. El salón era diminuto, pero estaba inmaculadamente limpio; la señora se sentó en un viejo sillón ligeramente hundido y ellos se acomodaron en el sofá de *sky* que estaba coronado por un largo tapete de ganchillo.

–Entonces, ¿van a clase con Mari Carmen? Es muy buena chica, por Navidad me gustaría regalarle una muñeca de esas que hablan, espero que no sea muy cara.

Se volvieron a mirar extrañados y Raúl dijo con voz suave.

–Somos de la policía y nos gustaría hablar con Mari Carmen, ¿sabe dónde está?

–¡En el colegio! ¿Dónde quiere que esté? Yo le he dicho que no deje los estudios, que termine algo. Es muy buena chica, espero que me escuche. Seguro que su muñeca le hará ilusión.

Susana estaba a punto de levantarse para marcharse cuando escucharon el familiar sonido de una llave girar en la cerradura. Una joven morena de pelo largo entró llevando varias bolsas de un supermercado cercano. Cuando llegó al salón y los vio sentados en el sofá se puso en guardia dejando en el suelo las bolsas de la compra que venía acarreado.

–Yaya, ¿Quiénes son estos? Como seáis Testigos de Jehová os echo a patadas, ya os he dicho que mi abuela no se encuentra bien, pero sois como sanguijuelas que siempre vienen a por los más desvalidos –les incriminó apuntándolos con un dedo acusador mientras el fuego brillaba en sus ojos.

Susana hizo un discreto gesto enseñándole la placa y Mari Carmen abrió mucho los ojos.

–Ya le hemos dicho a tu abuela que somos compañeros de clase –dijo Susana despacio mientras miraba fijamente a la muchacha que captó enseguida la situación.

–Sí, yaya, son amigos, me los llevo a la cocina y tú te quedas tranquila en el salón. Ven ponte el ventilador que ya hace calor, ¿quieres ver la tele? ¿Seguro que la Ana Rosa tiene algún invitado que te gusta?

–Esta está muy bien, pero como la María Teresa Campos ninguna, mi niña.

–Lo sé, yaya, me lo dices siempre.

–Porque es verdad, por eso lo digo.

Los agentes pasaron a la cocina que era aún más pequeña que el salón; muebles de formica blanca y una vitrocerámica eran todo el mobiliario junto con un vetusto frigo cubierto de imanes de distintas ciudades de España. Pudieron observar con detenimiento a la joven mientras guardaba la compra en los armarios y en la nevera. Era una muchacha muy bonita, de tez bronceada y preciosos ojos marrones enormes y llenos de vida. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta alta y se vestía con un holgado vestido estampado y unas sandalias blancas.

–Bueno, ¿Qué hacen aquí?

–Queremos saber qué relación tenía con Diego Guerrero de Soto –preguntó Raúl.

–¿El pez gordo ese que mataron? No lo he visto en mi vida –mintió sin esfuerzo y, si no conocieran la verdad, les hubiera costado saber que lo que decía no era cierto.

–Sabemos que lo conocías... *Jazmín* –dijo Susana en voz baja y notó cómo la muchacha se removía incómoda.

–¿Cómo lo han sabido? ¿Quién se los ha dicho?

–Eso es lo de menos, no queremos...

–No puede enterarse nadie, ¿me oyen? –interrumpió a Raúl y le taladró con la mirada–. Mi yaya está enferma, como habrán podido ver; no me queda nadie más y, si se entera, se le partirá el corazón. A pesar de su enfermedad ella es... Es tan inocente que no quiero hacerle daño, y no podemos pensar que el desgraciado de mi hermano vaya a ayudarnos, nos tenemos solo la una a la otra, así que digan lo que tengan que decir y márchense antes de que empiecen los chismorreos.

–¿Qué relación tenía con Diego Guerrero de Soto?

–Era una puta.

Se hizo un tenso silencio, con Mari Carmen con los brazos cruzados delante del pecho y actitud desafiante y los dos policías tratando de penetrar en esa coraza.

–¿No hay nada que nos puedas contar? ¿Por qué dejaste de trabajar en el club Pétalos?

–Inspectora, ¿le gustaría que desconocidos la follaran por dinero? Pues eso, ahí tiene su respuesta.

–A ver, no te estamos juzgando, nos da igual por qué entraste en ese negocio o por qué saliste, pero sabemos de buena tinta que Diego estaba encaprichado contigo, que hace unos meses pidió a varios amigos unas sumas de dinero muy importantes, que estaba metido en varios negocios turbios y que hace pocos días ha aparecido muerto. Es lo único que nos interesa, esclarecer su muerte y nada más.

Susana había hablado despacio, con voz suave y se había permitido dar un paso hacia adelante sin que la joven reculara. Mari Carmen meditó durante unos instantes y luego, encogiéndose de hombros, se decidió a hablar.

–Era un cerdo, le iban todo tipo de guarradas, el tipo se creía el de *Cincuenta sombras de Grey* y bueno, pagaba bien. A mí no me importaba que se encaprichara conmigo; cuando un cliente te reserva toda la noche, el precio que te pagan es un pastón y, como ven –dijo señalando con un arco la cocina–, aquí el dinero no nos sobra, precisamente.

–¿Por qué lo dejaste?

–Me cansé, estaba ya harta de ser una puta. –De nuevo la fiereza en su mirada y de nuevo la sensación de que ocultaba algo.

–¿Sabías algo de los negocios de Diego?

–Nada, se lo juro, no hablaba de esas cosas conmigo.

–¿Y esos cincuenta mil euros que pidió prestados? ¿No sabes nada tampoco?

Hubo un ligerísimo estremecimiento que no pasó desapercibido a Raúl y una imagen comenzó a formarse en su cabeza.

–No, no sé nada.

–Mari Carmen –los ojos verdes del subinspector se posaron en los de la joven, esta apartó la mirada–, ¿estás embarazada?

Los ojos se le abrieron como platos y dio un instintivo paso atrás chocando contra la encimera de la cocina.

–¿Cómo?

–Fuiste tú quién le pidió los cincuenta mil euros, ¿verdad? Por eso dejaste el trabajo.

La joven se hundió y comenzó a llorar en silencio con la cara enterrada entre las manos. Cogió el rollo de papel de cocina y se sonó la nariz dejándolo encima de la encimera.

–Yo uso siempre protección. Hay compañeras a las que no les importa hacerlo a pelo porque los clientes pagan más, pero yo no quería, así que imagínense la sorpresa que me llevé cuando me enteré de que estaba embarazada. Mi primera idea fue abortar, pero cuando la ginecóloga me hizo escuchar su corazón por primera vez supe que no podría, simplemente no pude hacerlo.

Se cogió el vientre entre las manos con ternura y Raúl continuó hablando con suavidad.

–¿Y le pediste los cincuenta mil euros para tu hijo?

–Cuando le conté que estaba embarazada de él se rio de mí. ¿Se lo pueden creer? Yo no iba con intención de pedirle nada, soy muy capaz de ocuparme de este niño yo sola, pero cuando se rio lo viví como una auténtica afrenta y decidí que pagaría. Le dije que, si no me daba el dinero, todo el mundo sabría que el próximo heredero del imperio de Soto sería el hijo de una puta, y que estaba dispuesta a pedir una prueba de paternidad si fuera necesario. Al cabo de unos días apareció con el dinero.

–¿Sabes de dónde lo sacó?

–No, pero ese dinero no es mío. Está en una cuenta que ni la yaya ni mi hermano conocen, y no pienso tocar ni un céntimo. Es para el bebé. No le va a faltar cariño con la yaya y conmigo, y con el dinero del bastardo de su padre

no le va a faltar nada.

–¿Sabes quién podía querer muerto a Diego?

La joven frunció el ceño tratando de buscar en el interior de su mente la información que le requerían los agentes, pero al cabo de unos segundos se dio por vencida.

–No, o sí, había mucha gente a la que no le caía bien, pero no creo que haya ninguno tan loco como para matarlo.

–¿Sabías algo de sus negocios? ¿Te comentó algo?

–Nada, de verdad que no, si lo supiera se lo diría, se lo juro por lo más sagrado. Raúl le tendió su tarjeta.

–Si recuerdas cualquier cosa, algo que te parezca importante, llámanos, por favor.

–¿Qué va a pasar con el dinero? –había temor en su voz y el labio inferior le tembló ligeramente.

–Nadie lo ha denunciado, y la víctima del chantaje está muerta, así que yo creo que nuestro trabajo ha concluido con respecto a ese dinero. ¿Qué opina, inspectora?

–Estoy de acuerdo con mi compañero, no creo que debamos seguir investigando más.

La joven los miró con ojos agradecidos y tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazar a los dos agentes. Los acompañó a la puerta mientras murmuraba agradecimientos y les prometió que les mandaría una foto del bebé cuando naciera. Antes de montarse en el coche, Raúl se permitió mirarla y decirle sonriendo.

–Vas a ser una madre estupenda, ya verás.

La joven los despidió con las lágrimas en los ojos mientras se cogía de nuevo la barriga con actitud maternal.

Estaban de nuevo delante del imponente edificio donde vivía la familia

Cabrera, el mar estaba en calma y un par de gaviotas les sobrevolaron graznando hambrientas. El conserje del edificio los saludó cortésmente y, antes de que las puertas del ascensor terminaran de cerrarse, ya estaba descolgando el teléfono. Cuando llegaron al rellano y salieron del ascensor la puerta principal del apartamento se abrió como por arte de magia. La misma ama de llaves de la última vez con su vestido negro y su semblante adusto los condujo sin decir ni una palabra al salón.

Pablo sintió la misma sensación de sobrecogimiento que la primera vez que estuvo en esa estancia y aprovechó la espera para observar con detenimiento uno de los cuadros de la pared.

–¡Es un Wssel de Guimbarda! –dijo Pablo anonadado–. Este cuadro debe costar una fortuna.

–Seguramente, menos que esta ánfora romana, que parece que debe tener más de un milenio de antigüedad. –El inspector Martínez señalaba una urna de cristal donde una magnífica pieza de alfarería romana se erguía en su pedestal. Se preguntó cuántos años de salario de funcionario costaría semejante pieza.

La contemplación de las piezas de arte se dio por terminada cuando Jimena entró unos instantes después. Seguía teniendo el aspecto de un pajarillo que se había caído del nido antes de aprender a volar. Estaba más ojerosa que la última vez, pero, sin embargo, sus ojos reflejaban una determinación de la que carecía la mañana que la vieron por primera vez. Los invitó a sentarse con un gesto educado y, tras unas cuantas preguntas de cortesía, bajó la voz hasta que esta no fue más que un susurro. Miraba a la puerta de hito en hito como si tuviera miedo de que alguien la descubriera conspirando.

–Tengo algo sobre Diego, a lo mejor no es nada, pero creo que es importante.

Pablo y el inspector cruzaron una rápida palabra y asintieron en silencio invitándola a hablar.

–Hace muchos años, no sé, tal vez veinte o incluso más, Diego llegó una noche de madrugada llorando y actuando como si estuviera loco. Daba golpes

en las paredes y no paraba de gritar, despertó a todo el mundo y tras hablar menos de dos minutos con mi padre me mandó a la cama para que no estorbara. –Hizo una mueca de asco–. El caso es que, antes de las ocho de la mañana, el abogado de la familia había llegado y se reunió con mi padre y Diego en su despacho a puerta cerrada.

–¿Sabe de qué hablaron?

–No, pero sé que pocos días después hubo un gran movimiento de dinero a la cuenta de Valentín Frutos.

–¿De cuánto dinero estamos hablando?

–De un millón y medio de pesetas de las de hace veinte años.

–Eso es mucho dinero.

–Sí, sobre todo teniendo en cuenta de que Valentín era un compañero de clase de mi hijo y en aquella época no podía tener más de veinte o veintidós años.

–¿Recuerda algo más?

–Mientras escuchaba a hurtadillas –miró avergonzada a los agentes– escuché un nombre, Somera. No sé muy bien qué significaba, ni siquiera sé si lo escuché bien o si esto tiene relación con la muerte de Diego, pero me pareció sospechoso en aquel momento y tal vez... Tal vez esté relacionado y puedan atrapar al que se llevó a mi hijo.

–¿Le dice algo ese nombre?

–No, no tenemos ningún conocido que se llame así.

–Gracias por la información, pero no prometo nada. Ha pasado muchísimo tiempo y es posible que no encontremos nada y todo esto sea un callejón sin salida –dijo el inspector Martínez

–Eso me vale, prométame que harán lo posible para encontrar al asesino de mi hijo.

–Cuente con ello.

De repente los ojos de Jimena se abrieron de manera exorbitada y una expresión de terror cruzó su semblante. Pablo dirigió la mirada siguiendo la

de Jimena y se encontró cara a cara con Guillermo, su padre, que venía acompañado por un hombre.

–Buenos días, agentes –dijo sin apartar la vista de Jimena–. No sabía que teníamos una cita hoy.

–Papá, los agentes se han presentado y no he querido molestarte porque sabía que estabas en el médico.

–Sí, estaba. Menos mal que Águeda me ha llamado. –El ama de llaves asintió dejando claro a quién pertenecía su lealtad–. Y el doctor Urdiales es un amigo de la familia y he podido cancelar la cita para venir aquí rápidamente.

Los ojos del patriarca de la familia eran dos finas ranuras y escudriñaba el rostro de su hija, que tenía la mirada gacha y no se atrevía a devolvérsela. El inspector Martínez se puso en pie estrechándole la mano al tiempo que decía que comenzara a hablar.

–Nos hemos pasado para tenerlos al corriente de la investigación. Ahora mismo tenemos varias líneas abiertas y no descartamos ninguna hipótesis.

El anciano soltó un sonido gutural, algo como un quejido, pero en verdad era una risa.

–Vamos, que han venido hasta aquí para decirnos que no tienen nada.

–Tenemos varias pistas bastante fiables.

–Dígame, inspector, ¿tienen ya al asesino de mi nieto?

–Todavía no, pero...

–¡Pero una mierda! –atajó el anciano–. Hasta que no venga con la cabeza del asesino en una bandeja como la de Juan Bautista no quiero que vuelvan a pisar esta casa, y mucho menos si yo no estoy presente. ¿Les ha quedado claro? – Esta última amenaza iba más dirigida a Jimena que a ellos.

–Como el agua –soltó Pablo, que ya no podía aguantar más desplantes; se puso en pie y tras farfullar un confuso adiós a Jimena se marchó sin dedicarle ni una mirada a Guillermo.

El inspector Martínez lo alcanzó cuando estaba a punto de entrar en el ascensor.

–¿Te has vuelto loco, Romero?

–Lo siento, sabe que no soy así, pero no podía más. Esa pobre mujer está aterrada y de lo que tiene miedo es de su padre. Por eso ha esperado a que se fuera al médico para llamarnos, para que él no estuviera presente. Y el ama de llaves, eso ha sido una traición en toda regla.

–Mira, ya deberías saber que cada familia tiene sus cosas, y nosotros no estamos aquí para juzgarlos, nuestro trabajo es encontrar al asesino de Diego.

–Es que... Es que es tan injusto, jefe. Quiero ayudar a esa mujer y creo que, aunque encontramos al que mató a su hijo, ella no va a ser feliz, no mientras su padre siga viviendo.

–Es posible, al menos, si conseguimos encontrar al asesino, le quitaremos un peso de encima y tal vez pueda vivir con un poco más de paz. Ahora vamos a ponernos con las pistas que nos ha dado. Ha arriesgado bastante llamándonos a su casa, creo que, en el fondo, tiene un alma valiente, pero nadie le ha dejado desarrollarla.

Cuando Pablo y el inspector Martínez llegaron a la comisaría, Raúl y Susana ya estaban allí. Raúl se puso en pie de un salto y rodeó casi a la carrera su mesa para llegar al inspector.

–Jefe, tenemos unas noticias increíbles, ya verá como no se lo espera para nada. Anda, adivine.

–No tengo tiempo para adivinanzas, Albaladejo.

–Anda, inténtelo –Raúl sonrió con esa sonrisa picarona y descarada.

–No tengo ni idea.

–¿Quiere una pista?

–¡No! Quiero un informe completo.

–Está bien... Se está volviendo un poco aburrido. Bueno, atento a la noticia bomba: Jazmín, bueno María del Carmen, está embarazada y Diego es el padre. ¿A qué no se lo esperaba?

Susana tomó la palabra viendo que su compañero estaba más interesado en jugar a las adivinanzas con su jefe que en avanzar en la investigación.

–Se quedó embarazada y se lo dijo a Diego, que se rio de ella; como venganza le pidió cincuenta mil euros o todo el mundo sabría que Diego había dejado embarazada a una prostituta. Sabemos que recibió el dinero, pero no nos ha dicho quién se lo dio a Diego. No creo que lo sepa, vive con su abuela que tiene demencia senil.

–Bueno, al menos ya sabemos por qué Diego necesitaba urgentemente ese dinero –dijo Pilar, que no había perdido palabra de la conversación.

Pablo les explicó a los demás lo que les había contado Jimena y cómo se calló de golpe cuando su padre volvió antes del médico.

–Esa familia esconde más de un secreto –sentenció Raúl haciendo una mueca de asco.

–Eso nos da igual ahora, lo que necesitamos es saber cómo y quién asesinó a Diego. Pilar, ponte con lo de «Somera»; han pasado muchos años, pero si alguien puede encontrar algo que valga la pena estoy convencida de que eres tú.

La secretaria de la unidad se hinchó de orgullo y se dirigió con paso decidido a su puesto de trabajo.

–Gutiérrez, te quiero buscando información sobre el Valentín Frutos ese. Quiero saberlo todo de ese hombre. Romero y Albaladejo, id a ver si dais con Matías, que, al final, no pudimos interrogarlo la última vez.

Todo el mundo asintió y cuando los jóvenes se dirigían a sus respectivos encargos su jefe habló una vez más.

–Habéis hecho un gran trabajo, hoy hemos dado un salto hacia adelante en la investigación y voy a decírselo al comisario ahora mismo.

Todo el equipo sonrió satisfecho; es verdad que se sentían a gusto con el avance que habían realizado y Susana propuso salir a tomarse una cerveza después del trabajo, que fue aceptada por Raúl y Pili. Pablo dijo algo que a todos les sonó a excusa barata y se despidió de ellos. Susana seguía enfadada,

pero en su fuero interno comenzaba a preocuparse por su compañero.

Solo un día, en tan solo un día más su madre atravesaría la puerta de casa, volvería después de unas vacaciones en Tailandia con su padre y con sus padrinos. Marta acusaba ahora los diez días que se había pasado en casa tirada en el sofá viendo la tele o en el jardín leyendo una novela y ahora trataba de limpiar como podía antes de la llegada de su santísima madre. Se había puesto la música a tope, el concierto de Bryan Adams en Wembley, y con las guitarras eléctricas del rockero le costó oír el timbre de la puerta. Cuando al fin se apresuró y llegó hasta la entrada se quedó de nuevo congelada con la imagen que tenía ante sí.

–Me manda Álex –dijo a modo de saludo mientras levantaba una bolsa de plástico para que Marta viera su contenido.

Maldijo a su hermano en silencio, o lo bendijo. O primero una cosa y luego otra, y pensó que debía matarlo, pero no en la cocina de su madre, que acababa de limpiarla. Con una mano temblorosa accionó el pulsador de la puerta y Pablo entró tan azorado como ella. Su nariz se había llenado de pecas por efecto del sol y las gafas se le habían deslizado casi hasta la punta. Cuando llegó dijo que a Álex le había salido un imprevisto y que le había pedido que le trajera algo de comer y sacara a pasear a Loken. Este se había vuelto loco de contento al ver llegar al joven y saltaba y ladraba a su alrededor.

–Álex me dijo que te llamaría para prevenirte –dijo Pablo sonrojándose

mientras entraba con las provisiones en la cocina.

–Se le debe haber pasado, como está tan ocupado –respondió Marta con los labios juntos pensando en qué sería mejor, si estrangular a su hermano o apuntarse al club de tiro como ya es tradición en su familia.

–¿Dónde lo pongo?

–Déjalo en la encimera, ya me encargo yo de ponerlo en su sitio.

–De eso nada. –Sonrió ufano–. He venido a cumplir una misión y no me iré hasta haberla completado. Además, tú estás aún convaleciente y no debes hacer esfuerzos.

–No son esfuerzos, es mi cura para no morirme de aburrimiento. Todo el mundo por ahí fuera en la playa, en el barco o simplemente dando paseos y yo debo estar confinada aquí sin apenas poder salir. ¡No es justo!

Pablo sonrió ante su ataque de sinceridad con esa sonrisa tan suya, tan infantil y a la vez llena de magnetismo y Marta notó que las rodillas le temblaban un poco y se sentó a la mesa para disimular.

–¿Te apetece tomar algo?

Vaciló durante un momento y luego cogió su móvil y lo puso en silencio.

–Claro, una cerveza con una amiga estará bien. Ya te llevo yo una a la mesa.

Se sentaron uno frente al otro con las cervezas en la mano y nada que decirse. Todavía había temas que no se podían sacar, el famoso elefante en la habitación que los dos evitaban. Así que Marta recurrió a los lugares comunes, el tiempo, el calor y la investigación.

–Pues hoy nos ha ido de maravilla, le hemos dado un buen empujón y eso nos ha subido la moral a todos.

Pablo pasó los siguientes diez minutos poniéndola al día de las últimas pistas que habían recabado.

–¿Qué será eso de «Somera»? No me suena de nada. Y tanto dinero en la cuenta de un veinteañero, eso huele a algo turbio desde aquí.

–Sí, pero creo que estamos más cerca, que poco a poco vamos desenredando el nudo.

–Sí, pero parece como una búsqueda del tesoro y tras cada pista hay un secreto oscuro.

–Suele ser así siempre, es como una casa que la fachada está limpia y nueva, pero el interior lleva años cayéndose por culpa de la humedad y el abandono. Pero creo que pasaría con todos, hay muy pocas personas que no guarden algún secreto. – Enrojeció al decir esto y Marta sonrió al ver cómo se le arrebolaban las mejillas.

–Ya, pero no todo el mundo embaraza a una prostituta que luego te chantajea y además monta una estafa piramidal –soltó Marta riendo.

–Eso es verdad, pero todos en mayor o menor medida tenemos secretos que queremos que permanezcan ocultos.

Marta bajó los ojos, entendía lo que quería decir Pablo, ella misma tenía cosas que no quería que nadie más supiera. Esperaba que, si se moría, fuera de vieja rodeada de su familia y la policía no se metiera a investigar, porque, como bien había dicho Pablo, seguramente saldrían a la luz aspectos de su vida de los que no se sentía demasiado orgullosa.

–Te has quedado muy callada –había cierta preocupación en los ojos color miel del policía.

–Pensaba en lo que decías. Mira, yo si me muero en extrañas circunstancias a mí me dejáis como esté y punto, que yo no quiero que se empiecen a remover cosas y luego mi madre se lleve un disgusto –añadió sonriendo, tratando de aligerar un poco el clima que se había quedado un poco tenso.

–Hombre, somos policías, no creo que podamos dejarlo sin más.

–Sí, sí, mira yo te firmo este papel. –Echó mano de una servilleta blanca y se puso a escribir con una cuidada caligrafía–:

«A quien corresponda: si me muero y no es de vieja o de un infarto, que ni se les ocurra investigar mi muerte. Y, sobre todo, que nadie lea mis diarios de cuando tenía doce años y pegaba foros de la Super Pop de mis ídolos favoritos. A mí me dejan tranquila, que si me he muerto por algo será.»

Hizo una firma llena de florituras y le tendió muy seria el papel a Pablo, que

no había parado de sonreír. Lo plegó con parsimonia y se lo guardó en el bolsillo. La miró a los ojos y Marta sintió que el tiempo se paraba; el flequillo le caía sobre los ojos y le daba un toque enigmático a su mirada.

–Señorita Ortiz, si algún día aparece muerta en extrañas circunstancias, no tocaremos sus diarios de adolescente –dijo muy serio–. Pero no puedo prometer lo mismo de sus Super Pop, que tienen pinta de ser objetos de coleccionista y lo más probable es que las necesitemos como pruebas.

Marta sonrió, lo había recobrado, ese trocito que se había perdido y que llevaba meses buscando acababa de volver a su sitio, ahora todo encajaba como en un puzle. Suspiró divertida y agradecida, pues, por fin, después de varios meses, sentía que volvía a respirar.

El móvil de Pablo vibró, pero decidió ignorarlo.

–Tal vez sea del trabajo –aventuró Marta.

–Es Raúl el que está hoy de guardia.

El móvil se calló, pero volvió a comenzar su lento baile vibrando sobre la encimera. Finalmente, Pablo se levantó y se acercó a mirar la pantalla. Torció el gesto y sostuvo el aparato en su mano durante unos segundos hasta que le dio la vuelta y lo dejó bocabajo de nuevo en su sitio.

–No es nada importante, será publicidad –añadió elevando los hombros al techo

–. ¿Cuándo te marchas otra vez?

Marta dio un respingo, la pregunta la había tomado por sorpresa. No había maldad en las palabras del joven, pero ella no quería pensar en irse. No ahora. Ya se había marchado una vez y ahora que había vuelto a recuperar algo que ya había dado por perdido no quería volver a dejarlo marchar. Sabía que Pablo tenía novia y no iba a meterse en medio de su relación, pero tampoco quería volver a Madrid, sentía que su tiempo allí había llegado al final. Claro que también le gustaba pagar las facturas, así que no podía quedarse de brazos cruzados demasiado tiempo.

–La verdad es que no lo sé, de momento estoy con la baja, y cuando me

quiten la escayola me tocará rehabilitación, supongo. Después veré lo que me propone la cadena, estaban hablando de producir un *talent show musical* que ha sido un éxito en el Reino Unido y me dijo mi agente que mi nombre sonaba entre las posibilidades para presentarlo.

–¿Eso es lo que quieres hacer?

–Bueno... No me puedo quedar toda la vida sin hacer nada viendo la tele en el salón de mis padres –dijo como excusándose.

–Ya, pero la última vez que hablamos tenías proyectos, decías que no te llenaba tu vida como presentadora de *realities*.

–¿Y qué más quieres que haga? ¿Qué me presente para presentar el telediario? Todo el mundo recordara mi paso por programas de cotilleo y por caerme en directo y romperme una pierna. Nadie me tomaría en serio si me pusiera a comentar la última cumbre del G8 o lo que pasa en Siria.

–Eso no es verdad.

–Claro que sí, Pablo, no conoces el mundo de la televisión. La gente no olvida, y los compañeros los hay que son muy buenas personas, pero otros son auténticos buitres que están deseando que cometas un fallo para saltar sobre ti y darte el golpe de gracia.

Pablo iba a responder, pero su móvil seguía sonando.

–En serio, responde, si son de publicidad al menos te dejarán tranquilo. Cogió el móvil y esta vez para sorpresa de Marta sí que respondió.

–Dime, Raúl.

–...

–¿¿Qué ha hecho qué?! ¿Cómo tiene tu número?

–...

–Sí, ya me ocupo yo. Gracias, tío.

Se acercó a Marta y en su semblante había ira, miedo, rabia y tristeza todo en uno.

–Debo marcharme.

–Lo entiendo, has sido muy amable por pasarte.

–De nada, me lo he pasado muy bien.

–Y yo –Marta lo dijo deprisa, no quería que las palabras se le atragantaran o se quedaran ancladas en su garganta.

Pablo se despidió desde la puerta con un gesto de la mano y salió corriendo hacia su coche. Cuando la puerta se cerró, Marta se quedó de pie con la espalda apoyada en esta y sonrió. Estaba feliz, era una sensación reconfortante, además de que notaba ese extraño cosquilleo en el estómago que la llenaba de vida. Pensó que debería llamar a Susana y contárselo, pero luego que recordó que en menos de veinticuatro horas Irene iba a entrar por la puerta, se dijo que primero terminaría de recoger y luego ya tendría tiempo para los cotilleos.

Pablo estaba furioso, apretaba el cuero del volante con rabia pensando en la llamada que acababa de recibir. Estaba pasando un momento estupendo con Marta recuperando una amistad que, si bien fue corta, le había dejado una profunda huella, pero Lola no paraba de llamarlo y no le apetecía hablar con ella. Él también merecía tener algún rato para hacer lo que quisiera sin tener que dar explicaciones, pero su novia al ver que Pablo no respondía había llamado a Raúl histérica.

La quería, o eso se decía cada día, pero en los últimos tiempos se sentía un poco oprimido por esta relación. Le gustaba estar con ella, le hacía sonreír y se lo pasaban de maravilla juntos, pero ¿eso era amor? La primera vez que vio a Marta sintió que un torbellino de agua salada se desataba en su interior, su corazón palpitaba a un ritmo frenético y le costaba encontrar las palabras. Con Lola nunca sintió nada de eso, todo fue más sereno y se dijo que había distintos tipos de amor, pero ahora... Ahora no lo tenía tan claro.

Cuando estaba con Marta notaba como si el tiempo se detuviera, como esa imagen de la película *Big Fish* en la que Ewan McGregor va apartando palomitas y esquivando artistas de circo. Notaba frío y calor a un tiempo y no

podía apartar los ojos de ella. Cuando le dijo que a lo mejor se volvía Madrid para presentar un nuevo programa; una pequeña parte de él se rompió en silencio. Le deseaba lo mejor, pero no quería que se fuera. Egoístamente quería que se quedara aquí, aunque nunca pudiera tenerla solo con saber que estaba cerca y que podrían disfrutar de una cerveza de vez en cuando riendo sobre tonterías le parecía suficiente.

Así que cuando tuvo que abandonar su casa a la fuerza por la llamada de Raúl sintió cómo la sangre le subía a las mejillas y se sentía como un niño pillado con la mano dentro del frasco de galletas. Y lo peor es que sabía que no estaba haciendo nada malo, que simplemente le iba a echar una mano a la hermana convaleciente de un amigo, pero en su fuero interno sabía que le iba a costar una bronca con Lola. Se había vuelto muy posesiva en los últimos tiempos, o tal vez siempre había sido así y solo ahora se daba cuenta, pero la verdad es que comenzaba a sentirse asfixiado y oprimido.

Mientras conducía de camino a casa su móvil volvió a vibrar con una insistencia casi acusadora y estuvo tentado de tirarlo por la ventana. Al final puso el manos libres y tuvo una conversación que hizo que la bilis le remontara por la garganta. Cuando ella se puso a llorar al otro lado del teléfono, sintió cómo sus barreras se rendían y en el último momento giró en dirección a casa de Lola en vez de a la suya, pasaría la noche con ella reconfortándola y mañana ya vería qué deparaba el nuevo día.

Pilar llegó con la cafetera en una mano y varias carpetas con información en la otra que fue dejando en cada una de las mesas preparando todo antes de que llegaran sus compañeros. Cuando al fin hicieron acto de presencia les explicó sucintamente lo que había averiguado.

–He encontrado una empresa de Castilla la Mancha que se llama «Somera», venden máquinas de aire acondicionado, también hay un desguace en La Coruña y un par de restaurantes repartidos por la geografía española. Estoy tratando de averiguar si alguno de ellos tiene relación con Diego, pero así, a simple vista, no lo parece. También estoy buscando personas, no es un apellido demasiado corriente, pero me salen demasiados; si se os ocurre alguna manera de disminuir esa lista, acepto cualquier sugerencia –dijo la secretaria con atisbo de decepción en su voz.

–Pili, si alguien puede, esa eres tú. No te rindas –le dijo Raúl mientras le daba un abrazo de oso que resultó muy reconfortante.

–También tengo cosas para Susana –indicó señalando la carpeta azul que había dejado sobre su mesa–. Valentín Frutos es uno de los compañeros de clase de Diego, estaba en la fiesta y te he dejado una copia del interrogatorio que los compañeros hicieron *in situ*. De joven fue un pequeño delincuente con varios arrestos por pequeños hurtos y desobediencia a la autoridad, nada de mucha importancia. Pero aquí es donde viene lo bueno: a los veinte años vio la luz y se hizo misionero, desde entonces ha estado en varios países, algunos

muy chungos, por lo que he podido ver, y ha cambiado radicalmente de estilo de vida.

–Voy a hacerle una visita, no creo en las epifanías milagrosas –dijo Susana mientras salía rauda a por su coche.

–Para vosotros no tengo nada nuevo. Bueno, una cosa sí. –Se puso a rebuscar entre los papeles de una de las carpetas y sacó una foto de un periódico digital impresa en un folio–. Es del día del entierro. ¿Veis ese del fondo contra la puerta? Creo que es Matías, aunque como está muy lejos no estoy segura.

Raúl le dio un sonoro beso en la mejilla.

–¡Ay Pili! Si algún día nos falta, te juro que nos morimos. ¡Eres la mejor!

–No seas zalamero, anda –dijo sin poder reprimir una sonrisa.

Raúl y Pablo iban camino del adosado que Matías Beltrán tenía en Santa Ana, una bonita casa con un descuidado jardín delantero. Esta vez, a diferencia de la anterior, vieron que el BMW del dueño sí estaba aparcado delante de la puerta y pensaron que iban a tener más suerte. Al llamar al timbre les abrió un hombre en la cuarentena, bien conservado a pesar de mostrar una incipiente barriga. Tras identificarse como miembros de la policía los dejó pasar al interior de la vivienda donde se estaba mucho más fresco que en el jardín.

–Señor Beltrán, queremos aclarar algunos puntos sobre la muerte de Diego Guerrero de Soto.

El interpelado abrió mucho los ojos y se reclinó hacia atrás en el sofá en un gesto defensivo.

–¿No pensarán que he tenido algo que ver? Diego era para mí un amigo, un mentor era... Era... –su voz se rompió en un quejido y los ojos se le anegaron de lágrimas. Pablo y Raúl se miraron desconcertados.

–No, no es sospechoso, por el momento. Únicamente necesitamos más información sobre los negocios que tenían juntos, nos han hablado de un fondo de inversión de dudosa legalidad.

Matías se sorbió los mocos y se limpió las lágrimas con la mano.

–Yo no invertí en ese fondo, Diego me dijo que no lo hiciera y yo le hice caso. Sé que había algo turbio en ese asunto, pero yo he aprendido que lo mejor con Diego es no meterse en lo que no te llaman. Así que lo dejé correr.

–Pero hay bastante gente que se ha sentido estafada. ¿Cree que alguno hubiera podido atentar contra su vida?

Se rascó la barbilla meditabundo.

–Se me ocurren varios que querían ver a Diego muerto, pero no sé si alguno de ellos se hubiera presentado en la fiesta y lo hubiera trinchado como a un pavo. Me parece que lo hubieran hecho desaparecer de forma más sutil, no sé si me explico.

–Se explica estupendamente –dijo Raúl–. Diego necesitaba cincuenta mil euros de forma urgente para pagar a un chantajista que tenía un secreto sobre él, ¿sabe algo de eso?

–¿Lo del hijo de la puta del Pétalos? Sí que me lo contó, y le dije que había sido un imbécil por dejarse engañar de esa manera, seguramente ese bastardo era hijo de cualquiera y esa fulana solo quería sacarle el dinero. Le dije que no le pagara ni un céntimo, pero él no quería ni oír hablar del tema, decía que su abuelo se moriría si un escándalo así salpicaba a su familia. Yo le dije que su abuelo se iba a morir de todas formas dentro de dos telediarios y que dejara el asunto.

–¿Sabe quién le dio el dinero?

–Yo le presté una parte, lo vi desesperado y no me gustaba verlo así, con lo que le dejé la mitad del dinero. Pero le dije que no le podía prestar más o mi mujer se daría cuenta.

–Si no se creía la historia de la joven, ¿por qué accedió a pagarle?

–Se lo he dicho, Diego estaba como loco, decía que había traicionado el honor de su familia, que el hijo de una prostituta no podía ser el hijo de Diego de Soto y que tenía que acallar los rumores cuanto antes. No lo había visto nunca tan desesperado, y le aseguro que no siempre había hecho cosas legales

ni se había juntado con la mejor clase de personas. No me gustaba verlo así, yo... Yo no quería que sufriera.

Raúl y Pablo intercambiaron una rápida mirada y el gigante de ojos esmeralda asintió en silencio.

–Muchas gracias por su tiempo, señor Beltrán –dijo al tiempo que le tendía una tarjeta con su número de teléfono–. Si recuerda algo, lo que sea que crea que puede ser de ayuda no dude en llamarnos.

Se pusieron en pie para abandonar la casa, pero Matías cogió a Raúl del brazo y le impidió salir.

–Cójnalo –dijo con los ojos bañados en lágrimas de nuevo–. Cojan al hijo de puta que se ha llevado a Diego.

–Haremos todo lo posible, cuente con ello.

La presa alrededor del brazo de Raúl se aflojo mientras Matías susurra unas palabras de agradecimiento y se quedaba en el quicio de la puerta viendo cómo se marchaban.

–¿Qué opinas? –soltó Pablo antes incluso de que la puerta del coche hubiera terminado de cerrarse.

–Que ese pobre desgraciado lleva años enamorado de Diego y que ahora que ha fallecido no sé cómo va a enfrentarse a su propia vida.

–Opino lo mismo. Creo que podemos descartarlo de la lista de sospechosos, jamás le pondría una mano encima.

–Pues otro callejón sin salida.

Condujeron unos kilómetros en silencio hasta que Raúl se atrevió por fin a romperlo haciendo la pregunta que quedó sin respuesta varios días antes.

–¿Me vas a contar de una vez que te ha pasado con Susana? ¿Y a qué venía la llamada de ayer de tu novia?

Pablo se tensó y sus manos aferraron con fuerza el volante. Dio un largo suspiro y decidió contárselo todo a Raúl, a fin de cuentas, era uno de sus

pocos amigos y sentía que ahora necesitaba tener a alguno cerca. Le contó la conversación con Susana mientras Raúl asentía en silencio y contraía los maseteros, le habló de la bronca con Lola, de su visita a Marta auspiciada por su hermano y del lío que llevaba encima. Raúl no dijo ni una palabra y dejó que vaciara sus sentimientos como lo haría un globo pinchado. Cuando estuvo seguro de que no tenía nada más que añadir y de que le había contado todo se permitió darle su opinión.

–Entiendo que Susana se haya enfadado contigo, ¿te has vuelto idiota de repente? ¿Cómo se te ocurre decirle algo parecido? Susana daría la vida por ti, y lo sabes, entiendo que esté tan molesta. ¡Yo también lo estaría si me dijeras algo parecido!

–Ya, pero es que...

–¡No he terminado! Yo te he dejado hablar sin interrumpirte, te toca hacer lo mismo.

–Vaaale –aceptó Pablo de mala gana.

–Respecto a Marta, no sé cómo están las cosas ahora, pero la tensión sexual entre los dos era más que evidente cuando vino en abril. No sé por qué se fue a Guatemala a presentar un programa de mierda, que ni siquiera le gustaba, pero mucho han tenido que cambiar las cosas para que esa chica no siga sintiendo algo por ti.

Pablo iba a responder, pero Raúl levantó un dedo pidiendo silencio y este obedeció.

–Y respecto a Lola, solo tú sabes si estás enamorado de ella o no, eso no nos corresponde a ninguno decirlo. Pero, si por un casual no la quieres, y ya te digo que eso es solo cosa tuya, deberías decírselo cuanto antes para no hacerle daño. Es posible que sea un poco celosa, pero creo que en el fondo es buena chica y está loca por ti, no se merece que le hagas daño de forma innecesaria.

Pablo asintió, Raúl había dado en el clavo con todo lo que había dicho.

Susana había ido a pie hasta un pequeño establecimiento cerca de la Plaza del Lago. Era una casa de huéspedes que resistía estoicamente a empresas más modernas como *AirBnb*, que estaban transformando de forma irremediable el centro de las ciudades. La casa de huéspedes estaba enclavada en un edificio modernista con una impresionante entrada de mármol y una cúpula de zinc. Sabía, porque lo había leído en el informe, que los padres de Valentín aún seguían viviendo en Cartagena, en la misma casa del Barrio de Santa Lucía en la que él se crio. Por eso le sorprendió que su hijo hubiera decidido alojarse en una pensión en vez de en su antigua casa.

Cuando llegó a la entrada de la pensión se identificó delante de la portera y le dijo que quería hablar con Valentín Frutos.

–¿El cura?

–Sí.

–Ha salido no hace mucho con una señora regordeta. Los oí decir que iban a la churrería la Tana.

Susana miró a la mujer de unos cincuenta años, vestida con unas bermudas blancas y una camiseta de un color fluorescente, con una ceja levantada.

–No es que yo sea una cotilla –se apresuró a decir–, pero hablaban alto y, como en ese momento no tenía la radio puesta, no pude evitar escuchar la conversación.

–Muchas gracias –respondió Susana pensando que el trabajo de policía sería mucho más complicado sin la colaboración vecinal que, aunque nadie era cotilla, se acababan enterando siempre de todo.

La churrería la Tana era una churrería que daba la impresión de que llevaba en la ciudad desde que la fundaron los cartagineses. Es un barecillo minúsculo que hace esquina y da a la Plaza de la Merced. La decoración sigue siendo casi la misma y cuenta con una clientela fiel, que se multiplica hasta el infinito en la Noche del Encuentro durante la Semana Santa. Sirven tapas típicas y los que algunos consideran los mejores churros de Cartagena. Susana conocía el sitio como casi cualquier cartagenero, y no le costó llegar, pues estaba muy

cerca de la pensión de Valentín.

La parroquia del local estaba compuesta por dos ancianos, que departían con el camarero; una familia de turistas, que miraban desconcertados los churros sin saber exactamente cómo debían proceder a comérselos; y, en una mesa del fondo, Valentín y una acompañante. Dudó si debía abordarlo ahora que tenía compañía, pero ya llevaban demasiado tiempo dándole vueltas al caso y ella solo quería cerrarlo.

Avanzó hasta donde Valentín y su amiga hablaban casi en susurros mientras ella daba sorbos nerviosos a su café con leche. Cuando se presentó delante de ellos ambos levantaron los ojos y la miraron desconcertados. Susana reconoció a la mujer rubia que la miraba con ojos muy abiertos, era una de las invitadas a la fiesta que acabó bastante mal para el señor Guerrero de Soto. De hecho, fue la persona que encontró el cuerpo y ella misma se había encargado de interrogarla. Se presentó sin necesidad de sacar su credencial e hizo un gesto indicando una silla que quedaba libre en su mesa. Valentín fue el primero en reaccionar asintiendo e invitándola a que cogiera asiento junto a ellos.

—Señor Frutos, me alegro encontrarlo, tengo algunas preguntas que hacerle.

—¿Han averiguado algo? ¿Ya saben quién...? —la voz de Diana se apagó antes de poder terminar la frase.

—No podemos hablar de una investigación en curso, pero en cuanto sepamos algo los mantendremos informados.

El discurso salió de manera automática, lo había dicho tantas veces en tantos casos que no necesitaba ni pensarlo, simplemente le salía solo. Susana aprovechó la oportunidad que se le brindaba al tener a dos de los implicados en la fiesta reunidos en el mismo sitio.

—Señora Gambín, han pasado ya unos días y a lo mejor este tiempo le ha refrescado la memoria. ¿Recuerda algo que pudiera sernos de utilidad?

—No —movió vehemente la cabeza hacia ambos lados—. Lo siento.

—¿Conoce a alguien que pudiera tener algo en contra del señor Guerrero de

Soto?

Se detuvo durante unos instantes, se notaba que tenía una lucha interna y, por lo visto, guardar silencio estaba ganando la batalla. De repente Valentín le puso una mano encima de la suya. Era una mano tostada por el sol y con rugosidades por el trabajo manual, le sonrió con cariño y Diana asintió con fuerza.

–Había rumores.

–¿Qué tipo de rumores?

–Sobre Diego siempre ha habido rumores, ya en la época del instituto todos sabíamos que era peligroso. –Echó una rápida mirada a Valentín, que se acomodó en su silla y sonrió–. Yo nunca fui de sus amigos, y cuando crecimos apenas lo he visto un par de veces; de hecho, cuando tenía la oportunidad se hacía el que no me había visto para evitar saludarme.

–¿Eso la molestaba?

–¡Para nada! Tengo una familia y unos amigos maravillosos, no necesito a alguien como Diego en mi vida.

Se puso en pie y tras darle un beso en la mejilla a Valentín se disponía a marcharse.

–Aquí tiene mi tarjeta, si recuerda algo, cualquier cosa que crea que puede ser importante, no dude en llamarme.

–Gracias, inspectora –dijo mientras se marchaba sin mirar atrás.

Cuando el camarero vino a su mesa, Susana declinó tomar algo y miró a Valentín, que estaba sonriendo todavía. Su mirada estaba calmada y tenía las manos cruzadas encima del regazo. Se podía decir que ese hombre estaba completamente en paz, y esa sensación se transmitía a los demás.

–Señor Frutos, por lo que sabemos, usted sí era amigo del señor Soto. ¿Qué puede contarnos de él?

–Poca cosa, la verdad, hacía casi quince años que apenas sabía algo de él.

–Pero durante el instituto sí que fueron buenos amigos. Valentín sonrió de nuevo.

–No creo que Diego tuviera realmente amigos, tenía compinches y gente a la que podía mangonear sin mucho esfuerzo, pero no creo que tuviera amigos.

–¿Usted se dejaba mangonear?

–Sí, es una parte de mi vida de la que no me siento orgulloso, pero sí, Diego sabía ser muy persuasivo. No sé si tuvo oportunidad de conocerlo, pero era un magnífico orador, era capaz de venderle hielo a los esquimales si se lo proponía. Sabía tocar la fibra de cada persona para obtener de ella lo que necesitaba.

–Me intriga su caso, señor Frutos. ¿Cómo se pasa de mangante de poca monta a miembro del clero?

Susana notó que la mandíbula se le tensaba involuntariamente antes de contestar.

–Fue por mi padre. Yo era un desgraciado que no valía para nada a pesar de que mis padres son personas honradas y muy trabajadoras. Ya le he dicho que Diego sabía tocar la fibra de cada uno para su propio beneficio y yo solo quería escapar. Escapar del barrio, de mi familia, de la vida de mierda que llevaban mis padres trabajando de sol a sol para vivir en una casa modesta y tener quince días de vacaciones al año. Yo quería la vida de Diego, con lujos, casa con vistas al mar y sentirme respetado por los demás.

–Por eso se dejó embaucar por él.

–No era embaucar, inspectora, era pertenecer a algo más grande. Pero se me fue de las manos; una vez que entras en ese mundo y comienzas a hacer contactos con gente que no te conviene es muy difícil salir. Eso les hacía daño a mis padres y yo disfrutaba haciéndoselo, me sentía poderoso, por una vez tenía la sartén por el mango, o eso me decía para justificarme. Y entonces mi padre sufrió un infarto mientras yo estaba robando en una tienda de licores. Le estoy hablando de mucho antes de que los móviles existieran, y cuando me llegó la noticia mi padre ya llevaba varias horas en el hospital. Cuando llegué mi madre estaba destrozada y lo primero que hizo al verme fue darme un bofetón que todavía me duele cuando lo recuerdo. Me dijo que era por mi

culpa que mi padre estuviera enfermo, que habían hecho lo posible para educarme honradamente, pero que habían fracasado y que no era bienvenido.

–Eso debió ser muy duro para usted.

–Ni se lo imagina. Tengo cuatro hermanos y la Francisca, mi hermana mayor, me dijo que le diera tiempo, que ya se le pasaría, pero que mi madre estaba muy nerviosa pensando que podía perder a mi padre. Así que salí del hospital y me refugié, sin saber muy bien cómo, en una iglesia y me puse a rezar. –Soltó una risa irónica–. No rezaba desde que hice la comunión con nueve años y ni siquiera recordaba el Padre Nuestro entero, pero prometí que, si mi padre salía adelante, yo haría lo posible por ser mejor persona. Y así fue como entré en los franciscanos y el resto... Bueno, el resto ya se lo puede imaginar.

–¿Mejóro la relación con sus padres?

–Al principio les costó creerse que me iba a ordenar, pero ahora hablan de mí, con orgullo, es una sensación nueva. Uso mi propia experiencia en los talleres que hacemos con jóvenes conflictivos, y me alegra decir que algunos han visto la luz y han encontrado el camino como hice yo.

–¿Qué relación tiene con sus antiguos compañeros?

–Muy poca, sigo en contacto con doña Gertrudis que fue como una segunda madre para nosotros; fue ella quien le dio mi dirección de correo a Adela. Estos últimos años he viajado mucho, sobre todo he ido a países donde no hay ni wifi ni cobertura, así que no he podido mantener el contacto con casi nadie, pero me gustó verlos en la fiesta.

–¿Por qué estaba aquí la señora Gambín?

–Doy apoyo espiritual, ese es mi trabajo, inspectora, como el suyo es cazar a los asesinos. Ya ha visto a Diana, es un alma perdida, es demasiado bondadosa para comprender lo que ha sucedido. Ella odiaba a Diego con toda su alma en el instituto, era un acosador y, como Diana estaba gorda, le hizo la vida imposible; todos la hemos visto salir decenas de veces de clase llorando y marcharse corriendo a su casa. Recuerdo que se iba a los lavabos en el recreo para vomitar y que a veces se pasaba días sin comer tratando de perder

peso, pero siempre lo acababa recuperando. Diego le hundió la vida aquellos años, y yo fui uno de sus palmeros que no hizo nada por impedirselo. Y, sin embargo, ahora llora a lágrima viva por la persona que le arruinó la adolescencia, eso es auténtica bondad, inspectora, y a ese tipo de almas hay que preservarlas y orientarlas cuando están perdidas.

Susana asintió, era una historia conmovedora, pero aún le quedaba hablar de lo realmente importante.

–Dígame, señor Frutos, ¿le dice algo el nombre de «Somera»?

–No.

La respuesta tomó desprevenida a Susana.

–¿Está seguro?

–Completamente.

–¿Y qué me dice del millón y medio de pesetas que Diego le ingresó en su cuenta hace más de veinte años? Es mucho dinero para ser un regalo, ¿no cree?

–Eso no tiene nada que ver con su muerte, inspectora.

–Eso lo decidiré yo. ¿Por qué le dio tanto dinero?

–No le puedo contestar eso.

–¿Por qué no?

–Firmé un acuerdo de confidencialidad con el padre de Diego; si quiere saber de qué se trata, tendrá que preguntarle a él.

Hizo amago de retirarse, pero Susana le cogió del brazo y lo obligó a volver a su asiento.

–Un hombre ha sido asesinado y es posible que su muerte esté relacionada de alguna forma con aquella época y con aquel dinero.

–No tienen nada claro, solo muchas conjeturas. Yo no podré ayudarlos, a menos que me traigan una orden dándome permiso para romper el contrato que firmé aquel día.

–¿No nos va a ayudar, seños Frutos?

–Ya lo dijo Jesucristo: «A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César». Yo no he escrito las leyes de los hombres, simplemente me limito a

cumplirlas.

Cuando se levantó de nuevo, Susana no se lo impidió y le dejó que se marchara mientras ella se quedaba unos segundos mirando la robusta mesa de madera con algunas manchas. Algo no cuadraba, no sabía qué era, pero algo no cuadraba en toda esta historia.

Cuando Susana llegó a la comisaría, Raúl y Pablo ya se encontraban allí y estaban dando un informe completo al inspector Martínez de lo que habían conseguido averiguar. Susana hizo lo propio después y, aunque habían avanzado, daba la impresión de que seguían en el mismo punto sin moverse, como un hámster en su rueda.

–Ningún juez nos va a dar una orden para romper un contrato de confidencialidad que se firmó hace más de veinte años y del que solo tenemos una corazonada –dijo Pilar que había asistido a la pequeña reunión improvisada desde la puerta.

–Pues tendremos que ir a hablar directamente con don Guillermo –dijo casi en un murmullo Raúl.

–Yo no voy, lo siento. Es probable que acabe diciendo algo de lo que me arrepienta luego. No soporto a ese tío –dijo Pablo que se había puesto lívido.

–Voy a ver si consigo hablar con el comisario para arreglar esto por las buenas; si no es posible, tendremos que ir a su casa para interrogarlo –añadió.

Cuando el inspector descolgó el auricular del teléfono para hablar con el comisario, todos los miembros de su equipo entendieron que la reunión acababa de finalizar y que era momento de ir a comer.

–Oye, me han hablado de un sitio estupendo que han abierto nuevo, ¿os apuntáis? –dijo Raúl con una sonrisa, y Pablo y Susana intercambiaron una rápida mirada.

–Yo... No sé, la verdad es que...

–No me pongas excusas, Pablo, invito yo. Además, hace tiempo que no

comemos los tres juntos –dijo mientras pasaba uno de sus inmensos brazos por los hombros de sus compañeros. Al final, Pablo acabó accediendo y Susana también se dejó convencer de mala gana.

Se montaron en el coche de Raúl que, con una sonrisa burlona plantada en el rostro, se los llevaba a comer a un sitio muy especial.

Marta llevaba varios minutos parada delante de la puerta abierta del frigorífico sin encontrar inspiración culinaria suficiente como para prepararse algo para comer. Sus padres llegaban esa noche en el TALGO proveniente de Madrid y la inminente llegada le estaba robando el apetito. Se sobresaltó al oír el timbre de la puerta, esperaba que sus padres no hubieran adelantado su llegada, pues no estaba preparada para recibirlos tan pronto. Su cara no pudo ocultar su alegría al encontrarse parados al otro lado de su puerta a Raúl, Susana y Pablo.

–¿Pero...?

–Ha sido obra de Raúl, que es un experto en el arte del timo y del engaño –explicó Susana antes de que Marta terminara de formular su pregunta.

Raúl, por su parte, le dio un sonoro beso en la mejilla y cogiéndola en brazos la introdujo dentro de casa.

–¿El médico no te ha mandado reposo? –preguntó tras depositarla en una silla de la cocina.

Marta iba a soltarle algún tipo de respuesta sarcástica, pero entonces se fijó en Pablo y este la saludó con la mano quedándose siempre un poco por detrás en el grupo. Había perdido la confianza en sí mismo que tenía justo la tarde anterior.

–Ahora en serio, ¿qué hacéis aquí?

–Hemos venido a comer contigo –dijo Raúl con su eterna sonrisa.

–Pues no es por defraudaros antes de tiempo, pero no hay nada que merezca la pena en el frigorífico. Os lo digo yo que llevo media hora mirando su

interior y aún no he sido capaz de cocinar nada.

–No te preocupes por eso, hemos pedido sushi. Llegará dentro de unos veinte minutos más o menos, mientras tanto, cuéntanos cómo es la vida en Centroamérica – dijo Raúl con una de sus sonrisas magnéticas y todos se sentaron a la mesa de la cocina.

Marta se lanzó de nuevo a narrar las aventuras que había vivido en Guatemala durante la filmación del programa, así como lo que había hecho durante las horas que tenía libres. Le enseñó a Raúl cientos de fotos que guardaba en su móvil como si fuera un pequeño tesoro y adornaba sus explicaciones con anécdotas de los días allí vividos.

–¿Por qué te fuiste? –los ojos color esmeralda de Raúl no mostraban reproche alguno, solamente curiosidad. Marta dejó una *gyoza* a medio camino de su boca y la devolvió a su plato con un rápido gesto de los palillos.

–Era una oportunidad de volver a estar en el candelero, de recuperar mi antigua vida.

–Una vida que ni siquiera te gusta.

–¡Raúl! –Susana lo cortó escandalizada, es posible que todos pensaran lo mismo, pero las cosas hay que decirlas con más tacto.

–No te preocupes, Susi, sé que Raúl lo dice con buena intención y, en el fondo, tiene razón... El programa es una mierda, los concursantes no son ni famosos de cuarta categoría y solo han sido elegidos por su capacidad de odiarse entre ellos y de dar carnaza que atrae siempre a la audiencia.

–¿Y por qué fuiste?

–Por... Porque sí, Raúl, porque en ese momento me pareció que era lo que tenía que hacer.

–Pero no volverás a irte para ser partícipe de otro despropósito similar, ¿verdad?

–De momento estoy de baja; cuando me den el alta, ya veré qué hago.

–No te vayas –Pablo enrojeció al instante pues lo que era solo un pensamiento lo había acabado diciendo en voz alta. Susana lo miró con la

boca abierta y Raúl fue incapaz de reprimir la sonrisa que le iluminaba la cara. Hasta Marta se había quedado sin habla.

Raúl le echó un capote llevando la conversación por otros derroteros.

–Ya lo has oído, por votación popular hemos decidido que no te vayas. Susana no ha votado, pero estoy seguro de que se suma a nosotros; somos tres contra uno, y como España es una democracia tienes que aceptar lo que elija el pueblo soberano.

–Eres incorregible, Raúl –soltó Marta con una sonrisa–. Bueno, ¿cómo vais con el caso?

–¡Puf! Estamos sacando mierda a paladas y, sin embargo, todavía no tenemos ninguna pista clara de quién pudo ser el asesino.

–Sabemos que Diego no tenía casi amigos, solo tenía acólitos, era un gran orador y se mostraba despiadado con los que pensaba que eran inferiores a él, que en su caso era todo el mundo –dijo Susana.

–Eso suena a psicópata de manual –terció Pablo.

–Exacto, lo que complica aún más las cosas, pues esa gente no siente remordimientos, porque no son capaces de sentir empatía por los demás, con lo que es probable que haya muchísima gente a la que ha hecho daño por el camino.

–Sin nombrar sus contactos con los Jureles, dejar embarazada a una prostituta e ingresar una cantidad desorbitada de dinero en la cuenta de uno de sus amigos hace veinte años.

–La lista de sospechosos es casi tan larga como el censo de la ciudad –trató de bromear Raúl sin conseguirlo.

–Pero no os vengáis abajo, chicos. Ya os he visto trabajar en otras ocasiones y creo que sois los mejores, solo os hace falta un golpe de suerte.

–¿Cómo que el asesino nos envíe una nota confesando?

–Tú ya me entiendes, Susana, darte por rendida es algo que no te he visto hacer nunca.

La inspectora se irguió en su silla, un rayo de sol que se había colado por la

ventana le iluminaba el dorado cabello sacando destellos de luz y haciendo que pareciera una diosa antigua. En sus ojos había determinación y ansias de justicia.

–Bueno, ya va siendo hora de que volvamos a la comisaría. –Se levantó Raúl y le dio un beso en la frente–. Me alegra ver que estás bien, a ver si cuando te quiten la escayola nos haces una visita a casa, que Rocío y Estrella y quieren volver a verte.

Susana guardaba los platos en el lavavajillas mientras Raúl pasaba rápido una escoba para dejar la cocina lo más presentable posible. Marta sabía que, a pesar de sus esfuerzos, su madre encontraría fallos de limpieza, pero no se molestó en corregirlos. Pablo, por su parte, le estaba haciendo carantoñas a Loken que estaba encantado panza arriba dejando que le acariciaran sin inmutarse. El pelo del flequillo le caía sobre los ojos y le hacía parecer aún más joven de lo que ya era. Es curioso como su perro, por lo general esquivo con todo el mundo, se había encariñado rápidamente con Pablo. Tal vez Loken se había dado cuenta antes que ella que Pablo merecía estar en sus vidas, es una pena que ahora fuera demasiado tarde. Pablo tenía novia y ella con toda probabilidad volvería a Madrid cuando estuviera recuperada de su fractura.

Cuando se marcharon se sintió extraña, con una mezcla entre tristeza porque la dejaban sola, pero al mismo tiempo feliz por haber compartido esos momentos con ellos. Era como si los conociera de toda la vida, algo que era verdad en el caso de Susana, pero no en el de los chicos y, sin embargo, sentía una fuerte conexión con ellos. Les tenía cariño y compartir ese rato junto a ellos tres le había venido de maravilla.

En vez de echarse una siesta como tenía preparado se puso música a tope, «*Show must go on*», de Queen era la sintonía perfecta para pasar una tarde limpiando a fondo. Loken la miraba entre divertido e incrédulo antes de marcharse al salón para echarse una siesta en su mantita.

Iban en el coche de vuelta a la comisaria cuando Raúl rompió el silencio que parecía que volvía a instalarse entre ellos después del buen rato que habían pasado todos.

–Susana, Pablo dice que lo siente, que se comportó como un capullo.

–¡Eh! –la mirada del subinspector estaba llena de incredulidad y sus ojos color miel estaba muy abiertos.

–¿Qué? No me mires así, que tú mismo me lo reconociste ayer.

Susana, que iba de copiloto, se giró en su asiento para mirar a Pablo, que iba en la parte de atrás. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y una actitud fría. Pablo se dio cuenta de que, si quería recuperar su confianza, debería ser él quien se disculpara y no dejarle el trabajo sucio a Raúl.

–Lo siento, es verdad, fui un completo capullo y entiendo que estés enfadada conmigo, pero necesito que me perdones. Eres muy importante para mí, ya lo sabes.

Susana bufó a pesar de que Pablo le había sonado sincero.

–¿Ya está? ¿Piensas que diciendo que lo siento ya me voy a olvidar de todo?

–No, sé que no lo vas a hacer porque tienes una memoria que a veces me da miedo, ya que te pareces a Sherlock, pero espero que al menos puedas volver a confiar en mí.

–En ti confío, lo he hecho siempre, pero creo que Lola te manipula como quiere y que, si fuiste capaz de querer dejar de lado nuestra amistad porque ella te lo pidió una vez, serías capaz de hacerlo de nuevo. Y que me fallen una vez es culpa tuya, pero, si hay una segunda, entonces, es culpa mía.

–No va a pasar, Susana, créeme.

Se quedaron en silencio mirándose a los ojos sin decir palabra. Susana vio la angustia reflejada en los de Pablo, decía la verdad, se arrepentía de todo y tenía auténtico miedo a perderla. Ella, por su parte, mostraba cierta suspicacia, pero en el fondo le tenía un infinito cariño a Pablo y asintió lentamente.

–Estás de prueba, es como si salieras de la cárcel con la condicional: si la cagas, te vas directo al penal y ya sí que no vuelves a salir.

–Menuda metáfora, Susana –dijo Raúl con una radiante sonrisa.

–Y tú cállate, que eres un alcahuete; si hubieras nacido mujer hace un par de siglos, serías una casamentera muy reputada.

Todos estallaron en una carcajada que rompió la tensión que se venía respirando en el coche. Volvieron al trabajo con fuerzas renovadas y la sensación de que volvían a ser un equipo.

Estaba en el jardín con su libro electrónico en la mano pasando páginas y disfrutando de la tranquilidad que le daba seguir siendo la única ocupante de la casa, aunque sabía que en pocos minutos ese lujo se acabaría. A pesar de que eran casi las diez de la noche, seguía haciendo calor y tenía apoyada en la mesa una botella de agua fría a la que daba pequeños sorbos a intervalos regulares. Unas veinte páginas después, oyó el inconfundible sonido del motor del coche de su hermano y supo que, a partir de ese momento, su retiro sería completamente diferente.

Cuando la puerta del jardín se abrió su madre entró en tromba para abrazarla. La sujetaba de tal manera que le recolocó varias vértebras al hacerlo. Su madre estaba mucho más bronceada de lo que la había visto en su vida y se le notaba que estaba feliz, aunque Marta no sabía si era por las vacaciones que habían pasado o por volver a casa. Cuando al fin la liberó de las tenazas que la tenían aprisionada comenzó un interrogatorio más propio de la *Stasi* que de una madre.

–Marta, hija mía, ¿cómo estás? ¿Te duele la pierna? Si el médico te está mandando alguna cosa, es importante que sigas el tratamiento hasta el final, que, si estas cosas se curan mal, luego, te quedan secuelas de por vida. ¿Cómo te las has apañado aquí tu sola? ¿Has comido bien? Espero que te hayas hidratado, que Alejandro nos ha dicho que ha hecho muchísimo calor.

–Pero quieres dejarla que conteste antes de hacer la siguiente pregunta – interfirió su padre, que venía arrastrando una maleta que podría hacerle sombra al baúl de la mismísima Píquer.

Su padre también estaba moreno y le dio otro abrazo de quiropráctico como el que había recibido segundos antes de su madre. Se separó de Marta unos centímetros para mirarla a los ojos y le plantó un sonoro beso en la frente.

–Me alegra que estés bien, chiquitina.

Marta no había abierto todavía la boca, pero no podía dejar de sonreír. Su hermano entró tirando de una maleta y con una bolsa de viaje al hombro.

–Bueno, creo que ya está.

Marta se quedó atónita viendo la cantidad de bultos y maletas que se habían llevado sus padres para tan solo quince días.

–Pero ¿cuánta ropa os habéis llevado? –preguntó llena de curiosidad.

–La necesaria –atajó su madre.

–Tu madre ha llenado la maleta de «por si acaso», con decirte que llevaba hasta un jersey de cuello vuelto.

–¿Para Tailandia en verano, mamá?

–Bueno, me gusta ser precavida, y ahora vamos a dejarnos de cháchara y vamos adentro. –Y, sin esperar más respuesta, se encaminó con paso decidido al interior de la casa.

Marta y Álex cruzaron una rápida mirada, tan solo un par de días antes se había inundado la cocina por una fuga en la tubería debajo del fregadero y, aunque lo habían arreglado todo, Marta secretamente pensaba que su madre tenía poderes especiales y sería capaz de darse cuenta de que algo había ocurrido. La miraron evaluar la cocina como si de un general pasando revista a las tropas se tratara y ambos contuvieron la respiración hasta que dijo:

–Veo que está todo en orden, por un momento pensé que dejar la casa tanto tiempo en manos de Marta podría ser una catástrofe.

Los hermanos se miraron divertidos mientras exhalaban el aire que habían estado reteniendo; por lo visto, habían pasado la primer prueba.

Durante la siguiente hora y media sus padres no pararon de hablarles del viaje, de mostrarles fotos y de contarles anécdotas. Su madre trajo unas velas talladas con forma de flores que les dio a Marta y a Álex.

–Hemos traído más cosas, pero estas os las quería dar ya.

–Es preciosa, mamá, y huele de maravilla –dijo Álex que se había quedado embelesado mirando la suya.

Marta giraba distraída su vela entre las manos, olía a lavanda, aunque tenía la forma de una flor de loto. El olor le recordó a alguien y estaba haciendo grandes esfuerzos por sacar esa imagen de su mente.

Pasada ya la medianoche, Álex se despidió para irse a su piso y Marta estaba pensando hacer lo mismo, aunque sus padres no tenían ni un asomo de ganas de acostarse.

–Debe ser el *jet lag*, pero ahora mismo podría echarme una partida de cinquillo con cualquiera de vosotros.

–Mejor lo dejamos para mañana, papá, que estoy que no puedo.

–Claro, princesa.

Marta le dio un beso de buenas noches y dejó a sus padres en el porche de la casa; su madre estaba repasando las fotos y los vídeos del viaje mientras su padre había cogido su libro de sudokus y se disponía a hacer unos cuantos. La rutina volvía de forma lenta, pero inexorable a la vida de sus padres, aunque ¿qué pasaba ahora con Marta?

Al meterse en la cama sintió una sensación extraña, con treinta años y de nuevo en casa de sus padres, sin un trabajo fijo y con muchas preguntas sin respuestas respecto a su futuro. Mientras estaba sola había tomado estos días como si fueran unas vacaciones; solamente ella y Loken viendo la tele, leyendo y pasando el rato sin preocupaciones, pero ahora que sus padres habían vuelto ya no tenía la sensación de estar de vacaciones. Ahora se sentía como una invitada y tenía claro que no podía seguir ahí por mucho tiempo. Su madre es una mujer encantadora, pero su manía de querer controlarlo todo sacaba a Marta de quicio y no tardarían en tener el primer encontronazo.

Loken estaba tendido a los pies de la cama y él tampoco podía dormir, notaba la inquietud de Marta y sentía que algo estaba a punto de pasar. Dicen que los animales son capaces de sentir los terremotos antes que los humanos, pues algo así debía estar sintiendo el labrador dorado, sabía que se avecinaban cambios, pero era incapaz de saber si serían para bien o para mal.

Pilar se dio cuenta de que los chicos estaban de un humor excelente, Raúl entró con Pablo bromeando y cuando llegó Susana se acercó a ellos y siguió con las chanzas. Pilar estaba encantada de ver a los chicos trabajando de nuevo como un auténtico equipo, sabía que cuando estaban unidos eran imparables.

El inspector Martínez llegó malhumorado y ni siquiera la taza de café que Pilar le tendió le apaciguó el ánimo. Había hablado con el comisario, gran amigo de la familia Cabrera, y este le había pedido que llevara el tema con discreción y tratara de importunar lo menos posible al patriarca de la familia por su delicado estado de salud. No le había dicho que no fuera a interrogarlo, pero tampoco le había dado su acuerdo tácito, así que se encontraba con las manos atadas. Solo visitarían a Guillermo Cabrera si agotaban todas las otras posibles vías de investigación, pues no le apetecía tener problemas con su superior.

Reunió a su equipo en su despacho para darles las malas noticias y de paso ponerse todos al día. No le pasó desapercibido que la situación entre Susana y Pablo parecía haberse arreglado y ahora estaban bromeando como hacían normalmente.

–Bien, y ahora ¿por dónde seguimos? –preguntó mientras se mesaba una ceja con el pulgar.

–Podríamos investigar lo del chantaje, jefe –dijo Pilar.

–Pero si eso ya lo vimos y al final resultó ser la chica de *Quitapellejos* embarazada –respondió Raúl con una sonrisa de suficiencia.

–No ese chantaje, el otro –dijo Pilar.

–¿Qué otro, Pili? Fue la chica que quería el dinero para su hijo. Pilar los miró con cara de incredulidad.

–¡Madre mía! Se supone que sois vosotros los listos de la unidad y yo solo la secretaria, pero a veces creo que deberíamos intercambiar los puestos. – Resopló y las gafas de montura de nácar se le bajaron hasta la punta de la nariz.

Raúl iba a hablar, pero el inspector lo interrumpió con un gesto cortante de la mano.

–Pilar, ¿se puede saber de qué demonios estás hablando? Y procura ser concisa

que nos conocemos.

–Diego trató de chantajear a Raúl con un secreto que él tenía sobre Emma Rodríguez. A lo mejor ella o su marido se enteraron del intento de chantaje y decidieron silenciar a Diego.

Susana intercambió una rápida mirada con sus compañeros y Raúl se acercó para estrechar a Pilar entre sus brazos y darle un beso en la sien.

–Menos mal que te tenemos, Pili, si no fuera por ti estaríamos perdidos.

–¿En serio ninguno de vosotros había reparado en ese detalle?

Se miraron con culpabilidad sin saber muy bien qué decir, pero no les dio tiempo a excusarse, pues el inspector retomó el mando de la situación.

–Gutiérrez, vete con Romero a casa de la señora Rodríguez y entérate de lo que sabe sobre ese tema.

–Por supuesto, jefe.

Salieron como una exhalación mientras Raúl volvía a su escritorio y Pilar se marchaba a su mesa con la satisfacción pintada en el semblante.

No tardaron en llegar al espectacular chalet en el que vivía la pareja en una urbanización que, si bien no estaba a más de un cuarto de hora del centro de la ciudad, sí que estaba lo suficientemente alejada como para evadirse del asfalto y del cemento. Tentegorra es una zona residencial situada en una de las faldas que suben al monte del Roldán. Es una zona arbolada con chalets independientes que conviven con varias construcciones militares como el Club de Oficiales o el Acuartelamiento de Infantería España 18. Es una zona muy frecuentada por *runners*, ciclistas y, en general, personas deportistas que utilizan la cuesta de más de un kilómetro que da acceso al parque Rafael de la Cerda como rutina de entrenamiento.

Frente a uno de esos chalets se apearon Susana y Pablo. Al salir del coche este dio un silbido de admiración.

–Se nota que esta gente no son funcionarios como nosotros –dijo con una sonrisa torcida.

–Yo estoy tratando de calcular cuántos años tengo que trabajar para poder pagarme algo como esto.

–¿Hasta los ciento cuarenta? –pregunto divertido.

–Sí, algo así.

Una señora que se presentó como el ama de llaves los hizo pasar a un comedor de verano que se encontraba bajo uno de los arcos que formaban los porches de la casa. Desde esa posición tenían una vista espectacular del jardín, de la arboleda y de la piscina cuyo color azul vivo contrastaba con el verde deslucido del césped. Pablo miraba boquiabierto el jardín, pero sus cábalas fueron interrumpidas por una suave voz detrás de él.

–Buenos días, agentes, ¿en qué podemos ayudarlos?

Emma apareció ataviada con un ligero vestido de verano en color crema que hacía resaltar su bronceado y que se le ajustaba como un guante. A su lado un hombre algo mayor que ella con el pelo entrecano y muy apuesto llevaba un polo color azul celeste y unas bermudas beige. Le tendió la mano para saludarlos a ambos y con un gesto los invitó a que tomaran asiento.

–¿Quieren beber algo? –preguntó Emma con una sonrisa ensayada mil veces a lo largo de tantas recepciones.

–No, gracias, son muy amables –respondió Susana, que se había recuperado de la impresión más rápidamente que Pablo–. Estamos aquí con motivo de la investigación de la muerte de Diego de Soto.

–¿Han averiguado algo importante? –preguntó Fermín.

–Algo así. Tal vez quiera que hablemos en privado, señora Rodríguez –dijo Susana.

–No es necesario, no tengo secretos con mi marido, lo que tengan que decir lo pueden hacer delante de él. –Le tendió una mano que él recuperó entre las suyas con una sonrisa. A pesar de haber querido mantener la calma, Pablo notó cómo se crispaba ligeramente.

–Durante la investigación hemos sabido que Diego amenazó a Jesús Pizarro con chantajearlo pidiéndole cincuenta mil euros a cambio de no comentar públicamente un secreto.

–Eso es terrible –dijo Emma llevándose una mano a la boca.

–Sí, pero lo curioso no es eso, sino que el secreto que poseía el señor de Soto era suyo.

Un escalofrío recorrió a Emma y le costó una barbaridad mantener una actitud serena. Apretaba con fuerza la mano de su marido y se había puesto a transpirar profusamente.

–No sé qué puede ser... –comenzó a decir, pero su marido la cortó.

–Emma, cariño, no pasa nada.

Ella lo miró con los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas. Su marido continuó hablando.

–El secreto en verdad no es de Emma, sino mío. Soy gay.

A Susana no se le escapó la mirada que le regaló Emma a su marido, no era de enfado por contar la verdad, era más bien de agradecimiento. Le resultó curioso y se dijo que eso podría significar algo en un futuro, pero que de momento debían centrarse en el caso.

–¿Cómo dice? –preguntó Pablo algo azorado.

–Soy gay. Emma y yo venimos de familias que esperaban mucho de nosotros, lo que implica que no éramos libres de ser quienes nosotros queríamos ser. Nuestros padres nos presionaban para hacer «un buen matrimonio» como lo llamaba mi madre y eso significaba casarme con una mujer a pesar de que no me interesan para nada. A Emma le pasó algo parecido, no podía elegir con quién quería casarse, solo unos pocos candidatos eran aceptables, y yo estaba entre ellos. Cuando nuestros padres nos presentaron, yo noté que Emma estaba tan triste con la posibilidad de casarse conmigo como yo de hacerlo con ella y aquello fue nuestra tabla de salvación.

–Durante veinte años hemos tenido un matrimonio ideal, cada uno gestiona su vida privada como quiere procurando ser discreto, mientras en la vida pública damos la imagen de ser una pareja perfecta. Al final, nos hemos dado cuenta de que tenemos muchas cosas en común y Fermín es el mejor amigo y compañero que se puede desear.

–Le dedicó una mirada llena de profundo cariño y una sonrisa reluciente.

–Por supuesto, nuestras familias no tienen ni idea de nuestro acuerdo y piensan que la falta de hijos es por cuestiones médicas y no porque nunca nos hayamos acostado juntos. –Los dos sonrieron con complicidad–. Emma es una mujer maravillosa, que no lo ha tenido fácil y los dos nos complementamos a la perfección. No hubiera podido elegir una esposa falsa mejor que esta.

–¿Cómo pudo enterarse Diego? Fermín se encogió de hombros.

–Veinte años guardando un secreto es mucho tiempo, inspectora. Por muy discretos que hayamos sido a lo mejor a alguien se fue de la lengua.

–Debo hacerles esta pregunta, ¿matarían a Diego Guerrero de Soto por guardar ese secreto?

–No –contestaron al unísono e intercambiaron una mirada cómplice.

–Tal vez hubiera sido el momento de admitir la realidad delante de todos, a fin de cuentas, no hemos hecho nada malo, simplemente nunca estuvimos enamorados –respondió Emma con cansancio.

–Señora Rodríguez, ¿sabe quién pudo haber asesinado a Diego de Soto?

–No, les juro que si lo supiera sería la primera en decírselo, pero no puedo ayudarlos.

–Una pregunta más: ¿ha seguido en contacto con alguno de sus compañeros del instituto?

–Casi con ninguno. Después de terminar selectividad me fui a Londres varios años y cuando volví cada uno había rehecho su vida a su manera. Además de que aquello fue antes de que existieran los móviles, Facebook y todas esas cosas. He seguido viendo a doña Gertrudis, con ella mantenía un correo regular mientras estaba en el extranjero y desde que volví procuro quedar a verla al menos una vez al mes. Con Irene y Patricia, que estaban en el equipo de balonmano, también quedo de vez en cuando desde hace unos años. Y poco más, la verdad.

–¿Y con el señor Pizarro?

Emma se quedó parada en seco, le costó tragar saliva y se ruborizó.

–No lo he vuelto a ver desde que terminamos el instituto. Nos habremos cruzado alguna vez por el centro y hemos intercambiado un par de frases sobre el tiempo, pero poco más. Creo que a ninguno de los dos nos apetece remover todo aquello.

Un móvil comenzó a sonar en el bolsillo de Fermín y excusándose en el trabajo se levantó para contestar. Susana y Pablo también se pusieron en pie dispuestos a marcharse, pero antes de salir Pablo se giró en el último momento y quedó cara a cara con Emma.

–Sigue enamorado de usted.

Ella lo miró sin comprender hasta que una pequeña luz empezó a encenderse dentro de su cabeza. Pablo asintió.

–Por eso Diego trató de chantajearlo a él, sabía que Jesús nunca fue capaz de olvidarla y que haría lo que fuera para protegerla.

Y diciendo esto se dio media vuelta para alcanzar a Susana que ya estaba poniendo el coche en marcha.

Emma se quedó mirando a los dos policías que se marchaban calle abajo y la dejaban llena de preguntas. ¿Cómo había sido Diego capaz de chantajear a Jesús con su secreto? Siempre había sido un gusano rastrero, pero llegar a ese punto era sobrepasar una línea que parecía infranqueable incluso para él. Sí que tenía que estar desesperado si había decidido dar ese paso. Pero lo que de verdad la marcó fueron las palabras que le dedicó el subinspector antes de irse. ¿Realmente Jesús seguía sintiendo algo por ella?

Fermín salió de la casa con un periódico en la mano y se sentó en uno de los mullidos sillones del sofá de verano para leerlo a la sombra del porche. Ahora que uno de sus secretos había salido a la luz se sentía extrañamente tranquila. Llevaban más de veinte años fingiendo ser un matrimonio de cuento de hadas que desgraciadamente no habían podido tener descendencia, pero que eso los había fortalecido en vez de separarlos. En verdad los dos se agarraban a esa tapadera como si fuera un clavo ardiendo y habían sido capaces de encontrar un equilibrio en el que eran perfectamente felices ambos. Bueno, todo lo felices que las circunstancias les permitían serlo.

Emma recordaba como si fuera ayer cuando Fermín entró en su vida para quedarse. A su padre le daban un premio por algo de su trabajo, la verdad es que esos detalles comenzaban a fundirse unos con otros por efecto de la edad y no recordaba exactamente de qué era el evento. Se organizó una gran recepción en el Parador del Mar Menor a la que asistió lo más granado de la sociedad cartagenera. Médicos compañeros de su padre, abogados, notarios, amigos de la familia y, por supuesto, varias decenas de políticos. Ninguno quería perderse un acontecimiento como ese. Su madre estaba eufórica pensando que ese era el sitio ideal para «pescar un buen marido» porque desde siempre le dejó claro a Emma que su labor era fundamentalmente ser esposa y madre, lo demás era accesorio.

Así que ahí se encontraba ella con veinte años recién cumplidos después de pasar una temporada en Londres y ataviada con sus mejores galas, convenientemente elegidas por su madre. Como ya tenía edad para beber

decidió darse al Chardonnay sin ningún tipo de miramientos, pues pensaba que esa era la única forma de que la velada pasara sin demasiado tedio. Cuando empezó el baile cogió una botella y se la llevó discretamente a una zona apartada. El restaurante se encuentra a la orilla del Mar Menor con una preciosa playa privada delante del comedor principal, y no le resultó difícil esconderse del resto de los invitados apoyada contra una palmera alejada. Bebía a morro de la botella, sin importarle que a su madre aquello la horrorizara, cuando sintió una presencia cerca de ella. Le recorrió el cuerpo un escalofrío, y un nudo de terror, que conocía muy bien, se asentó en su estómago. Fermín se acercó con una sonrisa radiante que era visible incluso con la poca luz que había en su escondite. Estaba cerca de los treinta y era muy guapo con unos preciosos ojos color chocolate y unos labios carnosos.

–Se supone que es a ti a quien debo conquistar; si te escondes, es hacer trampa – dijo sonriendo, pero Emma no tenía ganas de seguirle la broma.

–Estoy cansada, deberías buscar otro objetivo.

–¿Quieres que mi madre me mate? Se supone que tengo que salir contigo del brazo y con nadie más –respondió haciendo un mohín.

Emma le tendió la botella a la que él dio un trago sin apoyar los labios en el borde. Se secó con la manga de la camisa y luego le pidió a Emma permiso para sentarse a su lado. Ella accedió y cuando lo tuvo cerca supo que se había formado una conexión entre ellos. Él también llevaba unas cuantas copas encima y los dos estaban con ganas de hablar sin reparos.

–Se supone que debo tratar de conquistarte con mis mejores armas, pero te voy a ser sincero, no creo que seas mi tipo.

Ella soltó una risa irónica cargada de melancolía y de tristeza.

–Es lo más sincero que me ha dicho nadie en mucho tiempo.

–Y tú ¿has elegido ya al príncipe azul merecedor de tu mano?

–No hay aquí absolutamente nadie que me interese. Sin ofender.

–Tranquila, no me siento ofendido.

–Todos son candidatos que ha aprobado mi madre, gente de buena familia

como ella dice, que serían aptos para mí, pero... Pero visto uno vistos todos, no tienen nada que me atraiga ni que me interese. Yo... Yo no creo que pueda volver a enamorarme.

—¡Vaya! Veo que ahí hay una buena historia.

—Nada del otro mundo, me enamoré de quien no debía y no funcionó. Nada que no haya pasado ya miles de veces.

Elevó los hombros como pidiendo disculpas por no tener nada mejor que añadir, pero Fermín intuyó que había otra historia detrás.

—Le voy a contar un secreto, señorita Rodríguez. Uno que nadie sospecha y que por supuesto nadie puede saber.

—Claro, si no, no sería un secreto —dijo tratando de sonar chistosa.

—Soy gay, pero ssh, no puede enterarse nadie —dijo llevándose un dedo delante de los labios al tiempo que tenía los ojos vidriosos por el vino.

Emma volvió a reír, pero esta vez no había ironía en su voz, estaba divertida.

—Eso sí que no me lo esperaba. Supongo que ya sé por qué no soy tu tipo —dijo guiñándole un ojo—. Pues ya que estamos de confianzas, y con este Chardonnay se me suelta la lengua, te voy a contar yo también un secretito.

Emma habló sin que Fermín la interrumpiera durante más de veinte minutos; cuando terminó, él tenía los puños apretados y su gesto se había mudado en una mueca de ira.

—Pero... ¿Cómo es posible?

Ella volvió a encogerse de hombros sin saber qué responder.

—Te prometo que... ¡No! Te lo juro, te juro que no permitiré que nadie te haga daño, Emma. No seré tu príncipe azul, pero puedo ser tu amigo.

Emma se apretó contra él sintiendo el calor de su cuerpo, a orillas del mar comenzaba a refrescar, aunque aún no hacía frío y era una sensación agradable. Olía a colonia cara y Emma se permitió cerrar los ojos aspirando ese aroma que la calmaba y la llenaba de paz. Unos minutos después unos invitados que querían ir a meterse mano con intimidad los vieron abrazados y

la noticia corrió como la pólvora entre los asistentes al evento. Cuando Emma volvió al salón principal, su madre estaba exultante pensando que por fin su hija había encontrado a alguien que merecía estar a su lado.

Ni Emma ni Fermín desmintieron nunca los hechos y comenzaron a verse a menudo. Para ella era fácil hablar con él, podían bromear, tener intimidad sin necesitar sentirse atraídos y tenían muchísimas cosas en común. Su amistad floreció rápidamente y un día a Fermín se le ocurrió que deberían casarse. Al principio a Emma la idea le horrorizó, una cosa era mantener una relación falsa a ojos de todo el mundo para que los dejaran en paz, y otra muy distinta era contraer matrimonio. Pero cuanto más lo pensaba más ventajas le veía a la posibilidad de casarse con Fermín. De repente le pareció que era lo más lógico del mundo. Un viernes al mediodía se dieron el sí quiero en el Palacio Consistorial para desconsuelo de su madre que ya se veía organizando una boda como la de la Infanta. Solo invitaron a la familia y a un grupo minúsculo de amigos. Ella iba espectacular con un vestido hecho a medida y Fermín iba, como siempre, impecablemente vestido.

Su amistad y su falso matrimonio había aguantado mucho mejor que el de otros amigos que juraron amarse eternamente frente a los ojos de Dios y de los hombres. No había fisuras, eran un equipo perfecto, cada uno tenía su secreto y juntos los guardaban mejor que separados. Ya se veía envejeciendo al lado de Fermín, en una casa con vistas al mar mientras ella leía en la playa y él se iba a hacer deporte. Era una vida perfecta hasta que el subinspector Romero le había dicho que Jesús seguía enamorado de ella. Hasta que Diego intentó chantajearlo con el secreto que únicamente él y Fermín conocían. Y todo esto se descubrió porque alguien acabó con Diego en la fiesta organizada por la metomentodo de Adela.

Ahora notaba que la perfección de su vida era solo de puertas para afuera, que, aunque nunca le importó que Fermín tuviera amantes, en este instante se daba cuenta de lo sola que estaba. De lo insignificante y vacía que era su vida y de la mentira que llevaba veinte años viviendo. No quería volver a

despertarse sola en una cama *king size*, no quería leer sola en la playa mientras su compañero estaba haciendo otra cosa. No quería seguir viviendo una mentira. Una pequeña llama, apenas unas brasas, se había prendido en su interior al recordar a Jesús en la fiesta. Sus hipnóticos ojos le atraían y la embelesaban como si estuviera bajo un hechizo. A pesar de que había tratado de relegarlo al fondo de su mente, era consciente de que seguía pensando en él. Que llevaba veinte años tapando con indiferencia y mentiras los sentimientos que tenía hacia él.

Miró a Fermín, que seguía leyendo concentrado el periódico, y notó cómo algo se rompía dentro de ella para siempre. ¡Cómo odiaba a Adela por inmiscuirse en su vida perfecta!

Pilar se deslizó casi de puntillas hasta el despacho que el inspector Martínez tenía en una esquina de la sala que compartían los demás. Allí, entre dos paredes acristaladas y los muros exteriores del edificio se encontraba el único despacho cerrado de la brigada. Cuando Pilar llegó tocó con los nudillos a la puerta entreabierta y entró sin esperar que le dieran permiso.

–Jefe, se me ha ocurrido una cosa y como los chicos están bastante ocupados yendo para un lado y para otro pues me he puesto a investigar por mi cuenta para ir adelantando trabajo. Y también porque, imagínate que mi idea no sirve para nada, pues para no perder el tiempo. En fin, que no sé si estará de acuerdo o no, pero el caso es que yo lo he hecho por mi cuenta y riesgo.

–Pilar, vamos a tener que enviarte a un curso de asertividad, porque llevas dos minutos hablando y te aseguro que no has dicho nada de nada.

Pilar sonrió de manera bonachona y se sentó en una de las sillas del despacho.

–Cuando Pablo y usted volvieron de casa de la familia del fallecido había una idea que me rondaba la cabeza y es que la otra persona que sabe qué ocurrió aquella noche de hace veinte años es el abogado de la familia. Así que

me puse a investigar, se llama Rodrigo Quijano Llorente y tiene ya ochenta y seis años, pero sigue vivo. Me he informado un poco más, bueno, en verdad he llamado a su casa haciéndome pasar por una encuestadora telefónica, y no estaba. Pero me he enterado de que todos los días va a desayunar al café que se encuentra en la Plaza Juan XXIII a eso de las diez de la mañana. No crea que ha sido fácil conseguir esta información, que la persona que ha cogido el teléfono ha amenazado varias veces con colgarme, pero yo la he amenazado con llamar las veces que hiciera falta y al final ha acabado contándomelo.

Pilar terminó de hablar con una mueca de satisfacción mientras el inspector Martínez la miraba estupefacto. Al final iba a tener que pedirle al comisario que le subiera el sueldo a su subordinada porque, aunque a veces se iba por las ramas y seguir toda su disertación podía ser una tarea titánica, la verdad es que últimamente estaba haciendo un trabajo de cinco estrellas.

–Pilar, es una de las mejores decisiones que has tomado nunca. La sonrisa de la secretaria se ensanchó aún más.

–Albaladejo, coge tus cosas que nos vamos a interrogar al abogado de la familia Cabrera.

–Como usted mande, jefe.

Los dos hombres salieron disparados escaleras abajo al tiempo que Pilar, con la satisfacción del trabajo bien hecho, volvía a su mesa.

Había un par de familias en el parque infantil de la plaza que observaban atentamente cómo los pequeños se deslizaban por el tobogán o trepaban, como si de Spidermans en miniatura se tratase, por los distintos juegos del parque. Una pareja paseaba a un gran danés mientras se daban la mano y compartían confidencias entre risas. La actividad en las terrazas todavía no había llegado a su punto álgido, que sería un par de horas después, cuando los turistas llegaran en los cruceros y quisieran refrescarse tras haber visitado la ciudad.

A la sombra de uno de los soportales cerca del pequeño estanque vieron a

Rodrigo Quijano. Estaba sentado solo en una mesa mientras leía el periódico *ABC* y se tomaba un café. A pesar de que estaban a finales de agosto, llevaba una camisa y una impecable corbata que destacaba con la indumentaria de la mayoría de los transeúntes que vestían ropa veraniega. Tenía un pelo abundante ligeramente ondulado y completamente blanco que llevaba engominado. En una cara surcada por las arrugas llamaban la atención los ojos, con dos iris negros en los que era difícil diferenciar las pupilas tras unas gafas de montura al aire.

–Buenos días, señor Quijano, soy el inspector Martínez y este es el subinspector Albaladejo.

El anciano levantó sus ojos y vieron en ellos la misma fuerza y decisión que había en los de Guillermo de Soto. Con manos arrugadas, pero firmes cerró el periódico y les hizo un gesto para que tomaran asiento a su mesa.

–¿En qué puedo ayudarles?

–Hemos venido por el asesinato de Diego Guerrero de Soto. En el curso de la investigación ha aparecido cierta información que quisiéramos que usted nos corroborara. Nuestro fin último es saber quién mató al señor Guerrero de Soto y usted puede ayudarnos.

–Por supuesto, he sido el abogado de la familia durante más de cuarenta años y, aunque ya no ejerzo, mi relación con don Guillermo es inmejorable. Lamenté muchísimo la pérdida de su nieto, para mí era como un sobrino al que quería muchísimo.

Raúl estaba en silencio dejando que el inspector llevara el peso de la conversación. Le gustaba salir con él a interrogar sospechosos, pues siempre aprendía algo nuevo.

–Díganos, ¿tiene alguna idea de quién ha podido asesinar al señor Guerrero de Soto?

–No, Diego era un hombre estupendo, un español de la cabeza a los pies, además de un exitoso empresario. Lo único que lamentaba su abuelo es que le gustaban demasiado las mujeres y no era capaz de sentar cabeza solo con una.

Yo siempre le decía que se casara y tuviera hijos y que, si luego quería, tuviera alguna amiguita por ahí, pero que la legítima estuviera siempre en casa. Él se reía y me llamaba carcamal, pero no me lo tomaba a mal porque sé que, en el fondo, me tenía mucho aprecio.

–Además de a su abuelo, ¿también aconsejaba en temas legales a Diego?

–Durante unos años sí, luego me jubilé y tomó el relevo mi hijo que ha seguido llevando los asuntos de la familia de forma oficial, ya que de forma oficiosa yo nunca me he quedado demasiado al margen.

–Nos interesa algo que ocurrió una noche de hace unos veinte años, cuando Diego llegó a su casa muy azorado y mandaron a buscarle en plena noche.

Los ojos del abogado se cerraron con suspicacia y ahora no eran más que dos finas líneas negras en su semblante arrugado.

–Veo que lo recuerda, tras esa noche se transfirió un millón y medio de pesetas a la cuenta de Valentín Frutos. Y supongo que, si digo «Somera», usted sabe perfectamente de lo que estoy hablando.

El anciano se quedó en silencio evaluando sus posibilidades. Al final dio un trago a su café y sonrió, una sonrisa lobuna, la misma que esbozaría un tigre a punto de saltar sobre su presa.

–Está dando palos de ciego, inspector. Si supiera de lo que está hablando no estaría tan tranquilo ni me miraría con la condescendencia con la que lo está haciendo en estos momentos.

–Pues explíquenoslo.

El viejo volvió a sonreír mostrando unos dientes amarillentos con manchas de café y tabaco, una sonrisa que no tenía nada de divertido, pero mucho de amenazador.

–Los delitos han prescrito y el principal autor de los hechos está muerto, así que supongo que podría contárselo. Claro que no suelo dar sin recibir nada a cambio. ¿Qué puede ofrecerme, inspector?

–Si quiere le pago el café –respondió el inspector Martínez y el anciano respondió con una carcajada.

–El comisario me había dicho que es usted muy bueno, lo que no sabía es que también era gracioso.

–Nunca me he tenido por gracioso, señor Quijano.

–Pues eso ha tenido muchísima gracia, lo que le voy a contar vale mucho más que un café, vale un favor. No tiene que ser ahora, ya me lo cobraré cuando lo necesite.

¿Le parece un buen trato, inspector?

José Antonio Martínez se quedó en silencio unos instantes, después chasqueó la lengua en un gesto de fastidio y asintió de mala gana tendiendo su mano al antiguo abogado.

–Es usted un hombre sabio, inspector. Y con lo que le voy a contar yo ahora lo será aún más. Pasó hace muchos años. Diego había salido por Mazarrón con varios amigos de fiesta; en aquellos años había una discoteca muy famosa cerca de la playa, no recuerdo el nombre, pero a los jóvenes les gustaba ir allí los fines de semana. Serían las seis de la mañana cuando Diego decidió volverse acompañado del señor Valentín. Era de noche, habían bebido bastante y a Diego siempre le ha gustado correr con el coche, con lo que no fueron capaces de esquivar la bicicleta que se les echó encima. Era un inmigrante que iba a trabajar a uno de los invernaderos de Mazarrón; por lo visto, el atropello fue mortal y no pudieron hacer nada por el joven. Así que Diego dejó a su amigo en su casa y fue directo a la suya a contarle a su abuelo lo que había pasado. Don Guillermo me llamó y nos encargamos de que ese pequeño desliz no empañara la reputación de Diego. Pagamos al señor Frutos por su silencio e hicimos una generosa donación a una asociación que ayuda a inmigrantes en la zona.

–¿Llamaron a una ambulancia? ¿Se quedaron al menos a prestarle auxilio? El viejo hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

–Era antes de que todo el mundo tuviera un móvil en el bolsillo, ya le he dicho que el atropello fue mortal.

–También me ha dicho que los dos testigos estaban bastante borrachos, a lo

mejor se podía haber hecho algo para salvarle la vida.

–Quedarse a socorrerlo hubiera supuesto que se relacionara a Diego con el atropello y eso es algo que queríamos evitar a toda costa. No íbamos a permitir que la reputación de un español de bien se viera manchada por un accidente con un extranjero, seguramente sin papeles.

–Da igual que fuera ilegal, era un ser humano.

–¡No sea ingenuo, inspector! No me dirá que es de esos modernos que piensan que todos los seres humanos somos iguales. Se lo digo yo ya: no lo somos. Los hay mejores y peores, los hay que sirven y otros que son servidos, y los hay cuya muerte remueven conciencias y tiene un impacto, como la de Diego, por ejemplo; y los que pasan desapercibidos. Nadie lloró a ese inmigrante, nadie denunció su desaparición. No era importante.

–Sí que lo era. Usted puede sacar todo el discurso racista que quiera, sí que tenía importancia para alguien y en algún lugar tenía familia.

–¿Recuerda su nombre? –era la primera vez que Raúl abría la boca durante la conversación y sorprendió a los otros dos hombres que lo habían, prácticamente, olvidado.

–No lo olvidaré en mi vida, subinspector. Se llamaba Mamadou Sham'baye, pero a don Guillermo le costaba pronunciarlo y siempre le llamaba Somera. La Guardia Civil de Mazarrón llevó el caso y lo cerró sin sospechosos y sin testigos.

–Creo que aquí hemos terminado –dijo el inspector poniéndose en pie de un rápido movimiento. Se marchaba sin despedirse cuando oyó la voz de Rodrigo a su espalda.

–Me debe un favor, inspector Martínez, y tenga por seguro que me lo cobraré algún día.

José Antonio Apretó los puños y se dio la vuelta para marcharse con toda la dignidad que pudo. Raúl, por su parte, le lanzó una mirada envenenada, que el anciano le devolvió con una sonrisa al tiempo que abría de nuevo su periódico y se ponía a leer otra vez como si no pesara sobre su conciencia el hecho de

haber ayudado a ocultar un crimen dos décadas atrás.

Un mensajero había llegado temprano esa mañana trayendo un pequeño paquete para Marta que había pedido en Amazon. Lo cogió con reverencia y se encerró en su cuarto, como cuando era una adolescente, para abrirlo. Sus padres habían salido a comprar a un supermercado cercano para reponer vituallas y Marta tenía toda la casa para ella sola. Abrió el paquete y vio lo que contenía: un libro que ella sabía que era muy especial. Sin pensarlo se fue a las últimas páginas y allí con pulso firme y su mejor caligrafía escribió unas cuantas frases.

Cerró el libro pensando sobre si lo que había hecho era lo correcto o si se estaba equivocando completamente. Al final decidió que era mejor arriesgarse, aunque perdiera, que quedarse con las ganas de saber si estaba haciendo lo correcto. Envolvió el libro con papel de regalo y le puso un pequeño lazo. Ahora solo le quedaba esperar el momento adecuado.

Por suerte el momento no tardó en llegar. Su hermano decidió venir a comer acompañado de Arturo, que quería escuchar de primera mano todas las anécdotas sobre el viaje a Tailandia de Fernando e Irene.

Su padre les sirvió insectos fritos que trajeron de Bangkok y todos se animaron a probarlos.

–Sabén un poco a palomitas, ¿no os parece? –dijo Arturo.

–A mí me recuerdan más a los aperitivos de maíz frito –añadió Álex. Marta tragaba con esfuerzo su trozo.

–Sé que es el futuro, pero ¿qué quieres que te diga? Donde se ponga un churrasco de Ávila que se quiten estos bichos.

–¡Qué poco moderna eres, hija mía! Para ser alguien que ha viajado tanto como tú yo pensé que estarías más abierta a la gastronomía extranjera.

–Me encanta la comida asiática, mamá, pero esto de comer insectos no es lo mío.

–Pues a mí me parece que no están nada mal –añadió Irene mientras se metía otro puñado en la boca ante el estupor de su hija.

–Bueno, nosotros nos vamos a tener que ir, solo queríamos ver cómo ha sido vuestro primer día tras el viaje.

–¡Y coger nuestros regalos! –dijo Arturo con una sonrisa de oreja a oreja mientras señalaba el pareo estampado que le habían traído sus suegros.

–Me alegra que te guste, había muchísimas cosas de artesanía y no sabíamos cuál escoger.

–Es precioso, Fernando, en serio.

–Pues, nada hombre, me alegro de que hayamos acertado.

Cuando todo el mundo se puso en pie para recoger la mesa, Marta le hizo señas a su hermano para que la acompañara a su cuarto de forma discreta. Allí cogió el regalo que había envuelto con tanto mimo esa mañana y se lo tendió al tiempo que notaba cómo aguantaba el aire en los pulmones de forma involuntaria. Álex estaba a punto de ponerse a rasgar el papel cuando Marta habló casi en un susurro.

–Es para Pablo. –Álex la miró con suspicacia al principio y luego con diversión–

. Es un libro de Georges Perec, el escritor francés del que hablamos el otro día. Pensé que este libro le gustaría, la verdad es que para acercarse a su obra este es probablemente el libro más accesible. No es nada, de verdad, es solo un libro. Un libro para un amigo al que le gusta leer.

Marta era incapaz de contener su lengua cuando estaba nerviosa y la sonrisa de su hermano se ensanchaba con cada frase de más que pronunciaba.

–Está bien, se lo daré. Deja de hablar antes de que acabes confesando el número PIN de tu tarjeta de crédito.

Marta le dio un ligero codazo en las costillas.

–No te rías de mí, se supone que soy tu hermana y debes cuidarme.

–Eso excluye cuando tú misma te pones en ridículo que entonces es mi obligación como hermano menor reírme de ti. Yo no he hecho las normas, tan

solo las sigo –añadió con una sonrisa–. Tranquila, lo veremos hoy o mañana y le daré tu libro.

–Gracias.

–Lo tengo que preguntar o si no reviento. ¿Es el *Kama Sutra*?

Esta vez el golpe en las costillas fue mucho menos sutil y Álex no pudo evitar reírse a pesar del dolor que sentía.

–Aquí estáis –dijo Irene entrando en la habitación de Marta con su ímpetu característico–. ¿No os da vergüenza que Arturo, que es un invitado, haya ayudado a quitar la mesa mientras vosotros estabais aquí escondidos? Eso cuando eráis adolescentes tenía pase, pero ahora es de muy mala educación, y no os hemos criado para que seáis unos maleducados.

Marta y Álex agacharon la cabeza abochornados, Arturo los miraba desde el pasillo con una sonrisa triunfal, acababa de anotarse un punto delante de la madre de su novio.

–Venga, salid a despediros como personas decentes.

Salieron al jardín donde empezó el ritual de besos, abrazos y despedidas. En cuanto su hermano cruzó la puerta vio cómo se abalanzaba sobre Arturo con el libro en la mano y como este se giraba para mirarla divertido por encima del muro del jardín. Marta se quedó sentada bajo el porche con Loken a sus pies.

-*Alea jacta est* –dijo en voz alta a nadie en particular.

Susana se despertó poco antes de que saliera el sol y durante una fracción de segundo le sorprendió sentir una respiración al otro lado de la cama. Cuando se giró vio a Andrés desnudo entre las sábanas iluminado tenuemente por los primeros rayos del amanecer. La noche anterior había venido a verla y esta vez prefirieron cenar en casa para evitar tener que pedir un taxi corriendo como la última vez.

Susana se quedó unos minutos extasiada contemplando su musculoso cuerpo. Katinka subió de un salto a la cama y se paseó majestuosa sobre el colchón hasta que se topó con un obstáculo que no solía estar ahí. En vez de esquivarlo se subió directamente a la espalda de Andrés, que se despertó al sentir el contacto con el animal. Se giró muy despacio y abrió los ojos de par en par al encontrarse cara a cara con un hocico peludo cubierto de bigotes. Unos ojos rasgados de color verde lo miraban con curiosidad que duró tan solo un instante y luego se aburrieron y pasaron a otra cosa.

Andrés terminó de girarse hasta quedar de frente a Susana, incluso con el cabello revuelto y los ojos todavía medio cerrados era guapísimo. Estaba dotado de una belleza clásica, como la de los actores de Hollywood de los años cincuenta con una mandíbula cuadrada, pómulos marcados y unos preciosos ojos. Susana lo miraba embelesada mientras él le regalaba una blanquísima sonrisa de dientes perfectos.

Se incorporó para darle un beso de buenos días que hizo que se estremeciera

hasta las pestañas. Ella llevaba una camiseta de tirantes rosa sobre la que se desparramaba su brillante pelo dorado.

–Buenos días, dormilón –le dijo con una sonrisa.

–No es culpa mía, anoche me dejaste agotado –respondió lo que le valió que la inspectora le hiciera una mueca divertida–. Por cierto, si no estás cansada podemos repetirlo...

–Ya me gustaría, pero no va a poder ser, estamos hasta arriba y no puedo llegar tarde, pero te guardo la invitación para otro momento –dijo poniéndose en pie y guiñándole un ojo antes de salir hacia el cuarto de baño.

Mientras Susana se daba una ducha, Andrés se vistió y fue a la cocina a preparar café. No había pan, pero encontró unas galletas en un armario y pensó que eso sería mejor que nada. Cuando Susana salió del cuarto de baño lo vio atareado en la cocina y pensó que no le costaría acostumbrarse a verlo más a menudo preparando el desayuno para los dos.

Se sentaron en la mesa de la terraza que, aunque las vistas no eran gran cosa, sí que era el lugar donde se estaba más fresco y se disfrutaba más el primer café del día.

–He estado pensando en una cosa que me comentaste sobre el caso –dijo Andrés cuando terminó de comerse una galleta–. Por lo visto, vuestro fallecido era un asesino, un acosador, un putero y un matón ya desde los tiempos del instituto. A lo mejor no estáis buscando un sospechoso actual, es posible que alguien de su pasado haya decidido cobrarse venganza ahora.

–Lo hemos pensado, pero la franja de tiempo es demasiado grande y no tenemos nada con lo que empezar. Podría ser alguien que le guarde rencor del instituto, de la universidad, de sus primeros años como empresario... Hay demasiadas posibilidades y no tenemos ninguna pista.

Se quedaron en silencio, a Andrés no se le ocurría nada más para poder ayudarla y Susana meditaba sus palabras. Bucear en el pasado de Diego de Soto era una idea que ya se le había ocurrido, pero era difícil adentrarse en ese terreno. Por lo que sabían hasta el momento había mucha gente a la que

Diego había dañado ya fuera directa o indirectamente. Por las investigaciones que habían llevado a cabo muy poca gente lo valoraba y apenas un puñado lamentaba su muerte, pero de momento no se habían cruzado con alguien que tuviera el perfil de un asesino. Es verdad que, en ocasiones, hay quien aguanta varios años para poder llevar a cabo su venganza, pero, por lo general, un asesinato era un acto visceral, apasionado. El hecho de clavarle a Diego un cuchillo en mitad del pecho en una sala llena de gente no demostraba preparación, era más bien la obra de alguien que utilizó la oportunidad que la fiesta le brindaba. Aunque entre los asistentes no habían descubierto de momento a alguien que tuviera la suficiente sangre fría como para llevar a cabo el asesinato y luego mentir a la policía sin que ellos se dieran cuenta.

–¿Sigues aquí? –preguntó Andrés que la miraba fijamente.

–Sí, pensaba en un asesino proveniente del pasado de Diego y, aunque es posible, no sé por dónde podríamos empezar a buscar.

–En casos así el teniente siempre nos dice lo mismo: hay que empezar por el principio.

–Ese es el consejo más antiguo del mundo, Andrés.

–Es posible, pero funciona casi siempre. Volved a leer las declaraciones de todos los testigos. Que cada uno coja las declaraciones escritas por otro para tener una nueva visión de las cosas, lo más seguro es que haya algo que se os pasó de largo la primera vez.

Susana lo miró pensativa, estaban perdidos, por qué no empezar de nuevo a ver si una relectura les permitía encontrar el camino hacia el asesino.

No se estaba concentrando en nada. Las clientas entraban en la tienda y salían de ella y todas le preguntaban por el famoso «*reencuentro mortal*». Esa fiesta se había convertido en el cotilleo favorito de los cartageneros y las historias, a cual más disparatada, corrían de boca en boca. Había decidido poner un disco de Adele que la ayudaba a relajarse además de ser un reclamo perfecto para

las clientas de clase alta, pero ni tan siquiera la suave voz de la inglesa era capaz de calmarla.

Se había pasado la noche dando vueltas en la cama y, al final, a las cinco de la mañana había dado por perdida la batalla contra el sueño. Se calzó unas zapatillas de deporte y unas mallas y salió a correr por los jardines de Tentegorra. Sus pies resonaban contra el pavimento al tiempo que su respiración se iba haciendo cada vez más rápida. Cuando volvió a su casa el sol ya había salido y estaba completamente empapada en sudor. Al menos había sido capaz de borrar durante ese tiempo unos profundos ojos aguamarina que la miraban suplicantes.

A pesar del calor que hacía se dio una ducha bien caliente y cuando salió del baño Fermín la esperaba con *croissants* recién comprados.

–¿Una mala noche?

–Sí, he dormido fatal.

Él se acercó y le dio un cálido abrazo. Uno de esos en los que se había fundido cientos de veces, a la vez protector y cariñoso.

–Es por la visita de la policía, ¿verdad? No pasa nada, Emma, nadie se va a enterar.

Ella alzó el rostro sacándolo de su pecho y lo miró a los ojos.

–¿De verdad lo crees?

–Claro que sí, Diego está muerto y nadie más lo va a contar. Ella asintió en silencio.

–Pero debo preguntarte una cosa, Emma. Si la verdad se supiera ¿sería tan terrible?

Ella se apartó de él y lo miró con decisión.

–No sería terrible, sería aún peor.

–Pero ¿por qué?

–Porque sí, Fermín. Ya hemos hablado de este tema muchas veces y ya sabes lo que opino, no creo que nadie deba conocer esa parte de mi vida.

–¿Ni siquiera Jesús? Parece un buen tipo, lo entendería. Emma dio un paso

atrás y lo miró escandalizada.

–¡Él menos que nadie debe enterarse! No quiero mezclarlo en nada de esto.

–Pero Diego ya lo mezcló, fue precisamente a él a quien fue a pedirle dinero porque sabía que, si era para protegerte, no se iba a echar atrás. Ese hombre te quiere, no sé si solo como amiga o como algo más, pero lo que es seguro es que es alguien que se preocupa por ti hasta el punto de ser chantajeado por Diego. Tal vez debas contarle la verdad, te apoyaría.

–No voy a decirle nada a Jesús y no hay más que hablar.

Se marchó de casa directo al trabajo sin despedirse de su marido y desde que puso un pie en la *boutique* había sido incapaz de estar atenta a nada. Soltaba cumplidos de forma automática a las clientas y había ordenado los percheros al menos una docena de veces, pero era incapaz de quitarse las palabras del joven subinspector y las de Fermín de su cabeza.

Al final hizo algo de lo que no sabía si se iba a arrepentir después, pero le mandó un mensaje a la sabelotodo de Adela para que le mandara el teléfono de Jesús. Había perdido a su mujer no hace mucho, empezaría por darle el pésame, y luego ya vería cómo evolucionaba la conversación.

Susana llegó a la comisaría con una sonrisa de oreja a oreja, que no era capaz de ocultar, y que no pasó desapercibida para sus compañeros. Raúl fue el primero en acercarse a la joven y sentarse en el borde su mesa para mirarla sin decir nada, pero con una maliciosa sonrisa pintada en el rostro. Susana trató de disimular, pero era incapaz de ocultarle algo a su compañero. Dio un suspiro antes de hablar.

–Se quedó en mi casa.

Raúl no dijo nada, simplemente asintió y su sonrisa se ensanchó un poco más.

–Ha hecho el desayuno, bueno, ha abierto un paquete de galletas, pero la intención es lo que cuenta.

–¿Y bien?

–Pues no sé, estamos en ese punto en el que duerme en mi casa y me da galletas.

–Y te hace feliz.

–Sí –los ojos de Susana brillaron con fuerza–, y me hace feliz.

–Pues no hagas nada para estropearlo.

–¡Eh! ¿Por qué das por hecho que lo voy a estropear?

–Porque te conozco y es lo que haces siempre: te gusta un chico, os divertís y cuando él empieza a sentir algo más y a querer que la relación sea algo más serio tú huyes despavorida como si hubieras visto una mantícora. Y luego te deprimes, te pones de mal humor y somos nosotros los que debemos soportarte durante esos meses. Así que, si este chico te gusta, no te asustes si él quiere dar un paso más.

Pablo se acercó con una aguja de atún en cada mano y se las tendió.

–Dice Pili que la única excusa para no estar trabajando es que estéis desayunando, así que más vale que le deis un bocado a esto y disimuléis.

–¡Pili, eres maravillosa! –dijo Raúl elevando la voz desde la mesa de Susana hasta la de la secretaria, que le respondió con una sonrisa.

–Bueno, ¿estabais hablando del caso? –preguntó Pablo mientras se sacudía algunas migas que le habían quedado sobre la camisa.

Tras intercambiar una mirada rápida con su compañera, Raúl asintió; la relación entre Pablo y Susana era mejor que unos días antes, pero la inspectora todavía no había vuelto a tener la misma actitud que antes de la pelea.

–Sí, estábamos diciendo que no sabemos muy bien por dónde tirar ahora. Parece que hemos agotado todos los cartuchos –dijo Raúl.

–Bueno, a lo mejor deberíamos volver a leer las declaraciones –se atrevió a proponer Susana.

–¿Para qué?

–Creo que ahora tenemos una idea mucho más clara de la personalidad de

Diego Guerrero de Soto, tal vez seamos capaces de darle una nueva interpretación a lo que dijeron los testigos en un primer momento.

–Podría ser...

–Mejor eso que estar parados sin hacer nada, ¿verdad?

–Eso es verdad –añadió Pablo.

–También me gustaría volver a hablar con Emma, no sé por qué tengo la sensación de que no fue completamente sincera con nosotros.

–¿En serio? Yo la vi bastante honesta confesando que su marido era gay.

–Exacto, eso hubiera sido un escándalo para el marido, pero no para ella que podría haber disimulado diciendo que no estaba al corriente de nada, pero Diego dijo que tenía algo contra ella.

Raúl se rascó la barbilla pensativo.

–Es posible, aunque creo que está un poco cogido por los pelos.

–Bueno, si no sacamos nada en claro con las declaraciones, podemos ir a preguntarle.

Cada uno volvió a su mesa mientras Pilar asentía con mirada de aprobación tras sus gafas con montura de nácar. A pesar de que era la persona de más edad de la unidad tenía un oído finísimo, que ella siempre atribuía a un tío abuelo suyo que fue afinador de pianos a finales del siglo XIX. Pero la verdad es que esa cualidad le resultaba muy útil para enterarse de todo lo que pasaba en el trabajo y también en su patio de vecinos, aunque ella siempre decía que escuchaba todos los cotilleos muy a su pesar. Por eso, a pesar de que nadie le dijo nada oficialmente, cogió unas cuantas declaraciones que habían recogido sus compañeros el día que descubrieron el cadáver y se puso a leerlas como si le fuera la vida en ello.

Adela, Jero y Jesús habían quedado de nuevo para desayunar. Desde que encontraron el cuerpo de Diego atravesado con un cuchillo de trece centímetros en el pecho se había convertido casi en una costumbre verse cada

pocos días para tomarse un café y unas tostadas juntos. A Jesús le permitía salir de su rutina, y retomar el contacto con sus amigos era algo que le venía muy bien. Hoy estaban los tres en silencio mirando cada uno su café y meditando sin decir nada. Jesús tomaba un expreso, Jero un café con leche y Adela se había decantado por un té verde.

–Bueno ¿se puede saber qué os pasa para qué estéis todos tan callados? – preguntó Jero harto de mirar su taza sin que nadie dijera nada.

Adela levantó los ojos con pereza de la suya y se cruzó con dos piscinas de color aguamarina plantadas en la cara de Jesús. Rápidamente volvió a bajarlos y Jesús se quedó muy sorprendido por el gesto.

–Está bien, si ninguno quiere hablar lo haré yo. Este fin de semana hemos estado en casa de mis suegros y ya os podéis imaginar, hubo lentejas para comer a pesar de que estábamos a cuarenta grados y antes incluso de terminar de tomarnos el postre mi suegro se fue al sofá a dormir la siesta. Lo que me dejó a mí manteniendo una incomodísima conversación durante más de una hora con la madre de Lucía que ya sabéis que me cae fatal.

–Qué pena –dijo Jesús.

–Vaya faena –comentó Adela sin entusiasmo.

–¡Ya está bien! Jesús, tú no hubieras perdido la oportunidad de hacer varios chistes a mi costa, y Adela, tú hubieras comenzado un recital sobre lo horribles que son tus suegros si los comparas con los míos. Así que decídmelo. ¿Qué está pasando aquí?

Jesús y Adela miraron a Jero con culpabilidad.

–La policía me interrogó hace unos días.

–Eso ya lo sabíamos.

–Pero no sabéis por qué. En verano me invitaron a una fiesta en la que estaba Diego y trató de chantajearme. Me pidió cincuenta mil euros y yo lo mandé a paseo. Bueno, es posible que más que mandarlo a paseo le dijera que lo iba a matar si me lo encontraba de nuevo. –Sonrió de forma triste y Adela se llevó una mano a la boca para contener una exclamación.

–Por favor, Jesús, dime que pediste un abogado y que no continuaste hablando.

–Claro que no, Adela, no tengo nada que ocultar. Ya les dije a los policías que no tuve nada que ver y que esa amenaza son cosas que se dicen cuando uno está enfadado, pero que no lo creía.

–Jesús, no te das cuenta. Todo lo que dices dentro de una sala de interrogatorio queda grabado y se puede usar en un juicio. Yo he montado casos con menos. ¡Madre mía! En menudo lío te has metido.

El deportista se encogió de hombros.

–Pareces muy tranquilo para haber amenazado al fallecido y ser sospechoso de asesinato.

–Yo no fui, Jero, además de que creo que los policías que me interrogaron se dieron cuenta de que no tuve nada que ver. Odiaba a Diego, eso es verdad, ya lo odiaba hace veinticinco años y eso no ha cambiado con el tiempo, pero no me pondría a su nivel. Tengo una hija de la que ocuparme, no se me ocurriría dejarla sola por culpa de ese impresentable.

–Sí, todo eso está muy bien, pero los abogados somos capaces de darle la vuelta a todo, te lo aseguro. Espero que tengan otro sospechoso y se olviden pronto de ti.

–Tranquila, Adela, ya verás cómo no pasa nada –dijo regalándole una sonrisa amistosa.

–Oye, ¿por qué te chantajeaba? Pensaba que eras un hombre irreprochable. ¿Qué tenía contra ti?

–Pues en verdad nada, me chantajeaba por algo relativo a Emma.

Esta vez Adela no pudo reprimir un pequeño grito que hizo que sus compañeros de mesa y varios clientes del local se giraran para mirarla.

–¿Se puede saber qué te pasa ahora?

–Pues verás... Esta mañana he recibido un mensaje.

Se quedó en silencio mirando la taza vacía de té tratando de dilucidar en los posos de hojas secas si debía seguir adelante o no.

–Sigue, Adelita, por favor –la voz de Jero denotaba ternura, pero también algo de impaciencia.

–Pues que me ha escrito Emma para pedirme tu teléfono.

Lo soltó de carrerilla, como si le quemaran las palabras en la boca.

–No sé si tendrá algo que ver, pero no he respondido, quería hablar contigo primero. No sé en qué punto estáis. ¿Volvéis a ser amigos?

–No lo sé. Llevo más de veinte años sin hablar con ella. Hablar en serio, me refiero, que una conversación sobre el tiempo se puede mantener con cualquiera.

–¿Y quieres volver a hablar con ella?

–No te puedo responder, Jero. Por un lado, me muero de ganas de volver a escuchar su voz un poco ronca, que me encanta; pero, por otro lado, esa voz me recuerda momentos oscuros y no sé si estoy dispuesto, precisamente ahora, a sumergirme en esos recuerdos de nuevo.

Todos se quedaron en silencio meditando durante unos segundos.

–Tienes que llamarla –dijo Adela exaltada lo que le valió una dura mirada por parte de Jero.

–No sé si...

–Claro que lo sabes. Por favor, Jesús, que yo estaba a tu lado cuando Emma entró en la fiesta y se te olvidó respirar durante varios minutos. No sé si estarás enamorado de ella todavía, pero lo que es claro es que tenéis una historia abierta y debéis cerrarla de alguna manera.

–Pero, Adela, ¿tú te acuerdas de lo mal que lo pasó Jesús? ¿O acaso no estabas con nosotros cuando ella le rompió el corazón y lo tiró al fondo del Támesis donde se fue de vacaciones? Además de todo lo que ha perdido últimamente. No me parece buena idea.

–Gracias a ella se hizo deportista olímpico y es ahora famoso y respetado.

–¿Os importaría no hablar de mí como si no estuviera presente?

–Tienes razón, lo siento –respondió Adela algo avergonzada–. Pero es que creo que todo sucede por algo y que ella me haya pedido tu número justo ahora

es porque tal vez quiere contarte por qué se marchó o disculparse por lo que hizo. A lo mejor te cuenta el secreto con el que la chantajeaba Diego o tal vez solo desea darte el pésame, no tengo ni idea, pero sé que debes llamarla y poner las cosas en claro. Solo así cerraran las heridas y comenzaran a cicatrizar, que llevan demasiado tiempo abiertas.

Jero tenía los brazos cruzados delante del pecho y su gesto era impenetrable. Jesús lo miró buscando su consejo.

–Dicho así, suena hasta sensato. Tal vez Adela tenga razón y eso te ayude a seguir adelante.

–Está bien, dale mi número. Adela sonrió victoriosa.

–¿Veis de lo qué es capaz un buen fiscal? Se puede convencer hasta al más escéptico.

Todos rieron a la vez la ocurrencia de la abogada. Jesús se marchó el primero dejando a Jero y Adela sentados aún en la mesa de la pequeña cafetería.

–Muchas gracias por apoyarme –le dijo esta a su amigo.

–Sabes que por ti iría al fin del mundo, Adelita.

–Y llevarías las maletas –añadió con una sonrisa.

–Tampoco te pases –dijo divertido.

–Por un momento pensé que no la llamaría, pero creo que es justo lo que necesita, entender por qué pasó todo aquello. Darse cuenta de que él no tuvo la culpa.

–Yo no tuve ni una duda de que lo convencerías. Eres Adela Suárez, fiscal y madre; si fueras marraja[1], ya serías imparable.

Adela se levantó para darle un beso en la mejilla a Jero. Llevaban juntos más de veinticinco años, habían pasado por momentos buenos y malos y seguían siendo los mismos que cuando se conocieron en la década de los ochenta. Él seguía cuidando de ella, aunque Adela nunca se daba cuenta, y él sabía que pasara lo que pasase siempre podría contar con su amiga. Era una amistad que había sabido sobreponerse al tiempo y a la distancia que a veces

los había separado, como cuando Adela aprobó su plaza de fiscal y tuvo que trabajar en Valladolid durante varios años. Trabajaban mejor cuando estaban juntos, eran un equipo perfecto.

–Hoy me toca pagar a mí –dijo ella dirigiéndose a la barra.

Llevaba todo el día revisando declaraciones sin levantar la nariz de su escritorio y ya se le juntaban las letras en las páginas y le estaba empezando a doler la cabeza. Por eso cuando recibió un mensaje de Álex para tomarse algo después del trabajo dijo que sí sin pensárselo dos veces. Necesitaba salir del ambiente derrotista que se había instaurado en la cafetería y respirar algo de aire fresco.

Cuando conoció a Álex varios meses antes en la barbacoa que organizó Marta, congenió rápidamente con él, pero sobre todo con Arturo con quien compartía una profunda afición por la navegación. Desde aquel momento se habían visto en algunas ocasiones más y desde que había comenzado el verano habían salido varias veces a navegar juntos. Los padres de Arturo tienen un pequeño barco amarrado en el puerto de Tomás Maestre en la Manga y había disfrutado de esos momentos sobre el Mediterráneo peleándose con las olas.

Quedaron en una cafetería en el puerto desde donde se veía la dársena con los barcos amarrados y los dos faros al fondo. Una música *chill out* sonaba de fondo y por primera vez en todo el día pudo relajarse mirando el mar y sin pensar en nada. Álex y Arturo no tardaron en aparecer, venían de la mano y se reían de alguna broma privada. Pidieron unan cervezas y acompañaron a Pablo a la mesa.

–Pregunta de rigor: ¿cómo va la investigación? –dijo Arturo para romper el hielo.

–Ya sabes que no podemos hablar de una investigación en curso, pero la verdad es que no tenemos nada. Estamos en un callejón sin salida.

–No te desesperes, hombre, ya verás cómo al final lo acabáis cogiendo. Es

para lo que os pagan, ¿no? –añadió Álex con un guiño malicioso. Se le notaba de un humor excelente.

Pablo no respondió, se quedó callado mirando las gotas de condensación que se habían formado en su botellín.

–Y tu abuelo ¿cómo va?

–Mejor, aunque no sabemos cuándo será la próxima recaída. Creo que mi madre está empezando a hacerse a la idea de que la próxima vez que entre en el hospital lo más probable es que ya no salga. Está teniendo muchos achaques y ahora lleva una botella de oxígeno para poder respirar.

Su semblante se oscureció pensando en la figura que le había acompañado durante su niñez. El único punto de referencia fijo que tenía en una vida en la que los cambios eran la constante. Arturo y Álex intercambiaron una rápida mirada entre ellos y fue Álex quien cambió de tema.

–Tenemos una cosa para ti, un regalo.

–Bueno, en verdad el regalo no es nuestro, nosotros solo somos los mensajeros, así que no nos mates si no es de tu agrado.

Álex le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de regalo y adornado con un pequeño lazo. Pablo los miró sin comprender y la pareja sonrió divertida.

–Es de mi hermana, por lo visto, es un libro del autor francés, ese del que estuvisteis hablando el otro día.

–¿Georges Perec?

–¡Buena memoria! Sí, creo que es suyo, pero no te lo puedo asegurar porque, como comprenderás, a pesar de que me estaba muriendo de ganas no he abierto el paquete.

Álex lo miró con ojos esperanzados, pero Pablo lo guardó dentro de su mochila, quería abrirlo estando solo, a pesar de que era tan solo un libro.

–¿No lo vas a abrir? –preguntó Arturo azorado.

–No, ya lo hare en casa, ahora prefiero que hablemos, hace tiempo que no nos vemos.

Arturo estaba a punto de enarbolar una excusa cuando una figura femenina menuda, con el pelo moreno corto y los ojos demasiado juntos apareció detrás de Pablo y le tapó los ojos con las manos.

–¿Quién soy?

–¿Lola? –preguntó sorprendido.

–¡Premio para el caballero! –dijo ella con una sonrisa antes de plantarle un beso en los labios.

–Pero... ¿Qué haces aquí? Digo ¿Cómo sabías que iba a estar aquí? Ella sonrió y levantó las palmas de las manos.

–Tengo mis fuentes, cariño.

Se enroscó en el brazo de Pablo obligándolo a estar en una posición que parecía bastante incómoda, pero que a ella parecía no importarle. Arturo y Álex intercambiaron una rápida mirada de soslayo.

–Bueno, ¿de qué hablabais?

Arturo estuvo a punto de decirle que de libros, pero Pablo se le adelantó.

–Los chicos me han preguntado por mi abuelo, les he puesto un poco al corriente.

–Pobrecillo, claro que cuando llegan a esta edad es cuando empiezan a tener más problemas. Tu madre debería pensar en llevarlo a una residencia medicalizada, allí estaría muy bien atendido y así vosotros estaríais más libres.

–Mi madre no quiere ni oír hablar del tema, le da la impresión de que es como deshacerse del abuelo ahora que es cuando más nos necesita.

–Ni caso, Pablo, lo mejor es una residencia. Yo te lo digo muy claro, si algún día tus padres o los míos empiezan con esos achaques, lo mejor es llevarlos a una residencia y que se encarguen otros de cuidarlos.

–¡Pero si tú eres enfermera! –se le escapó a Arturo que se arrepintió al instante.

–Razón de más. Me paso todo el día en el hospital ocupándome de los enfermos, cuando llego a mi casa quiero tener tiempo para desconectar y

olvidarme de todo. Lo último que me apetece es ponerme a cambiar vendajes, a vaciar sondas o dar pastillas, prefiero pagar a otro para que lo haga.

Todos se quedaron en silencio, mirando el vaivén constante de los mástiles de los barcos amarrados en los pantalanes. Una gaviota estaba encaramada en lo alto de una farola y no paraba de graznar a lo que otra gaviota posada en tierra le respondía.

–Bueno, ¿os vais a ir a cenar a vuestra casa? –preguntó Lola sin paños calientes mirando a Álex directamente.

–Eh... Esto... Sí, claro, ya nos íbamos.

–Pero no es necesario, quedaros un rato más, podríamos cenar todos juntos.

–Pablo, si los chicos se tienen que ir, no te pongas pesado tratando de convencerlos. Déjalos que se vayan y ya está.

Los jóvenes se pusieron en pie y se marcharon sin haber si quiera terminado sus botellas de cerveza. Pablo y Lola se quedaron solos y, a pesar de que ella trataba de sacar alguna conversación, Pablo se contentaba con responder a base de monosílabos. La incursión de su novia le había sentado como un jarro de agua fría. Tenía la sensación de que Lola no lo dejaba ni a sol ni a sombra, no le permitía tener tiempo para él y mucho menos para compartirlo con otras personas. Aún seguía dándole vueltas a la cabeza para entender cómo había sido capaz de encontrarlo sabiendo que no le había dicho que quedaba con Álex y Arturo a nadie. No le había gustado la forma en la que había echado a sus amigos, aunque ella luego había tratado de excusarse diciendo que quería pasar tiempo de pareja, pero Pablo tenía la impresión de que todo su tiempo libre últimamente era «tiempo en pareja».

–¿Te encuentras bien? No parece que estés aquí conmigo.

–Estoy cansado.

No medió más palabras, se puso en pie y fue a pagar la cuenta. No tenía ganas de seguir hablando con Lola, de hecho, solo pensaba en una cosa: volver a su casa para abrir el paquete que Álex le había dado.

–Ese Álex, ¿es el hermano de la presentadora famosa?

Pablo se quedó congelado al oír la pregunta. Lo último de lo que le apetecía hablar ahora con Lola era precisamente de Marta.

–Sí.

–¿Tú la conoces?

–Sí.

–¿La conoces mucho?

Pablo se estaba hartando de este juego, no sabía a dónde quería llegar Lola con esas preguntas, pero se barruntaba que a nada bueno.

–Fue testigo en un caso hace unos meses. La vi unas cuantas veces durante la investigación y luego se marchó a Centroamérica a grabar un programa. Como ves he quedado con su hermano y no con ella.

A Lola no le pasó desapercibido el tono de fastidio que estaba usando Pablo con ella y no entendía por qué estaba enfado. Ella solo quería saber todos los detalles de su vida para ser la mejor novia posible y, si Pablo no se lo contaba todo voluntariamente, no le quedaba más remedio que averiguarlo por su cuenta.

Emma apretaba el móvil contra el pecho con fuerza resistiéndose a mirar la pantalla de colores brillantes. Había empezado a marcar el teléfono de Jesús, pero antes de que diera tono decidió cortar la llamada. Luego había escrito una decena de mensajes tratando de hablar con él, pero los había descartado todos. Unos le parecían demasiado formales, otros demasiado amistosos y otros sencillamente no tenían ni pies ni cabeza y había acabado haciéndose un lío. Dejó el móvil sobre la encimera de la cocina y se alejó hasta el cuarto de baño para comenzar a arreglarse. No podía perder más tiempo decidiendo si le escribía o no como una adolescente colada por un compañero de clase, claro que eso era exactamente lo que era ella en esos momentos. Pero, con todo y con eso, se dijo que Emma Rodríguez no se dejaba amedrentar por un exnovio de hace veinte años y que ella no podía perder el tiempo con esas chiquilladas.

Ese era el discurso que se repetía de forma mecánica en voz alta en frente del espejo. Angy, la asistenta que venía todos los días a limpiar, se asomó solícita a la puerta del baño pensando que Emma la estaba llamando y se encontró con su patrona hablando sola mientras se ponía con esmero el rímel. Se alejó discretamente sin decir nada, pero con la firme intención de contárselo a la cocinera con quien hacía muy buenas migas.

Emma salió del baño maquillada y vestida para ir al trabajo. Miró de reojo el móvil apoyado sobre el mármol de la cocina y maldijo en voz baja a la

entrometida de Adela, a quien culpaba últimamente de todos sus males. Cogió el móvil y con dedos ágiles de manicura francesa pulsó varias teclas y escribió un mensaje escueto y directo que estaba a punto de borrar, pero, sin saber muy bien cómo, acabó pulsando la tecla

«Enviar». Se le cortó la respiración al ver el icono de mensaje enviado que parpadeaba durante un segundo en la pantalla y se mordió el labio compungida. Pensaba mandar ese mensaje con los otros borradores a una carpeta que nunca abriría y de la que se reiría dentro de unos años, y ahora, sin embargo, ya no había forma de echarse atrás. Pensó en escribir un mensaje para decir que se había equivocado, pero eso le resultaba aún más patético y eso es un sentimiento que Emma no estaba dispuesta a tolerar.

Al final hizo lo que toda mujer madura y segura de sí misma haría en una situación así: apagó el móvil y lo metió en el bolso rezando por que algún maleante madrugador le diera un tirón y se lo robara para no tener que enfrentarse a la posible no respuesta de Jesús.

Cogió las llaves del Jaguar y se fue a trabajar con un nudo en el estómago que no sentía desde la temporada de exámenes finales en el instituto.

Solo hacía dos días que sus padres habían vuelto y Marta ya se estaba volviendo loca. Su madre le preguntaba constantemente por su pierna y le daba consejos que, o bien leía en páginas de dudosa reputación en internet, o directamente se los inventaba, porque ningún profesional médico sería capaz de proponer semejantes disparates. Su padre era más tranquilo, se quedaba en el porche del jardín con la tablet leyendo los periódicos, viendo charlas TED o leyendo un libro. Ella había tratado de seguir su ejemplo, pero cada vez que parecía que podía disfrutar de cinco minutos de paz aparecía Irene con fotos de Tailandia, anécdotas de Tailandia o preparando el próximo viaje a Tailandia. Marta estaba al borde del colapso nervioso y había optado por el viejo truco que usaba de niña, encerrarse en el baño para disfrutar de unos

minutos de soledad. Pero hasta esa estratagema le había salido mal y su madre había aparecido con un mejunje verdusco hecho a base de hierba que le ayudaría con el estreñimiento, como ella misma le comentó. Marta puso los ojos en blanco, pero acabó asintiendo y en cuanto su madre se dio la vuelta lo tiró por el fregadero.

Además de que tenía algo más por lo que preocuparse, le había entregado el libro a Álex y sabía que su hermano se lo había dado a Pablo, pero le sorprendió que él no le hubiera dicho nada. Es verdad que era solo un libro, pero esperaba al menos una palabra de agradecimiento por su parte. Claro que no era un libro cualquiera, y eso Marta lo sabía bien, era un libro rarísimo, pero también era algo más. Esperaba que Pablo no se sintiera ofendido y no se lo tomara a mal, pero nunca se sabe con los hombres. Estaba sumida en sus cavilaciones cuando su madre llegó como un torbellino y se sentó a su lado, móvil en mano.

–Mira, el año que viene cuando volvamos a Tailandia he pensado que me voy a hacer este tatuaje –dijo su madre muy ufana mostrándole un dibujo de intrincadas líneas geométricas.

–¿En serio, mamá?

–Claro que sí, ya lo he hablado con tu madrina y nos vamos a tatuar las dos. Allí lo hacen con bambú que van mojando en tinta y es algo muy espiritual, no como aquí que cualquier macarra puede hacerse un tatuaje.

Marta no dijo nada, sabía que no merecía la pena tratar de discutir con su madre cuando esta tenía una idea metida en la cabeza. Se quedó en silencio esperando que ella diera por terminada la conversación y la dejara de nuevo sola con sus pensamientos, pero Irene aún no había acabado.

–Y vamos a ir al festival de la *Full Moon*, que he leído en internet que es una fiesta que se hace cada mes cuando hay luna llena y hay música y baile.

–Mamá, es una fiesta para borrachos donde se pasan toda la noche con música electrónica, bebiendo alcohol y tomando drogas.

Su madre abrió los ojos de forma desorbitada, lo que le dio un aspecto

bastante cómico.

–Pues voy a llamar ya mismo a tu madrina, que ella estaba convencida de que era una especie de festival religioso.

–La única forma de que sea religioso es que haya *Frangelico* –dijo Marta sin parar de reírse al ver a su madre salir disparada al salón para hablar con su madrina desde el teléfono fijo.

Un par de minutos después seguía sonriendo, pensando en su madre vestida con ropa de colores fosforescentes en una fiesta de música electrónica rodeada de turistas veinteañeros. Al menos le había regalado unos minutos de paz sin pensar en el libro, en Pablo y en todo lo que tuviera que ver con él.

Sentía el pequeño paquete envuelto con un discreto papel de regalo en tonos marrones y ocres como si estuviera cubierto de plomo. Cuando Lola se presentó por sorpresa en el puerto, el paquete ya estaba a buen recaudo dentro de su mochila y trató de que Lola no se enterara de que él lo tenía en su poder. Le costó dormir esa noche, cada vez que ella cambiaba de posición a su lado en la cama contenía la respiración por si decidía levantarse. Sabía que no estaba haciendo nada malo, que era un libro de un autor del que habían hablado hacía poco, pero no sabía si Lola lo iba a entender así.

Últimamente le encontraba más defectos que virtudes a su novia. Todo lo que antes le resultaba adorable ahora se le antojaba fastidioso y ya no gozaba tanto de su compañía. Pero, por otro lado, le estaba infinitamente agradecido, ella estuvo a su lado cuando su abuelo enfermó y cuando Marta lo dejó con el corazón roto al marcharse a América. Se debatía entre la lealtad que pensaba que le debía a Lola por sacarlo de aquel pozo oscuro de depresión en el que se encontraba y el auténtico afecto que debe tenerse con quien has decidido que comparta tu vida contigo.

El alba lo encontró despierto y se levantó con el pelo enmarañado y los ojos hinchados por la falta de sueño. Se preparó un café y se marchó pronto a la

comisaría, pensaba llegar el primero y abrir el paquete que le estaba llamando a voces desde el fondo de su mochila. Salió sin hacer ruido, dejó a Lola dormida en la cama, hoy tenía turno de tarde y necesitaba descansar.

Su decepción fue mayúscula cuando entró en la unidad y se encontró con Pili, que estaba atareada poniendo en marcha la cafetera y con Raúl que lo miró sorprendido al verlo llegar tan temprano y le regaló una sonrisa amistosa.

–Una noche salvaje, por lo que veo –dijo tras darle un repaso a su compañero.

–No por lo que piensas –respondió Pablo tratando de disimular su frustración.

–¿Entonces por qué?

–Será el calor o algo, el caso es que no he pegado ojo en casi toda la noche.

Raúl lo escrutó con su mirada fría de color esmeralda y asintió con poco convencimiento. Estaba seguro de que Pablo le estaba ocultando algo, pero viendo su estado prefería dejarle espacio y permitir que se concentrara en su trabajo.

Susana llegó unos minutos después con el pelo suelto y tarareando «Súbeme la radio», de Enrique Iglesias. Raúl sonrió al verla llegar de tan buen humor.

–¿Has tenido visita esta noche de nuevo, princesa? –preguntó en tono meloso.

–No, he dormido sola, aunque es posible que esta noche lo haga acompañada –añadió con un guiño coqueto.

–No me dejéis al margen, ¿de qué habláis? –preguntó Pablo uniéndose a la conversación.

–Pues que mientras estabais sin hablaros vosotros dos, aquí la inspectora Gutiérrez ha hecho muy buenas migas con el Cuerpo de la Guardia Civil. Más concretamente con el cuerpo de un guardia civil –dijo Raúl sin poder reprimir una carcajada lo que le valió un codazo en las costillas.

–No es nada, nos estamos conociendo, así que todavía no os compréis el esmoquin para la ceremonia.

Iban a seguir bromeando cuando el inspector Martínez entró en la unidad y todos volvieron a sus puestos sin mediar palabra. Pilar no había querido intervenir en la conversación, pero se daba cuenta de que Pablo estaba pasando por un mal momento, a pesar de que ya había hecho las paces con Susana. A ella, por el contrario, se la veía exultante, y más guapa, si cabe, que el día anterior. Pilar quería a esos jóvenes como si fueran sus hijos y decidió que no estaría mal informarse un poco sobre el nuevo novio de Susana. Se sentó a su mesa y llamó al cuartel de la Guardia Civil de Mazarrón, iba a averiguar si ese tal Andrés Castillo era un tipo de fiar.

Jesús había llevado a su hija al primer día de colegio, «el colegio de los mayores» como ella no se cansaba de repetir, y había sido mucho más duro para él que para ella. Su pequeña se encaminó resuelta a su nueva clase rodeada de niños que veía por primera vez. Fue la única ocasión que la llevó al primer día de colegio sin su mujer. Eran los pequeños detalles como estos los que le hacían flaquear, pero entonces veía a su hija diciéndole adiós con la mano y con una sonrisa que pugnaba por contenerse dentro de su rostro y se decía que debía estar a la altura por ella. La maestra que iba a tener en el primer año de primaria se mostró muy cariñosa con la pequeña y disipó varias de las dudas que él pudiera tener en este primer día.

A él le hubiera gustado llevar a su hija a un colegio público, siempre había estado a favor de la educación pública, pero su mujer tenía unos maravillosos recuerdos de su etapa en el colegio y siempre habían chocado en ese punto. Ella había asistido a un colegio de monjas al lado de la Plaza de España y, aunque Jesús detestaba los uniformes y la educación religiosa, decidió que haría eso en honor a su mujer. Aunque ella no pudiera estar ahí para acompañar a su hija, al menos él cumpliría con uno de sus sueños.

Se encaminaba tranquilo paseando por la calle Real cuando recibió un mensaje de un número desconocido. Era el mensaje de Emma que llevaba

esperando dos días. Se debatía entre querer que ese mensaje llegara y que no lo hiciera nunca, no sabía si retomar el contacto con Emma; era una buena idea o la peor que había tenido en toda su vida. Al final, le pudo la curiosidad y se sentó en uno de los bancos de madera a la sombra de una de las altas palmeras que tachonaban la calle. Respondió de forma escueta, no quería ser descortés, pero después del tiempo transcurrido tampoco sabía muy bien qué decir. La respuesta de Emma no llegó; tras casi diez minutos sentado en el banco, no hubo respuesta y se marchó; por algún extraño motivo esperaba que Emma le respondiera rápidamente, pero eso no sucedió.

Se debatía entre llamar a Jero para contárselo o guardárselo para sí. De momento decidió callar, de todas formas, tampoco había nada que contar. Pero entonces se le ocurrió una idea inesperada, algo que tal vez fuera producto por la emoción de llevar a su hija solo a ese primer día de clase, por el mensaje sin respuesta o por el calor de ese día; el caso es que con paso decidido se encaminó hacia la calle Mayor.

Emma miraba el bolso de soslayo con aprensión, le hubiera gustado encender el móvil para saber si Jesús le había escrito, pero un crucero acababa de atracar en el puerto y la tienda estaba a rebosar. Turistas alemanes y belgas con calcetines blancos y sandalias de *trekking* habían tomado la ciudad por asalto como si fueran las hordas de Gengis Kan. Ella no podía quejarse, pues eso era bueno para el negocio y además le evitaba pensar en el fatídico mensaje que había enviado sin querer esa mañana.

Una señora bávara blanca como el papel y bien entrada en carnes llegó a la caja con varias prendas en una mano y la Visa en la otra dispuesta a pagar. Emma no hablaba alemán, pero el inglés lo dominaba con soltura y pudo comunicarse sin problemas con los clientes. Todo el mundo alababa la amabilidad de Emma y lo exquisito de sus prendas, algo que ella agradecía siempre con humildad.

Los turistas se habían marchado y Emma aprovechó para ordenar un poco los percheros y sacar algunas prendas de la trastienda para reponer el género que se había vendido. La campanilla de la puerta sonó anunciando la entrada de un nuevo cliente. Se volvió con una sonrisa para recibir al recién llegado, pero el gesto se le congeló a mitad de camino.

Era imposible equivocarse: metro ochenta, bronceado seductor y profundísimos ojos color aguamarina. Se quedaron unos instantes en silencio mirándose, evaluándose uno al otro como dos contendientes en un duelo. Al final fue Emma quien rompió el silencio.

–Me alegro de verte, Jesús.

Su nombre pronunciado por esos labios le produjo un escalofrío involuntario. Él dio un paso hacia ella.

–Yo también me alegro de verte, Emma.

De nuevo se quedaron en silencio. Emma se frotaba las manos con nerviosismo y Jesús había comenzado a sudar a pesar del aire acondicionado de la boutique.

–He venido porque no has contestado a mi mensaje –dijo él.

–El móvil se me ha quedado sin batería –mintió Emma y él, bien no se dio cuenta, bien fingió que se lo creía.

–Te proponía invitarte a un café –dijo casi en un susurro y notaba cómo se ruborizaba.

Ella meditó durante unos instantes.

–Ahora es un buen momento –dijo juntando todo su coraje en esa frase.

–¿Ahora? ¿No tienes que trabajar?

–Es lo bueno de ser mi propia jefa, yo decido cuando se abre y cuando se cierra.

–Pero la ciudad está llena de turistas, ¿seguro que quieres cerrar?

–Es lo que más quiero ahora mismo.

Jesús se quedó sin habla y no le quedó más remedio que asentir en silencio. Emma cogió su bolso, apagó las luces y puso el cartel de «Cerrado» en la

puerta de la tienda. «Llevamos veinticinco años aplazando esta conversación, ya va siendo hora de que la mantengamos», se decía para no perder la valentía que había conseguido reunir.

Estaban sentados frente a frente en una mesa de una reputada cafetería en la Calle Mayor. Emma había optado por tomarse un poleo menta desechando su primera opción de pedirle al camarero un *gin-tonic* bien cargado. Jesús optó por un café con leche y ahora estaban los dos con sus bebidas sentados a una mesa y sin atrever a mirarse.

–¿Cómo estás? Después de lo de tu mujer y eso –dijo Emma que, normalmente, era una especialista de la conversación banal y ahora parecía que tuviera la lengua de trapo y se le atragantaran las palabras.

–Bueno... Lo vamos superando como podemos. Las primeras semanas fueron aterradoras, ahora parece que me he instalado en una especie de rutina que desplaza el dolor, aunque no es fácil. Hoy, por ejemplo, es el primer día de clase de Valentina y llevarla solo me ha partido el corazón, es algo que hubiera querido hacer con ella, no se lo debería haber perdido.

Había hablado más de la cuenta, no quería mostrarse tan vulnerable delante de Emma, pero algo en su tono y en la cercanía de su cuerpo le hizo sentirse cómodo. Atisbó durante una fracción de segundo lo bien que se les daba escuchar los problemas del otro y apoyarse para salir juntos adelante. Luego recordó que él era viudo y ella estaba casada y que nada era como en el instituto.

–Y tú ¿cómo estás?

Emma sopesó sus opciones: mentir y decir que todo iba de maravilla, la respuesta tantas y tantas veces ensayada y que le salía casi automáticamente; o podría hacer algo novedoso y decir la verdad, aunque solo fuera por una vez.

–Mi marido es gay –dijo sin respirar y soltando un gran suspiro al final.

Jesús se quedó de piedra, ni en un millón de años hubiera podido imaginar

esa respuesta, en verdad se esperaba algún tipo de frase hecha, pero vio que Emma había decidido optar por el camino de la sinceridad. No estaba preparado para algo así. Emma vio su cara de estupor y no pudo reprimir una carcajada.

–No debería reírme, lo sé, pero es tan patético que me río por no llorar.

–¿Nunca lo sospechaste? –preguntó preocupado.

–No necesité sospecharlo, me lo dijo él la noche que nos conocimos.

Volvió a sonreír de forma enigmática, ella era la araña jugando con la mosca que había caído en su red. Jesús trataba de recomponerse, pero cada afirmación de su antigua compañera de clase le dejaba descolocado.

–Emma, no entiendo nada. Si ya sabías que era, gay por qué te casaste con él.

–¡Para no tener que casarme con otro! Jesús no me mires así, no es tan descabellado. Los matrimonios de conveniencia se han celebrado toda la vida y este nos venía de perlas tanto a Fermín como a mí. Sus padres y los míos estaban encantados con el enlace y así nos dejaron tranquilos para vivir la vida a nuestro aire.

Jesús seguía receloso de sus palabras.

–¿Por qué me lo cuentas ahora?

–Pues no tengo ni idea, la verdad, pero creo que es porque ya no lo puedo soportar más. Estoy cansada de vivir una mentira, de estar al lado de un hombre que me quiere como a una amiga y me respeta como compañera, pero que no me desea. Será que me estoy haciendo vieja y ahora noto más el paso del tiempo y de las oportunidades perdidas.

Se permitió sumergirse en sus ojos de color aguamarina, en esos iris que la arrastraban imperiosos hacia el fondo del océano. Quería despegar la mirada, escapar y salir a la superficie, pero sabía que no podía, que su atracción era demasiado fuerte. Llevaba veinte años soñando con volver a hundirse en esos ojos. Él seguía sin decir nada, con la vista clavada en Emma sin atreverse a romper el hechizo que los había unido. Fue un diligente camarero que se

acercó a la mesa a preguntar si todo iba bien quién les permitió escapar a los dos de la prisión de sus miradas.

–¿Y qué vas a hacer ahora? –se atrevió a preguntar Jesús.

–No lo sé, para empezar, ni siquiera sé por qué te estoy contando todo esto. ¡A ti precisamente!

Jesús la miró dolido.

–No te lo tomes a mal, es que llevamos veinte años sin sentarnos a hablar y ahora de repente te estoy contando las intimidades de mi alcoba.

–Te lo repito, Emma, ¿por qué ahora?

Ella se quedó callada, rehusando su mirada esta vez. Él tendió la mano por encima de la mesa y cogió la suya con delicadeza. Una chispa de emoción los atravesó a ambos, ella bajó todavía más la mirada y Jesús apartó la mano de golpe.

–Emma, no te entiendo, te lo digo de corazón. Llevamos veinticinco años sin hablarnos, esta mañana me escribes diciendo que quieres que nos veamos, me sueltas que tu marido es homosexual, que tu matrimonio es una mentira y ¿ahora qué? Dime ¿qué quieres que haga yo con esa información? Le tendría que haber hecho caso a Jero y no haberte respondido el mensaje, ya me hiciste suficiente daño una vez como para que vuelvas a jugar conmigo precisamente ahora.

Hizo un amago de levantarse, pero ella le sujetó del brazo. Jesús volvió a su asiento, pero Emma se daba cuenta de que necesitaba respuestas y que, aunque tratara de disimularlo, seguía dolido con ella.

–Supongo que porque, en el fondo, sé que puedo contar contigo, que tú no eres como yo, eres leal.

–Tú también eres leal, Emma –respondió con un tono más suave.

–No es verdad, te dejé plantado y me fui a Inglaterra sin apenas darte explicaciones.

–Aquello pasó hace mucho tiempo, Emma, ya está olvidado.

–No para mí, no he podido dejar de pensar en aquella tarde ni un solo día de

mi vida. Lo recuerdo todo, la camiseta verde que llevabas, el banco en el que nos sentamos a hablar, tu mirada de incredulidad y de tristeza. Todos esos recuerdos me llevan acompañando más de veinte años como los espíritus de *Cuento de Navidad*. Pensé que al irme lejos sería capaz de olvidarte, pero fue aún peor. Estaba en un país extranjero con frío y lluvia en pleno verano, sin conocer a nadie y... Bueno, y pasando por una de las experiencias más horribles y dolorosas de toda mi vida.

—¿De qué estás hablando, Emma?

Ya no había vuelta atrás, el secreto que llevaba veinticinco años guardando ya era hora de que saliera a luz. Bajó la mirada y se concentró en su taza vacía, buscaba el coraje que le había faltado durante más de dos décadas.

—Fui a Inglaterra a abortar.

La noticia le cayó a Jesús como un jarrón de agua fría.

—Pero... Si nosotros nunca...

—Lo sé, tú siempre decías que esperarías a que estuviera preparada, eras el novio perfecto de eso no cabe duda. Fue... Fue Diego.

Jesús dio un respingo y una llama de odio comenzó a arder en su mirada.

—¿Te acostaste con Diego? —preguntó elevando la voz.

—¡Por supuesto que no! Me forzó. La miró desconcertado.

—Cuéntamelo todo. —Era una orden, la llama seguía refulgiendo en su mirada, pero ahora era fría como el hielo.

Emma cogió aire llenando sus pulmones y se preparó para revivir una de las experiencias más traumáticas de su vida.

—Fue en la boda de los hijos de unos amigos de nuestros padres, a pesar de que éramos menores no pusieron reparos en servirnos champán y al final de la noche ya íbamos los dos un poco bebidos. Yo salí al jardín a pasear para despejarme y Diego apareció detrás de mí. Al principio me alegré de que estuviera cerca, pues me daba miedo caerme porque iba un poco borracha, pero entonces empezó a manosearme y a tratar de meter la mano bajo mi vestido.

Jesús apretaba los puños bajo la mesa y contraía los maseteros reprimiendo su asco.

–Me tiró al suelo y se puso encima y... Bueno, y me forzó a pesar de que yo traté de resistirme con todas mis fuerzas. Mi primera vez fue sobre la tierra del jardín de la sala de banquetes con el asqueroso de Diego. Cuando se lo conté a mi madre, dijo que la culpa era mía, que yo le había provocado o dado falsas esperanzas y que Diego era un perfecto caballero que venía de una familia irreprochable. No me quiso creer y eso fue lo que más me dolió. Mi padre se puso de su lado sin dignarse a tener en cuenta lo que yo contaba. Cuando te volví a ver era incapaz de contarte lo que había pasado por si tú pensabas como mis padres, además de que creí que no querías saber nada más de mí. Y como soy muy orgullosa decidí cortar contigo antes de que tú lo hicieras conmigo.

–Nunca te hubiera abandonado –susurró con cariño y Emma le devolvió una sonrisa triste.

–Cuando me enteré de que estaba embarazada lo primero que pensé fue en quitarme la vida, no podía soportar la idea de tener un hijo suyo, era algo que me repugnaba. Mis padres tomaron la decisión más honrosa para una chica de buena familia, que fue enviarme a Inglaterra a abortar y de paso me quedaría allí un tiempo para dejar que las cosas se serenaran entre Diego y yo. Por eso te tuve que dejar, por eso me fui lejos y por eso te he estado rehuyendo todos estos años. No puedo soportar la vergüenza que me causaba recordar aquello.

–Eso es lo que Diego tenía contra ti, ¿verdad?

–Sí, pero no me lo podía decir a mí porque, si mis padres se enteraban de que estaba removiendo ese asunto, lo hubieran matado ellos mismos con sus propias manos. Así que por eso acudió a ti.

–Porque sabía que yo nunca te dejaría en la estacada.

–Eres un buen amigo.

–Es lo que tiene estar enamorado, Emma.

Ella se quedó sin habla. Su nombre en sus labios era como terciopelo

deslizándose por su piel. Se permitió volver a mirarlo a los ojos y vio todo lo que se había perdido en estos años: vio amor, pasión, una familia. Vio a un hombre que nunca dejaría que le pasara nada malo y que la cuidaría siempre. Suspiró y alargó la mano para posarla sobre la suya.

–¿Y ahora qué vas a hacer? –preguntó él, que había cogido sus delicadas manos entre las suyas.

–No lo sé, Diego ha muerto y tú ya conoces toda la historia, con lo que ya no soy presa de aquel secreto. Supongo que Fermín y yo nos divorciaremos, nuestro matrimonio ha durado bastante para ser de pega –añadió sonriendo–. Y luego ya veré, no lo he pensado. Tal vez retome viejas amistades largo tiempo olvidadas –añadió con la esperanza arañando su voz.

Él sonrió y su mirada se llenó de luz.

–Yo también quiero lo mismo. Por cierto, es hora de recoger a Valentina del colegio que hoy solo tiene clase por la mañana, ¿quieres acompañarme? Me encantaría que la conocieras.

Ella sonrió, no la sonrisa fingida que sabía enarbolar de memoria, sino una sonrisa que salía desde lo más profundo del alma, que hablaba de heridas que se curan y de segundas oportunidades. Y de cómo en ocasiones la vida te regala una familia que te quiere cuando tú ya lo dabas todo por perdido.

A la hora de la comida se escapó de sus compañeros que estaban ya haciendo planes para comer juntos y se fue a la Alameda de San Antón. Una de las arterias principales de la ciudad que une la Plaza de España con el barrio de San Antonio Abad. En época romana esta zona estaba sumergida bajo el mar y fue en el siglo XVI cuando se plantaron los primeros árboles, álamos blancos y negros, que fueron los que le dieron el nombre que ha perdurado hasta nuestros días. Los árboles se talaron durante la Guerra de Independencia por miedo a que el general francés Sebastiani los empleara para sus propios fines.

La alameda sufrió varias reformas, llegó a albergar un hipódromo e incluso

un mercado semanal de ganado. Finalmente, en los años noventa se acometió la última reforma que es la que le daría su aspecto actual; se talaron los eucaliptos frente a grandes protestas de los ecologistas y se plantaron nuevos árboles al tiempo que se arreglaba una zona central con jardines y bancos.

Y justo ahí, a la sombra de uno de esos árboles fue donde Pablo se permitió sacar el paquete y rasgar el papel de regalo. Era un libro pequeño del escritor Georges Perec, ese francés loco del que habían estado hablando Marta, Arturo y él unos días antes. Se titulaba *Me acuerdo* y Pablo sintió una punzada de decepción al ver que el libro no estaba dedicado. Le hubiera gustado alguna frase por banal que fuera. Se puso a hojear el libro y se dio cuenta de que era exactamente lo que se había imaginado viniendo de la pluma de este escritor: una auténtica locura.

El libro estaba compuesto por frases cortas que comenzaban todas con «Me acuerdo» y que correspondían a recuerdos reales del autor. Era un libro raro, pero que estaba leyendo muy deprisa.

Me acuerdo de que mi tío tenía un 11CV matrícula 7070 RL2.

Me acuerdo de un queso llamado «La vaca seria» («La vaca que ríe» demandó y ganó).

Me acuerdo de «Pilas Wonder se gastan solo si las usas».

Pablo iba así pasando por una infinidad de recuerdos vividos por un autor francés del siglo pasado y que iba comparando con los suyos propios. Le sorprendió que al llegar al final de los recuerdos de Georges Perec todavía quedaran varias páginas en el libro, así que intrigado siguió leyendo y se encontró con algo que no hubiera sido capaz de imaginar. Al final del libro había una serie de páginas en blanco que los editores habían dejado para que cada lector apuntara sus propios recuerdos y allí vio varias líneas escritas con una caligrafía pulcra y estilosa que supuso que era de Marta.

Me acuerdo de que mi maestra de parvularios se llama Martina.

Me acuerdo de que de pequeña quería ser domadora de dinosaurios.

Me acuerdo de que una vez me colé en un autobús y me morí de miedo todo el camino pensando que me iban a pillar.

Pablo leía encantado esos pequeños retazos de la vida de Marta que había decidió compartir con él. Le daba la impresión de que iban en orden cronológico y estaba deseando llegar al final.

Me acuerdo de que, cuando pisé Francia por primera vez, se me saltaron las lágrimas.

Me acuerdo de cuándo Loken llegó a mi vida siendo solo un cachorro y cómo sentí un cariño profundo de manera instantánea.

Había leído casi todas y ya estaba llegando al auténtico final del libro. Tan solo quedaban dos frases más.

Me acuerdo de lo cobarde que fui cuando me marché a Guatemala. Me acuerdo de que estaba profundamente enamorada de ti.

Pablo se quedó con el libro en las manos, leyó las últimas frases unas doce veces cada una y aun así era incapaz de creerse lo que estaba leyendo. ¿Estaba enamorada de él? ¿Por qué habla en pasado? ¿Sigue sintiendo lo mismo o ya se ha acabado? ¿Por qué se marchó? ¿Le dio miedo lo que sentía? ¿Él no era suficiente para una estrella como Marta?

Estas y otras preguntas se agolpaban en su cabeza con un martilleo constante. No era capaz de poner en orden sus pensamientos y este libro le había traído más preguntas que respuestas. Se puso en pie y al instante volvió a sentarse en el banco.

¿Qué iba a hacer ahora? Se puso en pie de nuevo y se alejó de la alameda hacia su coche, que estaba aparcado detrás de la comisaria. Al tiempo que andaba le iba enviando un mensaje a Raúl, necesitaba respuestas y, si trataba de volver al trabajo, sabía que no se iba a concentrar en nada. Por eso hizo lo único que podía hacer en estas circunstancias, ir a ver a Marta y hablar con

ella.

Eran las tres de la tarde y él estaba plantado delante de la puerta de la casa de Marta sin atreverse a llamar al timbre. La frente se le estaba empezando a perlar de sudor y no sabía si era por el calor inclemente que hacía a esas horas o por lo nervioso que se encontraba. Había estirado varias veces la mano para tocar, pero en el último momento había acabado recogiénola. Prefería enfrentarse a toda una banda de narcotraficantes armados hasta los dientes que a la conversación que quería mantener con Marta. La verdad es que cuando leyó las últimas frases del libro se había envalentonado y sin pensarlo ni siquiera un instante se había dirigido a su casa. Ahora, delante de su puerta, la idea le parecía una auténtica estupidez y el discurso que iba ensayando de camino sonaba mucho más ridículo ahora que quería decirlo en voz alta.

—¿Es usted Testigo de Jehová?

Pablo se sobresaltó al escuchar esa voz a su espalda. Se giró con cautela y vio a una señora de unos setenta años que lo miraba desde el otro lado del seto de su casa.

—No, no lo soy.

—¿Y qué hace ahí parado? No irá a robar, ¿verdad? Porque yo tengo a la policía en marcación rápida y me he quedado con su cara, que lo sepa —dijo amenazante la señora que ahora lo miraba con recelo.

—No se preocupe, soy policía —dijo Pablo sacando su placa.

—¡Ay! La policía en casa de Irene, seguro que ha sido por su chiquillo, los

que parecen buena gente siempre acaban teniendo un lado oculto. ¡Qué disgusto más grande se va a llevar! ¿Está detenido?

–No, señora, no hay nadie detenido, soy amigo de la familia. La mujer lo miró de arriba abajo sin ocultar su suspicacia.

–Pues no lo he visto nunca por aquí –añadió entre dientes.

–Bueno, entre en casa que esto no le atañe. Haga el favor o tendré que detenerla por obstrucción.

Pablo sabía que todo lo que había dicho era mentira, pero no veía la forma de librarse de la anciana. Esta entró con parsimonia en su casa y a Pablo no le pasó desapercibido el ligero movimiento que se apreciaba detrás de la cortina de una de las habitaciones que daba al jardín. Al final, pulsó el timbre y rezó él, que era firmemente ateo, para que fuera Marta quien abriera esa puerta. El dios en el que no creía estaba hoy de vacaciones porque fue su madre quien se asomó y lo miró sin reconocerlo a pesar de que ya había venido un par de veces con Álex a su casa.

–¿Quién anda ahí?

–Buenas tardes, señora, soy Pablo, un amigo de Marta. ¿Está en casa?

De repente se sintió como si tuviera de nuevo catorce años y viniera a buscar a uno de sus amigos después del colegio para ir a jugar a la pelota.

–¿Pablo? No me suena ese nombre. No serás de la prensa, ¿verdad? Esos parásitos están siempre a la caza de la última exclusiva y aquí no nos gusta ese tipo de gente.

–No, señora, soy un amigo de Marta, de verdad.

Irene lo miraba con los ojos entornados y sin moverse ni un ápice del quicio de la puerta. Pablo estaba a punto de tirar la toalla cuando una pierna escayolada apareció en su campo de visión y por fin Marta, que había escuchado la conversación desde la cocina, vino a socorrerlo.

–Está bien, mamá, es un amigo.

Irene se retiró, pero no le quitó el ojo de encima a Pablo en todo el camino hasta la cocina. El agente sintió un escalofrío y pensó de nuevo en que prefería

enfrentarse a todos los asesinos de Cartagena antes que a las señoras que habitaban en esta calle.

–Siento que mi madre te haya dejado en la puerta con el calor que hace, debemos estar a cuarenta grados. ¿Quieres algo de beber? Estás chorreando.

Pablo negó con la cabeza, si se perdía en frases hechas nunca sería capaz de soltar lo que había venido a decir. Sacó el libro de la mochila que llevaba colgada al hombro y no pudo evitar ver cómo Marta se sonrojaba.

–Ya lo he leído.

Se quedaron en silencio. Era difícil encontrar las palabras en una situación como esta.

–¿Te ha gustado? –fue lo único que acertó a decir, aunque se arrepintió un segundo después, pues era la frase más idiota que podía haber dicho.

–Es... extraño, aunque bastante adictivo. Lo que más me ha sorprendido ha sido el final.

Dejó la frase flotando en el aire. Marta quería leer en su mirada qué le había parecido, pero años de interrogatorios lo habían vuelto bastante inescrutable.

–Yo... Quería compartir algunas cosas contigo, supongo que es mi forma de pedirte perdón por marcharme de forma tan abrupta.

–Dices que estabas enamorada de mí –Pablo hizo hincapié en el verbo en pasado para tratar de que Marta le dijera algo más.

–Sí, bueno, lo siento. Yo... Esto, sí, claro, me gustabas, de hecho, era más que gustarme, pero claro... Ahora tú tienes novia y yo la pierna escayolada, que no tiene nada que ver, pero bueno. Y yo... Sí, sí, enamorada, mucho, pero ahora tú con Lola. Y yo superfeliz, ¿sabes? Que ni celosa ni nada, solo feliz. Y ya pues eso, ya menos enamorada.

Las palabras le salían como si las escupiera un mono borracho, nada de lo que decía tenía sentido y, sin embargo, era incapaz de parar de hablar.

–¿Pero ahora sigues enamorada? –preguntó Pablo que no había sacado nada en claro.

–No, hombre, que tú estás con Lola y yo no me quiero meter en vuestra

pareja.

–Pues es una pena porque yo sí que sigo enamorado.

Ya está, ya lo había dicho. De hecho, no recordaba haberlo dicho nunca antes, o al menos decirlo sintiéndolo tanto. Marta se quedó estupefacta, no esperaba esa respuesta, pero años siendo reportera en directo de la tele te dan bastantes tablas y se recompuso con rapidez. Pensaba decirle que ella también seguía enamorada, que, si había dicho todo eso, era para no crearle problemas con su novia; que no había dejado de pensar en él ni un solo día, pero todas esas frases se quedaron estancadas. Simplemente se acercó a Pablo renqueando, le pasó una mano por la cintura y lo besó.

Él se quedó sorprendido en un primer momento, pero después respondió a su beso con furia y con las ganas que llevaban varios meses enjauladas. Al cabo de unos minutos que a ambos le supieron a poco Pablo se separó de ella.

–Tengo que irme, necesito hablar con alguien primero.

Marta asintió en silencio. Ella ya había sido la novia que veía cómo su pareja se besaba con otro estando con ella y se prometió que nunca pondría a otra mujer en esa misma situación. Pablo le cogió la mano y se miraron a los ojos con intensidad. Él tenía que volver al trabajo y debía hablar con Lola, pero se negaba a separarse de Marta por si ella desaparecía de nuevo. Ella debió leerle la mente pues le sonrió y le dijo:

–Ve tranquilo, te esperaré.

Él le besó la mano resistiéndose a marcharse, pero al final se encaminó a la puerta. Estaba seguro de que la vecina de enfrente no se había perdido detalle de lo que había pasado en el porche de los Ortiz.

Marta cerró la puerta detrás de sí y se sintió ligera por primera vez desde hacía mucho tiempo. Por lo visto su gafe se iba acabando.

Pablo llegó a la comisaría sintiéndose más joven, lleno de vida y, sobre todo, feliz. Su nuevo estado de ánimo no pasó desapercibido para ninguno de sus

compañeros, que lo miraron sorprendidos. Susana y Raúl se acercaron a su mesa llenos de curiosidad.

–Llegas tarde por primera vez desde que te conozco y encima con esa sonrisa. Desembucha –dijo Raúl sonriendo pícaro.

–Cosas personales, no ha pasado nada.

–¡Ja! Negar la mayor, es lo primero que haría un culpable.

Susana se acercó y le pegó la nariz al pecho como haría un perro adiestrado para buscar drogas. De repente abrió muchos los ojos y dio un paso para atrás. Pablo enrojeció hasta las orejas mientras Raúl se quedaba perplejo.

–¿En serio? –le preguntó con una mueca.

–No sé de qué me hablas –trató de defenderse.

–Claro que sí, conozco esa colonia que ahora llevas por toda la camisa. Raúl los miró sin comprender.

–¡Es la de Marta!

Pablo se rindió ante la evidencia y asintió acorralado mientras Raúl sonreía de oreja a oreja durante unos instantes para ponerse serio al instante siguiente.

–¿Y Lola?

–Me ocuparé de eso más tarde, ahora se supone que tenemos trabajo. Sus compañeros lo miraron inquisitivos.

–Os lo contaré todo, os lo prometo, pero ahora vamos a trabajar, por favor.

–Tal vez pueda ayudaros con eso –Pilar apareció al lado de los jóvenes con un montón de papeles en la mano.

–Dinos, deidad de la comisaría, ¿qué tienes para nosotros? –le preguntó zalamero Raúl.

–Mirad, el otro día escuché a Susana diciendo que había que empezar por el principio y me pareció una idea excelente porque, si no es por el principio, por dónde se va a comenzar. El caso es me puse a revisar declaraciones porque había algo que no me terminaba de cuadrar, pero no sabía bien lo que era. Y ahí que estaba yo leyendo y leyendo y mira lo que he encontrado.

Les tendió los folios a los jóvenes, en los que había varias frases subrayadas

con rotulador fosforescente. Susana la miró incrédula.

–Pero eso no es todo, lo que más me sorprende es que no hay declaración inicial; por lo visto, nunca le hemos preguntado si mató a Diego. De hecho, nunca le preguntamos nada, es el único testigo del que no hay constancia.

Los tres se miraron sintiendo la misma corazonada y se lanzaron escaleras abajo.

Los policías llegaron a una casa solariega en la población de Galifa, un pequeño pueblo que se encuentra en el Parque Natural de la Muela muy cerca del monte del mismo nombre y a pocos kilómetros del mar. Campos de cultivo y plantaciones de almendros decoraban la carretera que llegaba hasta la casa. Esta era una vivienda de una sola planta de muros encalados rodeada de un jardín lleno de flores y varios árboles frutales. Una figura menuda adornada con una pamelita estaba arrodillada cerca de unas azuleas a la sombra de un tilo enorme. Removía la tierra con una pequeña pala y un rastrillo mientras añadía abono alrededor de la planta. Al escuchar el ruido de las ruedas del coche sobre la gravilla de la entrada se levantó y se acercó a abrir la verja del jardín a los agentes.

Doña Gertrudis les dedicó una sonrisa amable que acentuó aún más las arrugas que adornaban su rostro. Les hizo pasar y los invitó a sentarse en el porche para protegerse del calor. Raúl y Pablo miraron nerviosos a Susana que decidió llevar la voz cantante.

–Señora Martínez.

–Por favor, llámame doña Gertrudis –le cortó la anciana.

–Sí, claro –dijo Susana tratando de recomponerse–, doña Gertrudis, nos hemos dado cuenta de que el día de la fiesta ningún agente le tomó declaración y bueno, necesitamos hacerle una pregunta. ¿Mató usted a Diego de Soto?

–Sí –respondió con aplomo y son borrar la sonrisa bonachona de su cara.

–¿Por qué?

–Porque se lo merecía.

–Podría ser un poco más específica, por favor.

Ella se encogió de hombros, pensó que no le iba a pasar nada por contar lo que sabía a los policías.

–Diego era un ser humano horrible; yo quería a esos chicos como si fueran mis propios hijos. Cuando una ha estado dedicándose a la educación tantos años como yo, sabe que hay promociones que son especiales, que hay jóvenes que te tocan el corazón más que otros y os aseguro que esos chicos eran especiales. Adela, Jero, Jesús, Emma, incluso Valentín o Diana, todos eran buenas personas y tenían algo que los hacía especiales. Todos menos Diego, que era sencillamente repugnante. Pensaba que por venir de una familia acaudalada tenía derecho a hacer lo que le viniera en gana y arruinarle la vida a los demás. A quién más fuerte golpeó fue a la pobre Emma, que le hundió la existencia separándola del hombre de su vida.

Los agentes se miraron ente sí sin comprender.

–Diego la violó, y no solo eso, sino que se quedó embarazada. Una chica de buena familia no podía tener un hijo en el instituto y al terminar selectividad sus padres la mandaron a Londres a que abortara y pasara allí una temporada. Eso la destrozó y la obligó a dejar a Jesús del que estaba enamorada. Nunca se lo perdoné, pero pensé que, después de haber cometido un error como ese, habría entrado en razón, pero me equivocaba. He seguido en contacto con muchos de los chicos y de una forma o de otra Diego les había hecho daño a todos. Ya iba siendo hora de que alguien le parara los pies.

–¿Por qué en la fiesta?

–No lo planeé ni nada por el estilo. Simplemente habíamos terminado de cortar la tarta y el cuchillo estaba ahí, lleno de nata y chocolate, y verlo sucio me estaba devorando por dentro, así que fui al baño a lavarlo. Allí estaba Diego hablando con otros hombres, jactándose de las guarradas que obligaba a hacer a su secretaria si no quería perder su puesto de trabajo. Por lo visto, la chica tenía a su padre enfermo y su madre estaba en paro y Diego la estaba

utilizando. Es repugnante aprovecharse de la necesidad de los demás en beneficio propio. Cuando sus acompañantes se marcharon no lo dudé y le clavé el cuchillo. Mereció la pena solo por la cara de estupefacción que puso al verse con el mango saliéndole del pecho.

–Y luego borró sus huellas –añadió Pablo. Doña Gertrudis sonrió de nuevo.

–Me encanta CSI, así que sabía que, si dejaba el cuchillo bajo el grifo, se destruirían.

–Hace falta mucha fuerza para atravesar una caja torácica, señora –dijo Raúl impresionado.

–No se deje engañar por mi edad, agente, esta tierra está seca y es muy difícil plantar algo aquí y, sin embargo, yo tengo un jardín que parece un vergel. Estoy acostumbrada a cavar y a usar mis manos para trabajar, a diferencia de ese bueno para nada.

–Señora, puedo entender sus motivaciones, pero ahora va a ir a la cárcel por culpa de Diego.

–¿Usted cree joven? –dijo doña Gertrudis cambiando su porte recto y su mirada vivaz por una pose encorvada y de manos temblorosas. Incluso su voz sonaba trémula y dubitativa–. Haré una interpretación digna de un Goya a la Actriz Revelación, la misma que le hice al pobre policía que quería interrogarme el día de la fiesta y que acabó metiéndome en una ambulancia por miedo a que me muriera allí mismo. Diré que no me di cuenta, tal vez fue un ataque de demencia senil o algo así, ya tendré tiempo de pensarlo de aquí a que llegue el juicio. Lo que sí les puedo decir es que si me arrepiento de algo es de no haberlo hecho antes.

Raúl se puso en pie y la señora imitó su gesto para acompañarlo al coche. A pesar de que estaba detenida, no había perdido ni un ápice de su dignidad y la admiraba por ello. Aunque su sangre fría y su falta de remordimientos le asustaba.

La tarde caía cuando se dirigieron a la comisaría con una criminal octogenaria detenida.

El inspector Martínez felicitó a su equipo por haber cogido al asesino y decidió ir en persona a comunicar la buena nueva a la madre de Diego. Le pidió a Pablo que le acompañara y este lo hizo de mala gana, pues su última visita al piso de los Cabrera no había salido precisamente bien.

Al llegar a la puerta de entrada la doncella ya los estaba esperando en el dintel y Pablo pensó que nunca sería capaz de acostumbrarse a ese tipo de atenciones. Esta vez no los hicieron esperar y ya estaban instalados en el salón, que parecía un museo, Guillermo y su hija Jimena. Ella tenía los ojos hinchados de haber estado llorando y Pablo sintió una oleada de ternura.

El inspector Martínez fue directo al grano, pues no le apetecía perder más tiempo del estrictamente necesario en una casa en la que sabía que no eran bienvenidos.

–Me complace anunciarles que hemos detenido al asesino de Diego –dijo sin demasiados preámbulos.

Jimena soltó un grito ahogado y su padre torció el gesto en una mueca que bien podía ser de disgusto o de pena.

–¿Quién ha sido? –preguntó con su tono avinagrado habitual.

–Pues seguramente no se lo van a creer, pero fue doña Gertrudis, la antigua profesora de historia del instituto.

–Pero... ¿Cómo es posible? Debe tener casi la misma edad que mi padre –dijo Jimena sin poder contenerse.

–¿Y no me ves capaz de matar a alguien? No seas estúpida, claro que podría hacerlo. Lo que quiero saber es por qué.

Antes de que el inspector Martínez tuviera tiempo de hablar, Pablo se le adelantó.

–Un episodio de demencia. No queda claro, pero, por lo visto, la señora está enferma y no anda bien de la cabeza.

El inspector lo miró entrecerrando los ojos y luego asintió con un suspiro. Su cometido era pillar a los asesinos, la defensa y la acusación eran problema de los abogados y él no iba a meterse en medio.

–¿Una anciana mató a mi nieto en un ataque de locura? ¡Ja! Es la peor excusa que he oído en mi vida. Esa vieja va a dar con sus huesos en prisión, se lo digo yo. Aunque sea lo último que haga antes de morirme.

–Papá, por favor, tranquilízate.

–No me digas que me calme. Al final tu hijo ha salido tan pusilánime que una maestra jubilada ha podido con él. En el fondo, sois los dos iguales –escupió las palabras con asco.

Jimena notaba que las lágrimas estaban a punto de aflorar de nuevo a sus ojos y su padre chasqueando la lengua hizo una señal al ama de llaves.

–Águeda, lléveme a mi cuarto, que aquí ya hemos terminado.

Y salió sin tan siquiera despedirse como ya los tenía acostumbrados.

–Lo siento, mi padre no ha tenido un buen día.

–Lo entiendo –dijo el inspector sin entender absolutamente nada; cuando él tenía un mal día no lo pagaba con los demás.

–Gracias por su trabajo, ahora podemos seguir adelante, aunque no sé si seré capaz de hacerlo sola. Cuando mi padre se muera, ya no quedará nadie más que yo, y no sé si tendré fuerzas para enfrentarme a la vida ahora que Diego se ha marchado.

–No está sola, señora.

–Ya, tengo amigas y asociaciones a las que pertenezco, pero eso no llena el vacío que deja un hijo.

–¿Ese vacío lo puede llenar un nieto? –Pablo se sonrojó al tiempo que hablaba y se llevó una mirada airada por parte de su superior.

–¿Un nieto dice? –los ojos de la mujer se abrieron como platos.

–Sí, su hijo dejó embarazada a... A una de sus acompañantes. Está de unos cuatro meses y, a pesar de que es de familia humilde, parece una buena mujer. Solo piensa en el bebé y creo que le vendría bien un poco de ayuda.

Por primera vez desde que conocieron a Jimena casi quince días antes, la vieron sonreír. No una sonrisa forzada, sino una sonrisa sincera y llena de esperanzas.

–¿Me pueden dar la dirección de la joven? Claro que la ayudaré en lo que haga falta y esta vez no dejaré que mi padre interfiera en la educación de ese niño. ¡Un nieto! Es un regalo, agentes, un auténtico regalo. Ya entiendo eso que dicen de que cuando Dios cierra una puerta abre una ventana.

–Hablabamos primero con la joven por si quiere estar en contacto con usted y, si su respuesta es afirmativa, le daremos la dirección –dijo el inspector Martínez tratando de serenar un poco los ánimos, pues veía a Jimena demasiado emocionada y no quería que se llevara luego una desilusión.

Cuando abandonaron el piso, Pablo tenía la sensación suave y reconfortante del trabajo bien hecho, mientras que el inspector no estaba tan convencido. Al menos había cerrado el caso, apresado al culpable y llevado algo de luz a la oscura existencia de Jimena Cabrera. Se encogió de hombros al pasar delante del portero y pensó que no había sido un desenlace tan malo.

Como cada vez que cerraban un caso, se habían reunido todos en Casa Paqui, una taberna en el barrio de San Antón, propiedad de la tía de Susana. El local estaba decorado con fotos antiguas en blanco y negro de Cartagena y, a pesar de que los manteles eran de papel y no había una decoración glamurosa, no se podía negar que se comía de maravilla. Paqui se acercó a la mesa a la que iban llegando los policías a cuentagotas para felicitarlos por haber puesto punto y final a uno de los casos más mediáticos de los últimos tiempos. El inspector Martínez fue el primero en llegar acompañado de su mujer, Pilar apareció un par de minutos después con su marido y se puso a charlar animadamente con Paqui, con quien tenía una bonita amistad. Raúl llegó con su mujer tras ellos, habían dejado a la pequeña Estrella con los abuelos y estaban dispuestos a disfrutar de una noche libre. Susana apareció sola y tuvo que enfrentarse a los comentarios jocosos de Raúl que ya había puesto a todo el mundo al corriente sobre su relación con el agente Castillo.

Estaban ya sentados a la mesa tomando los aperitivos cuando llegó Pablo

que entró disculpándose por la tardanza y con aspecto azorado. Se sentó al lado de Susana y no tuvieron ni que hablar para que ella supiera lo que había sucedido. Con intercambiar una mirada bastó para que su compañera entendiera que lo acababa de dejar con Lola y que no había sido una conversación fácil de mantener. En un momento en el que la charla general estaba centrada en Rocío, que mostraba un vídeo de Estrella haciendo pompas de jabón, Susana le dijo a Pablo en un susurro.

–¿Y ahora qué?

–No tengo ni idea; para empezar, vamos a tener que rezar para que no me ponga malo porque me da miedo ir al hospital y toparme con Lola.

–¿Tan mal ha ido?

–Sí, a pesar de que llevábamos solo unos meses juntos, ella ya se veía pasando por la iglesia conmigo y teniendo media docena de hijos. Así que se lo ha tomado fatal. En un momento se ha puesto tan histérica que pensé que algún vecino acabaría llamando a la policía.

–Menos mal que no ha sido así.

–Y que lo digas.

–¿Y Marta? –dejó la pregunta en el aire.

–No lo sé, no sé qué quiere, o cuándo vuelve a Madrid. Solo sé que no podía seguir con Lola si no estaba enamorado de ella, no se merece estar con alguien que, en el fondo, no la quiere.

Susana asintió y se sumergió junto con Pablo en la conversación general. Como siempre que se juntaban todos acabaron contando anécdotas de tiempos pasados; el marido de Pilar habló de su etapa haciendo la mili, y hasta Paqui se sumó a la conversación añadiendo pasajes de la historia de Susana de adolescente. El local se iba vaciando y ellos estaban ya terminando los postres cuando la puerta se abrió y dejó entrar a varios clientes. Cuando los reconocieron todos se levantaron y los invitaron a compartir mesa, ahí estaban Álex y Arturo que habían venido a felicitar a sus amigos. Pero la puerta siguió abierta y dejó paso a una figura más: un cuello estilizado, unos enormes ojos

color avellana y una escayola en la pierna izquierda acompañaron la entrada de Marta en el local.

–¡Señorita Ortiz! –dijo el inspector Martínez –Qué alegría verla por aquí.

Marta saludó a todos y se fundió en un largo abrazo con Paqui. Conocía a esa mujer desde su niñez y había sido siempre como una madre para ella. Al verla entrar, Susana se sorprendió y luego cruzó los brazos sobre el pecho en actitud defensiva. Todavía tenía muy presente la última vez que Marta había irrumpido en ese mismo local varios meses antes y había anunciado que se marchaba a Guatemala, lo que causó que a Pablo se le rompiera el corazón.

–¿Qué haces aquí? –preguntó en tono seco.

–He venido a felicitaros.

–¿Y qué más? –Susana la conocía demasiado bien y sabía que no se había desplazado a esas horas simplemente para darles la enhorabuena.

–Pues que he recibido esta tarde una llamada de la cadena y...

–¿Te marchas otra vez? –inquirió Susana enfadada sin poder evitar levantar el tono.

–No, es lo que te quiero decir. Déjame terminar, por favor. La cadena me ha llamado para saber cuándo puedo volver porque tienen un programa para mí, pero mientras me iban explicando de qué iba he pensado que no quiero dedicarme a ese mundo nunca más y me he despedido.

Un murmullo de sorpresa general recorrió la mesa.

–Así que he llamado a mi agente para decírselo y primero se ha puesto hecha una furia, pero después se ha dado cuenta de que, si yo no tengo trabajo, ella no cobra, y como es más lista que el hambre, se ha puesto a mover contactos. Al cabo de una hora me ha encontrado una cosa para una revista de moda.

–¿Te marchas de nuevo a Madrid? –Pablo hizo la pregunta con un nudo en la garganta.

–No –ella lo miró sonriendo de oreja a oreja y él le devolvió la sonrisa–. Quieren que lleve un blog donde cuente lo que se me pase por la cabeza: recetas de cocina, estilismos, asociaciones con las que colaboro... En fin,

cualquier cosa que pueda interesar a las lectoras de la revista. Y lo bueno es que puedo trabajar desde casa, no necesito volver a Madrid.

–Eso es genial –dijo Susana levantándose para darle un abrazo.

–Además, hace ya tiempo que llevo pensando en lanzar mi propia marca de moda; ya estoy cansada de vestir lo que diseñan otros, así que me voy a dedicar a hablar con proveedores, a estudiar diseño. Un mundo nuevo pero muy emocionante.

–Me alegro muchísimo por usted, señorita Ortiz –dijo el inspector con una inclinación de cabeza.

–Y yo, princesa –esta vez fue el turno de Paqui de darle un abrazo y un par de besos.

Todos los miembros de la brigada fueron pasando para darle la enhorabuena por su cambio de trabajo.

–Me alegro de que hayas dejado esa mierda de programas que te hacían presentar –le dijo Raúl con una sonrisa–. Tal vez ahora puedas hacer méritos para ser corresponsal en el extranjero.

Marta no pudo retener una sonrisa y sintió cómo el hombretón la estrechaba entre sus brazos al tiempo que le daba un sonoro beso. Luego añadió en tono de confidencia:

–Cuídalo, ¿vale? Es lo único que te pido –dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Pablo.

Él se había quedado el último para felicitar a Marta, pues no sabía muy bien qué decir, pero cuando la tuvo delante supo que no era necesario decir nada. La veía con esa sonrisa luminosa que en estos momentos le dirigía solo a él y pensó que era un hombre muy afortunado. Se ruborizó antes de poder abrir la boca y la sonrisa de Marta se ensanchó.

–Entonces, te vamos a ver bastante por aquí, ¿no?

–Eso espero.

–Tal vez te apetezca un día ir tomar algo juntos.

–Mañana estoy libre –añadió ella sonriendo.

–Pues que sea mañana.

–Buscaos un hotel –dijo Arturo interrumpiendo el momento y pasando un brazo por encima de los hombros de cada uno–. En serio, hay tanta tensión sexual entre vosotros que necesitaría una sierra mecánica para poder cortarla.

Se rieron con la broma, pero no se quitaban el ojo de encima. Marta por fin había descubierto cuál era su sitio.

Dos semanas habían pasado desde que doña Gertrudis fue detenida por el asesinato de Diego Guerrero de Soto y Cabrera. Dos semanas en las que la vida de todos había vuelto a una suave rutina. Los días en septiembre se acortaban poco a poco y alguna que otra noche incluso se podía decir que refrescaba algo.

Adela y Jero habían retomado su costumbre de verse un par de veces por semana para desayunar juntos y ponerse al día. La fiscal no se cansaba de pasar tiempo con su mejor amigo de la infancia y todos los sucesos que habían acontecido en las últimas semanas los habían unido más, si es que eso era posible.

–Pues deberíamos quedar un día de estos todos para hacer una excursión al Roldán –dijo con su habitual entusiasmo.

–¿Al Roldán? Pero si subir ese monte es una paliza.

–Venga, venga, no te quejes tanto. Te coges a Lucía y a los gemelos, metemos unos bocadillos y unas botellas de agua en una mochila y nos vamos todos para el monte. Hay unas vistas preciosas desde lo alto y a los chiquillos seguro que les encantará.

–¿Y tus hijas van a ir?

–Hombre, la pequeña seguro que sí, a Virginia va a ser más difícil convencerla, pero eso se lo dejo a su padre, que tiene más maña con ella. Ya verás, va a ser un domingo estupendo.

–Adela, no corras, que te encanta lanzarte a organizar cosas y luego mira como acaban –añadió con una media sonrisa que le acentuaba las arrugas que bordeaban los ojos.

–¡Cómo os gusta quejaros a todos! Pero luego bien que os encanta que...

Adela se quedó con la frase a medio terminar y Jero se volvió para seguir la mirada de su compañera de mesa. Jesús venía en dirección a ellos con una increíble sonrisa, que acentuaba el brillo de sus ojos aguamarina. Eso de por sí no era llamativo, a pesar de que Jesús seguía siendo francamente atractivo, lo que sorprendió a Adela y le impidió terminar de hablar es que el deportista venía cogido de la mano de Emma, que sonreía a su vez como una colegiala enamorada.

Saludaron con dos besos a Adela y a Jero y se sentaron a su mesa sin esperar que los invitaran. Adela seguía mirándolos como si estuviera viendo una aparición mientras Jero había sido capaz de recobrar la compostura y dirigía la conversación hacia el siempre socorrido tema del tiempo. Tras varios minutos de hablar del calor que seguía haciendo en esta época y de su posible relación con el cambio climático, Adela no pudo aguantarse más y estalló.

–Dejad de hablar de las nubes y contadnos qué está pasando aquí. ¿Estáis juntos? ¿Desde cuándo? ¿Y tú no estabas casada con un banquero?

Jero se puso lívido y le dio una patada por debajo de la mesa, que no pasó desapercibida para ninguno, sobre todo, porque Adela reaccionó de forma exagerada. Jesús ensanchó aún más su sonrisa. No se podía negar que estaba más feliz de lo que lo habían visto nunca.

–Pues no sé, Adela, estamos... Estamos recuperando el tiempo perdido, si se puede decir así.

–¿Y eso qué significa?

–Adela... –Jero hacía lo imposible por contener a su amiga, pero su vena de fiscal era incontenible.

–Pues eso, que estamos viendo si podemos retomar lo nuestro, pero no tenemos prisa. Han pasado veinticinco años, no nos vamos a precipitar ahora.

–¡Ja! Sabía que era una buena idea que la llamarás. Ves, Jero, como tenía razón.

–Sí, es desesperante, pero la verdad es que siempre tienes razón –masculló de mala gana–. Aunque lo que Adela en verdad quiere decir es que nos alegramos mucho de que seáis felices porque la felicidad de un amigo es más importante que una competición, ¿verdad, Adela?

–Por supuesto, eso también. Aunque que yo me alegre no quita el hecho de que fuera idea mía que la llamaras, porque aquí el amigo –hizo un gesto con la cabeza hacía Jero– no quería que lo hiciera.

Emma estaba sonriendo en silencio. Nunca había sido capaz de entender cómo esos dos no se habían casado entre ellos, siempre pensó que hacían una pareja increíble. Incluso ahora estaban discutiendo como si fueran un viejo matrimonio; se dijo que una amistad así es de las que duran toda la vida. Al final tuvo que intervenir.

–Entiendo tus recelos, Jero, hasta yo los tenía. Ha pasado mucho tiempo y creo que los dos tenemos heridas que debemos sanar, pero es mejor si lo hacemos en compañía. –Pasó su mano por encima de la mesa para coger la de Jesús y él le regaló una amplia sonrisa–. Por cierto, Adela, gracias por organizar la fiesta, si no llega a ser por ti nada de esto hubiera sido posible.

–Aunque Diego seguiría vivo y doña Gertrudis no estaría en la cárcel.

–No seas aguafiestas, Jesús, y disfruta, que mira la mujer que tienes a tu lado.

–Por cierto, estamos organizando una excursión al Roldán con los niños, ¿os apuntáis?

Jesús volvió a sonreír pensando que Adela necesitaba tener algún proyecto entre manos para ser feliz. Él por el contrario tenía todo lo que necesitaba: a su hija, a sus amigos y al amor de su vida, que había vuelto después de veinticinco años.

Nunca había estado en esta parte de la ciudad. Le sorprendió el estado de vetustez de las casas, los perros callejeros husmeando en los contenedores y los niños, que deberían estar en el colegio a esas horas, corriendo por las calles. Apretaba el papel donde había escrito la dirección con fuerza y una vez que estuvo delante de la puerta estuvo tentada de darse media vuelta y salir corriendo. Pero entonces recordó por qué había ido hasta allí y llamó al timbre.

Una joven con el pelo negro hasta la cintura y unos vivos ojos marrones abrió la puerta. Se sorprendió al ver parada delante de su casa a una señora vestida con elegancia, con joyas discretas, pero caras y una sonrisa afable.

–Eres Mari Carmen, ¿verdad? La joven asintió con recelo.

–Me llamo Jimena soy... Era, más bien, la madre de Diego.

Mari Carmen asintió una vez más en silencio y le hizo un gesto a la señora para que entrara en casa. En el minúsculo salón una anciana dormitaba en el sofá mientras la televisión estaba encendida, aunque sin sonido. Se sentaron a la mesa del comedor y Jimena paseaba la mirada curiosa por toda la estancia. Ella había crecido en un ambiente acaudalado y le sorprendió ver que no todo el mundo gozaba de las mismas ventajas de las que ella había dispuesto toda su vida.

–Le doy mi sentido pésame, señora –dijo con un susurro.

–Gracias, he sabido que tú y mi hijo teníais una relación. Él no era mucho de contarme sus cosas, y mucho menos sus líos amorosos, pero ¿llevabais juntos mucho tiempo? ¿Os conocisteis en el trabajo?

Mari Carmen tuvo la oportunidad de decirle la verdad a esa mujer, de confesarle que su hijo era un putero y que se habían conocido en un burdel. Que a Diego le iban todo tipo de juegos sexuales y que, cuando le contó que estaba embarazada, se echó a reír y ella le chantajeó por ello. Podría haberlo hecho, pero vio que Jimena no estaba hecha de la misma pasta que su hijo. Vio bondad tras su mirada y se dijo que no podía romperle así el corazón a esa mujer.

–Llevábamos algo más de un año juntos, aunque nos veíamos de manera esporádica. Diego veía a otras mujeres, de eso no me cabe duda, pero creo que conmigo tenía una relación especial –no dijo nada que no fuera mentira, a pesar de que no había dicho toda la verdad.

–¿Y ya sabes lo que es?

–No, me lo dirán en la próxima ecografía; a mí me gustaría que fuera un niño, con la yaya y conmigo ya hay suficientes mujeres en esta casa. Un niño estaría bien.

–A mí siempre me hubiera gustado tener una niña, para hacerle trencitas y ponerle vestidos. Y, por supuesto, me hubiera gustado tener más hijos; yo quería al menos tres, pero mi marido murió antes de que pudiéramos darle un hermano a Diego. Creo que ese fue uno de los grandes errores que cometí con él. Yo estaba tan triste cuando perdí a su padre que decidí protegerlo demasiado, me daba muchísimo miedo perderlo a él también y se acabó convirtiéndose en un egoísta y un consentido. Claro que mi padre no ayudó tampoco, él quería educarlo como un auténtico noble y, al final, lo convertimos entre todos en un ser insoportable.

–No diga eso, señora, yo le tenía aprecio.

–Ya me lo imagino si estabais juntos.

Mari Carmen se mordió el labio para no responder y esbozó una sonrisa falsa.

–No le he preguntado si le apetece algo de beber, pensará que soy una maleducada.

–No, muchacha, no digas eso. No me apetece nada, gracias.

Se quedaron en silencio durante unos instantes. Mari Carmen tenía la mirada perdida en la mesa con su tapete de hilo tejido por su abuela antes de que comenzara a perder la vista.

–Quiero ayudarte, si me dejas, claro está. Quiero ser parte de la vida de este bebé. Te parecerá una tontería, pero cuando perdí a Diego sentí que me hundía, que no había sido capaz de hacer nada bueno en la vida, pero al saber que iba

a tener un nieto... Sentí que se me estaba dando una segunda oportunidad, la oportunidad de hacer mejor las cosas.

Tomó las manos de la joven entre las suyas.

–Déjame que forme parte de vuestra vida. No os agobiaré, te lo prometo, pero me gustaría verlo crecer y estar ahí para su bautizo, sus primeros pasos, recogerlo del colegio. Ya sabes, esas cosas que hacen las abuelas.

Su mirada y su tono de voz suplicantes junto con las hormonas que volaban en todas direcciones por el torrente sanguíneo de Mari Carmen la sumieron en un mar de lágrimas.

–Por supuesto, nos encantaría que estuviera con nosotros. Pero no es necesario que nos ayude, Diego nos dejó un dinero y yo quiero volver a estudiar para encontrar un mejor trabajo.

–Claro que te ayudaré, muchacha, ahora somos familia. Tú dedícate a estudiar que yo me encargo de lo demás, y el dinero que te ha dejado mi hijo, guárdalo para cuando vaya a la universidad, que en esa época los niños dan muchos gastos.

Siguieron hablando un rato más, Jimena se preocupó por el estado de salud de la abuela de Mari Carmen y esta quiso saber más cosas sobre la vida de Jimena. Al final, pasaron casi dos horas sin darse cuenta y la visita solo se dio por terminada cuando la yaya se desperezó en el sofá y dio síntomas de querer despertarse.

Mari Carmen acompañó a Jimena a la puerta para despedirla.

–Muchas gracias, no te imaginas el regalo que me acabes de hacer.

–Gracias a usted, creo que puede ser una buena influencia en la vida de este niño, por si no se ha dado cuenta, en esta zona no abundan mucho.

Jimena sonrió de nuevo y se despidió con dos besos de la joven. Antes de marcharse le tomó la cara entre las manos y la miró a los ojos.

–Vas a ser una madre maravillosa, lo sé.

Los ojos de Mari Carmen se humedecieron y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar en mitad de la calle. Vio que la mujer se marchaba con

pasos lentos pero decididos y pensó en lo afortunado que iba a ser este bebé por tener a tanta gente a su alrededor que lo quiere y que se preocupa por él.

Ahora que sus padres habían vuelto de su viaje por Tailandia y habían reclamado la casa que era suya, Marta se sentía más una invitada que nunca. Su madre había acogido su decisión de no volver a Madrid con una alegría desbordante y no tardó ni dos minutos en llamar a su madrina y a todas sus amigas para contarle a todo el mundo que Marta volvía a quedarse en Cartagena. Su padre había sido más comedido y solo la había felicitado por haber tomado esa decisión, pero, en el fondo, estaba dando saltos de alegría.

Marta estaba ahora en pleno proceso de búsqueda de piso, pues no pensaba quedarse a vivir bajo el mismo techo que sus padres mucho tiempo. Debería volver a Madrid un par de veces para cerrar contratos, dejar el chalet en el que estaba acostumbrada a vivir y darse de baja del gimnasio. Cambiar de vida era más fácil decirlo que hacerlo, pero al menos ahora contaba con ayuda y no tenía que hacerlo todo sola.

Estaba sentada con Pablo en la terraza de una cafetería de la calle Campos, tenían delante una tablet en la que Marta hacía desfilas varias imágenes de pisos y casas en la zona y quería conocer su opinión al respecto.

—Este está genial porque tiene una terraza enorme y eso a Loken va a gustarle, pero la zona no me termina de convencer, y este es un chalet como el que yo tenía en Madrid con piscina y todo, pero no creo que pueda pagarlo ahora que ya no trabajo en la tele. Esta zona me encanta, es supercéntrico, pero no admiten perros así que está descartado.

—¿Qué te parece este de aquí?

—No está mal, y queda muy cerca del puerto para salir a pasear con Loken. Además de que tienes la playa de la Cortina a menos de cinco minutos, por si tu perro decide desenterrar otro cadáver —añadió con una sonrisa.

En estas dos semanas se habían visto casi a diario. Pablo superó con nota el

examen al que Irene le sometió la segunda vez que vino por casa y que parecía uno de los interrogatorios del KGB. A Fernando se lo ganó hablando de fútbol y de barcos, pero, sobre todo, por lo feliz que veía a su hija estando con ese joven. Marta y él habían comenzado una relación muy tranquila, alejados de los focos que solían perseguir a Marta; iban dando cada paso con calma, pues sabían que tenían toda la vida por delante y no tenían prisa. De vez en cuando alguien se acercaba a su mesa y le pedía a Marta un autógrafo o una foto y ella siempre respondía con una sonrisa. Le sorprendió saber que muchos de sus seguidores habían aceptado el cambio de vocación sin problemas y que su blog estaba teniendo mucho más éxito del que cualquiera pudiera imaginarse en un primer momento. Estaba viviendo una época muy dulce.

–¿Cuándo vas al médico?

–Dentro de diez días, espero que por fin me quiten la escayola porque estoy harta de las muletas y de no poder moverme como yo quiero.

–Entonces podremos salir a dar un paseo y no solo sentarnos en una terraza – le chispeaban los ojos al decirlo y Marta notó cómo se sonrojaba.

–Sí, eso estaría bien.

Siguieron viendo pisos y hablando mientras la tarde iba cayendo. El tiempo les pasaba volando y tenían la sensación de no tener nunca suficiente el uno del otro. Marta contaba anécdotas vividas con Susana, y Pablo le hablaba con reverencia de su abuelo y su pasión por el mar. Cuando decidieron que ya era hora de volver a casa, Pablo se levantó para ir a pagar. Al entrar en la cafetería, le pareció ver una melena corta y unos ojos ligeramente juntos que entraban a toda prisa en el baño femenino. No le dio más importancia, pues pensaba que no la tenía, pero una extraña sensación se adueñó por un instante de su pecho. Dicha sensación desapareció rápidamente cuando salió fuera y la sonrisa de Marta le recibió esperándole en la mesa.

¡Qué caprichosa es a veces la vida! La última vez que Marta había estado en

Cartagena fue movida por la infidelidad de su novio y los deseos de los productores de la cadena. Su perro encontró un cadáver en la arena y ella se reencontró con un viejo compañero del instituto que tenía prácticamente olvidado. Cuando volvió de Guatemala lo hizo con el rabo entre las piernas, Susana no le hablaba, Pablo tenía novia, su hermano estaba de viaje con su novio y ella tenía más claro que nunca que odiaba su trabajo. Ahora, sin embargo, su vida había cambiado completamente.

Se encontraba sentada en el porche de la casa de sus padres viendo cómo su padre seguía con atención una charla TED en la tableta y su madre hacía crucigramas mientras mordisqueaba el capuchón del bolígrafo. Loken dormitaba a sus pies ajeno a sus tribulaciones. La voz rasgada de Sabina sonaba melosa en el IPod que su padre se resistía a jubilar. Ella miraba la puerta del jardín con anhelo, Pablo le había dicho que, si terminaba pronto, pasaría a verla un rato, y ella le estaba esperando impaciente. Mientras mataba el tiempo pensando ideas para su blog, había hablado con varios amigos famosos y todos se habían mostrado encantados de poder colaborar con ella. Pensaba convertirlo en un espacio participativo, con cabida para artistas y científicos, quería hablar de enfermedades raras para concienciar sobre ellas, y sobre el calentamiento global. Era su oportunidad de dejar ver al mundo quién era realmente Marta Ortiz, no solo unas largas piernas en un programa de cotilleos.

Se sentía más feliz de lo que lo había sido en toda su vida y la verdad es que ese cambio para bien había comenzado con una infidelidad en primera página de su exnovio, el futbolista. La vida a veces te sorprende y, cuando piensas que ya no puedes caer más bajo y estás completamente hundida, te da alas de nuevo para que puedas alcanzar todas tus metas.

El timbre sonó y a través de la verja de la puerta vio unos ojos color miel que estaban parcialmente ocultos tras un mechón rebelde que siempre caía sobre ellos. Loken se levantó de un salto ladrando de alegría y a ella se le iluminó la cara con una sonrisa radiante.

Estaba pletórica y sentía que a partir de ahora solo iba a hacer grandes cosas.

Fin

Agradecimientos

Pues aquí estamos otra vez, al final de un libro. La primera vez que me vi en la tesitura de escribir los agradecimientos casi no me podía creer que esto estuviera sucediendo, pues bien, un año después sigo sintiéndome igual. Es increíble la sensación de llegar al final de una historia y ser capaz de poner la palabra «FIN».

Para esta novela, como para todo en la vida, he contado con la ayuda inestimable de mis padres, que me han apoyado en cualquier proyecto o idea por disparatada que pudiera parecer a simple vista. Con el apoyo de mi marido y la energía y el cariño incansable de mis hijos.

También debo dar las gracias a esa familia que se elige, que son los amigos que han leído esta novela y me han ayudado con las correcciones. Tamar, no necesito decirte nada porque creo que lo sabes todo: eres de lo mejor que le ha pasado a nuestras vidas. Sofia, que ha dejado de pasear a su pescadito rojo para poder dedicarle unas horas a leer este libro. Y Paula, no recuerdo a nadie capaz de mantener todo el tiempo la sonrisa y el buen humor.

También debo darle las gracias a Álvaro, mi «Jero» particular. Todavía no nos hemos visto envueltos en un asesinato, pero probablemente sea lo único que nos falta por hacer.

Y, por supuesto, quiero darte las gracias a ti, querido lector, por llegar al final y por acompañarme en otra aventura. ¡Nos vemos en la siguiente!

Ana E. Guevara. Nacida hace treinta y cuatro años en Cartagena, Murcia. En 2007 se licenció en Odontología en la Universidad de Murcia y ese mismo año se fue a vivir a Francia con la intención de quedarse un par de años, aunque lleva allí desde entonces. Está casada y tiene dos hijos. Además de escribir le encanta viajar, leer y la fotografía y ha procurado incluir a sus hijos en esas aficiones. Tiene un blog de maternidad donde comenta cosas de su vida como madre; y colabora con la plataforma online de profesionales de salud *El Médico de mi Hijo*. También colabora haciendo reseñas sobre películas y series en el e-zine Goblín Panzudo con el seudónimo de Morgana.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Ana Guevara

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-91950-62-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

Capítulo 17

[1] En la ciudad de Cartagena hay cuatro cofradías penitenciales: Californios, Marrajos, Resucitado y del Socorro, de las que las dos primeras procesionan varios días. Hay cierta rivalidad histórica entre los seguidores de los Californios y los Marrajos, de esta conversación se entiende que Jero es Marrajo mientras que Adela es California